2ª Edición

MÁS ALLÁ DEL FASCISMO

EDICIONES HERACLES

Introducción

1) EVOLA ANTES DEL FASCISMO

Ubiquémonos en Europa, más específicamente en la ciudad de Roma a fines del siglo pasado, en 1898, año en el cual nace Julius Evola. *Europa vive la euforia del Progreso y, asociado a ello, el auge de los ideales de la Revolución Francesa, a punto de dar cuenta dentro de pocos años con las últimas monarquías tradicionales que aun quedaban en Occidente, las de Austria, Alemania y Rusia, por medio de ese instrumento siniestro que sería la Primera Guerra Mundial. Italia, uno de los últimos países europeos en haberse independizado, lo ha logrado hacer bajo el influjo de ideales carbonarios y masónicos, los cuales, camuflados tras la lucha por la independencia, se aprestaban de esta forma a concluir con los rastros aun residuales de Tradición que pudiesen existir en tal país, luego de la larga tarea de demolición efectuada.*

Nos encontramos entonces con que el espectro de la cultura italiana se hallaba en ese entonces dividido entre un liberalismo laicista y materialista que avanzaba hacia el socialismo por un lado, pero a su vez, por el sector aparentemente opuesto, con un catolicismo el cual, habiendo sido vaciado de su contenido metafísico, en razón de haberse enrolado en un contexto tan sólo temporal y moralizante, ya no es más el referente de aquella antigua Tradición que se manifestara por última vez en la Edad Media, sino que se encuentra a la deriva y en desbande, en su faz terminal y conformista. Ambas posturas se presentarían así como las dos imágenes falsamente contrastantes y correlativas que dividían a una sociedad burguesa, decadente y crepuscular. Ante todo esto faltaba pues una verdadera oposición de Derecha que, en contraposición con un mundo de materialismos y de religiosidad puramente conformista, hiciera valer los valores de la Metafísica y del Espíritu.

Proveniente de una familia italiana perteneciente por sus orígenes a la antigua nobleza, Evola sintió desde muy joven no tener nada que ver con sus orígenes, ni por ende con la Italia en la que le tocaba vivir. «Debo muy poco al ambiente, a la educación, a la línea de mi sangre —*son sus palabras*— . En gran parte me he encontrado en contraste con la tradición predominante

Drang *italiano que debía hacer estallar en mil pedazos la rutina y pacatería de la burguesía, observa con pena y desazón cómo su modelo ha caído víctima él también de los convencionalismos de su tiempo al declararse intervencionista sin más, cayendo presa de una retórica patrioteril. La guerra estaba bien, él pensaba, y era necesaria en cuanto sólo ésta podía remover a la sociedad italiana de la modorra decadente en que se encontraba. ¿Pero de qué lado intervenir? He aquí donde se hallaba el verdadero dilema, pues, más allá de la instancia puramente nacionalista, la guerra confrontaba a dos concepciones del mundo diferentes, la de la Tradición, representada agónicamente aun por las últimas monarquías herederas de la Santa Alianza, o las fuerzas de la Democracia y de la Revolución. Ésta era para él la verdadera alternativa, la que más tarde se reiterará en la Segunda Guerra y que también allí lo hallará al Evola maduro como un defensor permanente de la incondicional alianza entre las dos vertientes de una misma Tradición primordial simbolizada por las dos águilas, el águila germana y el águila romana. Recuerda el autor que esta posición le significó una ruptura con el grupo, preanunciándose así la misma actitud de intransigencia en los principios que se repetirá años más tarde, ya en la época fascista, en donde se verá enfrentado con quienes, aun desde las filas de dicho movimiento, lo querían reducir a una mera expresión de banal patriotismo, despojándolo de la concepción del mundo romana y tradicional que en él se anidaba.*

Pero aun así, con las discrepancias apuntadas, lo mismo Evola hizo la guerra. Se enroló en un curso acelerado para oficiales y fue al frente. Quería extraer de tal epopeya un significado metafísico que la trascendiera; buscaba allí como un desafío interrogante al destino, factible sólo en los momentos liminares y de crisis, que lo condujera hacia una experiencia de un más allá de la vida. Sólo la guerra permitía a un hombre diferenciado trascender la existencia burguesa y elevarlo hacia una esfera espiritual. Pero no consiguió todo lo esperado pues la guerra le fue leve, en su frente casi no se combatió, la suya no fue pues la experiencia de un Jünger, ni de un D 'Annunzio, ni de un Adolfo Hitler. Pero sin embargo la guerra debe haber desarrollado en el carácter de Julius Evola una tendencia indoblegable a combatir contra un mismo enemigo en los más distintos frentes en que éste se encontrara.

El año 1918 concluye con el triunfo de la burguesía a través del tratado

de Versailles. Italia, que ha vencido, no se ha visto recompensada como le hubiese correspondido de acuerdo al gasto y sacrificio realizado. La división wilsoniana y balcanizadora de Europa iniciaba una era de injusticias que preparaban un nuevo cataclismo aun peor que el anterior. Pero lo más grave de todo había sido sin embargo el triunfo de la Democracia y de los mercaderes y por ende la agudización de esa decadencia que tanto perturbaba.

La guerra entonces no había concluido para Evola, había pues que seguir luchando de cualquier forma contra esta casta sublevada y contra su mundo mediocre; nuevamente el guerrero y el brahamán se daban la mano. La postura antiburguesa se manifiesta esta vez a través del arte con el dadaísmo. Había que destruirle a la burguesía el lugar mismo en donde ésta se sentía confortada, en su paz placentera y en su comodidad vana y sin agitaciones, por lo tanto atacarla en su mismo templo, en su arte de salón con su estética romántica y convencionalista. Y en tal experiencia había que ir hasta el final, es decir, aniquilarle todo, hasta el concepto de realidad y de forma en que se asentaba, escandalizarla, ponerla en ridículo, confundirla. Tal es la protesta de Dadá, aunque Evola, que se destacará como principal exponente italiano de tal corriente artística, (aun hoy en Roma, en el Museo de Arte Moderno se conserva un cuadro suyo) no apenas se ha iniciado tal movimiento, ya lo vislumbra como insuficiente, pues percibe, detrás de esta mera destrucción, una instancia metafísica superadora; tras esa realidad burguesa, sentimental y materialista hay otra opuesta que apenas insinúa el arte modernísimo, pero que en última instancia no alcanza a asir.

Su experiencia en la pintura es por tal causa breve. Es el momento de encontrarse en un nuevo campo de combate más contundente que confronte la realidad burguesa con otra de carácter superior. Ha sonado pues la hora de la Filosofía.

Un joven de 21 años acaba de suicidarse, se trata de Carlos Michelstätter, un filósofo precoz, casi un desconocido. En él también su pensar estaba estrechamente vinculado a su existir. Había dividido la experiencia de los hombres en dos vías contrapuestas: la de la persuasión *y la de la* retórica. *La primera es la que siguen aquellos que no buscan en otro la propia justificación de sus acciones, sino que encuentran en sí, en la esfera más profunda de su Yo, una auténtica convicción, que no es sino el principio de una libertad incondicionada. Son los que no precisan del prójimo, del cual les resultan indiferentes tanto sus aplausos como sus rechazos; ellos*

tuvieron el inconveniente de que, debido a ciertas dificultades editorialicias, salieron publicados en una época en la que Evola había, como él mismo dice, clausurado ya su experiencia filosófica e incurrido en otros intereses no estrictamente académicos (en el mal sentido de la palabra) tales como estudios sobre el tantrismo, la magia, el budismo, cosas éstas que el mundillo de las universidades no podía digerir, y por lo tanto Evola, por tan insignificante razón, fue así ignorado por el público.

En 1927 Evola cierra su experiencia filosófica. Aun mientras atravesaba por la misma, siempre manifestó rechazo por ese mundo, tal de reconocer de no haber tenido jamás interés alguno en diplomarse o en acumular curriculum, tal como se diría ahora. Pero lo destacable aquí es que una cosa es decirlo desde afuera y otra muy distinta es afirmarlo tras haberlo vivido desde adentro. Recuerda aquí el autor varias veces un pensamiento de Nietszche: «Prohíbete sólo aquello que antes te has demostrado a ti mismo ser capaz de realizar.»

Vendrá luego una nueva etapa en su combate sin cuartel contra del mundo moderno, la de la Magia, a través de la experiencia de las revistas Ur y Krur *entre 1927 y 1929. Evola había constituido un grupo iniciático conocido con el nombre de* Ur *que estaba compuesto por diferentes figuras entre las que se destacaba el estudioso del paganismo y también masón, Arturo Reghini, que influirá mucho en nuestro autor. La característica peculiar de tal revista era la del más absoluto anonimato de sus integrantes, los cuales firmaban con seudónimo sus artículos de acuerdo a la máxima tradicional de que la figura del autor debe evitar oscurecer la importancia de la obra prohibiéndose exhibir su identidad. El objeto principal del grupo era el desarrollo de la magia entendida como rama práctica de la metafísica. Ello representa una vez más una continuidad y coherencia con lo anterior: es la faz activa consecuente de su pasada etapa filosófica desarrollada con su «Teoría del individuo absoluto». El yo, en tanto potencia infinita, crea y actúa sobre el mundo que le opone resistencia, representando la magia ese camino de afirmación de su ilimitada libertad creadora. Sin embargo el grupo de* Ur, *que debería haber tenido que desembocar por lógica consecuencia en la constitución de un círculo operativo, no llegó a consumar tal proyecto y todo permaneció en un plano estrictamente teórico. Además parece ser que el mismo terminó disolviéndose por razones políticas. En efecto, en un determinado momento habría habido un intento serio por*

parte de la masonería de copar la dirección de la revista y darle a ésta una dirección contraria al fascismo y allí se encontró con la oposición de nuestro autor.

2) El Kshatriya durante y después de la experiencia fascista.

Terminado inconcluso el intervalo de la magia, sobreviene luego la etapa abiertamente polémica e incluso política. Es la época que ya se había perfilado años atrás con la publicación de Imperialismo pagano, *un escrito que, como el mismo nombre lo indica, resultaba una reivindicación del paganismo. Aquí hay que ubicarse en la circunstancia histórica. Nos encontramos en el año 1928, el fascismo se halla consolidado en el poder y están por firmarse los Pactos Lateranenses con el Vaticano. Evola teme que el antiliberalismo que se había desarrollado positivamente en tal movimiento desemboque sin embargo en la otra forma existente de convencionalismo burgués, en una alianza con el otro polo decadente que constituía el espectro de la sociedad italiana, es decir con el clero. De allí que con esta obra intente impulsar un cierto tipo de fascismo pagano y gibelino, opuesto al catolicismo, propulsor de los ideales de la Roma imperial. Es de resaltar sin embargo que más tarde, ya en su madurez, sabrá hallarle al catolicismo otros valores diferentes de los que en cambio se encontraban en la superficie de esa expresión decadente que le tocó conocer y que vio degradarse cada vez más con el tiempo. Sin embargo este intento político-cultural fracasará y lo llevará al autor a padecer represalias y ser expulsado de la redacción de varias revistas bajo la excusa de intentar boicotear la política religiosa del régimen. Es de resaltar aquí un fenómeno singular: a pesar de su rechazo en el seno de la sociedad italiana, esta obra tendrá en cambio éxito en Alemania, ya que será traducida a la lengua de tal país, y en especial lo tendrá entre las filas del Nacionalsocialismo que en ese entonces se aprestaba a tomar el poder. Es bueno además recordar una vez más que tales ideales estricta y sectariamente paganos serán corregidos por Evola años mas tarde cuando elaborará su obra definitiva,* Rebelión contra el mundo moderno, *en la que sabrá encontrar también en el catolicismo un fondo metafísico tradicional.*

Pero antes de llegar a dicho trabajo nos encontramos con otra experiencia militante de gran significación que acontece en la década del 30

cuando, con otro grupo de amigos, funda una revista de acción abiertamente político-cultural, denominada La Torre, *dos de cuyos editoriales publicamos en este libro. Tal escrito significará un intento inédito por tratar de trascender al fascismo, pero desde adentro de éste, intentando impulsar sus elementos positivos y descartar lo que en cambio resultaba regresivo. ¿Qué era lo rescatable del fascismo para Evola? Pues bien, el fascismo era positivo en tanto reacción antidemocrática, por su exaltación del sentimiento heroico de la vida y por su intención de querer impulsar los antiguos ideales romanos latentes en la estructura del alma itálica. Sin embargo había una serie de elementos que tenían mucho que ver con el origen socialista y burgués de este movimiento. En primer lugar su chauvinismo patrioteril, por el cual, en razón de una ciega exaltación del pasado dé Italia, no efectuaba la esencial tarea de realizar una selección en las tradiciones de su historia, pues, junto a lo romano de su pasado glorioso, también estaba lo que fuera plasmado por fuerzas regresivas, decadentes y plebeyas, las que actuaron con vigor a partir del Renacimiento. El pasado no podía ser reivindicado en bloque, sin beneficio de inventario. Para ello había que depurar al fascismo tanto de sectores masónicos-liberales como clericales, los que representaban las dos caras de la Italia burguesa y caduca. Y fueron estos mismos sectores los que, afectados por los contenidos de la revista, tras un duro ataque contra la misma que incluso llegó al terreno físico, consiguieron que ésta tuviese que cerrar y que sobre Evola cundiera la falsa fama de antifascista. En realidad Evola no fue ni fascista ni antifascista, sino, como el mismo lo expresa, suprafascista, es decir rescataba aquello que en el fascismo era la exaltación de valores tradicionales y perennes.*

Luego de esta experiencia sobreviene un período de cerca de diez años de semi-ostracismo en su propio país, época que será aprovechada por el autor para redactar varias de sus obras más decisivas. Sin embargo, si bien fue dejado a un lado por el régimen, no puede decirse que haya sido un intelectual proscrito pues consiguió seguir colaborando en otras publicaciones, y entre ellas se destaca principalmente la labor que desarrollará en el suplemento de un periódico de un importante jerarca del régimen, llamado Farinacci. Tal suplemento se llamaba Vita Italiana *y salía en forma mensual, siendo su director un tal Giovanni Preziosi, una personalidad significativa, temida por muchos en tanto poseedor de un gran archivo sobre la masonería y el judaísmo, en el que figuraban varios curricula compro-*

metedores, por lo que lo convertían en casi un intocable. Éste fue entonces su paraguas protector durante gran parte del período fascista.

En 1941, debido a la guerra y, consecuentemente, a raíz de la cada vez mayor aproximación de Italia con Alemania y el enfrentamiento de ésta con el judaísmo, ciertos temas que anteriormente escapaban del interés del régimen comienzan a tener una importancia mayor, como ser el del problema racial, el cual apenas se había insinuado larvadamente tras las conquistas africanas de Italia y en modo tan sólo precautorio con la legislación antijudía de 1938. Aquí la figura de Evola, quien además gozaba de un cierto prestigio en Alemania, debido a que se lo consideraba erradamente como el exponente principal de una rama pagana del fascismo, comenzará a tomar importancia en razón de los intereses que el autor había desplegado en relación a tal tema. En efecto, tras haber publicado una obra titulada El mito de la sangre *en la cual elaboraba una historia analítica de las diferentes teorías racistas, un singular libro denominado* Síntesis de una doctrina de la raza*, *tras ser leído por Mussolini, recibirá de éste importantes loas y estímulos afín de que desarrollara una teoría racista italiana.*

Brevemente trataremos este tema. El libro mencionado significaba un aporte originalísimo a las teorías racistas en aquel entonces en boga. Evola criticaba al racismo convencional practicado en la Alemania nazi su carácter contradictorio, pues si por un lado había sido capaz de rebatir el concepto universal e igualitario de hombre típico del iluminismo, por otro había caído víctima de otra sugestión de la modernidad no menos peligrosa al haber limitado el fenómeno raza a un factor meramente biológico y animal, reduciendo al ser humano a un plano tan sólo corporal y físico, viendo así en tal corriente influencias nefastas del evolucionismo darwiniano. El concepto de raza del espíritu, *es decir de una herencia que no es tan simplemente biológica como en la bestia, sino espiritual y expresada a través de ciertos arquetipos que se heredan y que muchas veces permanecen latentes, representa un singular aporte y una manera de utilizar en contra de la modernidad un movimiento que ha nacido en su mismo seno. Tal idea, que entusiasmará a Mussolini, como dijéramos, sin embargo no prosperará ni por lo tanto ello tampoco permitirá la trascendencia que se hubiese esperado de Evola en el contexto oficial de la cultura italiana y mundial.*

Narraremos brevemente lo sucedido. A raíz de este entendimiento con el

* Traducido a nuestra lengua con el título *La raza del espíritu* (Ed. Heracles, 2005)

Duce, Evola propone la edición de una revista bilingüe italo-germánica que se tendría que haber llamado Sangre y Espíritu *y que debería haber tratado de estudiar las características propias de las razas espirituales de Occidente. Pero el proyecto fracasó, a pesar del consentimiento de Mussolini, porque en ese interín fueron a verlo fascistas oficiales obsecuentes, los que, si antes habían atacado el paganismo de Evola, ahora por conveniencia se habían consustanciado con las teorías racistas, pero en forma dogmáticamente nazi. Estos criticaban que el racismo pudiera ser estudiado desde fuera de las ciencias naturales, y, en su polémica, alegaban el carácter de «mago» y «orientalista» que le atribuían despectivamente a Evola. Pero por otro lado también intervinieron sectores del clero, los que no podían aceptar tampoco, y desde una vereda aparentemente opuesta, que hubiese alguien que les quisiese arrebatar el monopolio en el estudio de las cosas del espíritu; por lo tanto ellos también estaban a favor de que la raza quedase reducida a un terreno sólo biológico. Así pues cientificistas y clericales se daban la mano para combatir la posibilidad de que se desarrollase una ciencia verdaderamente tradicional. Recientemente se descubrirá que tampoco los alemanes veían bien esta incursión espiritualista de Evola en un terreno que el nazismo había confiscado para sí. Así pues un documento alemán habla de una pretendida intromisión del «clero romano semítico», a través de Evola en tanto quinta columna, (aquí estaba presente la equívoca oposición de Rosenberg entre romano y germánico) para boicotear el desarrollo de una ciencia verdaderamente alemana, para la cual cuerpo-alma y espíritu hacían una misma cosa*[2]*. Pero de cualquier forma el agudizamiento de la guerra sería finalmente lo que habría de poner punto final a tal interesantísima polémica que colocaba a nuestro autor en contra de clericales, liberales agnósticos y nazis a un mismo tiempo.*

Es el momento en el cual, tras la destitución de Mussolini y su posterior liberación, se ha pasado del fascismo monárquico del Ventenio *al republicano representado por la República de* Saló.

En esa circunstancia Evola toma conciencia de lo crítico de la situación que se vivía y, dejando a un lado cualquier debate, en 1943 se enrola incondicionalmente del lado de los fascismos, aun a sabiendas de su inexorable derrota y aun a pesar de sus diferencias profundas con los mismos,

[2] Véase al respecto *Evola nei documenti segreti del Tercer Reich*, Roma, 1986. Partes de tal textos han sido incluidos en la segunda edición de *La raza del espíritu* (2005).

más todavía con la «República Social de Saló» *en la cual veía rasgos aun más regresivos que antes, pues ésta, según él, significaba el retorno de antiguos tics socialistas de Mussolini.*

En esta contienda Evola desarrollará una decisiva tarea en el frente doctrinario investigando, adscrito a las SS, un importantísimo archivo capturado por los alemanes que le habría servido para elaborar una lapidaria Historia secreta de las sociedades secretas. *Es en el momento en que desarrollaba tal tarea en la ciudad de Viena, de incógnito y en estrecha inteligencia con Preziosi, que Evola sufrirá los efectos de un bombardeo que lo dejará lisiado de por vida a partir de 1945. Digamos también que fue la única vez en toda la guerra que se bombardeó la ciudad de Viena, considerada estratégicamente como un lugar de escasa importancia militar y que, al poco tiempo, además, Preziosi murió misteriosamente suicidado,*[3] *no sabiéndose más nada de su archivo secreto, ni tampoco del que investigaba Evola.*

De todas formas nuestro autor salvó su vida milagrosamente, pero tuvo que pasar los siguientes 30 años de su existencia postrado en una silla de ruedas. Esa contingencia además lo obligó a permanecer internado en un hospital austriaco por casi dos años.

Pero no fue suficiente el accidente ni la categórica derrota de 1945 para poner punto final a su inclaudicable lucha. En 1948 volverá a Italia y allí con sorpresa podrá constatar que la destrucción operada por la Democracia afortunadamente no había sido tan categórica como era de suponer y que aun había jóvenes que leían sus obras y se apasionaban por sus ideas. Fue en tal contexto que pudo retomar su actividad intelectual y publicar primero un opúsculo titulado Orientaciones *en el cual ofrecía los lineamientos para un nuevo movimiento político y cultural alternativo. Fue en circunstancias de dicha publicación y a raíz de la explosión de algún petardo sospechoso que Evola fue incriminado en 1951 de ser la eminencia gris de un grupo contrarrevolucionario y que, fanatizando a jóvenes con «extrañas y abstrusas teorías «, intentaba reinstaurar el fascismo. Estuvo por tal causa seis meses en prisión y llevado a un juicio farsesco. Tan absurda fue la acusación que se le presentara en su contra que el tribunal no tuvo más remedio que absolverlo de culpa y cargo, siendo famosa*

[3] Es de resaltar sin embargo que Evola en su opúsculo *Diario del 1944* no le atribuye al suicidio de Preziosi ninguna otra causa que la desazón que le significó la caída del fascismo.

en tal circunstancia la elaboración de su Autodefensa *en la cual entre otras cosas demostró que mal podía querer reinstaurar el partido fascista alguien que nunca estuvo afiliado a él, ni por supuesto a ningún otro partido. La lectura de este alegato, que tenemos el honor de publicar aquí, hace recordar en varios aspectos lo que fuera el juicio y la condena a Sócrates. Él también había sido acusado, como Evola, de corruptor de jóvenes.*

Esta victoria judicial, que fortalecerá aun más el temple de nuestro autor, dará lugar dos años más tarde a su última incursión política con la publicación de la obra Los hombres y las ruinas, *publicada recientemente por este sello editorial y más tarde* El fascismo visto desde la Derecha *que presentamos aquí, las cuales tienen en común el hecho de sentar las bases para un pensamiento político de carácter tradicionalista en el estricto sentido de la palabra.*

MARCOS GHIO

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta obra, que editamos por primera vez para el público de habla hispana[4] *en 1995, reúne una serie de escritos de Evola relativos al tema del fascismo y elaborados en distintas circunstancias.*

El primero de ellos, El fascismo visto desde la Derecha *es un estudio discriminativo sobre tal fenómeno en Italia. El segundo,* Notas sobre el Tercer Reich, *es un enfoque similar realizado respecto del nacionalsocialismo alemán. Destaquemos que ambos fueron publicados en forma conjunta en 1970, es decir cuatro años antes de la muerte del autor.*

En esta segunda edición, ampliada en un tercio en su contenido, hemos hecho una serie de agregados. En primer término se ha incluido el capítulo XIII al primer estudio referido al fascismo. Se consideró en la primera edición que, en cuanto el mismo trataba de temas inactuales y que podían prestarse a confusión con respecto a las perspectivas de un autor no suficientemente conocido en nuestro medio, ya que se refería en forma explícita al accionar de tal movimiento justamente en una época en la cual se estaba en plena guerra fría entre Norteamérica y la Unión Soviética, la misma podía llevar a algún tipo de confusión, en especial debido a que en ese entonces se habían pulbicado muy escasas obras de nuestro autor. Once años más tarde, luego del agotamiento de la primera edición y de haberse prácticamente editado la obra completa del mismo en castellano, consideramos que las circunstancias han cambio notoriamente respecto de aquella época y la visión puede ser hecha en perspectiva histórica. Indudablemente no es más el "comunismo" el enemigo principal al que se trata de combatir, sino el nuevo "mundo unipolar" en donde esas dos naciones se han unificado en una misma perspectiva tomando de las ideologías que las informaban los elementos más deletérreos y corrosivos. Del liberalismo se ha asumido la mentalidad consumista a ultranza, descartándose la incondicionada defensa de la libertad individual que era un factor rescatable en tal ideología en razón de su sesgo antitotalitario. El marxismo-leninismo a su vez ha abandonado el espíritu revolucionario y

[4] Queremos mencionar que en 1984 se había editado en España (Ediciones Alternativa) una traducción restringida de *El fascismo visto desde la Derecha,* de la cual hemos tomado varias referencias.

antiburgués que en algún momento lo singularizó, manteniendo en cambio el más crudo materialismo en lo que comparte así la perspectiva con el econocimismo liberal. Tal como manifestara Evola, las dos ideologías, en su tiempo contrastantes en manera circunstancial, hoy han testimoniado en forma irrebatible el carácter gemelo que siempre señalara nuestro autor.

También hemos modificado sustancialmente la tercera parte de este libro agregando una serie de artículos del mismo que se han venido reeditando en los útlimos tiempos permitiéndonos una mejor comprensión de tal problemática. Esta última sección ha sido dividida en diferentes apéndices. El primero de ellos contiene los dos editoriales de la revista La Torre, *que publicáramos en la primera edición, pero enmarcados en la circunstancia existencial de crítica al fascismo y en donde se muestran las objeciones que a tal concepción formulara en su tiempo, en 1930 cuando contaba con 32 años, poniendo allí de relieve sus caracteres burgueses que contrastaban con el espíritu legionario. Tal como señalamos oportunamente, dicha empresa concluirá en forma abrupta con la clausura por parte del régimen*[5].

El segundo apéndice contiene una serie de artículos editados en diferentes revistas de la época en los que se efectuaban disquisiciones sumamente críticas respecto de la concepción del mundo sustentada en el seno del nacional socialismo alemán, poniéndose un especial acento en su racismo biológico y en su adhesión a la modernidad.

El tercero es una reseña en la que Evola narra ciertos acontecimientos históricos que le han tocado vivir en los trágicos momentos de los finales de la segunda guerra mundial, sea en Roma como en Rastenburg, en el mismo cuartel de Hitler en el momento en el cual las circunstancias hicieron en modo tal que se encontrara entre el grupo pequeño de italianos que estuvieron presentes en los momentos inmediatamente posteriores a la liberación de Mussolini. El Diario de 1943-44 *cumple también la función de testimoniarnos ese período de silencio obligado del autor en razón de los cruciales momentos que le tocaron vivir.*

En el apéndice siguiente, en la famosa Autodefensa *de Evola en el juicio al cual fuera sometido por conspiración e intento de reconstituir el*

[5] El incidente que generara la clausura de la revista es relatado puntualmente por Evola y reproducido en el último capítulo de *La superación del Romanticismo* (Ed. Heracles, 2006) con el título *Mario Carli castigado.*

partido fascista en el año 1951, se formulan sustanciales críticas a las concepciones formuladas por los "Liberadores" de la Italia del inmediato período posterior al Fascismo. Recordemos que tal paródico juicio le resultará totalmente favorable obteniendo su inmediata libertad y absolución, pero tras haber pasado seis meses en prisión injustamente, habiendo tenido Evola el privilegio de haber sido quizás el primer prisionero "fascista" de la Italia democrática.

En la última parte hemos querido incluir un artículo nuestro referido a los cursos que seguirá el neofascismo italiano luego de la muerte de Julius Evola. Tal como sabemos el grueso del mismo ha abandonado las concepciones originarias y especialmente el espíritu legionario antiburgués y antidemocrático que Evola siempre rescatara de tal movimiento, llegándose al absurdo de haber sido un fiel sostenedor del Estado de Israel en tanto bastión del "Occidente" en las tierras del Islam y siendo el principal sostén de ese régimen grotesco y trivial representado por el magnate Berlusconi[6], esa especie de Menem italiano.

La primera edición de este texto se agotó en corto tiempo, lo cual nos alienta y motiva en nuestra labor por seguir difundiendo la obra de Julius Evola en nuestra lengua. Afortunadamente en esta segunda podemos agregar un conjunto de escritos fundamentales que permitirán una visión más acabada del fascismo y del nazismo en nuestro autor. Sin embargo no podemos dejar de lamentar el hecho de que una editorial española no haya sido capaz de esperar esta renovada edición y se haya apurado en editar recientemente y ***sin nuestro consentimiento*** *la primera antes aludida, sin haber pensado en la posibilidad de concertar conjuntamente esta segunda mucho más completa y perjudicando de este modo a tantos interesados en la obra de nuestro autor que se verán obligados a efectuar una nueva erogación innecesaria. Es de esperar que en lo sucesivo las*

[6] Si bien el artículo aludido se refiere específicamente a la figura de Fini, exponente del mayoritario sector de *Alleanza Nazionale*, la evolución de los restantes grupos no ha sido mayormente alentadora. Así pues el sector de la *Fiamma Tricolore* de Pino Rauti, tras haber asumido una postura izquierdista, afín con sectores del nacional-bolchevismo, ha terminado él también adhiriendo a la candidatura del pro-yanqui Berlusconi, demostrando así lo ya dicho por Evola de cómo las dos ideologías son en el fondo gemelas y cuánto de burgués existe aun en el fascismo.

empresas editoriales que se efectúan en nuestro espectro, las que bien sabemos que son escasas, se realicen de manera pacífica y coordinada evitándose así estos lamentables inconvenientes y confusiones.

M. G.

Buenos Aires, junio de 2006.

Primera Parte

El Fascismo visto desde la Derecha

I- EL FASCISMO Y LA VERDADERA DERECHA

En la páginas siguientes nos proponemos emprender un examen del fascismo desde el punto de vista de la Derecha, pero limitado a sus aspectos generales y, de manera esencial, al plano de los principios. Por tal causa es necesario en primer término indicar lo que nosotros entendemos por Derecha, si bien reconocemos que esta tarea no será fácil, puesto que al lector común no pueden brindársele puntos de referencia que tengan una relación directa con la realidad actual, es más, ni siquiera con la historia italiana más reciente, es decir, con la historia de Italia desde que ésta se ha unificado como nación.

Con respecto al primer punto, debe decirse que hoy no existe en Italia una Derecha que sea digna de tal nombre, una Derecha comprendida como una fuerza política unitaria organizada y provista de una doctrina precisa. Aquello que en las luchas políticas es habitualmente definido como la Derecha lo es menos por un contenido positivo que por una oposición genérica a las formas más avanzadas de la subversión y de la revolución social que gravitan alrededor del marxismo y del comunismo. Ella por lo tanto comprende tendencias diferentes e incluso contrastantes. Un índice significativo de la confusión de las ideas y de la actual pequeñez de los horizontes se encuentra constituido por el hecho de que hoy en Italia pueden ser considerados como hombres de Derecha los liberales y muchos representantes de la democracia. Esto en otras épocas habría hecho espantar a los representantes de una Derecha verdadera y tradicional, puesto que en los tiempos de tal Derecha el liberalismo y la democracia fueron considerados muy justamente como corrientes de la subversión revolucionaria, de un modo similar a como hoy el radicalismo, el marxismo y el comunismo se presentan a los ojos de los que se han dado en llamar partidos de orden.

Lo que en la Italia actual es llamado Derecha comprende a diversos monárquicos y sobre todo a aquellas tendencias de orientación «nacional» que pretenden mantener lazos ideales con el régimen anterior, es decir, con el fascismo. Sin embargo en estas tendencias ha faltado hasta ahora la diferenciación necesaria a fin de que puedan aparecer como representativas de una auténtica Derecha. Todo ello por lo demás resultará justamente de las consideraciones que desarrollaremos dirigidas a un examen de los conte-

nidos ideológicos del fascismo, examen éste que, para el movimiento en cuestión, tendría que haber representado una imprescindible tarea teórica y práctica que en vez ha sido dejada a un lado.

¿Es preciso luego indicar lo absurdo que significa identificar la Derecha política con la Derecha económica?

En tal identificación tiene su fundamento de manera notoria y fraudulenta la polémica conducida por los marxistas. Para éstos la Derecha y la burguesía capitalista, conservadora y «reaccionaria», preocupada en defender sus intereses y privilegios, serían todos una misma cosa. En nuestros escritos políticos no nos hemos cansado de denunciar esta insidiosa confusión y la irresponsabilidad de todos aquellos que, favoreciéndola de cualquier forma, ofrecen armas al adversario. **Entre la verdadera Derecha y la Derecha económica no sólo no existe identidad, sino más bien una precisa antítesis.** Éste es uno de los puntos que serán puestos de relieve en las páginas presentes, cuando nos referiremos a las relaciones entre la política y la economía tal como el fascismo trató de definirlas y tal como por lo demás derivan de toda verdadera doctrina del Estado.

En cuanto al pasado italiano mismo, hemos dicho que lamentablemente, aun refiriéndose a éste, es muy poco lo que se puede rescatar para la definición desde el punto de vista de una verdadera Derecha. En efecto, tal como todos saben, Italia se ha unificado como nación sobre todo bajo la influencia de ideologías que derivaban de la Revolución del Tercer Estado y de los «inmortales principios» del 89', ideologías éstas que no cumplieron un papel simplemente instrumental y provisorio en los movimientos del *Risorgimento*[1], sino que se han transplantado y han prosperado en la Italia unificada del Ochocientos y del primer Novecientos. Así pues tal Italia se ha encontrado sumamente lejos de presentar la estructura política de un nuevo Estado fuerte y bien articulado que entrase, como la última llegada, a formar parte del grupo de las grandes monarquías europeas.

En tal «Italita» de la democracia parlamentaria y de una domesticada monarquía en la cual los movimientos subversivos, explotando los conflictos sociales y las consecuencias de una administración inepta, no dejaron de provocar agitaciones muchas veces violentas y cruentas, existió, es cierto, la llamada «Derecha histórica», pero manteniéndose difícilmente de pie y

[1] Recibe tal nombre el movimiento patrótico de liberación italiano que en el siglo pasado obtuvo la unidad nacional. (N. de la trad.).

careciendo del coraje necesario para llegar hasta las raíces de los males que ella habría tenido que combatir, si bien en los tiempos de Di Rudini[2] y de Crispi[3] se supo quizás demostrar cierta resolución respecto de los mismos. Por lo demás, ella en el fondo era la expresión de la burguesía; a diferencia de la Derecha de otras naciones, ella no representaba a una aristocracia en tanto clase política exponente de una antigua tradición: la pequeña vena piamontesa, con lo que podía ofrecer en tal sentido, se había casi totalmente disuelto cuando a partir del reino del Piamonte se pasó a la nación italiana. Más que en el campo interno nacional y en la reelaboración de una doctrina general del Estado, la Derecha histórica desarrolló una acción digna de mención en el campo de la política exterior, en donde su coronación fue el acuerdo de la Triple Alianza. Si el mismo se hubiese desarrollado en todos sus lógicos postulados, esta combinación habría podido sustraer a Italia de la órbita de las ideologías de origen francés y revolucionario para orientarla en el sentido de aquellas que en cambio se habían conservado en buena medida en los Estados tradicionales de Europa central. Pero tal desarrollo, al cual le habría tenido que haber seguido una recomposición de las ideas políticas fundamentales, ha faltado totalmente; así pues ninguna precisa herencia ideológica nos ha dejado la Derecha histórica, la cual se empantanó finalmente en un moderado liberalismo. Con el final de la Triple Alianza y con la intervención de Italia del lado de la Entente que defendía, además de sus intereses materiales, la causa de la democracia (no obstante la presencia de la Rusia autocrática, la cual tenía que pagar a un precio muy trágico su política culpable), Italia volvió idealmente hacia la dirección que había elegido durante el período del *Risorgimento* en estrecha conexión con las ideologías y los movimientos revolucionarios internacionales de 1848-1849. Por lo demás, la excusa nacionalista del intervencionismo tenía que mostrarse como una ilusión, tan sólo si se considera el clima político-social presentado por la Italia «victoriosa», en donde las fuerzas antinacionales tuvieron en toda su gama, casi un juego libre, y en donde ninguna revolución o restauración desde lo alto, ninguna constitución de una verdadera Derecha en términos

[2] Hombre de Estado italiano (1839-1908). Llamado en 1869 por el rey al Ministerio del Interior, permaneció sólo unos meses. Reemplazó a Crispi en Asuntos Exteriores. Derribado en 1893, volvió al poder en 1896, tras los fracasos de la guerra de Etiopía. Fue jefe del partido conservador en la cámara. (N. de la Trad.).

[3] Francisco Crispi (1819-1901): presidente del Consejo de 1887 a 1889 y de 1893 a 1896. Lanzó a Italia a la acción colonial. (N. de la Trad.).

de legalidad tuvo lugar antes del advenimiento del fascismo. ¿Frente a tal clima qué es lo que podía significar lo que se ganó en términos de parcial satisfacción territorial las reivindicaciones irredentistas?

El hecho de haber mencionado a la Derecha histórica, que se expresara a nivel parlamentario, nos lleva a formular una precisión. En rigor de verdad, con relación a lo que tenemos en vista y que constituirá nuestro punto de referencia, el término «Derecha» es inapropiado. En efecto ello presupone una dualidad; la Derecha prácticamente se definió en el marco del régimen democrático-parlamentario de los partidos, en oposición a una «izquierda», por ende en un marco diferente del tradicional de los regímenes precedentes. En tales regímenes se pudo tener como máxima expresión un sistema como el inglés en sus formas originarias pre-victorianas, es decir, con un partido que representase al gobierno (y esto era, en un cierto sentido, la Derecha) y una oposición, entendida sin embargo, no como una oposición ideológica o de principio, no como una oposición al sistema, sino como una oposición *dentro* del sistema (o la estructura) con funciones de crítica rectificadora e integradora, sin que fuera puesta en cuestionamiento la idea, en cierto modo trascendente e intangible, del Estado. Una tal oposición «funcional», bien delimitada en un contexto orgánico y siempre lealista, no tiene nada que hacer con la que puede ejercer uno u otro de los múltiples partidos, reconcentrado cada uno de ellos en sus propios intereses y lanzados por igual a la conquista del poder y del Estado, e incluso a la institución del anti-Estado, como pudo ser el caso del partido republicano de ayer y como lo es en la actualidad el partido comunista.

Así pues es preciso concebir a la misma Derecha, tomada en su sentido mejor, político y no económico, como algo ligado a una fase ya involutiva, a la fase marcada por el advenimiento del parlamentarismo democrático, con el régimen de los múltiples partidos. En esta fase la Derecha se presenta en lo concreto como la antítesis de las izquierdas, casi en competencia con éstas sobre su mismo plano. Pero a nivel de los principios ella representa, o tendría que representar, una instancia más alta, tendría que ser la depositaría y la afirmadora de valores que se conectan directamente con la idea del verdadero Estado, valores en un cierto modo *centrales,* es decir superiores a cualquier posición partidista, según la superioridad ínsita en el concepto mismo de autoridad o soberanía tomados en su sentido más pleno.

Ya estas consideraciones conducen hacia la definición de nuestro punto

de referencia, para el cual será lícito hablar en general de la gran tradición política europea, no pensando en un régimen particular como modelo, sino en algunas ideas basales que en manera variada pero constante han estado en los cimientos de diferentes Estados y que fundamentalmente nunca fueron sometidas a discusión. A causa de una amnesia demasiado singular como para ser considerada natural y para no ser en vez explicada (en el mejor de los casos, es decir prescindiendo de las falsificaciones y de las sugestiones de una cierta historiografía) como el efecto patológico de profundos hechos traumáticos, nuestros contemporáneos no parecen tener más ninguna idea viva y adecuada acerca del mundo al cual es habitualmente aplicada la descolorida etiqueta de «antiguo régimen». A tal respecto evidentemente no se tienen en vista principios rectores, sino ciertas encarnaciones de los mismos, siempre sujetas a desgaste, desnaturalización o agotamiento y en cada caso poseyendo determinados condicionamientos en menor o mayor medida irrepetibles. Pero la contingencia, la mayor o menor longevidad de tales formas, que naturalmente en un determinado momento se sitúan en el pasado, no incide y no debe incidir en la validez de los principios; y ésta es la piedra angular para toda mirada que quiera captar lo esencial y no subyacer al embrutecimiento *historicista*.

Podemos pues concluir estas consideraciones preliminares diciendo que idealmente el concepto de la verdadera Derecha, de la Derecha tal como nosotros la entendemos, debe definirse en función de las fuerzas y de las tradiciones que actuaron formativamente en un grupo de naciones y a veces quizás también en unidades supranacionales antes de la Revolución Francesa, antes del advenimiento del Tercer Estado y del mundo de las masas, antes de la civilización burguesa e industrial, con todas sus consecuencias y sus juegos de acciones y reacciones concordantes que han llevado hasta al marasmo actual y a todo lo que amenaza con la destrucción definitiva de lo poco que aun queda de la civilización de Europa y del prestigio europeo.

No se nos pida ser más precisos, porque ello equivaldría a desear la exposición sistemática de una doctrina general del Estado. En parte el lector podrá referirse a nuestro libro *Los hombres y las ruinas*[4]. Sin embargo un cierto tratamiento ulterior saldrá en medida suficiente de nuestro examen en relación a los múltiples temas que expondremos.

[4] Publicado por este sello editorial en 1994.

II- FASCISMO,NEOFASCISMO Y ANTIFASCISMO

«Neo-fascismo» es la denominación hoy dada, sea por la democracia como por el comunismo, a las fuerzas «nacionales» que en Italia se oponen a tales corrientes. En la medida en que tal designación fue aceptada por éstas sin reserva alguna, se ha creado una situación no carente de equívocos y que se presta peligrosamente al juego de los adversarios. Por lo demás a esto se debe también que se hable en un sentido evidentemente peyorativo de «nostálgicos» y de «nostalgia». El fascismo ha padecido un proceso que bien puede definirse como de *mitologización,* y la actitud asumida por la mayoría respecto a él posee un carácter pasional e irracional, en vez que *crítico* e intelectual. Ello vale en primer lugar para aquellos que mantienen una fidelidad ideal en lo referente a la Italia de ayer. En gran medida ellos han hecho de Mussolini y del fascismo el objeto de un «mito» y su mirada se ha dirigido hacia una realidad históricamente condicionada y sobre el hombre que ha sido el centro de ella, en vez que sobre ideas políticas a ser consideradas en sí y por sí mismas, independientemente de tales condicionalidades, de modo de poder eventualmente mantener siempre su valor normativo en lo relativo a un sistema político bien definido.

En el caso aquí considerado la mitologización ha tenido naturalmente como correlato la *idealización,* es decir, un relieve dado sólo a los aspectos positivos del régimen fascista, poniendo deliberada o inconscientemente en la sombra los negativos. El mismo procedimiento es practicado en sentido opuesto por las fuerzas antinacionales en razón de una mitologización que tiene a la inversa como correlato la denigración sistemática, la construcción de un mito del fascismo en el cual son puestos tendenciosamente en evidencia los aspectos más problemáticos del mismo a fin de desacreditar y convertir al todo en repudiable.

Se sabe que en este segundo caso la mala fe y la pasión partisana se encuentran manifiestamente en la base también de un ulterior procedimiento y de una argumentación privada de cualquier legitimidad: se pretende establecer un nexo causal entre lo que respecta exclusivamente a los acontecimientos y consecuencias de una guerra perdida y el valor intrínseco de la doctrina fascista. Ahora bien, para todo pensamiento riguroso un nexo

semejante es sumamente arbitrario. Debe sostenerse que el eventual valor del fascismo como doctrina (por lo tanto prescindiendo de una determinada política internacional) está tan poco afectado por las consecuencias de una guerra perdida, del mismo modo que el mismo no habría podido ser confirmado o probado por una guerra que, en vez, hubiese sido vencida. Los dos planos son absolutamente distintos, muy a pesar del dogma historicista de que «lo racional es lo real», al cual gustosamente se remiten hombres sin espina dorsal.

Más allá de cualquier unilateralidad facciosa, aquel que, a diferencia de los «nostálgicos» de las nuevas generaciones, ha vivido durante el fascismo y por ende ha tenido una experiencia directa del sistema y de los hombres, sabe sin embargo y reconoce que en el mismo no todo se encontraba en orden. Mientras el fascismo existió y pudo ser considerado como un movimiento reconstructor en marcha, de posibilidades aun no agotadas y cristalizadas, pudo todavía ser lícito no llevar la crítica hasta un cierto límite. Y quien, como nosotros, aun defendiendo un orden de ideas coincidente sólo en parte con el fascismo (o con el nacionalsocialismo alemán), no condenó tales movimientos a pesar de la precisa conciencia acerca de aquellos aspectos problemáticos o desviados que poseía, lo hizo teniendo en cuenta justamente desarrollos posteriores posibles —a ser favorecidos con cualquier medio y con compromiso— que los habrían rectificado o eliminado.

Hoy cuando el fascismo se encuentra detrás de nosotros como una realidad de la historia pasada, la actitud no puede ser la misma. En vez de la idealización propia del «mito» se impone la separación de lo positivo respecto de lo negativo, no sólo por una frialdad teorética, sino también por una orientación práctica en vista de una posible lucha política. Así pues no se debería aceptar el epíteto de «fascista» o «neofascista» *tout court;* en todo caso si es que ello se desea habría que decirse fascista en relación con aquello que en el fascismo fue positivo, y no fascista respecto de lo que no lo fue.

Luego hay que tener presente que, además de lo positivo y lo negativo, el fascismo en su carácter aquí mencionado de movimiento susceptible de desarrollos, comprendía tendencias diversas de las cuales sólo el futuro —siempre que la derrota militar y el derrumbe interno de la nación no lo hubiesen paralizado todo— habría podido decir cuáles habrían prevalecido. En Italia —y también en Alemania— la unidad no excluía tensiones de no relevancia en lo interno del sistema. No aludimos aquí a simples

tendencialidades ideológicas representadas por tal o cual individuo o grupo; tales tendencialidades fueron en gran medida inoperantes y no serán tomadas en consideración en el presente examen. Se trata más bien de elementos referidos a la estructura del sistema y del régimen fascista, asumido en su concreción, en su positividad estatal y, en general, institucional. Éste es el segundo más importante motivo de la necesidad de superar la mitologización y de asumir el fascismo en manera indiferenciada. Si después se piensa en los dos fascismos, en el clásico del *Ventenio y* en el de la *República Social,* unidos, sí, por una continuidad de fidelidad y de combate, pero notablemente distintos como doctrina política también en parte por efecto de la influencia fatal de las circunstancias, aparecerá aun más evidente este problema de la discriminación y de qué manera el «mito» lleve a peligrosas confusiones, perjudiciales para llegar a constituir un encuadramiento decidido y compacto. En relación con esto el punto al cual se debe dar relieve es la necesidad de ampliar los horizontes, de tener un sentido de las distancias. En realidad hoy, mientras los unos consideran al fascismo como un simple «paréntesis» y una aberración de nuestra más reciente historia, los otros dan la impresión de quien, habiendo nacido hoy, cree que además del ayer no haya existido otra cosa. Ambas actitudes son inadecuadas, y sería necesario oponerse con la máxima energía a quien quisiese imponer la alternativa fascismo-antifascismo, con el fin de agotar con la misma toda posibilidad política y toda discusión: una consecuencia de ello es, por ejemplo, la de que no se podría ser antidemocráticos sin ser automáticamente «fascistas» o comunistas. Este círculo cerrado es absurdo, y a tal respecto hay que remitirse a nuestras consideraciones preliminares, denunciando la miope perspectiva que el mismo implica.

También en la búsqueda de lo positivo hay efectivamente una diferencia esencial entre quien como único punto de referencia tenga al fascismo (o eventualmente movimientos análogos de otras naciones, como el nacional-socialismo alemán, el rexismo belga, la primera Falange española, el régimen de Salazar, la Guardia de Hierro rumana. Ayer se pudo hablar de una «revolución mundial» como un movimiento opuesto a la revolución proletaria) haciendo comenzar y concluir en el mismo el propio horizonte político, histórico y doctrinal, y quien en vez considera aquello que en tales movimientos se presentó en los términos de formas particulares, en maneras en mayor o menor medida imperfectas, adaptadas a las circunstancias, en las

cuales se habían vuelto a manifestar y habían actuado ideas y principios de aquella anterior tradición de la cual hemos hablado (a los cuales debe reconocerse un carácter de «normalidad» y de constancia) vinculando los aspectos originales, «revolucionarios» en sentido estricto, de aquellos movimientos con el dominio de lo secundario y de lo contingente. En síntesis, se trata de vincular hasta donde sea posible al fascismo con la gran tradición política europea y de separar lo que en el mismo existió bajo la forma de un compromiso, de posibilidades divergentes o incluso desviadas, de fenómenos que en parte se resentían de los mismos males contra los cuales, reaccionando, se quería combatir.[1]

Hoy, cuando no tenemos más en frente aquella realidad concreta del fascismo en su específica y comprometida circunstancia histórica, todo esto es por cierto posible e indica también la única vía que prácticamente se ofrece a las fuerzas «nacionales», dado que la «nostalgia» y la mitologización sirven muy poco y no puede hacerse resucitar a Mussolini o fabricar uno nuevo bajo medida, y puesto que la situación actual es diferente de la coyuntura que hizo posible al fascismo según su aspecto histórico particular.

En los términos indicados, no es difícil vislumbrar el posible significado superior que la discriminación —que evidentemente es también una integración— del fascismo (es la integración del mismo en la herencia tradicional) llega a asumir. Más allá de toda confusión y debilidad, ella en efecto ofrece una piedra de toque para las vocaciones. Un gran espíritu del pasado

[1] Existe una vasta literatura sobre el fascismo, con una correspondiente variedad de interpretaciones, pero en la misma no se encuentra un solo escrito que siga este punto de vista; cuando no es sectaria, posee un carácter sociológico, «historicista» o socioeconómico; las categorías de las cuales se sirve son las de una mentalidad «moderna» que, como tal, ignora los principios sobre los que se basa nuestro análisis y el mismo significado de una verdadera Derecha. Quizás la reseña más completa y reciente de tal literatura está contenida en el libro de R. De Felice, *Las interpretaciones sobre el fascismo* (Barí, 1969). No sabemos cómo el autor pueda decir (pág. 13) que este nuestro ensayo por él citado no haya contrapuesto nada a las interpretaciones corrientes, denominadas «clásicas» del fascismo. Ya el punto de vista seguido por nosotros, que no es de una simple interpretación, sino esencialmente discriminativo y normativo, constituye una diferencia fundamental. Por lo demás, De Felice ha declarado (pág. 191) «no detenerse en todos los aspectos de la realidad fascista, ni, mucho menos, sobre el directamente ideológico», mientras que es justamente el aspecto «ideológico» (nosotros diríamos mejor: doctrinal) es para nosotros reputado esencial y tomado principalmente en consideración.

siglo, Donoso Cortés, habló de los tiempos que se preparaban para Europa, preanunciados por los primeros movimientos revolucionarios y socialistas, como los de "las negaciones absolutas y de las afirmaciones soberanas". A pesar de las bajuras en que nos encontramos hoy puede haber todavía alguien con este sentimiento.

En cuanto al contenido del breve examen que emprenderemos, el mismo se limitará a aquello que se convirtió en realidad estructural e institucional, en régimen y praxis concreta, extrayéndose de las varias fuerzas que alimentaron al movimiento fascista, en relación a los principios que de todo esto pueden extraerse en manera directa o indirecta. Habiendo sido Mussolini el centro de cristalización de tales fuerzas, en lo referente a la doctrina será a las posiciones de Mussolini que nos referiremos, tal como éstas se definieron a través de la lógica interna del movimiento del cual él fue el jefe: puesto que, como se sabe, a diferencia del comunismo y, en parte, también del nacionalsocialismo, el fascismo no tuvo una doctrina exactamente formulada y unívoca que precediera a la acción y a la «revolución» («el hecho, en el fascismo ha precedido a la doctrina», reconoció el mismo Mussolini). Tal como se ha mencionado, dejaremos en vez aparte aquellas tendencialidades ideológicas, muchas veces discordantes, que permanecieron simplemente así y que, tras la conquista del poder, fueron propias de grupos menores particulares a las cuales, en su conjunto, les fue aceptada una libertad de expresión sumamente vasta, probablemente debida al hecho de que su influencia era prácticamente nula.

III- EL ESTADO Y LA NACIÓN SEGÚN EL FASCISMO

El significado fundamental que el fascismo revistió, a medida que el mismo se definió y triunfó, es, desde nuestro punto de vista, el de una reacción que tomara su impulso de fuerzas combatientes y nacionales ante una crisis que era esencialmente crisis de la idea misma del Estado, de la autoridad y del poder central en Italia.

La Italia de la primera postguerra se presentaba como un Estado laico en el cual la influencia masónica era considerable, con un débil y mediocre gobierno demoliberal, con una monarquía menoscabada, es decir, constitucional y parlamentaria, como un Estado que en su conjunto se hallaba privado de un «mito» en el sentido positivo, es decir, de una superior idea animadora y formativa que hiciese de él algo más que una mera estructura de la administración pública. Que en tales circunstancias una nación no estuviese en grado de hacer frente a los graves problemas que las fuerzas puestas en movimiento por la guerra y la postguerra imponían, y de combatir las sugestiones sociales revolucionarias difundidas en las masas y en el proletariado por los activistas de izquierda, ello era una cosa que aparecía cada vez más evidente.

De este modo el mérito del fascismo ha sido sobre todo el de haber vuelto a levantar en Italia la idea de Estado, de haber creado las bases para un gobierno enérgico, afirmando el puro principio de la autoridad y de la soberanía política. Éste fue, por decirlo así, el punto positivo de arranque del movimiento a medida que se definió y se liberó de sus principales componentes originarios, del que emanaba el *combattentismo*[1] revolucionario, de aquella tendencia genéricamente nacionalista y también de aquella que se remitía a un sindicalismo semi-soreliano.

Según tal perspectiva puede hablarse de una especie de inversión o desplazamiento «vectorial» del movimiento intervencionista. En efecto ideológicamente el intervencionismo[2], tal como hemos resaltado, implicó una adhesión de Italia al encuadramiento de la democracia mundial

[1] Nos referimos aquí al espíritu combatiente surgido en Italia durante la primera guerra mundial (n. de la trad.).

[2] Era la actitud de quienes bregaban por la entrada de Italia en la primera guerra (n. de la trad.).

coaligada contra los Imperios Centrales y que bajo varios aspectos se refirió al espíritu del *Risorgimento,* por ende a las ideas del '48; pero existencialmente el intervencionismo tuvo un significado revolucionario autónomo y la guerra fue la ocasión para el despertar de fuerzas que no soportaban el clima de la Italia burguesa, las cuales justamente, a partir del *combattentismo,* alimentaron al fascismo; al no aceptar luego «normalizarse» de nuevo dentro de aquel clima, éstas cambiaron ideológicamente de polaridad y se orientaron hacia la Derecha, hacia el ideal del Estado jerárquico y de la «nación militar», siendo así rápidamente eliminadas las tendencialidades socializantes y puramente insurrecionales (incluso republicanas) previas a la *Marcha sobre Roma.* Este aspecto «existencial» del fascismo debe ser puesto en evidencia y convenientemente resaltado. En cuanto al otro aspecto, fue así como Mussolini, una vez obtenido el poder, pudo pregonar el surgimiento de nuevas jerarquías y hablar de un nuevo «siglo de la autoridad, un siglo de la «Derecha», un siglo del fascismo». Cuando él afirmó (1926): «Nosotros representamos un principio nuevo en el mundo [actual]. Nosotros representamos la antítesis neta, categórica, definitiva para todo el mundo... de los inmortales principios del '89", puso en evidencia el momento «contrarrevolucionario» como uno de los aspectos más esenciales asumidos por el movimiento.

Estructuralmente, en una cierta medida, se podría por lo tanto aplicar al fascismo aquella misma designación de potencial «revolución conservadora» que fue usada por tendencias surgidas en Alemania después de la Primera Guerra Mundial y antes del hitlerismo, también éstas con una relevante orientación *combattentista:* pero a condición de referir el conservadorismo a ciertos principios políticos (a aquellos respecto de los cuales la ideología de la Revolución Francesa representó la negación), no a una preexistente realidad de hecho, porque hemos visto que en la Italia precedente, pre-fascista, no había nada que pudiese dar al conservadorismo un contenido superior y positivo. Había muy poco que fuese digno de ser «conservado». A diferencia del movimiento alemán paralelo aquí mencionado, bajo varios aspectos en Italia el fascismo prácticamente tuvo pues que partir del punto cero. Este hecho explica también, si bien no justifica, alguno de sus aspectos problemáticos.

En el orden de los principios, en la doctrina política fascista toda ideología societaria y democrática fue superada. Al Estado le fue reconocida una preeminencia con respecto al pueblo y a la nación, es decir la dignidad de un poder superior sólo en función del cual la nación adquiere una

verdadera conciencia de sí, posee una forma y una voluntad, participa de un orden por encima del meramente naturalista. Mussolini tuvo ocasión de afirmar (1924): «Sin el Estado no hay nación. Hay sólo agrupamientos humanos, susceptibles de todas las desintegraciones que la historia les puede infligir». Y así también: «Sólo el Estado da la osamenta a los pueblos» (1927). Agregó a su vez precisando: «No es la nación la que genera el Estado. Por el contrario la nación es creada por el Estado, el cual da al pueblo... una voluntad y por lo tanto una existencia efectiva». La fórmula «El pueblo es el cuerpo del Estado y el Estado es el espíritu del cuerpo» (1934) remite, si es adecuadamente interpretada, a la idea clásica de una relación dinámica y creativa entre «forma» y «materia». Pueblo y «nación» en sentido genérico, naturalista y también romántico, son tan sólo la «materia» (cuerpo), el Estado es la «forma» concebida como fuerza organizadora y animadora, según la interpretación dada a «materia» y «forma» por la filosofía tradicional, partiendo desde Aristóteles.

Es pues rechazada la concepción vaciada de un Estado el cual tendría que limitarse a tutelar las «libertades negativas» de los simples ciudadanos en tanto meros individuos empíricos, a «garantizar un cierto bienestar y una relativa convivencia comunitaria y pacífica», en esencia reflejando o siguiendo pasivamente a las fuerzas de la realidad social y económica concebidas como las primarias. Del mismo modo también nos encontramos en oposición de la idea de una pura burocracia de la «administración pública», según la imagen agigantada de lo que puede ser la forma y el espíritu de alguna sociedad privada con fines puramente utilitarios.

Cuando, a partir de esta concepción de base, el fascismo afirmó el trinomio «autoridad, orden y justicia», es innegable que el mismo retomó la tradición que informó a todo gran Estado europeo. Se sabe también que el fascismo volvió a evocar, o intentó hacerlo, la idea romana como suprema y específica integración del «mito» del nuevo organismo político, «fuerte y orgánico»; la tradición romana, para Mussolini, no tenía que ser retórica y mero oropel, sino «una idea de fuerza», además de un ideal para la formación del nuevo tipo de aquel hombre que habría debido tener en sus manos el poder. «Roma es nuestro punto de partida y de referencia. Es nuestro símbolo, es nuestro mito» (1922). Esto atestiguó una precisa elección de las vocaciones, pero también una gran audacia: era como querer lanzar un puente sobre un hiato de siglos, para retomar el contacto con la única herencia realmente válida de toda la historia desarrollada en el suelo italiano. Una cierta continuidad positiva, sin embargo, no se estableció sino

limitadamente al significado del Estado y de la autoridad (del *imperium* en sentido clásico) y también en relación con la ética viril y con un estilo de dureza y de disciplina que el fascismo propuso al italiano. Una profundización de las ulteriores dimensiones del símbolo romano —dimensiones espirituales en sentido propio, de visión del mundo— y la precisión de la romanidad a la cual propiamente era posible referirse, sin embargo no tuvieron lugar en el fascismo oficial; los elementos que podían emprenderlo o eran inexistentes o no fueron utilizados [3].

[3] Por esta precisión habría que haber también enfrentado el problema de las relaciones entre romanidad clásica y el cristianismo (y catolicismo): cosa siempre evitada prudentemente por Mussolini (un escrito nuestro de entonces, que puso en manera drástica el problema, no tuvo eco adecuado) [*se refiere aquí a su opúsculo "Imperialismo pagano"*]. Por otra parte, al referirse a las dimensiones del símbolo romano, es significativo que el régimen no supo por lo demás sino sostener al llamado Instituto de Estudios Romanos, cuyas actividades se redujeron a agnósticas ejercitaciones filológicas, arqueológicas y mediocremente eruditas, sin cualquier dirección de eficacia política, ética o espiritual: tanto que tal Instituto existe aun ahora, en la Italia democrática, antifascista, en la misma manera que ayer.

IV- ESTADO FASCISTA Y ESTADO TRADICIONAL

En sus líneas esenciales de doctrina del Estado el mensaje del fascismo debe considerarse sin más, desde el punto de vista de la Derecha, como positivo. Nos encontramos justamente en la órbita de un sano pensamiento tradicional, y es partiendo de éste que la polémica sectaria unilateralmente denigratoria del antifascismo debe ser rechazada en forma neta. Sin embargo se impone una clarificación. Por un lado es bueno precisar aquellas que habrían tenido que ser las implicaciones últimas de la doctrina, aquello que habría tenido que ser acentuado para asegurar un carácter inequívoco; en segundo lugar es necesario indicar los puntos en los cuales en el sistema y en la praxis del fascismo se manifestaron las principales desviaciones.

Por lo que respecta al primer aspecto, nos limitaremos a resaltar que el principio de la preeminencia del Estado frente a todo lo que es simplemente pueblo o nación debería articularse luego a través de la oposición ideal entre Estado y «sociedad», teniendo que reunirse bajo el término «sociedad» a todos aquellos valores, aquellos intereses y aquellas disposiciones que se remiten al lado físico y vegetativo de una comunidad y de los individuos que la componen. En realidad, doctrinariamente es fundamental la antítesis entre los sistemas políticos que gravitan sobre la idea de Estado y aquellos que en vez gravitan sobre la idea de «sociedad» (tipo «social» del Estado). Al segundo se vinculan las variedades del jusnaturalismo, del contractualismo de base utilitaria y de la democracia, con los desarrollos concatenados que desde la democracia liberal conducen hasta las llamadas «democracias populares», es decir marxistas y comunistas.

Vinculada a este dualismo es la definición del plano político en cuanto tal en los términos, en un cierto sentido, de una «trascendencia». Aquí entra en juego el contenido «heroico» o militar, de servicio como honor y de lealtad en sentido superior que puede adquirir existencia, o al menos en algunos aspectos existencia, con referencia al Estado. Se trata de una cierta tensión ideal elevada, que lleva más allá de los valores, no sólo hedonistas (de simple bienestar material), sino también eudemonistas (es decir incluso de bienestar espiritual). Es innegable que el fascismo se esforzó por dar relieve a esta dimensión de la realidad política (a ser considerada como

opuesta a aquella tan solo «social»), también por la aspiración antiburguesa, combativa e incluso peligrosa (el famoso «vivir con peligro», retomada de Nietzsche por Mussolini: todo esto se resintió por lo demás del componente existencial, *combattentista* del movimiento fascista), y por la exigencia de una integración del hombre por medio de «una inmanente relación con una ley superior, con una voluntad objetiva que trasciende al individuo particular». La formulación de una tal exigencia es significativa, aun si no se llegó a precisar en modo adecuado su contenido.

El juicio sobre las formas concretas con las cuales el fascismo trató de adecuarse a tal exigencia, el que debe ser considerado como el correlato imprescindible de la doctrina del Estado antes mencionada, puede ser variado. Si puede reconocerse el carácter exterior y artificial de varias iniciativas y usos de la Italia de ayer, ello no debe servir como pretexto para dejar a un lado un problema que es de fundamental importancia, hoy no menos que ayer. Se trata, en el fondo, del problema del modo con el cual puede irse al encuentro de un impulso hacia la «autotrascendencia» que en el hombre puede ser reprimido y callado, pero nunca completamente extirpado, excepto en el caso-límite de una bastardización sistemática de tipo bovina. Las «revoluciones nacionales» de ayer buscaron proveer un centro político de cristalización a este impulso (es, nuevamente, la mencionada acción de una «forma» sobre una «materia»), para impedir su selvatización y su manifestación o irrupción en formas destructivas. En efecto, nadie podía ignorar la crisis profunda de la «racionalización» de la existencia intentada por la civilización burguesa, el múltiple emerger de lo irracional y de lo «elemental» (en el sentido mismo de la elementariedad de la fuerza de la naturaleza) a través de las grietas de tal civilización en todos los planos.

Hoy, a través de la recuperación de aquella quimera de la «racionalización», se tiende en vez a rechazar y a desacreditar todo aquello que es tensión existencial, heroísmo y fuerza galvanizadora de un mito, precisamente bajo el signo de un ideal no político, sino «social» y de bienestar físico. Pero ha sido justamente resaltada la inevitabilidad de una crisis tan profunda en el momento en el cual, al final, la *prosperity* y el bienestar *aburrirán*. Las anticipaciones de tales crisis no faltan: se han organizado toda clase de rebeliones ciegas, anárquicas y destructivas de una juventud, la cual, justamente en las naciones más prósperas, advierte el carácter absurdo y la falta de cualquier sentido en la existencia socializada, racionalizada,

materializada, encuadrada en la llamada «sociedad de consumo». En ésta aquel impulso elemental no encuentra más su objeto y, abandonado a sí mismo, se vuelve bárbaro.

En las sociedades tradicionales ha existido siempre cierta liturgia o mística de la potencia y de la soberanía, la cual era parte integrante del sistema que proveía una solución al problema del cual se ha hablado aquí. Así pues no es aquí el caso de atribuir en bloque algunas iniciativas tomadas por el fascismo y su voluntad de mantener un clima general de elevada tensión; se trata más bien de reconocer el límite más allá del cual sólo se tuvo algo paródico e inauténtico en un conjunto muchas veces determinado por la inadecuación entre principios e intenciones por un lado y un cierto material humano por el otro.

En rigor en este contexto se asoma sin embargo un problema que en el presente examen puede ser sólo rozado. El mismo se refiere a la acusación de que un sistema político del tipo del que estamos aquí tratando usurpa un significado religioso, que el mismo desvía la capacidad del hombre de creer y de sacrificarse y, en general, su poder de autotrascendencia de su objetivo legítimo, el que sería justamente la religión, para dirigirlo hacia sustitutos profanos. Como es evidente esta objeción tiene peso en tanto se parta de un dualismo sustancial e insuperable entre mundo del Estado y mundo espiritual o de lo sagrado. Entonces es necesario ver claro a qué conduce tal dualismo; el mismo implica por un lado la desconsagración y materialización de todo aquello que es política, poder, autoridad; por el otro la desrealización de todo aquello que es espiritualidad y sacralidad. Tal es consecuentemente también la natural consecuencia del «Dad al César», y todos los intentos de la teología política para volver a saldar la fractura que se ha de este modo operado no llevan más allá de un simple compromiso. Por otro lado hay que resaltar que la mencionada escisión no fue conocida por todo un conjunto de organismos políticos tradicionales europeos y no europeos, en los cuales una u otra forma de sacralización del poder y de la autoridad constituyó en vez el sostén y la legitimación de todo el sistema. En materia de principio, si la autoridad y la soberanía no poseen un cierto crisma espiritual, ellas no pueden ni siquiera ser llamadas verdaderamente tales, y la totalidad del sistema del verdadero Estado se encuentra con que carece de cualquier sólido centro gravitacional para todo aquello que no se reduce a un mero orden administrativo y «social», sino que en vez tenga referencia con el

mencionado clima de alta tensión.

La situación general de la época y el significado que en Italia ha tenido el catolicismo en tanto fuerza social tenían sin embargo que impedir al fascismo de enfrentar directamente el grave problema del crisma último del Estado, si bien al mismo habría tenido que haberse remitido, por lo demás, también por las naturales implicaciones de una verdadera y valiente reasunción de la idea romana. Así pues de hecho se permaneció en una oscilación. Por un lado Mussolini reivindicó en forma repetida para el fascismo un valor «religioso»; por el otro, él no especificó cuál debía ser propiamente tal religiosidad, en cuanto asociada a la idea política y, por ende, diferente de una común e informe devoción dirigida hacia lo supramundano. Él declaró que «el Estado no posee una teología, sino una moral». Pero también con esto se permanece en el equívoco, puesto que toda moral, si debe tener una profunda justificación y un carácter intrínsecamente normativo, si no debe ser una mera convención de la convivencia social, es necesario que tenga un fundamento «trascendente», por el cual ella remita hacia un plano no diferente del religioso en donde toma forma también una «teología». Así pues era natural que muchas veces se llegara a choques, en especial allí en donde entraba en juego la educación y la formación espiritual de las nuevas generaciones, entre el fascismo y los exponentes de la religión dominante, abocados en monopolizar para sí todo lo que tenga un carácter propiamente espiritual, apoyándose en las cláusulas del Concordato.

Por otro lado es bastante evidente que, si no se enfrenta el mencionado problema, no es posible rechazar totalmente ciertas interpretaciones de los movimientos de tipo «fascista» que remiten a un ámbito de sucedáneos en un mundo desacralizado, en el marco de las modernas místicas secularizadas y «paganas»: incluso elementos como la lucha y el heroísmo, la fidelidad y el sacrificio, el desprecio por la muerte y así sucesivamente, pueden asumir un carácter irracional, naturalista, trágico y oscuro (Keyserling había hablado nada menos que de un colorido *telúrico* de la «revolución mundial») cuando falte aquel punto de referencia superior y, en una cierta manera, transfigurante del que se ha hablado y que pertenece necesariamente a una esfera que trasciende al mismo dominio de la simple ética.

Pasando ahora a otro plano, en materia de mezclas se debe resaltar que, si en la doctrina fascista tuvo suficiente relieve la mencionada oposición fundamental entre aquello que es político y lo que es «social», una oposición

análoga no fue formulada en lo referente a un nacionalismo que hiciese apelación a simples sentimientos de patria y de pueblo, asociado a un «tradicionalismo» que en Italia, por el mismo carácter de la historia precedente de la nación, no podía tener nada en común con la Tradición comprendida en sentido superior, sino que se asociaba a un mediocre conservadurismo de tipo burgués, «bienpensante», catolicizante y conformista. Al unirse la corriente nacionalista al movimiento fascista, en tanto aquella también, partiendo de tales puntos de referencia, había intentado organizarse de manera activa (los «camisas azules») en contra de los movimientos subversivos, ello contribuyó a un cierto debilitamiento de la idea política fascista. Por cierto, no pueden dejarse a un lado los condicionamientos a los cuales subyace la política cuando ésta es el «arte de lo posible». En los tiempos últimos el *pathos* de la «patria» y la apelación a sentimientos «nacionales» en la lucha contra las corrientes de izquierda ha sido uno de los pocos medios utilizables que han quedado. Así pues en la misma Italia actual la actitud «nacional» muchas veces vale como sinónimo de «postura de Derecha». Sin embargo desde el punto de vista de los principios aquí se tiene un desfasaje análogo con aquel, ya observado, por el cual el liberalismo, en su momento la bestia negra para los hombres de la Derecha, hoy ha podido ser considerado justamente como una orientación de Derecha.

Históricamente la conexión entre los movimientos «nacionales» y los revolucionarios que se remitían a los principios del '89 es en vez irrebatible, aun sin querer remitirse a un período tan lejano en el cual el surgimiento y la emancipación de las «naciones», incluso como Estados nacionales monárquicos, provocó el resquebrajamiento de la civilización imperial y feudal del Medioevo europeo. Desde el punto de vista de la doctrina es sumamente importante tener en claro el carácter naturalista y, en cierta medida, pre-político, que presentan los sentimientos de patria y de nación (carácter pre-político y naturalista no diferente del sentimiento de familia) con respecto a aquello que en vez, sobre el plano principalmente político, une a los hombres en base a una idea y a un símbolo de soberanía. Además, todo *pathos* patriótico tendrá siempre algo colectivizante que se resiente de aquello que ha sido llamado «estado de muchedumbre». Volveremos sobre este punto. Por ahora creemos legítimo hablar de un debilitamiento en relación al alcance que en el fascismo tuvo (además de lo que puede referirse al componente antes mencionado del precedente partido nacionalista) el mito

de la nación en general, con las correspondientes consignas y con prolongaciones que orillaban el populismo. Si la mezcla de todo esto con la doctrina, por lo demás netamente formulada y puesta por nosotros en evidencia en su valor tradicional, de la preeminencia del Estado con respecto a la nación puede considerarse como característica en el fascismo en tanto realidad de hecho, ello no quita que, según un puro pensamiento de Derecha, en esta mezcla se tenga un hibridismo y que sus componentes deban ser separados y referidos a dos mundos ideales muy diferentes.

Dada la mentalidad de la mayoría, esta precisión en lo relativo al valor del concepto de patria y de nación a los fines de una purificación del ideal del Estado verdadero podrá también no aparecer como evidente. Sin embargo vendrá bien hacer observar cómo sea fácil abusar de la apelación a la patria y a la nación a través de una retórica vacua y desvergonzada con fines de lo más inconfesables. Se lo ve hoy en el patriotismo, manifestado en Italia con fines tácticos y electorales, incluso en partidos que en su esencia tienden, no sólo al anti-estado, sino también a la negación del eventual contenido superior recabable de un purificado y dignificado nacionalismo. Por lo demás en Rusia se ha podido hablar de una «patria soviética» y ayer mismo, en la guerra de los soviéticos contra Alemania, se ha podido hacer apelación al patriotismo de los «compañeros»; lo cual es un verdadero absurdo si es que uno se ubica desde el punto de vista de la pura ideología comunista. Hay que resaltar finalmente que, a pesar de las mencionadas mezclas, la idea de la realidad trascendente del Estado no dejó de ser señalada como una característica del fascismo, la que lo diferenciaba de movimientos similares: ella por ejemplo fue sentida muchas veces como su elemento distintivo, «romano», con respecto a la ideología nacionalsocialista en la cual el acento caía más bien (por lo menos en la doctrina) sobre el pueblo-raza y sobre la denominada *Volksgemeinschaft*[1].

[1] Nos acordamos al respecto de un coloquio que tuvimos en Bucarest en 1938 con CORNELIO CODREANU, el jefe de la *Guardia de Hierro* rumana, una de las figuras más nobles e idealistas de los movimientos «nacionales» del período anterior. Para indicar las diferencias entre el fascismo, el nacionalsocialismo y su movimiento, CODREANU se refirió a los tres principios de un organismo humano, su forma, su fuerza vital y su espíritu. Dijo que, de manera análoga, un movimiento de resurgimiento político, aun no descuidando los otros aspectos, puede fundarse principalmente sobre uno de ellos, en el más vasto organismo correspondiente a una nación. Ahora bien, para él el fascismo había dirigido su interés sobre el elemento «forma», en tanto doctrina romana del Estado, el nacionalsocia-

Con respecto a los peligros presentados por el sistema fascista desde el punto de vista, no ya de una democracia liberal informe, sino del de una verdadera Derecha, el más grave se refiere quizás al llamado totalitarismo.

El principio de una autoridad central inatacable se «esclerotiza» y degenera cuando el mismo es afirmado a través de un sistema que lo controla todo, que todo lo regimeniza y que interviene en todo de acuerdo a la conocida fórmula "Todo en el Estado, nada afuera del Estado, nada en contra del Estado". Allí donde no se precise *en cuáles términos* se tenga que concebir tal inclusión, una fórmula semejante sólo puede valer en el marco de un estatismo de tipo soviético, dadas las premisas materialistas, colectivistas y mecanicistas del mismo: no para un sistema de tipo tradicional basado sobre valores espirituales, sobre el reconocimiento del significado de la personalidad y sobre el principio jerárquico. Es así cómo en la polémica política se ha podido concebir un denominador común al hablar de totalitarismo de Derecha y totalitarismo de izquierda, lo cual es un verdadero absurdo.

El Estado tradicional es orgánico, pero no totalitario. Es diferenciado y articulado, admite zonas de parcial autonomía. Coordina y hace participar en una unidad superior a fuerzas a las que sin embargo les reconoce la libertad. Justamente porque es fuerte, no tiene necesidad de recurrir a una centralización mecánica: ésta sólo es requerida cuando haya que refrenar a una masa informe y atómica de individuos y de voluntades, con lo cual, por lo demás, el desorden no podrá nunca ser verdaderamente eliminado sino sólo provisoriamente contenido. Para usar una feliz expresión de Walter Heidrich, el Estado verdadero es *omnia potens,* y no *omniafacens,* es decir en el centro detenta un poder absoluto que él puede y debe hacer valer sin embarazos en caso de necesidad o en las decisiones últimas, más allá del fetichismo del «Estado de derecho»; pero no se entromete por doquier, no se sustituye a todo, no tiende a una cuartelización de la existencia (en el sentido negativo), ni a un conformismo nivelador en lugar del libre reconocimiento y de la lealtad; no procede con impertinentes y obtusas intervenciones de lo público y de lo «estatal» en lo privado. La imagen tradicional es la de una natural gravitación de partes y de unidades parciales

lismo había subrayado las fuerzas vitales, en razón de sus referencias a la raza y al *Volk,* en cuanto a él, CODREANU, habría querido partir del espíritu y dar un colorido religioso, más aun místico, a su movimiento.

alrededor de un centro el cual manda sin constreñir, actúa por prestigio, por una autoridad que puede, es cierto, recurrir también a la fuerza, pero de la que se abstiene lo más posible. El testimonio de la fuerza efectiva de un Estado es dado por la medida del margen que el mismo puede conceder para una parcial, racional descentralización [2]. La ingerencia sistemática estatista puede ser un principio sólo en el socialismo de Estado tecnocrático y materialista.

En oposición a ello, el deber esencial del Estado verdadero es el de crear un determinado clima general y en un cierto sentido inmaterial, según lo que fue propio de todos los regímenes anteriores. Tal es la condición necesaria para que un sistema en el cual la libertad será siempre el factor fundamental tome forma en manera espontánea y funcione en el modo más justo, con un mínimo de intervenciones rectificatorias. A tal respecto es significativa en el plano de la economía la antítesis entre el ejemplo norteamericano, en donde el gobierno federal ha tenido que promulgar una severa ley *anti-trust* para combatir formas de piratería y de cínico despotismo económico surgidas en el clima de la «libertad» y del liberalismo, y el ejemplo de la actual Alemania occidental en donde, a través de un clima diferente, a ser considerado en buena medida como una herencia residual, no desunida de algunas predisposiciones raciales, de los regímenes precedentes, la libertad económica se ha desarrollado en un sentido esencialmente positivo y constructivo, sin particulares intervenciones centralizadoras o refrenadoras del Estado.

Allí donde el fascismo presentó un carácter «totalitario» se debe pues pensar en una desviación de su exigencia más profunda y válida. En efecto, Mussolini ha podido hablar del Estado como de «un sistema de jerarquías», jerarquías que «deben tener un alma» y culminar en una *élite:* ideal que, evidentemente es distinto del totalitario. Dado que hemos hablado de eco-

[2] Como observación complementaria debe decirse que cada descentralización no puede no actuar en manera disgregadora cuando exista una carencia del poder político central. Es así que el regionalismo (la región de estatura particular) hacia el cual se dirige el actual régimen democrático en Italia, régimen caduco, lábil, vaciado, es un puro error, es signo evidente de ceguera política. Además se debe resaltar que a la «región» italiana no se le puede reconocer el carácter de una unidad orgánica; ella es una mera estructura administrativa privada de vínculos y tradiciones formativas que por ejemplo caracterizan a los diferentes *Länder* Alemania. Las regiones italianas son tantos segmentos de la masa nacional preliminarmente hecha amorfa por la democracia.

nomía —pero sobre ello volveremos— Mussolini rechazó la tendencia denominada «pancorporativista», la que tenía un carácter efectivamente totalitario, y en la *Carta del Lavoro* se reconoció abiertamente la importancia de la iniciativa privada. Por lo demás, podríamos referirnos al mismo símbolo del fascio littorio, del cual el movimiento de revolución antidemocrática y antimarxista de los Camisas Negras recabó su nombre y que, según una frase de Mussolini, debía significar «unidad, voluntad y disciplina». En efecto el fascio se compone de vergas distintas unidas alrededor de un hacha central, la cual, según un simbolismo arcaico común a las antiguas tradiciones, expresa la potencia de lo alto, el puro principio del imperio. Se tiene así unidad y, conjuntamente, multiplicidad, orgánicamente unidas y en sinergia, en visible correspondencia con las ideas mencionadas recién.

Por otro lado debe observarse que el actual Estado democrático italiano ha demostrado poder ser, bajo pretextos «sociales», mucho más invadiente y estatizante que el régimen anterior, esto es el fascismo, y el mundo del verdadero Estado quizás deba atribuirse sobre todo a otro sector, en relación a lo que fue el llamado «Estado ético». Hemos reconocido un carácter positivo a la concepción del Estado en cuanto principio o poder sobreelevado que da forma a la nación, y hace poco hemos hablado del deber de crear un determinado clima general. Una de las principales aspiraciones del fascismo fue también la de ser el principio de una nueva manera de vida; al Estado agnóstico demoliberal, «colchón sobre el cual todos se acuestan sucesivamente», Mussolini contrapuso un Estado «que transforma al pueblo continuamente»; él llegó a decir: «incluso en su aspecto físico».

Pero con todo esto se presenta el peligro y la tentación de procedimientos directos y mecánicos, justamente de tipo «totalitario». En efecto aquello de lo cual esencialmente se trata tendría que ser pensado en términos análogos a aquello que en química se conoce como la acción catalítica y que en el Extremo Oriente tuvo la designación, paradojal sólo en apariencias, de «actuar sin actuar», es decir del actuar por una influencia espiritual, no con medidas extrínsecas y coactivas. Quien tenga una suficiente sensibilidad no puede no advertir la oposición entre tal idea y la dirección propia del Estado ético, del modo como una cierta filosofía representada esencialmente por Giovanni Gentile, lo concibió; a través de cuya dirección el clima de un Estado desciende al nivel de un reformatorio y el tipo de jefe al de un

invadiente y presumido pedagogo. Y sin embargo, si bien hayan sido referidas a un ámbito particular, son del mismo Mussolini palabras como éstas: «No se piense que el Estado, tal como nosotros lo concebimos y lo queremos, tome al ciudadano por una mano, así como el padre toma en la suya la de su hijito para conducirlo». Las relaciones que existen entre soberano y súbditos y también entre jefes y subordinados en un plano viril y combatiente, relaciones basadas en la libre adhesión y en el recíproco respeto, con una no ingerencia en aquello que es sólo personal y que se encuentra afuera de lo que es requerido objetivamente para los fines de toda acción común, dan otro ejemplo de la dirección positiva opuesta.

Todo aquello que en el fascismo tuvo el carácter de pedagogismo de Estado y de una presión ejercida, no sobre el plano político y objetivo, sino sobre el de la vida moral personal, como uno de los aspectos del «totalitarismo», va computado pues entre las desviaciones del sistema. Entre todos, a tal respecto, fue típico el ejemplo de la llamada «campaña demográfica» fascista, odiosa aun cuando no se apoyase sobre un principio absurdo, como el que «el número es poder»: principio contradicho por toda la historia por nosotros conocida, habiendo sido el «número» siempre sujetado por pequeños grupos de dominadores, habiendo sido los imperios creados por estos grupos y no por el desborde demográfico de masas de desheredados y de parias lanzados sobre las tierras de los más ricos sin tener otro derecho que el de su miseria e incontinencia procreativa. Que además de semejante equívoco sobre el significado del «número», una campaña demográfica en Italia, cuya población se encontraba ya en exceso, fuese absurda más que en cualquier otra nación, ello es un hecho evidente. En general, prejuicios unidos a irresponsabilidad impiden reconocer un punto cuya importancia no podrá nunca ser suficientemente subrayada con energía, es decir, que ya el natural, peligroso incremento de la población general es uno de los principales factores de la crisis y de la inestabilidad social de los tiempos modernos: y, en el caso en que medidas enérgicas desde lo alto tuviesen que aparecer verdaderamente como necesarias para el bien común, las mismas se deberían haber tomado justamente para limitar tal mal pandémico y no para agudizarlo como sucedió con la campaña demográfica fascista.

En la misma perspectiva del Estado ético, es decir pedagogizante, en el fascismo muchas veces actuó la preocupación por la «pequeña moral», en lugar de aquella por la «gran moral»: en especial en lo relativo a la vida

sexual, con relativas medidas públicas represivas e inhibitorias. Ello se debió en gran medida al componente burgués del fascismo y, por este mismo moralismo, el fascismo —es necesario reconocerlo— no fue muy diferente del régimen puritanizante de tipo democristiano. Pero el *ethos* ya desde la antigüedad era algo muy diferente de la moral tal como hoy la concibe la sociedad burguesa. Una civilización «guerrera» —y la ambición del fascismo era justamente la de ser el principio de una civilización italiana de tal tipo— no ha sido nunca una civilización «moralista» o, mejor aun, para usar el término de Wilfredo Pareto, una civilización del «virtuísmo». También aquí la libertad de la persona debe ser respetada y es una alta tensión ideal y no una «moralización» lo que debe ser alcanzado.

Pero todo esto nos lleva afuera del campo principal de tales consideraciones. Debe fijarse aquí esencialmente la idea de la acción por prestigio, por apelación a especiales formas de sensibilidad, de vocación y de interés de los sujetos, la que debe ser propia del verdadero Estado y de sus jefes. Si la apelación no encuentra eco, poco de lo que realmente importa podrá ser realizado por otro camino; un pueblo y una nación irán a la deriva o se reducirán a una lábil masa en las manos de los demagogos expertos en el arte de actuar sobre los estratos prepersonales y más primitivos del ser humano.

En estos últimos enfoques críticos, habiendo entrado en juego el concepto de libertad, será bueno agregar alguna otra breve consideración sobre el sentido que la libertad puede tener en un Estado de base no contractualista, sino voluntarista, como el que había querido ser el fascismo.

Es de Platón el dicho, citado por nosotros en otra circunstancia, de que es bueno que aquel que no tiene en sí mismo un soberano, lo tenga por lo menos afuera de sí. Ello lleva a distinguir también una libertad positiva de la libertad puramente negativa, es decir, externa, de la cual puede por igual gozar quien, siendo libre respecto de los otros, no lo es para nada respecto de sí mismo, es decir respecto de la parte naturalista de su propio ser; a lo cual debe agregarse la distinción muy conocida entre ser libre respecto *de* algo y serlo *para* alguna cosa (para un determinado deber, para una determinada función). En una nuestra obra reciente hemos indicado que justamente la conquista de una libertad «negativa», de la cual finalmente no se ha sabido qué hacer, dada la falta de sentido y la absurdidad de la sociedad moderna, es la principal causa de la crisis existencial del hombre

contemporáneo. En verdad personalidad y libertad no se pueden concebir sino en base a la liberación del sujeto, en una cierta medida, de los vínculos naturalistas, biológicos e individualistas en forma primitiva que caracterizan a las formas pre-estatales y pre-políticas en un sentido puramente social y utilitarista-contractual. Entonces se puede concebir que el Estado verdadero, el Estado caracterizado por la mencionada «trascendencia» del plano político, provea un ambiente propicio para el desarrollo de la personalidad y de la verdadera libertad, en el sentido de una *virtus* según la acepción clásica. Con su clima de alta tensión él dirige una constante apelación a fin de que uno se eleve más allá de sí mismo, más allá de la simple vida vegetativa. Evidentemente todo se encuentra en saber dar, a través de este impulso a desarrollar, justos puntos de referencia, de manera que el efecto sea realmente «anagógico», es decir que conduzca hacia lo alto (ello es, digámoslo de pasada, absolutamente opuesto con poner como punto de referencia un abstracto «bien común», el cual refleja, agigantado, el mismo «bien individual» concebido en términos materiales). Una vez eliminado el equívoco del «totalitarismo», debe pues rechazarse de la manera más neta la acusación de que un sistema político basado sobre la autoridad sea, en materia de principios, incompatible con los valores de la persona y sofoque la libertad. La libertad que pueda menoscabarse en el mismo no es sino una libertad insípida, sin forma, pequeña y, en el fondo, poco interesante, y todas las argumentaciones de un «nuevo humanismo» de intelectuales y literatos descentrados no pueden nada contra esta fundamental verdad.

Para evitar cualquier equívoco y retomando lo que hemos mencionado hace poco acerca del arte de los demagogos, es necesario sin embargo reconocer sin términos medios que, junto a la posibilidad «anagógica», se encuentra la «catagógica» (hacia lo bajo). Existe, es decir, la posibilidad para el individuo de «trascenderse», de salir de sí subordinando también sus propios vínculos e intereses más inmediatos, en un sentido no ascendente, sino descendente. Es lo que acontece justamente en los «Estados de masa», en los movimientos colectivizantes y demagógicos de contenido pasional y sub-racional, los cuales pueden también dar al sujeto la ilusoria y momentánea sensación de una exaltada, intensa vida, encontrándose por lo demás condicionada tal sensación por una regresión, por una disminución de la personalidad y de la libertad verdadera. No faltan casos en los cuales es difícil distinguir una posibilidad de la otra, pudiendo ambos fenómenos

presentarse incluso mezclados. Pero lo que hemos dicho provee precisos puntos de referencia y da manera de impedir que, tendenciosamente, se hagan valer contra el sistema político que estamos tratando de individualizar en función de elementos positivos y tradicionales (aun cuando los mismos permanecieron en la faz de las exigencias y de las aspiraciones) argumentos que pueden hacer presa sólo sobre un sistema de tipo completamente diferente. Hemos ya mencionado lo absurdo que significa establecer paralelismos al hablar de totalitarismo de Derecha y de totalitarismo de izquierda. Sin embargo, si es que se quiere usar el término «totalitarismo», la diferencia, sustancial podría ser expresada perentoriamente diciendo que el totalitarismo de Derecha es «anagógico» y el de izquierda «catagógico», y que sólo porque ambos se encuentran por igual en oposición con el estaticismo del individuo burgués, limitado y vaciado, a un pensamiento miope puede parecerle que ambos posean alguna cosa en común.

V- EL FASCISMO Y LA TRADICIÓN MONÁRQUICA

Se puede afirmar fundadamente que una verdadera Derecha sin la monarquía resulta privada de su natural centro de gravitación y de cristalización, porque en casi todos los Estados tradicionales el punto principal de referencia para la concreción del principio separado y estable de la pura autoridad política ha sido justamente la Corona [1]. Si éste fuera el lugar, sería muy fácil demostrarlo con una serie de consideraciones históricas. Ello vale en particular manera para la época menos lejana para nosotros, porque aquellos regímenes que, aun presentando en una cierta medida un carácter tradicional regular, no tuvieron una estructura monárquica o de análogo tipo, debieron tal carácter justamente a situaciones que pertenecen aun más al pasado. Por ejemplo las repúblicas aristocráticas y oligárquicas existidas en otros tiempos serían inconcebibles en el clima de la más reciente sociedad, en la que resultarían inmediatamente desnaturalizadas.

Retomando luego lo que hemos mencionado al comienzo acerca de la situación en la cual en general toma forma una Derecha, podemos decir que su principal función tendría que corresponder, en una cierta manera, a la del cuerpo que anteriormente estaba caracterizado por una particular lealtad respecto de la Corona, siendo, junto a ésta, custodio de la idea del Estado y de la autoridad también en el marco de una monarquía constitucional con un sistema representativo de tipo moderno («constitucionalismo autoritario»).

Así pues para nuestros fines es oportuno emprender un rápido examen de las relaciones que existieron entre fascismo y monarquía.

El fascismo del *Ventenio* ha sido monárquico, y acerca del significado y la dignidad de la monarquía existen declaraciones mussolinianas explícitas e inequívocas, las cuales, es más, permiten establecer una conexión entre el principio monárquico y la dignidad nueva reivindicada para el Estado por parte del fascismo, así como entre éste y el principio de estabilidad y de continuidad referido por Mussolini, sea al mismo Estado,

[1] Acerca del sentido y la función de la monarquía, véase nuestro ensayo que tiene tal título en KARL LOEWENSTEIN, *La monarquía en el Estado moderno.* (Volpe, Roma, 1969).

sea, de manera más vaga y mítica, a la «estirpe». Es textualmente en los términos de «síntesis suprema de los valores nacionales» y de elemento fundamental de la unidad de la «nación» como Mussolini definió a la monarquía. Así pues si la eliminación de la tendencialidad republicana (solidaria en gran medida con la socialistoide), presente en el fascismo de la primera Marcha sobre Roma, debe considerarse como un aspecto esencial del proceso de purificación, de dignificación y de «romanización» del mismo fascismo, es necesario concebir el giro republicano del segundo fascismo, del fascismo de *Saló,* que además se hizo proclamar «social», casi en los términos de aquellas regresiones, debidas a un trauma, muchas veces observadas por la psicopatología: el legítimo resentimiento de Mussolini, los factores humanos, contingentes y dramáticos que actuaron en tal coyuntura pueden también ser adecuadamente reconocidos, pero no pueden hacer ver en otros términos la naturaleza del fenómeno, si nos mantenemos en el plano de los puros valores político-institucionales. Así pues, desde nuestro punto de vista, a tal respecto nada puede recuperarse del fascismo de la *República Social.*

Originariamente Mussolini no «tomó» el poder sino que lo recibió del rey y, bajo la imagen conformista institucional de habérsele confiado a él un gobierno, se tuvo algo así como una investidura totalmente legal. A través de sucesivos desarrollos, se puede hablar respecto del fascismo del *Ventenio* de una «Diarquía», es decir de una coexistencia de la monarquía con una especie de dictadura, y el relieve que tuvo el segundo término ha dado lugar a los actuales enemigos del pasado régimen para hablar simplemente de la «dictadura fascista», borrando casi el otro término, es decir, el momento monárquico, casi como si el mismo hubiese estado privado de cualquier significado.

Hacia el sistema de la «Diarquía» se dirigieron críticas animadas por diferente espíritu. Por un lado, hay quien creyó entrever en el respeto por la monarquía un equívoco o un defecto de la fuerza revolucionaria del movimiento mussoliniano (sin indicar sin embargo con precisión cuál habría tenido que ser entonces el verdadero desenlace de tal movimiento). La verdad es más bien que si en Italia hubiese habido una verdadera monarquía, una monarquía comprendida como un poder empeñado en intervenir enérgicamente en cada situación de crisis y de resquebrajamiento del Estado y no como un simple símbolo de soberanía, el fascismo nunca hubiera

surgido, la «revolución» no hubiera existido o, para decirlo mejor, la superación de la situación crítica en la que se encontraba la nación antes de la *Marcha sobre Roma* habría acontecido exclusiva y tempestivamente a través de una «revolución desde lo alto» (con una eventual suspensión de los vínculos constitucionales), que es la única admisible en un régimen tradicional, y a través de un sucesivo redimensionamiento de estructuras que se mostraron ineficientes. Pero, puesto que las cosas no estaban así, otros caminos tuvieron que seguirse. Puede decirse que, dentro de ciertos límites, el soberano hizo hacer la «revolución desde lo alto» a Mussolini y al fascismo, pensando quizás en salvaguardar de tal manera el principio de la «neutralidad», del «reinar sin gobernar», formulado para el monarca en los tiempos últimos por parte del constitucionalismo liberal.

En los términos de la pura doctrina no está dicho que la situación diárquica que resultó de ello fuese un compromiso o algo híbrido. Más aun, ella puede poseer un crisma de carácter tradicional, en base a precisos antecedentes. Un ejemplo típico es, a tal respecto, la dictadura cual fue concebida originariamente en la antigua Roma: no como una institución «revolucionaria», sino como una institución contemplada por el sistema del orden legítimo existente, esencialmente destinado a integrarlo en los casos de necesidad, hasta cuando durase la situación de emergencia o las circunstancias de una particular concentración y activación de las fuerzas existentes. Por lo demás varias constituciones tradicionales, y no sólo de Europa, han conocido dualidades análogas a la del *rex y* del *dux,* del *rex y* del *heretigo* o *imperator* (sobre todo en el sentido militar del segundo término), encarnando el primero el puro, sagrado e intangible principio de la soberanía y de la autoridad, presentándose el segundo como aquel que, en un período tempestuoso o en vista de especiales deberes o empresas, recibía poderes extraordinarios en una situación riesgosa que al *rex,* por el carácter mismo de su función superior, no le podían corresponder. Y a él se le reclamaban, a diferencia del *rex,* las cualidades de una personalidad particularmente dotada, no debiendo él recabar su propia autoridad de una pura función simbólica no-agente, de carácter, por decirlo así, «olímpico».

Por lo demás, en tiempos menos lejanos figuras particulares como Richelieu, Metternich o Bismarck, al lado del soberano reprodujeron todavía, en parte, tal situación dual, y bajo este aspecto, *mutatis mutandis,*

en materia de principio no podrían oponerse objeciones contra la «Diarquía» del período fascista. La dignidad de Mussolini por otro lado no habría sido disminuida si su actividad se hubiese limitado a la de un gran Canciller real. En efecto, por un lado ésta fue en gran medida la función desarrollada por él hasta la creación del Imperio, no para sí, sino para el rey de Italia. Correspondía a la monarquía ser en mayor o menor medida celosa de sus específicas prerrogativas (o para decirlo mejor, de las que le hubieran sido naturales en el nuevo Estado) en tal situación de hecho. En el sistema del «constitucionalismo autoritario» que existiera en el Segundo Reich, Guillermo II no hesitó en licenciar a Bismarck, el «Canciller de Hierro» creador de la unidad y de la nueva potencia alemana, cuando éste tomó iniciativas no compartidas por él: dejando sin embargo siempre que en Bismarck fuese honrado el héroe y el sumo estadista de la nación alemana.

Al tener que ocuparnos aquí esencialmente de la doctrina no nos corresponde formular un juicio de valor acerca del modo en el cual aconteció la crisis de la «Diarquía» cuando en Italia las cosas se dirigieron hacia lo peor, esencialmente por fuerza mayor, por los desafortunados acontecimientos de la guerra. En rigor, es decir desde el punto de vista jurídico, es poco lo que habría que objetar del comportamiento de Víctor Manuel III; la existencia de una conjura de palacio que tenía por jefes a Acquarone, a Badoglio y a otros, también puede ser admitida. Formalmente Mussolini se presentó al rey como el jefe del fascismo al cual la máxima junta de su movimiento, el Gran Consejo, había negado la confianza y que, designado por el mismo rey como jefe de gobierno, ahora estaba listo para presentar sus dimisiones. Pero era demasiado cómodo para el soberano remitirse a abstractas prerrogativas constitucionales, casi como si en ese interín no hubiese sucedido nada, y usar la caricatura liberal-constitucional de la no-responsabilidad del *rex*. Alguna cosa diferente hubiera tenido que intervenir, es decir el vínculo no escrito, pero justamente por ello más real, de una fidelidad de parte de un soberano el cual, por lo demás, había consentido que la insignia de su dinastía, como emblema oficial del reino de Italia, fuese modificada con el agregado de los fascios lictorios —clara y adecuada expresión de la convergencia integrativa que había caracterizado al *Ventenio*— y que en tal período había dejado que la autoridad del Estado fuese vuelta a levantar, no por una Derecha —inexistente—, sino por el fascismo.

Éste no es el lugar para pronunciarse sobre el tratamiento al cual fue

sometido Mussolini, ni sobre la manera con la cual se prestó fe a la declaración: «la guerra continúa» [2], ni a los acontecimientos sucesivos. No podemos sin embargo dejar de reconocer que, frente a todo esto, los que reputaron disuelto su vínculo de fidelidad hacia el soberano y pasaron a servir al segundo fascismo pueden reivindicar, por su comportamiento, una innegable legitimación; de manera semejante, se puede entender que un resentimiento demasiado humano empujase a Mussolini hacia aquello de lo cual desgraciadamente la historia, para mayor gloria de la subversión, nos presenta tantos ejemplos: la legítima toma de posición contra una persona, que se extiende o desplaza arbitrariamente hacia el principio del cual ésta es sólo la representación, en tal caso la monarquía: por lo que la proclamación de parte de Mussolini de la república y por añadido de una república llamada «social»; lo cual por nosotros ha sido comparado con las regresiones involutivas que en el sujeto muchas veces se verifican como consecuencia de traumas psíquicos [3].

Así pues, a través de la concatenación de los sucesivos acontecimientos que, en una cierta manera, tuvieron el carácter de una Némesis, la monarquía en Italia tenía que terminar sin siquiera una luz de grandeza y de tragedia.

[2] Un breve resumen de los trágicos hechos del 25 de julio de 1943 sirve aquí para conocimiento del lector no suficientemente al tanto de los mismos. En dicha fecha el Gran Consejo del fascismo obliga a MUSSOLINI, en votación dividida, a presentar su renuncia. Acto seguido, tras habérsele quitado la confianza de parte del rey, es retirado de escena y detenido en un lugar desconocido. Mientras tanto en las esferas palaciegas, con la intención de ganar tiempo y confundir al aliado alemán, el nuevo primer ministro, general BADOGLIO, afiliado secreto a la Masonería británica, declara formalmente que «la guerra continúa». Pero cuarenta días más tarde ese mismo gobierno firmará un armisticio con los Aliados y declarará la guerra a Alemania. (N. de la Trad.)

[3] Mussolini proclamó la república —evidentemente por la fuerza de los sentimientos que se acumularon en él en la semi-detención en la cual, tras el 25 de julio, lo había recluido el nuevo gobierno— por directa iniciativa y sin consultarlo con nadie. Lo podemos atestiguar porque nos encontramos en esa ocasión en el cuartel general de HITLER, en Rastenburg, cuando MUSSOLINI llegó, apenas liberado por OTTO SKORZENY. Él enseguida recibió a algunos jefes fascistas que se encontraron allí (estando nosotros presentes), con los cuales no mencionó para nada el problema institucional. Los dejó a las 21 horas; a la mañana siguiente, hacia las 8, sin que él hubiese tomado contacto con nadie más, redactó la primera orden del día con la proclamación de la república. Quizás no hay que excluir

una influencia de HITLER, a quien Mussolini al llegar había visto antes que a nosotros. En efecto, en HITLER, era significativo un desprecio hacia la monarquía en general, incompatible con la concepción del "principio del *Führer*" sobre el cual volveremos más adelante. Nos encontramos en Viena en el momento de la *Anschluss* y en el período sucesivo; y bien, debemos decir que lo que manifestó el *Gauleiter* nacionalsocialista para Austria en sus discursos en contra de los Habsburgo fue de una vulgaridad no inferior a la de un jacobino o de un proletario comunista.

VI- EL PARTIDO Y LA ORDEN

Después de este paréntesis relativo a la contingencia histórica, volvemos al examen estructural del régimen fascista. Si desde nuestro punto de vista no creemos pues que la «Diarquía» representó, desde el punto de vista de los principios, un absurdo, sin embargo hay que señalar una situación dual más general en el conjunto de las estructuras por lo que, en lo relativo a la misma, nuestro juicio debe ser diferente. En efecto, por su misma naturaleza, un movimiento revolucionario de Derecha tras una primera fase debe tender a restablecer la normalidad y la unidad sobre un nuevo plano a través de adecuados procesos de integración.

Así pues, en primer lugar debe resaltarse el carácter híbrido de la idea del así llamado «partido único», en cuanto en el nuevo Estado el mismo asumió el carácter de una institución permanente. A tal respecto es necesario separar la instancia positiva que se encontraba en la base de tal idea e indicar en cuál más adecuado marco la misma habría tenido que actuar, tras la conquista del poder.

El verdadero Estado —apenas es necesario decirlo— no admite la partidocracia de los regímenes democráticos, y la reforma parlamentaria, de la cual dentro de poco nos ocuparemos, representó indudablemente uno de los aspectos positivos del fascismo. Sin embargo la concepción de un «partido único» es absurda; al pertenecer exclusivamente al mundo de la democracia parlamentaria, la idea de «partido» sólo irracionalmente puede ser conservada en un régimen opuesto a todo lo que es democrático. Decir «partido», por otro lado, significa decir parte y el concepto de partido implica el de una multiplicidad, por la cual el partido único sería la parte que quiere convertirse en el todo, en otros términos, la facción que elimina a las otras sin, por esto, cambiar de naturaleza y elevarse a un plano superior, Justamente porque continúa considerándose siempre como un partido. El Partido fascista en la Italia de ayer, en cuanto al mismo se le dio un carácter institucional y permanente, representó por lo tanto una especie de Estado dentro del Estado, o un doble del Estado, con su milicia, sus federales, el Gran Consejo y todo lo demás, en perjuicio de un sistema verdaderamente orgánico y monolítico.

En la fase de la conquista del poder un partido puede tener una importancia fundamental como centro cristalizador de un movimiento, como organización y guía del mismo. Después de esta fase, su subsistencia como tal luego de un cierto período es absurda. Ello no debe ser pensado en los términos de una «normalización» en el sentido deterior, con una correspondiente caída de la tensión política y espiritual. La exigencia «revolucionaria» y renovadora del fascismo ponía, es más, el deber de una adecuada acción continua general y, en un cierto modo, capilar sobre la sustancia de la nación. Pero entonces es en una forma diferente que las fuerzas válidas de un partido deben subsistir, no disolverse, permanecer activas: insertándose en las jerarquías normales y esenciales del Estado, eventualmente redimensionándolas, ocupando las posiciones clave del mismo y constituyendo, además de una especie de guardia armada del Estado, una *élite* portadora en grado eminente de la Idea. En este caso, más que de un «partido», será el caso de hablar de una especie de «Orden». Es la misma función que en otros tiempos tuvo la nobleza en tanto clase política, hasta el período relativamente reciente de los Estados centroeuropeos.

El fascismo en cambio retuvo conveniente mantenerse como un «partido», por lo cual se tuvo, tal como hemos dicho, una especie de duplicación de las articulaciones estatales y políticas casi como superestructuras que sostuviesen y controlasen un edificio carente de estabilidad, en lugar de una síntesis orgánica y de una simbiosis: porque el hiato no estaba funcionalmente superado, por ejemplo al declarar —como se lo hizo— que el «partido» y la misma milicia fascista tenían que estar «al servicio de la nación». Ello no puede ser recogido como un elemento válido del sistema del fascismo, aun si no es lícito hacer hipótesis de futuro en relación con los desarrollos que el régimen habría podido tener en tanto fuerzas mayores no hubiesen provocado el derrumbe, y también si debe admitirse el valor de la objeción de que la existencia de fuerzas, las cuales no seguían el nuevo curso, o bien lo seguían sólo pasivamente, hacía peligrosa cualquier apresurada evolución en el sentido normalizador anti-dual antes mencionado. Y lo que aconteció tras bien veinte años de régimen es, a tal respecto, bastante elocuente.

Sin embargo, justamente con referencia a este último punto hay que resaltar el hecho de que la concepción del «partido» fascista se resintió de los orígenes del mismo, es decir de la solidaridad intrínseca del concepto

de partido con la idea democrática, por la falta de un criterio rigurosamente cualitativo y selectivo. Aun después de la conquista del poder el partido fascista se abocó en ser un partido de masas; se abrió en vez de purificarse. En vez de hacer aparecer la pertenencia al partido como un privilegio difícil, el régimen casi lo impuso a cada uno. ¿Quién es el que ayer no tenía el *«carnet"?* ¿Y también, quién podía permitirse **no** tenerlo cuando se abocase a alguna actividad? De allí la fatal consecuencia de innumerables adhesiones exteriores, conformistas u oportunistas, con efectos que enseguida se manifestaron en el momento de la crisis. Mientras que una prueba retrospectiva está constituida por no pocos «fascistas» de ayer, no tan sólo simples ciudadanos, sino escritores o intelectuales, que sucesivamente han cambiado de bandera buscando poner en la sombra el propio pasado, renegando de él, o bien declarando cínicamente de haber estado entonces en mala fe. En su origen en el comunismo soviético y en el mismo nacionalsocialismo la concepción del «partido» (mantenida también en tales movimientos) tuvo en vez caracteres mucho más exclusivistas y selectivos. En el fascismo en vez la idea de un «partido de masas» prevaleció, perjudicando la función positiva que el partido podía eventualmente continuar a tener. Desde nuestro punto de vista el desenlace positivo en coyunturas de tal tipo, lo que positivamente se contrapone al concepto revolucionario de «partido único» en un marco institucional normalizado e integrado, debe ser pensado en vez en los términos de una especie de Orden, espina dorsal del Estado, partícipe, en una cierta medida, de la autoridad y de la dignidad que se reúnen en el vértice —indivisible— del Estado.

A esto debería conducir la exigencia del pasaje de la fase de conquista del poder por parte de un movimiento de resurgimiento nacional y político a la fase en la cual la misma energía se manifestará como fuerza natural motriz, formativa y diferenciadora del elemento humano. En general, justamente los residuos «partidistas» fueron el obstáculo para un desarrollo completo y audaz del régimen fascista en el sentido de una verdadera Derecha, mientras que, sobre el plano práctico, a ellos se les deben varias interferencias dañinas: como cuando, por un lado, merecimientos de partido, en especial con referencia a la fase activista e insurreccional (por ejemplo el haber sido escuadrista), fueron considerados válidos para la asignación de cargos y funciones que reclamaban en vez específicas calificaciones y competencias, sea también respecto de una formación

mental «fascista»; y como cuando dentro de la misma perspectiva, se estuvo contentos con acoger en el partido a hombres de un cierto renombre si daban su adhesión al fascismo, sin preocuparse demasiado por si esta adhesión fuese sólo formal, si en la intimidad ellos fuesen agnósticos, o incluso antifascistas (como por ejemplo fue el caso de no pocos miembros de la Academia de Italia, instituida por el fascismo).

VII- EL CULTO A LA PERSONALIDAD

Otro aspecto negativo del sistema, no carente de relación con las dualidades no resueltas o insuficientemente integradas antes indicadas, no puede ser obviado aquí, puesto que, a pesar de la mitologización del fascismo, el mismo ha tenido un gran relieve, tan grande que, si no nos remitimos a aquello que en el sistema puede ser separado de contingencias históricas irrepetibles, puede parecer que constituye una de sus características más esenciales. Se trata del fenómeno del *«ducismo»* presentado por Mussolini cuando en él se considera la cualidad, conservada en lo interior del sistema, de jefe de un movimiento y de un partido, su ambición por un prestigio que lo hacía caer casi en lo bonapartista y en lo relativo a un tribuno, el relieve que tuvo la persona en cuanto tal, la inclinación, si no demagógica, por lo menos en gran medida democrática, de «ir hacia el pueblo», de no desdeñar el aplauso de la plaza, la cual, tras tantas concentraciones «oceánicas» [1] ante el Palacio Venecia, tenía luego que cambiarlo «muy dignamente» en 1945 [2]. Hay una evidente incongruencia entre este aspecto de Mussolini por un lado, y por otro su doctrina del Estado y declaraciones como las muy conocidas del discurso efectuado por él en Udine en septiembre de 1922: «Yo no adoro la nueva divinidad, la masa. Ella es una creación de la democracia y del socialismo».

Tal relieve no puede parecer contradictorio con respecto a lo que hemos dicho más arriba acerca de las particulares cualidades personales y de prestigio que un *dux* en cuanto tal debe poseer a raíz de su función principal

[1] Dicho término se utilizaba para indicar el carácter multitudinario de las concentraciones populares (n. de la trad.).

[2] En general no pueden por cierto adscribirse como positivo en MUSSOLINI ciertas declaraciones en las cuales, en abierta contradicción con muchas otras, en vez de rechazar absolutamente cualquier idea de *democracia,* casi se puso en competencia para reivindicar para el fascismo la calificación de «verdadera» democracia (justamente de la misma manera como hoy en Italia cada partido, incluido el comunista y como lamentablemente hacen también algunos parlamentarios considerados neofascistas): «Si es que en la historia hubo un régimen de democracia, es decir un estado del pueblo, tal es el nuestro» (discurso de Perugia del 6 de octubre de 1926). más adelante: «Si hay un país en donde la verdadera democracia ha sido realizada, «tal país es la Italia fascista» (discurso de Milán del Io de noviembre de 1936).

Pero lo que aquí entra en juego es aquello que se ha resaltado al hablar del clima específico «anagógico» que debe ser creado en todo Estado de tipo tradicional. Un clima semejante no puede ser el obtenido con una exaltación colectiva la cual, por más que en ciertos casos pueda llegar hasta el fanatismo y el entusiasmo, sin embargo se basa en los aspectos sub-personales del hombre en tanto hombre-masa y sobre el arte de activarlos frente a cualquier otra posible forma de reacción individual. Hay que tener presente que, por más intenso que pueda ser el magnetismo creado por este camino, no por esto cesa de tener un carácter efímero, diferenciándose profundamente de aquello que en vez puede derivar de la fuerza formativa de lo alto de una tradición verdadera. La aglomeración que pudo producirse en aquella manera es comparable a la adhesión de tantas partículas de un metal atraídas por un imán; pero cuando la corriente que determina el campo magnético viene a menos, instantáneamente todas las partículas del metal se despegan y se pierden en una lábil cantidad, demostrando así cómo fuese contingente el anterior estado de informe aglomeración. Es en tales términos como se debe explicar gran parte de lo que ha acontecido en Italia y, más todavía, en Alemania cuando los acontecimientos destruyeron —para continuar a usar nuestra imagen– la corriente generadora del campo magnético.

Naturalmente hay que preguntarse en qué medida hoy pueden tener eficacia técnicas diferentes de concentración, dado que el mundo actual es sustancialmente un mundo del hombre-masa. En efecto, no existe una diferencia verdadera y cualitativa entre el fenómeno recién señalado, y que se querría poner en la cuenta exclusiva de ciertas formas dictatoriales, y todo aquello que se presenta también en el mundo político de la democracia antifascista con sus métodos de propaganda y de demagogia, de «lavado de cerebros», de fabricación de la «opinión pública». Pero, por más válidas que sean esta objeción y las consecuencias que se puedan extraer para una política en tanto mero «arte de lo posible» de tipo en mayor o menor medida maquiavélico, ellas no pueden tener que ver con el dominio de los principios y de las estructuras, que es en verdad lo único que verdaderamente nos interesa. En relación con las distinciones que estamos haciendo, un punto mantiene una importancia fundamental. Hoy no se lo advierte casi más, pero existe una sutil diferencia entre la autoridad natural de un jefe verdadero y la autoridad basada sobre un poder informe y

sobre la antes mencionada capacidad, o arte, de mover las fuerzas emotivas e irracionales de las masas, puesta en obra por una individualidad excepcional. Para precisarlo mejor, diremos que en un sistema tradicional se obedece y se es gregario o súbdito en base a lo que Nietzsche llamó el *«pathos* de la distancia», es decir porque uno se siente ante quien es casi de otra naturaleza. En el mundo de hoy, con la transformación del pueblo en plebe y en masa, lo más que puede suceder es que se obedezca en base a un *«pathos* de la cercanía», es decir, de la igualdad; se tolera sólo a aquel jefe que, en esencia, «es uno de los nuestros», que es «popular», que expresa la «voluntad del pueblo», que es el «gran compañero». El *«ducismo»* en sentido negativo, tal como se ha afirmado sobre todo con el hitlerismo y con el mismo stalinismo («el culto de la personalidad», que remite incluso al confuso concepto carlyliano de los «héroes», en mayor o menor medida desromantizado), corresponde a esta segunda orientación, que es antitradicional e incompatible con los ideales y con el *ethos* de la verdadera Derecha [3].

En una cierta manera somos remitidos aquí a lo que hemos dicho al hablar de los puntos de referencia que diferencian a un sistema tradicional de aquellos que pueden ser determinados en uno que tenga también él un carácter genéricamente «autoritario»: lo esencial está constituido por la naturaleza y por los fundamentos de la autoridad, consecuentemente también por la situación existencial general que le corresponde. Así pues puede decirse que en el régimen fascista aquello que institucionalmente se presentó como una diarquía o como las otras dualidades antes mencionadas, tuvo un interno correlato que se expresó en la coexistencia de dos centros distintos de inspiración del movimiento nacional. El uno presentó justamente un carácter *«ducista»* y populista, por ende, a pesar de todo, un carácter democrático (por lo demás, ya se sabe cuánto le interesara a Mussolini obtener una especie de consenso aun cuando era claro que el mismo era prefabricado y obligado), y este residuo muchas veces actuó también sobre las estructuras del partido [4]. Las proporciones

[3] Es significativo ver cómo, a causa de una caída de nivel y por el denominado afán de «seguir los tiempos», el «hacerse populares», el renunciar al prestigio de la distancia, además del caso de los soberanos aun existentes y de la nobleza, es constatable aun en el mismo dominio religioso a través del comportamiento «popular» de los últimos Papas.

que el mismo tomó se explican sin embargo con la debilidad del otro centro, el de la Monarquía, con aquello que podía referirse a una línea tradicional. Así pues todavía una vez estamos obligados a reconocer aquello que perjudicó al sistema: fue la debilidad del anterior Estado. Pero justamente la fuerza inspiradora, generada por una diferente fuente, que fue la única en volver a levantar al Estado italiano, por otro lado, a causa de la naturaleza bajo varios aspectos problemática de tal fuente, dio lugar a una cosa ambigua. Sin embargo, nuevamente, todo esto entra en el campo de la contingencia histórica. Es innegable que Mussolini fue influido, además que por algunas visiones nietzscheanas, por las teorías de Oswald Spengler, cuando éste pregonó una nueva época de las «grandes individualidades» de tipo «cesarista» (esquematizando de manera bastante abusiva la compleja figura de Julio César), la cual habría tenido que suceder a la de las democracias. Parece sin embargo que Mussolini, el cual se debe haber sentido una de esas figuras, no haya prestado demasiado atención al hecho de que, en el sistema de Spengler, el nuevo «cesarismo», concepto cercano al *«ducismo»* en el mencionado sentido negativo, pertenece morfológica y situacionalmente al oscuro cierre de un ciclo de civilización (su fase de *«Zivilisation»,* opuesta a la precedente de *«Kultur»,* es decir de civilización cualitativa, diferenciada y orgánica, según la terminología spengleriana), a su ocaso y, en el caso específico, al famoso «ocaso de Occidente»: por lo cual, en sí mismo, además del carácter de inevitabilidad que Spengler creyó poder reconocerle, ello debe considerarse como un fenómeno para nada positivo. Para ser positivo el mismo debería ser rectificado por efecto de una tradición superior y por un crisma diferente. Sobre el mismo plano práctico es por lo demás inconcebible la sucesión por continuidad y en un mismo nivel de «grandes individualidades», la una después de la otra. En Italia las posibilidades existentes dieron lugar a un equilibrio o atemperación provisoria no carente

[4] Nos podemos referir al mismo Gran Consejo del partido fascista, en cuanto se introdujo el principio democrático del voto de los miembros del mismo. Quizás el 25 de julio algunos de ellos habían organizado un complot al cual se acompañó también lo que se preparaba en los ambientes de la Casa Real. Sin embargo fue una cosa absurda conceder a los miembros del Gran Consejo el derecho del libre voto y después acusarlos de traición y llevarlos ante un tribunal, cuando la mayoría hizo uso de tal derecho. De haber tenido el Gran Consejo el carácter de un simple órgano consultivo, MUSSOLINI **hubiera podido no tener para nada en cuenta el** voto mayoritario de los mismos.

de aspectos positivos, hasta el momento en el cual el fascismo monárquico del *Ventenio* no se encontró sometido a una dura prueba de fuerza.

Una vez hechas estas consideraciones necesarias, debemos separar en el contexto del fascismo otro componente que a nivel de principio era de un espíritu diferente, contraponiéndose a todo lo que se encuentra en el orden de las masas y de los jefes plebeyos vociferantes. Pretendemos referirnos al componente *militar* del fascismo.

Son de Mussolini estas palabras: «Nos estamos convirtiendo siempre más, porque lo queremos, en una nación militar. Puesto que no tenemos miedo de las palabras, agregaremos: militarista. Para completar: guerrera, es decir dotada en grado cada vez más alto de la virtud de la obediencia, del sacrificio, de la entrega» (1934). Ya anteriormente había dicho (1925): «Cada uno debe considerarse un soldado; un soldado aun cuando no lleva el uniforme, un soldado también cuando trabaja, en la profesión, en las oficinas, en las canteras o en los campos: un soldado ligado a todo lo demás del ejército». A tal propósito, la reserva que debe hacerse se refiere al «militarismo»; además hay que distinguir entre lo «militar» y lo «militaresco», pudiendo aplicarse el segundo término a ciertas formaciones de partido, no bien seleccionadas, pertenecientes al período anterior. Sin embargo en lo relativo a una cierta militarización de la existencia, y al «soldado» como símbolo general, es poco lo que se puede objetar desde nuestro punto de vista de la Derecha tradicional, una vez que se haya puesto de relieve a tal respecto que se trata esencialmente de un estilo de comportamiento, de una ética, la cual también puede poseer un valor autónomo, independiente de finalidades bélicas obligadas. La formación «militar» en sus aspectos positivos y vivientes, no de mero «regimiento», no puede dejar de rectificar todo aquello que puede proceder de los estados de concentración irracional y emotiva de la «multitud» y del pueblo» que mencionáramos antes. El fascismo buscó infundir en el pueblo italiano una de las cualidades de las cuales el mismo, a causa de su individualismo, se encontraba y se encuentra menos provisto: la disciplina y el amor por la disciplina. Además éste vio los «peligros del espíritu burgués», despreció «el estancamiento de una existencia insulsa», y la orientación «militar» tenía que aparecerle como una natural conexión con el elemento político de acuerdo a la antítesis, subrayada por nosotros anteriormente, en la cual tal elemento se encuentra respecto de lo «social». El estilo militar es

también el de una despersonalización activa y el de la anti-retórica; una vez realizado, es un factor máximo de estabilidad para un organismo político, social, del mismo modo que ejército y monarquía, en su solidaridad han constituido siempre los dos pilares esenciales del verdadero gobierno antes de las revoluciones del Tercer Estado, de la democracia y del liberalismo. Primo de Rivera tuvo ocasión de hablar de un «sentimiento ascético y militar de la vida». Éste es un punto de referencia de indudable valor, una piedra de prueba de las vocaciones. El clima de la llamada «civilización del bienestar» o «civilización de los consumos» con su acción espiritualmente asfixiante que está haciendo nacer formas múltiples de «contestación», representa su antítesis.

Un aspecto esencial de la ética militar es la concepción y el sentido del servicio comprendido como honor. Resulta superfluo hablar del valor que el mismo posee en el plano de la vida política y social. Como se sabe, el fascismo introdujo el uso del uniforme también para los funcionarios del Estado, retomando una tradición que ya existiera en otros países, por ejemplo en Prusia y en Rusia. En esencia, ello tenía que operar como símbolo para la superación del espíritu burocrático y para una dignificación de la burocracia. Al tipo gris y escuálido del burócrata, que esquiva cualquier responsabilidad, para el cual servir al Estado tiene más o menos el mismo significado que ser empleado de una empresa comercial y de una sociedad privada en función tan sólo del sueldo y, además, de la pensión (la cual, antes de la reciente extensión del sistema de previsión social, era prevista casi exclusivamente para los empleados estatales). Se le contraponía el tipo del funcionario para el cual servir al Estado es, antes de cualquier otra cosa, un honor, tan grande como de hacer presumir en el fondo una particular vocación: casi como el equivalente al honor que conlleva servir a una bandera. A la dirección involutiva de la burocratización de la vida militar se le podía por lo demás contraponer la de la «militarización» como medio para desburocratizar a la burocracia, este verdadero cáncer de los Estados democráticos y republicanos. El uniforme del funcionario podía aparecer, tal como hemos dicho, justamente como un símbolo, como un ritual. En fin, hemos querido indicar, con un ejemplo y una imagen, lo opuesto de aquello que es propio de un sistema mecanicista totalitario y también del petulante pedagogismo o moralismo del llamado «Estado ético».

Las *camisas negras,* las distintas indumentarias y restantes simbologías no entran precisamente en este orden de cosas. Forman parte de ello más bien aquellos aspectos paródicos y forzados que se desarrollaron dentro del ámbito de las mencionadas dualidades no integradas o por un escaso sentido de la medida y del límite. De allí la facilidad con que se operó una mezcla de lo positivo con lo negativo en casos que no pueden ser analizados aquí porque entran en el dominio de lo contingente.

Por la misma razón no es aquí la circunstancia de considerar siquiera el «militarismo» del fascismo, del cual hemos visto que Mussolini, en tanto no tenía «miedo de las palabras» (pero quizás dejándose un poco llevar por las mismas), había hablado. En efecto, en muchas otras ocasiones él se ha más bien referido a una «nación fuerte», lo que no equivale necesariamente a una «nación militarista». Naturalmente una nación fuerte debe disponer de un potencial militar, bélico, para usarlo cuando sea necesario imponer a otras el respeto. Ella puede considerar la posibilidad del ataque, además que de la defensa, según las circunstancias: pero no por esto todo debe ser pensado en función «militarista». La verdad es que a la polémica orientada en sentido democrático y «social» le resulta conveniente confundir lo «militar» con lo «militarista», y el ataque verdadero es dirigido contra aquellos valores generales, no necesariamente vinculados con la guerra, que hemos indicado más arriba y que incluyen en primer lugar la disciplina, el sentido del honor, la impersonalidad activa, las relaciones de responsabilidad, de mando y la obediencia, el poco gusto por las charlas y las «discusiones», una solidaridad viril que tiene por punto de partida la libertad verdadera, esto es, la libertad *para* hacer alguna cosa, alguna cosa que valga la pena y que conduzca más allá del empantanamiento de la vida burguesa, «próspera» y vegetativa, por no hablar de la proletaria y de «Estado del trabajo».

Así pues es natural que en una nación «liberada» —liberada en primer lugar de aquella grave carga que, en razón de sus infelices disposiciones, a gran parte del pueblo italiano se le aparecía como un deber de otra tensión y de una disciplina o ética de tipo «militar» que, sea también en formas a veces discutibles, le había sido propuesta— sean en vez sistemáticamente saboteados y desacreditados aquellos valores de una tradición anterior que ya sobreviven casi exclusivamente en el ejército y también en el mismo en forma sumamente reducida. Así pues son

considerados con «humana» comprensión los denominados «objetores de conciencia» en proliferación y, continuando con la absurda ideología de Nüremberg, se sanciona el derecho, es más, el deber, del soldado y del oficial de negarse a obedecer y de romper la fidelidad jurada cada vez que su opinión personal se lo sugiera, no debiendo significar para ellos ya más nada la idea del Estado.

VIII- LAS INSTITUCIONES FASCISTAS

La crisis que el fascismo tuvo que enfrentar en el período de la secesión «aventiniana» [1] fue una ocasión propicia para la superación de la solución de compromiso constituida por el primer gobierno de coalición. El fascismo se encontró muy pronto obligado a enfrentar en pleno el problema institucional en lo que se refiere al sistema de las representaciones y al principio de gobierno. También aquí la doctrina no precedió a la práctica; fue sólo tras varios desarrollos que la reforma parlamentaria se delineó y se estabilizó en los términos del nuevo Parlamento corporativo.

«La Cámara de Diputados es una cosa ya anacrónica en su mismo nombre —dijo Mussolini en 1933—. Es una institución que hemos encontrado y que es extraña a nuestra mentalidad». Ella «presupone un mundo que hemos demolido; presupone la pluralidad de los partidos y muchas veces también gustosamente el ataque a la diligencia. Desde el día en el cual hemos anulado esta pluralidad, la Cámara de Diputados ha perdido el motivo esencial por el que surgió». Mussolini reputaba que el parlamentarismo, «producto de un determinado movimiento de ideas, en cuanto sistema de representación es una institución agotada ya en su ciclo histórico». Vinculado inseparablemente con la democracia, el parlamentarismo, con el nivel al que había descendido en Italia, aunque también en otros Estados, en especial en Francia, en donde el hombre político había sido sustituido por el politiquero, en donde era visible un sistema de incompetencia, de corrupción y de irresponsabilidad, en donde ninguna estabilidad era asegurada al gobierno, dado su carácter de «Estado vacío», es decir, privado de un centro sustancial sustraído a las contingencias; todo ello indicaba, a los ojos de Mussolini, el carácter absurdo del sistema.

[1] Tras el secuestro del líder socialista GIACOMO MATTEOTTI (10 de junio de 1924), diecisiete días más tarde, 127 diputados de la oposición, con excepción de los comunistas, abandonaron la Cámara en signo de protesta. Es lo que se conoce como secesión aventiniana», en alusión a la rebelión de la plebe en Roma, la que, al sublevarse en contra de los patricios, se recluyó en el monte Aventino. (N. de la trad.)

El problema presentaba en rigor un triple aspecto: el del principio electoralista en general, el del principio de la representación y en fin el del principio político de la jerarquía. La solución fascista fue una solución parcial. Sin embargo desde nuestro punto de vista la dirección tomada puede considerase como positiva.

Acerca del principio de la representación y del concepto mismo de un parlamento, hoy estamos acostumbrados a asociarlos exclusivamente con el sistema de la democracia absoluta, basado en el sufragio universal equiparado para todos. Esta base es absurda e indica antes que nada el individualismo que, combinado con el puro criterio de la cantidad, del número, define a la moderna democracia. Decimos individualismo en sentido peyorativo, porque aquí se trata del individuo en tanto unidad abstracta, atómica y cuantitativa, no como una «persona»; siendo en cambio la cualidad de persona —es decir de un ser que posee una dignidad específica, una cualidad diferenciada y rasgos peculiares— evidentemente negada y ofendida en el sistema en el cual un voto equivale a otro, en el cual el voto de un gran pensador, de un eminente jurista o sociólogo, de un príncipe de la Iglesia, de un jefe del ejército, etc., poseen todos un mismo peso, en el escrutinio de las urnas, que el de un analfabeto, de un semi-idiota, del hombre de la calle que se deja influir en los comicios o que vota por quien le paga. Que se pueda hablar de «progreso» con referencia a una sociedad en donde se ha llegado a considerar todo esto como normal, ello es una de las tantas cosas absurdas que quizás en tiempos mejores serán causa de estupor y diversión.

Aun prescindiendo de los casos eminentemente inferiores es obvio que, a causa de la misma naturaleza del principio democrático de la representación, es imposible asegurar la preeminencia de un interés general, en especial si a tal interés se le da algún contenido trascendente, «político» en el sentido opuesto de «social», ya conocido por el lector. El individuo, en efecto, no puede tener sino intereses particulares, al máximo intereses de una cierta categoría. Además, dado el creciente materialismo de las sociedades modernas, estos intereses revisten un carácter cada vez más económico y físico. Es pues evidente que quien quiera asegurase una «mayoría», es decir el número, padecerá el correspondiente condicionamiento, es decir que deberá formular únicamente la tutela (aun si mentirosa) de intereses de tal tipo inferior en su programa electoral,

personal o de partido.

Se agregue a esto en el sistema parlamentarista democrático, la "politización" que, en el marco del partidismo adquieren muchos intereses individuales o sociales que en sí mismos deberían ser no-políticos. Los partidos del sistema democrático no son simples representaciones de categorías de intereses; tácticamente ellos se presentan más bien en una especie de competencia o torneo para la mejor defensa de los intereses de éste o de aquel grupo de votantes, pero en realidad poseen cada uno de ellos una dimensión política, es decir cada uno una ideología propia; no conocen intereses o instancias que los trasciendan, ellos actúan en el «Estado vacío» y apuntan a la conquista del poder: de allí una situación por lo demás caótica e inorgánica.

Este plus-valor político de los partidos aparece evidente en la tesis demo-liberal según la cual la pluralidad de los partidos constituiría una garantía para la «libertad»; las múltiples opiniones en contraste, los múltiples puntos de vista, la «discusión», permitirían elegir sin imposiciones la dirección más justa. Todo esto está naturalmente privado de sentido si en el parlamento, o mejor dicho, en la «Cámara de Diputados» rige por igual el criterio numérico del voto equiparado, de modo tal que los diputados son iguales en cada voto del mismo modo como lo son los ciudadanos electores; así pues tras la «discusión», siempre será el número el que se impondrá, y de hecho siempre habrá una minoría que padecerá la violencia puramente numérica de una mayoría. Pero hay también que considerar que la pluralidad de los partidos y de los puntos de vista puede ser fecunda sólo en un marco consultivo y de colaboración, es decir en el presupuesto de una unidad de principios y de intenciones: no cuando cada partido tiene justamente un plus-valor político y una ideología propia, y no tiende para nada a desarrollar su función en un sistema orgánico y disciplinado, sino a «asaltar la diligencia», es decir a escalar el Estado, a conquistar el poder. En efecto, hoy se habla siempre de «lucha política», sin medios términos: una lucha en la cual justamente en la democracia todo medio es bueno.

El hecho es que se tendría que distinguir entre sistema representado en general y sistema representativo igualitario, nivelador, de base puramente numérica. También el Estado del tipo que nosotros llamamos tradicional conoció el principio representativo, pero en un marco orgánico. Se trató

allí de una representación, no de individuos, sino más bien de «cuerpos», valiendo los individuos sólo en cuanto formaban parte de unidades diferenciadas, que poseían cada una un peso distinto y una diferente cualidad. En tanto representación de cuerpos, el parlamento u otra análoga institución, poseía un valor indubitable, él abarcaba los intereses de la nación en toda su riqueza y diversidad. Así pues, junto al principio representativo, se podía afirmar el principio jerárquico puesto que no era considerada la mera fuerza numérica de los grupos, de los cuerpos o de las unidades parciales que tenían en el parlamento sus propios representantes, sino su función o dignidad. Al ser muy diferente el clima y los valores de un Estado tradicional, ello hacía que se excluyera automáticamente la preeminencia, impuesta por el número de intereses de orden inferior: como en vez hoy acontece y como siempre acontecerá en las democracias absolutas modernas, puesto que son los partidos de masa los que en ella prevalecen en forma necesaria. Los Estados Generales, el parlamento como ya existió en Hungría y en Austria, con el esquema del *Standestaat,* designación característica justamente para el sistema de una unidad representativa cualitativa, articulada y graduada, se acercaban a la estructura a la cual aludimos. Las corporaciones, la nobleza, el clero, el ejército, etc., estaban allí representados como cuerpos correspondientes de la nación diferenciada cualitativamente, para tratar en forma concertada los intereses nacionales y generales [2].

Estas consideraciones de principio a las que hemos dado un cierto desarrollo, son necesarias para que, remitiéndonos también a tal respecto a realidades demasiado olvidadas, se puedan tener elementos para evaluar adecuadamente lo que presentó en forma positiva el intento de reforma fascista en el sistema de las representaciones, reforma que puede decirse, de acuerdo de los puntos de vista, como revolucionaria o contrarrevolucionaria (contrarrevolucionaria, si se considera que el sistema parlamentarista de base inorgánica y cuantitativa deriva de las ideologías revolucionarias del '89 y del '48). La Cámara fascista de las corporaciones en materia de

[2] El sistema que existía desde hacía largo tiempo en Prusia, tras la concesión del sufragio universal, merece ser subrayado en su aspecto de articulación del derecho electoral. Los electores eran divididos en tres categorías y el peso del voto de una no era igual al de la otra; era prácticamente establecida una relación inversa entre su peso y su consistencia numérica efectiva.

principio significó un retorno al sistema representativo a través de los «cuerpos». La dirección tomada puede pues ser considerada como sustancialmente positiva.

Sin embargo una diferencia se presentaba por el hecho de la acentuación del aspecto de una representación de las «competencias» en los términos más que nada técnicos, en correspondencia con la época: cosa que sin embargo por otro lado iba también a eliminar categóricamente lo que hemos llamado el plus-valor político e ideológico de las representaciones. Pero a tal respecto, es decir también en relación con esta restricción del ámbito y del concepto de los «cuerpos», una vez que se sustituyeron los partidos, es evidente la superación del absurdo sistema electoralista democrático, el cual puede llevar al parlamento al politiquero incompetente que sin embargo, según ciertas combinaciones o arreglos de pasillo, podrá también formar parte de un gabinete como ministro o subsecretario de Estado de un sector de la actividad nacional en el cual él se encuentra privado de cualquier seria preparación y de toda experiencia directa. La designación de base corporativo-sindical de la representación parlamentaria previene esta incongruencia. No es la masa electoral informe y lábil sino es el propio círculo especializado el que elige al representante como persona calificada para tal función y competente en su dominio.

Sin embargo el fascismo consideró además un sistema mixto en el cual a la elección se asociaba la designación por nombramiento desde lo alto: la elección o designación de parte del «cuerpo» se refería no a una única persona, sino a diferentes personas, entre las cuales el gobierno operaba una elección; con ello se podían hacer valer criterios de orden diferente, aun político, sin perjuicio del principio básico de las competencias. Considerada bajo esta perspectiva, la reforma fascista presentó pues un carácter de racionalidad y de plausibilidad. Cuál haya sido luego la praxis efectiva en el régimen fascista, ésta es otra cuestión, que se refiere a un campo que, tal como se ha dicho, se encuentra afuera de este examen.

Por lo tanto la Cámara Corporativa tenía que presentarse como un lugar, no de «discusiones», sino de un trabajo coordinado en donde la crítica era admitida, no a nivel político, sino a nivel técnico y objetivo. Sin embargo justamente esta delimitación del ámbito inherente a la representación de las competencias, con el inevitable relieve, también, de la esfera productiva económica, habría requerido una adecuada resolución

institucional del principio jerárquico, en el sentido de una instancia superior ligada al dominio de los fines últimos. Una vez que se eliminaron los partidos y se despolitizaron las representaciones, el puro principio político habría tenido que ser concentrado y hecho valer sobre un plano distinto y superior.

Ahora bien también acerca de esto el Estado de tipo tradicional ha presentado muchas veces el modelo o el esquema, a través del sistema de la Cámara Baja y de la Cámara Alta. El ejemplo más cercano fue la doble existencia, en Inglaterra, de la Cámara de los Comunes y de la Cámara de los *Lords,* en su forma originaria. Una dualidad de tal tipo aparece por lo demás necesaria en función de la mencionada tecnificación y corporativización del parlamento por la inexistencia, o casi, en las sociedades modernas, de «cuerpos» organizados que sean exponentes de valores o tradiciones superiores. El fascismo había encontrado en Italia la dualidad de la Cámara de Diputados y del Senado. La reforma fascista respetó tal dualidad, aunque sin investir con un adecuado y enérgico redimensionamiento a la «Cámara Alta», el Senado, el cual en general mantuvo en el *Ventenio* el anterior carácter de una superestructura decorativa ineficiente. Un Senado, con miembros designados exclusivamente desde lo alto, elegidos considerando sobre todo la cualidad política, la cualidad de representantes de la dimensión «trascendente» del Estado, por ende también de factores espirituales, meta-económicos y nacionales, habría podido realizar una instancia jerárquica superior, respecto de la Cámara Corporativa. Allí donde hubiese sido necesario, el mismo habría podido hacer valer el «orden de los fines», entendido en su sentido más alto, frente al «orden de los medios», y por ende establecer y poner en acto la natural jerarquía de los valores y de los intereses.

Pero a tal respecto la fuerza institucionalmente revolucionaria y reconstructiva del fascismo se detuvo a mitad camino. El Senado conservó en general la fisonomía del fin del Ochocientos y del primer Novecientos italiano, quedando privado de una verdadera funcionalidad. También a tal respecto se hizo sentir la influencia negativa del pluralismo de las instituciones: las jerarquías del Partido, hasta el Gran Consejo, que creían tener un valor principalmente político, la herencia del institucionalismo monárquico de la Italia anterior, al cual pertenecía justamente el Senado de tipo antiguo, y podría incluso agregarse la misma

Academia de Italia, la que en materia de principios habría podido acoger también a exponentes de valores superiores pero que no pueden ser limitados en la esfera de una cultura áulica, para hacerlos en vez operantes. Todo esto habría tenido que ser esencializado, unificado y redimensionado y aquí, como resulta obvio, habría tenido que referirse también a lo que se ha dicho acerca de la constitución de una especie de «Orden» que habría podido oficiar de núcleo esencial justamente en la Cámara Alta. No obstante ello, quien se aboque a efectuar una confrontación con lo que actualmente es en la Italia actual la Cámara de Diputados y sobre todo el Senado, al cual en gran parte se le ha extendido el absurdo principio electivo de la democracia absoluta, desde el punto de vista de los principios no debería hesitar, si tuviese que pronunciar un juicio.

Si por aquí y por allí se asomó la fórmula aberrante del «Estado del trabajo», por lo demás proclamada por la nueva constitución del Estado democrático italiano, si además del «Estado ético» (el Estado pedagogo para adolescentes espirituales), hubo quien esbozó el todavía más despreciable «humanismo del trabajo» (se trata también aquí de G. Gentile), todo esto puede ser sin embargo referido a las escorias, a las partes no esenciales y no válidas del fascismo.

En efecto, por boca del mismo Mussolini el fascismo estableció explícitamente que «las corporaciones pertenecen al orden de los medios y no al de los fines» (1934). La corporación es la institución con la cual «vuelve a entrar en el Estado el mundo, hasta aquí extraño y desordenado, de la economía» (1934), pudiéndose así asociar la disciplina económica con la política. Esta introducción no debía sin embargo significar la de un «caballo de Troya»; el corporativismo no debía ser una forma o cobertura a través de la cual se cumpliese la escalada del Estado por parte de la economía, por ende la degradación e involución de la idea misma del Estado. Esta última había efectivamente sido la tendencia del llamado «pancorporativismo» expresada por algunos intelectuales de inspiración gentiliana sobre todo en la convención corporativa que se tuvo en Ferrara en 1932. Y sobre esta línea hubo quien pudo concebir una especie de comunismo corporativo (la «corporación propietaria» en mayor o menor medida estatizada) y quien patrocinó la disolución del mismo Partido-institución a favor del puro Estado sindical-corporativo. Pero todas éstas quedaron como veleidades ideológicas privadas de efecto.

Por otro lado, la distinción entre esfera política y esfera corporativa no fue abolida ni siquiera en el sentido opuesto, partiendo desde lo alto, con un «totalitarismo» estatizante. En efecto si Mussolini, como tercera entre las condiciones para desarrollar un «corporativismo pleno, completo e integral», además de una alta tensión ideal y además de entrar «en acción, junto con la disciplina económica, la disciplina política... de modo tal que haya por encima del contraste de los intereses, un vínculo que todo lo une», indicó al «Estado totalitario» (1933), él declaró también: «La economía corporativa es multiforme y armónica. El fascismo no ha pensado nunca en reducirlo todo a un máximo común denominador: es decir, en transformar en monopolio de Estado a todas las economías de la nación. Las corporaciones son las que las disciplinan y el Estado no las reasume si no es en el sector que interesa a su defensa». Explícitamente se declaró que «el Estado corporativo no es el Estado económico», lo cual podía comprenderse en un sentido dual: oponerse a una función de la corporación, sea como instrumento de estatización centralista, sea como instrumento de escalamiento del Estado por parte de la economía.

IX- EL CORPORATIVISMO

Después de esto debemos examinar el principio corporativo en su aspecto económico-social, además de político. También a tal respecto el fascismo retomó en una cierta medida, un principio de la herencia tradicional, el de la «corporación» comprendida como una unidad productiva orgánica, no fracturada por el espíritu de clase y por la lucha de clases. En efecto, la corporación tal como ha existido en el marco del artesanado y antes de la industrialización a ultranza y tal como, partiendo del mejor Medioevo, se había muchas veces continuado (siendo una cosa significativa que su abolición fue una de las primeras iniciativas tomadas por la Revolución Francesa), ofrecía un esquema que con un adecuado redimensionamiento podía servir —y aun hoy podría servir— de modelo para una acción general reconstructiva informada por el principio orgánico. De hecho, ella sin embargo en el fascismo cumplió sólo hasta un cierto punto tal función, sobre todo a causa de residuos de los orígenes mantenidos en el *Ventenio.* Se trató aquí esencialmente del sindicalismo que continuó a ejercer una notable influencia sobre Mussolini y sobre varios elementos que le estuvieron cerca.

En su aspecto esencial de organización ubicada por encima de la empresa, el sindicato es efectivamente inseparable de la lucha de clases y por lo tanto de la visión general marxista de la sociedad. El mismo es una especie de Estado en el Estado y por ende tiene que ver con uno de los aspectos de un sistema en el cual la autoridad del Estado se encuentra disminuida. La «clase» que se organiza en un sindicato es una Parte de la nación que pretende hacerse justicia por sí misma y que pasa a la acción directa, en los términos de lo que muchas veces podría definirse como de un chantaje, a pesar del reconocimiento que la misma pueda sonsacar: el llamado «derecho sindical» no es otra cosa en el fondo que un derecho sustraído a la esfera del derecho efectivo que sólo el Estado soberano tendría que administrar. Se sabe cómo en Sorel, al cual Mussolini antes había admirado sumamente, el sindicalismo asuma un valor directamente revolucionario y se vincule nada menos que con un «mito» correspondiente o a una idea-fuerza general.

Por otro lado se sabe que con el sindicalismo en cada régimen que no sea íntegramente socialista, en cada régimen en donde el capitalismo y la iniciativa privada no se encuentren abolidos, llega a determinarse una situación caótica, inorgánica e inestable. La lucha entre categorías de trabajadores y de dadores de trabajo con el instrumento de la huelga y con otras formas de chantaje de parte de las primeras, y con las defensas, convertidas cada vez más en débiles y raras, de parte de los segundos a través de los *«lock out»,* terminan fraccionando la sociedad en una esfera de presiones y choques parciales, preocupándose cada asociación de categoría sólo por sus propios intereses, sin tener en cuenta los desequilibrios que sus reivindicaciones particulares puedan provocar en el conjunto y menos aun el interés general. El todo, como es habitual, es descargado así sobre el Estado y sobre el gobierno, el cual se encuentra de este modo obligado a ir de aquí para allá para taponar y poner siempre en orden una estructura temblequeante y resquebrajada. A no ser que se crea en el milagro de alguna «armonía preestablecida» de tipo leibniziano, es pues inconcebible que en una sociedad en donde el Estado ha cedido siempre más ante el sindicalismo como potencia autoorganizada, la economía pueda tener un curso normal y que en vez, en razón de la multiplicación de las disfunciones y de los roces, la situación no deba llegar a un grado tal que finalmente la única solución razonable sea hacer *tabula rasa* y aceptar la salida integralmente socialista como la única capaz de instaurar, con una total unificación, un principio de orden y de disciplina. La situación de Italia en el momento en que nosotros escribimos puede servir como una ejemplificación más que elocuente de esta verdad.

Con el corporativismo el fascismo pretendió pues superar el mencionado estado de cosas creado por el sindicalismo y por la lucha de clases. Se trataba de restablecer la unidad de los múltiples elementos de la actividad productiva, unidad perjudicada por un lado por las desviaciones y por las prevaricaciones del antiguo capitalismo, por el otro por la intoxicación marxista difundida entre las masas obreras, excluyendo por lo demás la solución socialista y reafirmando en vez la autoridad del Estado en cuanto regulador y custodio de la idea de la justicia aun sobre el plano económico-social. Pero, tal como se dijo, en esta reforma inspirada en un principio orgánico, se quedó a mitad camino en el corporativismo fascista y en su praxis correspondiente; no se llegó hasta las raíces del mal. Ello aconteció

porque el fascismo del *Ventenio* no tuvo el coraje de asumir una postura netamente anti-sindicalista. Es más, el sistema estatuyó legislativamente el consiguiente doble encuadramiento de los dadores de trabajo y de los trabajadores, dualidad que sin embargo no fue superada en donde habría tenido que serlo, es decir en la misma empresa a través de una nueva estructuración orgánica de la misma (esto en su estructura interna), sino en superestructuras estatales generales, afectadas por un pesado centralismo burocrático y, en la práctica, muchas veces parasitarias e ineficientes. Eran más bien eliminados los aspectos más calamitosos del anterior sistema con la prohibición de la huelga y del *lock-out,* con una reglamentación de los contratos de trabajo y con formas de control, obviando lo que hemos llamado el anarquismo de las reivindicaciones categoriales; sin embargo se trató siempre de una reglamentación externa, cuanto más tan sólo arbitral, la cual no se desarrollaba dentro de la vida concreta de la economía. Sin embargo Mussolini, al indicar, tal como se ha visto, una especial tensión ideal y al subrayar el carácter no sólo económico, sino también ético de la corporación, había tenido el sentido preciso del punto sobre el cual la reforma corporativa habría tenido que basarse: lo esencial era un clima nuevo que actuase en modo directo y formativo en las empresas y les restituyese el carácter tradicional de «corporaciones». Entraba en cuestión pues en primer lugar una acción sobre las mentalidades; por un lado, había que desproletarizar y desmarxistizar al obrero, por el otro había que destruir la mentalidad puramente «capitalista» del empresario.

Puede resaltarse que, en materia de principio, quienes se condujeron de manera más decidida en la justa dirección, de carácter tradicional, fueron más bien el nacionalsocialismo alemán y también el movimiento contrarrevolucionario español (falangismo) y portugués (la constitución de Salazar). En el caso de Alemania, también se debe pensar en la influencia ejercida por la subsistencia de anteriores estructuras regidas por una actitud correspondiente y por una tradición de este tipo, las cuales en cambio eran inexistentes en Italia: tal influencia tenía que continuar incluso tras la caída del hitlerismo y la eliminación formal de la legislación nacionalsocialista del trabajo, debiéndose a la misma aquello que ha dado en llamarse como «milagro económico», es decir, la rápida recuperación de la Alemania occidental federal tras la gran catástrofe.

El nacionalsocialismo disolvió los sindicatos y —como diremos en

nuestras *Notas sobre el Tercer Reich* (ver la segunda parte de esta obra)— apuntó a superar la lucha de clases con el correspondiente dualismo justamente **adentro** de la empresa, adentro de **cada** empresa en particular de una cierta entidad, dándole a ella una formación orgánica y jerárquica a los fines de una estrecha cooperación: reproduciendo, es más, en ella el mismo esquema que el régimen había propuesto para el Estado. Una vez concebida la empresa en los términos de una «comunidad» (que podía considerarse como correspondiente a la de la antigua corporación), le era reconocida al jefe de la empresa la función análoga a la de un *Führer,* siendo su designación la de *Betriebsführer,* («*Führer* empresario»), mientras que el plantel de obreros era denominado como su *Gefolgshaft,* término que literalmente significa su «séquito», es decir un conjunto de elementos asociados que debían estar unidos por un sentimiento de solidaridad, de subordinación jerárquica y de fidelidad. Aquella «reciprocidad de derechos y de deberes» que, según la Carta del Trabajo fascista (parte VII), habría tenido que derivar de la «colaboración entre las fuerzas productivas», era así remitida a algo más vivo que podía darle un sólido fundamento; y puede decirse que, en contra de la mentalidad marxista y materialista, a tal respecto podía hacerse valer, sobre el mismo plano del trabajo y de la producción, también aquel tipo de actitud «militar» en el sentido generalizado, ético y viril, de la que antes se habló.

En cuanto a la función mediadora y contemporizadora y al principio político como una eventual y superior instancia, también a tal respecto en Alemania se permaneció en lo interior de la empresa; los deberes, confiados en Italia a los órganos corporativos fascistas estatales, debían aquí ser cumplidos, en una escala adecuada, por delegados políticos destacados en las empresas, que tenían la facultad de resolver los conflictos, de dar indicaciones y de modificar eventualmente las reglamentaciones establecidas haciendo valer principios superiores. La misma designación de la más alta instancia de este sistema como «Tribunal de Honor social», *Soziales Ehrengericht,* pone de nuevo en relieve el aspecto ético que tenía que revestir esencialmente la solidaridad dentro de toda empresa. En el fascismo el principio del sistema se hallaba en la responsabilidad del empresario ante el Estado para la conducción del proceso productivo, recibiendo como correlato el reconocimiento de su libre iniciativa. Y aquí podrían ser recordadas las consideraciones ya desarrolladas por nosotros

otras veces en relación con el anti-totalitarismo con la descentralización: la libertad y la libre iniciativa pueden ser concedidas en medida tanto más amplia cuanto más es fuerte un poder central y un centro gravitacional al cual se esté vinculado por un lazo inmaterial, ético, antes que en razón de cualquier norma positiva contractual y obligatoria. En el ejemplo alemán, las empresas en su nueva figura de unidades corporativas estaban unidas sólo en el marco del llamado «Frente del Trabajo».

Se puede mencionar que una no distinta dirección había sido seguida en España: la dirección de una reconstrucción orgánica dentro de la empresa. También aquí no se tenía al dador de trabajo en oposición con el trabajador en una especie de guerra fría y permanente, sino la solidaridad jerárquica. En el esquema originario de la llamada «corporación vertical» el empresario asumía el carácter de un jefe; *el jefe de empresa;* el mismo tenía junto a sí a los *jurados de empresa*[1] como un órgano consultivo, correspondiente, si se quiere, a las comisiones internas y también a los sindicatos tal como en un primer momento existieron en los Estados Unidos (sindicato de cada empresa o complejo industrial, no organización interempresaria de categoría), siendo aquí por igual puesto en relieve un principio de colaboración y de lealtad en vez que una simple defensa de los intereses de las partes.

Es oportuno considerar brevemente los desarrollos que el segundo fascismo, el republicano y «social» de *Saló,* buscó de darle a la reforma corporativa. A tal respecto deben constatarse aspectos contrastantes. En efecto por un lado se podría pensar en un paso adelante cumplido en la dirección aquí mencionada, puesto que se dio un particular relieve a la figura del jefe de la empresa, y a nivel de los principios la proyectada institución en las empresas de «consejos de gestión» mixtos habría podido ser orientada en el sentido de un régimen de mayor cooperación orgánica, naturalmente en los campos en los cuales no fuese absurdo llamar a consulta a un profano (problemas técnicos particularmente especializados o de alta gestión). El aspecto más audaz y revolucionario fue sin embargo, en el llamado *Manifiesto de Verona,* el ataque contra el capitalismo parasitario, puesto que la mencionada, potenciada dignidad y autoridad del jefe de la empresa era reconocida tan sólo a quien fuese «el primer trabajador» de la

[1] En castellano las dos veces en el texto (n. de la trad.).

misma, es decir al capitalista emprendedor comprometido, no al capitalista especulador extraño al proceso productivo y simple beneficiario de dividendos (tan sólo con referencia a este segundo tipo se puede en efecto justificar en parte por lo menos la polémica marxista). También a tal respecto podía pensarse en retomar el modelo de la antigua corporación, en donde el «capital» con la propiedad de los medios de producción no era un elemento extraño o separado de la unidad productiva sino que estaba comprometido en la misma en la persona de los maestros del oficio.

Pero el correlato negativo de esta legislación del trabajo del segundo fascismo es visible en dos puntos. El primero se refiere a la llamada «socialización» con lo cual, aun si, quizás, partiendo por igual de una exigencia orgánica, se fue más allá del sentido y se manifestó una tendencia demagógica. Aunque en ello no debe sin embargo descartarse que se trató de una concesión ocasionada por fines tácticos dada la situación crítica en la cual se encontró el fascismo de Saló en tanto que Mussolini buscó quizás por cualquier medio de ganarse a la clase obrera que estaba volviendo a ser irresistiblemente atraída por las ideologías de izquierda. Podría así hablarse de un intento de apertura comprendida como un medio para prevenirse de la izquierda verdadera y propia. Pero la socialización, en sí misma, no puede no representar una escalada desde lo bajo de la empresa y, aparte de cosas absurdas de orden técnico y funcional, sobre las cuales aquí no es la ocasión para detenerse, es evidente que la misma no responde a la eventual y legítima instancia que podría haberla inspirado, en razón de una manifiesta unilateralidad.

En efecto la principal influencia del sistema propuesto por este aspecto de la legislación fascista republicana se vinculaba a la coparticipación de los trabajadores y de los empleados en las utilidades de la empresa, cosa que en sí misma, dentro de determinados límites, podía también ser una justa limitación de las posibilidades dejadas a un capitalista explotador y acumulador de ganancias. Pero para hacer desaparecer estos aspectos atractivos del sistema habría sido suficiente con poner en evidencia que, si se quería crear un régimen de verdadera solidaridad, la participación en las utilidades habría tenido que tener como natural correlato la participación de los trabajadores en las eventuales pérdidas, con la correspondiente reducción de los salarios: solidaridad pues en las buenas y en las malas. Y esto habría sido suficiente para refrenar muchos entusiasmos. La solución justa, capaz

de asegurar un verdadero compromiso y una co-responsabilidad habría sido en todo caso, no la «socialización», sino más bien un sistema de participación accionaria (con oscilación de los dividendos) que mantuviese sin embargo siempre la propiedad de la empresa a su dueño. Es el sistema que efectivamente en el exterior recientemente ha sido experimentado por algunas grandes empresas. Pero éste no es por cierto el lugar para examinar problemas de tal tipo, a los cuales aquí tan sólo se ha hecho mención únicamente para poner en evidencia, a través de una comparación, los límites y las debilidades de la segunda legislación fascista del trabajo.

El segundo punto negativo y regresivo en tal legislación fue una intensificación del sindicalismo y, junto a ello, del centralismo, a través de la creación de una Confederación única integrada por las organizaciones sindicales, siempre reconocidas y toleradas, con el deber de decidir en «todas las cuestiones relativas a la vida de la empresa, a la dirección y al desarrollo de la producción en el marco del plan nacional establecido por los organismos estatales competentes». A diferencia de lo que era propio del esquema dualista de la legislación corporativa del *Ventenio,* un encuadramiento de empresarios y de las fuerzas del capital no era contemplado en esta Confederación, la cual apuntaba a la «fusión en un bloque único de todos los trabajadores, comprendidos los técnicos y los dirigentes». Ante este bloque, pasaba a segundo plano el problema —por no decir basal— de la reconstrucción orgánica e infraestructural en cada empresa, considerada en su autonomía. Se delineaba luego de nuevo, sobre el plano nacional y estatal, una ambigüedad que en materia de principio podía dar lugar tanto a uno como a otro de los dos aspectos negativos indicados por nosotros anteriormente: al escalamiento del Estado por parte de la economía, del «trabajo» y de la producción por un lado, o bien, por el otro, a la estatización «totalitaria» de la misma economía. Si en la fórmula aquí referida, en donde se habla de «un plano nacional establecido por los órganos competentes del Estado», podía delatarse la segunda dirección, quizás haya que resaltar que el «bloque» así considerado podía también encuadrarse en el nivel de la «movilización total» impuesta por la situación de emergencia, y sólo justificada por esta situación (o por la duración de la misma): era justamente la situación en la cual se encontró el fascismo «republicano» en el clima trágico del final de la guerra. Pero, como resulta claro, ello se vincula al campo de la contingencia, del cual

no es lícito recoger nada que se refiera a lo relativo a la doctrina, a los principios normativos.

Como conclusión de nuestro examen global del intento corporativo fascista debe pues constatarse, de cualquier forma, la presencia de exigencias cuya validez y legitimidad resultan tanto más evidentes cuando se tenga presente la situación económico-social actual, cuando se reconozcan de ella los aspectos críticos y caóticos subsistentes a pesar de ciertas apariencias de un impulso productivo e incluso de una efímera prosperidad, con el agudizamiento de la lucha de clases y con la progresiva claudicación del Estado ante una demagogia legalizada que ya parece no conocer más límites. Nuevamente, hay que constatar y subrayar que lo que presentó como positivo el sistema fascista en este campo y, más todavía, lo que podrían haber presentado posteriores desarrollos reconstructivos con una remoción de los límites indicados por nosotros no se remite tanto a alguna cosa «revolucionaria» en sentido negativo o exclusivamente innovador sino, una vez más, a la acción que hubo en el fascismo de formas cuyo suelo propio fue el de una anterior civilización: formas de inspiración tradicional, de lo cual pueden no haber tenido conciencia los promotores del corporativismo fascista.

Tal como el lector ha visto, no hemos creído oportuno hablar para nada del «socialismo nacional» en el cual algunos han querido ver uno de los rasgos más esenciales y válidos del fascismo: la realización de tal socialismo, según ellos, habría sido la principal misión cumplida no sólo en Italia, sino también en Alemania, y la Carta del Trabajo fascista habría puesto los cimientos de esta especial «civilización socialista». Ahora bien, semejantes ideas no podemos tomarlas en manera alguna en consideración. Nosotros rechazamos asumir el «socialismo» en forma separada de aquellos valores propios que son incompatibles con la más alta y manifiesta vocación del fascismo. El socialismo es el socialismo, y el agregado del epíteto «nacional» es un simulacro parecido a un «caballo de Troya». Una vez realizado el «socialismo nacional» (con la eliminación inevitable de todos los valores y las jerarquías incompatibles con el mismo), se pasará al socialismo sin epítetos, y así sucesivamente, puesto que sobre un plano inclinado nadie se detiene a mitad de camino.

En su momento el fascismo italiano fue uno de los regímenes más avanzados en materia de medidas sociales. Pero el corporativismo del

Ventenio en lo que posee de validez debe ser interpretado esencialmente en el marco de una idea orgánica y antimarxista, por ende también afuera de todo lo que se puede llamar legítimamente «socialismo». Justamente y tan sólo a tal respecto el fascismo habría podido ser una «tercera fuerza», una posibilidad ofrecida a la civilización europea, opuesta sea al comunismo como al capitalismo. Así pues toda «apertura interpretativa a la izquierda del fascismo» debería ser evitada, si es que no se lo quiere degradar: a pesar de que ello disguste a algunos partidarios del «Estado nacional del trabajo», los cuales hoy parecen no darse cuenta de que, mientras querrían hacer oposición y ser incluso «revolucionarios», ésta es en mayor o menor medida la fórmula institucional aclamada en la vigente constitución de la actual Italia democrática y antifascista.

X- LA AUTARQUÍA ECONÓMICA

Pasando ahora a otro tema relativo a la economía nacional, también en sus relaciones con la internacional, en muchos ambientes hoy es corriente condenar como algo absurdo al principio fascista de la *autarquía*. Sobre esto, desde nuestro punto de vista no se puede estar totalmente de acuerdo.

No menos que en el ámbito de las personas, en el de las naciones uno de los bienes mayores es la libertad y la autonomía. Esta exigencia fue afirmada en manera clara por Mussolini quien tuvo ocasión de decir: «Sin la independencia económica la misma autonomía de las naciones se encuentra comprometida y un pueblo de elevadas capacidades militares puede ser doblegado por el bloqueo económico» (1937). Por lo tanto, según él, la nueva fase de la historia italiana tenía que «estar dominada por este postulado: realizar en el tiempo más breve el mayor grado posible de autonomía en la vida económica de la nación» (1936). Hablar de una «mística de la autarquía» (1937) tiene que ver naturalmente con el abuso que en los últimos tiempos se ha hecho del término «mística»[1]. Sin embargo podría hablarse perfectamente de una «ética de la autarquía», en base al origen mismo de la palabra: ella nos viene de la antigüedad clásica, en particular de las escuelas estoicas que profesaban justamente una ética de la independencia y de la auto-soberanía de la persona, valor éste que, para tutelarlo, en donde fuera necesario se tenía que seguir el severo principio del *abstine et substine.*

El principio fascista de la autarquía puede pues ser considerado como una especie de extensión de esta ética al plano de la economía nacional.

[1] Dentro del mismo abuso se encuentra la expresión «mística fascista»: en Milán se creó incluso una *Escuela de Mística Fascista.* Aun si esta organización se hizo promotora de algunas iniciativas en nada banales y figuraron en ella varios elementos calificados de las nuevas generaciones de entonces, sin embargo no era el caso de hablar de una «mística». Una «ética del fascismo» era aquello a lo cual en última instancia se podía haber hecho referencia en el período anterior. Tal como se ha dicho, el fascismo no enfrentó el problema de los valores superiores, de lo sagrado, sólo en relación con los cuales se puede hablar propiamente de «mística». Pero en relación a tales valores en el *Ventenio* se permaneció en el plano de remisiones vagas y conformistas a la religión dominante.

Si fuese necesario, habría que mantener bajo el nivel general de vida, adoptar aquella *austerity* que, por lo demás, aun si en una coyuntura diferente debía ser practicada por doquier por otras naciones en la postguerra, sin embargo ello debía ser hecho asegurándose un máximo grado de independencia. Ésta es una orientación que debe aprobarse sin más. En el caso de una nación de recursos humanos limitados, como Italia, un cierto régimen de autarquía y de austeridad era efectivamente la dirección justa. En cuanto al curso de la vida nacional reputamos en cualquier caso como normal la situación opuesta a todo aquello que acontece actualmente en Italia: aparente prosperidad generalizada y dispendioso vivir al día por encima de las propias posibilidades dentro de un espantoso pasivo del balance estatal, con una extrema inestabilidad económico-social, una progresiva inflación y la invasión del capital extranjero, con sus relativos múltiples condicionamientos visibles e invisibles.

Naturalmente, no es necesario excederse en el sentido contrario. Bajo todo aspecto puede servir de guía la analogía ofrecida por el comportamiento de un hombre digno de este nombre. Él puede promover el desarrollo del cuerpo y del bienestar corporal, pero no se hace siervo del mismo, cuando sea necesario frena los impulsos correspondientes y los hace obedecer a una instancia más alta, aun al precio de sacrificios: lo mismo acontecerá, cada vez que quiera o tenga que enfrentar deberes que reclamen una tensión particular. Es para hacer posible lo que sobre el plano nacional corresponde a una línea análoga, que deben establecerse adecuadas relaciones entre el principio político de un Estado nacional orgánico y el mundo de la economía, correspondiente a su parte corpórea.

En el fascismo, por un lado se tenía en vista la creación de un Estado fuerte, en el cual todas las posibilidades de la nación fuesen activadas; pero no se puede negar por otra parte que con la autarquía no se pretendía una especie de *splendid isolement* de la nación que se hizo suficiente a sí misma lo más posible, sino también una preparación y un recogimiento de fuerzas en vista de un choque armado entre Estados, sirviendo la experiencia hecha con la campaña de Etiopía como una advertencia; las expresiones de Mussolini citadas poco antes subrayan de manera innegable también este aspecto. Sin embargo puede aun prescindirse de esto y comprender el principio de la autarquía en los términos de un desafío a la economía según aquellas presuntas leyes férreas que de ella harían «nuestro

destino». Bajo este aspecto no puede decirse que los resultados de la experiencia hayan sido negativos; en Italia y también en Alemania la vida económica interna antes de la guerra pudo desarrollarse de manera bastante normal y pasable a pesar del boicot internacional padecido por las dos naciones, en primer lugar con la desvalorización de sus divisas en el exterior.

Por tal camino, de la autarquía como escándalo o herejía económica se podría partir para consideraciones que tengan un carácter sumamente más general.

La fórmula marxista: «la economía es nuestro destino» con la correspondiente interpretación de la historia en función de la economía es bien conocida. Pero el determinismo económico es reconocido también por corrientes diferentes del marxismo e incluso opuestas al mismo. Aquí debe decirse que si, tomada en sí misma, aquella fórmula es absurda, ella lamentablemente no lo es si se considera al mundo moderno, pues en éste el hombre ha logrado convertirla en verdadera en siempre mayor medida. El puro *homo oeconomicus* es una abstracción pero, como tantas abstracciones, puede convertirse en realidad a través de un proceso de hipertrofia y absolutización de una parte respecto del todo: en el momento en el cual el interés económico se convierte en predominante es natural que el hombre subyazca a las leyes de la economía y que éstas adquieran un carácter casi autónomo, hasta que otros intereses no se reafirmen y no intervenga un poder superior.

Que el «hombre económico» no exista, éste fue también el punto de vista de Mussolini quien contrapuso a ello el «hombre integral» (1933); y su idea era que «la política ha dominado siempre y dominará siempre a la economía»; en este contexto ponía de relieve que lo que es concebido como destino del hombre «es, por lo menos en tres cuartas partes, creado por su abulia y por su voluntad» (1932). Aquí se pueden mencionar también las perspectivas de Spengler el cual, en el examen de las formas con las cuales se cierra un ciclo de civilización haciéndola descender al nivel de una *«Zivilisation»*, ha considerado justamente la fase en la cual la economía se convierte en soberana, y se realiza una cierta conexión entre democracia, capitalismo y finanza. Tal conexión demuestra, por lo demás, la ilusión de las «libertades» reivindicadas en el período último, puesto que evidentemente las «libertades políticas» no son nada sin la libertad o

autonomía económica, sea en el campo individual como en el colectivo; en el campo colectivo, porque en un régimen democrático son los grupos en posesión de las riquezas los que controlan la prensa y todos los otros medios de formación de la «opinión pública» y de la propaganda; en el campo individual y práctico, porque el acceso a las varias «conquistas» de la civilización tecnológica y económica moderna con su aparente prosperidad, es pagado con equivalentes condicionamientos del individuo, con una inserción siempre más rigurosa en el engranaje colectivo movido por la economía y ante el cual las «libertades políticas» son una cosa irrisoria.

Sin embargo Spengler había formulado una fase sucesiva llamada por él como de la «política absoluta» y puesta en relación con la aparición de aquellos nuevos jefes de carácter problemático que mencionáramos antes. Aun manteniéndose firmes las reservas hechas por nosotros a tal respecto, desde una visión de tal tipo se puede, sin embargo, recoger la idea de una posible mutación de la situación por obra de un Estado fuerte, basado sobre el principio incondicionado de la autoridad. Al mismo puede serle dada la función de frenar al «gigante desencadenado», es decir, a la economía como destino. La expresión «gigante desencadenado» ha sido acuñada por Werner Sombart con referencia sobre todo al alto capitalismo y a sus determinismos inmanentes. También esta específica referencia puede ser tomada en consideración: partiendo del principio de la preeminencia de la política con respecto a la economía y con el retorno a la idea del Estado verdadero, de su soberanía y autoridad realizadas en un sistema de adecuadas estructuras, también el desarrollo teratológico del capitalismo, en el sentido de una desenfrenada productividad, puede ser limitado con el fin último de remitir todo lo que es economía, a la posición subordinada de un medio y de un dominio circunscrito en una más vasta jerarquía de valores y de intereses.

Para completar estas consideraciones se podría especificar tal fin último con relación también a su contenido y decir que, desde nuestro punto de vista, lo esencial sería llegar a un equilibrio, a una estabilidad, a una detención del movimiento ilimitado. Esto no podía ser tratado en el fascismo el que tenía aun ante sí un duro deber de poner a punto económica, industrial y socialmente a la nación: ello, aun prescindiendo de proyectos expansionistas ligados a una cierta aspiración a la «grandeza», más que al

splendid isolement anárquico, tal como lo hemos llamado. En estas condiciones era natural una orientación activista y dinámica, un empuje hacia adelante, e incluso pudo ser enunciada la fórmula «el que se detiene está perdido» a pesar de su carácter problemático, es decir la evidente implicación anti-autárquica de aceptar sin medidas defensivas la inserción en un proceso general condicionante.

Así pues no se puso el problema último, el del ideal de civilización a elegir en definitiva en el plano de los principios. Habría que haberse preguntado hasta qué punto nos sentíamos llamados a ir a contracorriente con respecto al movimiento general que conduce al mundo moderno hacia aquello que es llamado progreso pero que, en relación a su verdadero sentido interno, debería llamarse más bien, con Bernanos, una «fuga hacia adelante»; hasta qué punto, en un determinado momento, como orientación justa no habría que haber considerado lo que puede ser llamado «inmovilismo» por quien confunde la estabilidad y un límite positivo querido con la inmovilidad y la inercia, y no reconoce sino una detención, un freno en la dirección «horizontal», en la del devenir, de la evolución en el sentido material, técnico y económico en procesos que concluyen con la pérdida de control por parte del hombre. Ello será siempre la condición para un progreso o impulso en el sentido «vertical», para la realización de las posibilidades superiores y de la verdadera autonomía de la persona; y en fin, queriendo usar una conocida fórmula, para una realización del «ser» más allá del «bienestar».

Todo esto nos lleva, sin embargo, evidentemente mucho más allá del orden de un examen de la doctrina del fascismo, al menos en lo que respecta a las posibilidades virtualmente ofrecidas por las relaciones concebidas y en parte realizadas por el fascismo entre poder y economía; ofrecidas en el presupuesto de una adecuada elección de las vocaciones y, natural y esencialmente, también del eventual establecimiento en la nación de un cierto clima general y de una diferente visión de la vida, opuestos, por lo demás, a aquellos que de hecho han venido a predominar irresistiblemente en nuestros días.

XI- EL RACISMO

Aun entre quienes hoy en Italia critican al régimen democrático y no niegan el valor de algunos aspectos del fascismo, el «racismo» es juzgado en general como uno de los aspectos más oscuros del mismo, sobre el cual habría que callar, reputándoselo como una especie de «cuerpo extraño» que se insertó en el sistema. A tal respecto, el fascismo habría sido influido e imitado al hitlerismo en el último período de la coyuntura italo-germánica, del Eje Roma-Berlín.

En tal manera de pensar tiene muchas veces un lugar relevante el equívoco debido a hacer del «racismo» un simple sinónimo de antisemitismo y de brutal persecución del judío. Así pues ha podido acontecer que una revista declaradamente «neofascista» haya puesto de relieve diferentes datos recogidos incluso de autores judíos intentando borrar la presunta mancha y demostrar que Mussolini, en realidad, no era «racista», puesto que el fascismo durante la guerra en el período más crítico del control alemán sobre Italia no sólo no habría perseguido a los judíos, sino que incluso los habría muchas veces protegido: pero dentro de tal esquema se confunde lo que pudo haberse debido a un sentimiento de humanidad y a la aversión por ciertos despreciables métodos usados por los Alemanes, con una cuestión de principio.

Así pues, será oportuna una breve puesta a punto sobre tal tema. Se puede hablar de tres factores que en 1938 indujeron a Mussolini a enfrentar el problema de la raza. El 5 de agosto de 1938 en una nota oficial se declaró que «el clima ya estaba maduro para un racismo italiano», por lo cual en el mes de octubre sucesivo el Gran Consejo trazó las directivas fundamentales, siendo promulgadas en el mes siguiente las primeras disposiciones legislativas «para la defensa de la raza italiana». De los tres factores, el que se refiere al problema hebraico era el más contingente. En los primeros escritos de Mussolini faltan referencias a tal problema. Se puede tan sólo citar un antiguo artículo en donde se mencionaba al judío como un ser que, sometido y privado de los medios normales para luchar directamente en el mundo moderno, ha recurrido a medios indirectos constituidos por el dinero, la finanza y la inteligencia (en sentido profano) para ejercer un dominio y afirmarse. Además, en un artículo de 1919

Mussolini se había preguntado si el bolchevismo apoyado en sus orígenes por banqueros judíos de Londres y de Nueva York y teniendo (entonces) a numerosos judíos entre sus dirigentes, no fuese una «venganza de Israel contra la raza aria».

Por otro lado no es necesario recordar que el antisemitismo no ha nacido por cierto con el nacionalsocialismo, que el judío en toda la historia, a partir de la romanidad, ha sido objeto de aversión y de persecuciones, en la era cristiana sancionadas muchas veces por soberanos, papas, o por concilios. Sin embargo se debe reconocer que en Italia el problema judío no había sido nunca particularmente sentido y que la toma de posición de Mussolini ante el mismo, en 1938, tuvo un carácter más político que ideológico. En efecto se multiplicaban los relatos de diplomáticos y de informantes italianos acerca de la creciente hostilidad militante antifascista demostrada por elementos judíos italianos en el exterior, especialmente en Estados Unidos, en relación ello en gran medida con la alineación de Italia del lado de Alemania. Así pues Mussolini finalmente fue obligado a reaccionar y los judíos en Italia que, salvo algunas excepciones, no habían dado particulares demostraciones de sentimientos antifascistas (incluso hubo algunos que fueron escuadristas), llegaron por tal camino a sufrir las consecuencias de la actitud de sus correligionarios no italianos a causa de medidas que, sin embargo, de ninguna manera pueden ser comparadas con las alemanas y que muchísimas veces permanecieron sólo en el papel. Puesto que aquí nos ocupamos de la doctrina, no tenemos que tratar este aspecto del «racismo» fascista; un examen del problema judío pertenece a otro marco muy distinto.

En cuanto a la «raza», Mussolini habló muchas veces de ello. En un período en el cual no se pueden por cierto suponer influencias hitleristas, es decir en abril de 1921, en un discurso formulado en Bolonia, puso en relación el nacimiento del fascismo con «una profunda, perenne necesidad de esta nuestra raza aria y mediterránea que en un determinado momento se ha sentido amenazada en las razones esenciales de la existencia». Es del mismo año la afirmación de que «es con la raza que se hace la historia», y de 1927 es la frase: «Hay que vigilar seriamente el destino de la raza; hay que cuidar la raza». Se podrían también dar otras muchas referencias similares. En 1938, en el congreso general del partido fascista, Mussolini tuvo ocasión de recordar estos precisos antecedentes al rechazar la acusación de copiarse simplemente de los Alemanes, agregando también que aquellas

veces en las cuales había hablado de estirpe él pretendía «referirse a la raza». Pero si en la primera citación el término «ariano» puede tener un valor propiamente racista, en todos los demás casos se habla de raza en un sentido genérico, es más, nos encontramos con la evidente confusión entre el concepto de raza y el de nación. Tal confusión se continuó luego en el mismo *Manifiesto de la Raza* (documento por lo demás enmarañado y superficial) en donde se habló de «raza italiana», y en el uso de tal expresión en la misma legislación «racista» fascista en 1938. Naturalmente esto es un absurdo. Ninguna nación histórica es una «raza». Prescindiendo de cualquier instancia eugenésica, hablar de «defensa de la raza» en estos términos se reducía pues a dar un vago colorido biologizante y étnico a la postura nacionalista; cuanto más, era una «etnía histórica», no una verdadera raza, lo que podía tenerse en vista. Pero no es suficiente. Hay que resaltar además que con la identificación de la raza con una nación, con la exaltación de lo que tenía que encontrar una expresión fundamental en el concepto nacionalsocialista colectivizante de la *Volksgemeinschaft* (es decir, de la unidad o comunidad nacional-racial, del pueblo-raza) en el fondo se iba a atacar y a vaciar, democratizándola, justamente la noción misma de raza. Como tuvo ocasión de notar muy justamente K. A. Rohan, había todavía algo que la democracia no había podido invadir, justamente la raza en sentido aristocrático: puesto que es de «raza» y posee una «raza» tan sólo una *élite,* mientras que el pueblo no es sino pueblo, masa. Identificada en manera promiscua la raza con la nación hasta el límite de hablar de «raza italiana», «raza alemana», etc., también caía este baluarte y era así disuelto. Así pues en contra de tal «racismo» se podía y se puede tomar posición, justamente asumiendo un punto de vista aristocrático y jerárquico.

De cualquier manera, el segundo factor que condujo hacia la dirección racista del fascismo debe ser sobre todo referido al concepto de una especie de conciencia «racial» de la nación. El mismo se vinculó por igual a una circunstancia contingente, a la conquista de Etiopía y a la creación del Imperio africano. A tal respecto el «racismo» fascista tuvo el mismo carácter práctico y no ideológico de la actitud común a muchas naciones coloniales europeas, con Inglaterra en primer lugar, las cuales intentaron proteger con adecuadas medidas, alimentando un sentimiento de «raza», el prestigio de los blancos ante los pueblos de color y prevenir mezclas bastardas y mestizajes. No diferente fue el sentido de un decreto promulgado

por el gobierno fascista ya en 1937. Mussolini se limitó pues a seguir aquello que había sido tradición antes de que la ideología democrática, con el principio de la denominada «autodeterminación de los pueblos» proclamado por los blancos, se volcara en contra de ellos provocando la emergencia, las reivindicaciones y la sublevación de los pueblos de color, hasta que los mismos Europeos fueron presa de la psicosis del anticolonialismo.

Mussolini había en vez reconocido «la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres» y su línea de conducta fue pues, a tal respecto, coherente y, desde nuestro punto de vista, aprobable. Las distancias tenían que ser mantenidas. Un paso más adelante puede ser visto en lo que dijo en un discurso del 18 de septiembre de 1938, cuando habló de la necesidad de despertar en los Italianos «una clara, severa conciencia de raza que establezca, no sólo diferencias, sino también superioridades muy netas». Sin embargo es oportuno recordar también que en otro discurso anterior, sostenido ante estudiantes orientales, Mussolini había tomado una postura en contra del colonialismo disolvente y materialista, condenando la actitud de quien consideró a los dominios coloniales en el solo plano de «fuentes de materias primas y de mercados de manufacturas». Así pues se acercó al punto fundamental. Más allá de cualquier prejuicio ligado al simple color de la piel se habría tenido que establecer un principio jerárquico que hiciese frente al problema de la legitimación del derecho al dominio de un pueblo y de la correspondiente civilización. No puede esconderse toda la gravedad de tal problema. En efecto, si consideramos el período del colonialismo propio y verdadero, es necesario reconocer que aquella legitimación era en gran medida inexistente, cuando no se trató tan sólo de salvajes, de negros y de otras razas inferiores, sino también de pueblos que habían tenido ya una propia, antigua civilización y tradición, como por ejemplo los Hindúes. Respecto de ellos los «blancos» no pudieron poner enfrente otra cosa que su civilización tecnológica y su superioridad material y organizativa, con el agregado del cristianismo en su extraña pretensión de ser la única religión verdadera o, por lo menos, la más alta religión. De aquí entonces las pesadas implicaciones del principio jerárquico y de la invocada «conciencia de raza» (de raza-nación) en cuanto la misma debía incluir un sentimiento no sólo de las diferencias, sino también de una real superioridad. Que aquí de ninguna manera tuviesen que ver los problemas de los «pueblos sin espacio», eventualmente enardecidos por una

«campaña demográfica», es ya evidente que lo hemos mencionado al hablar de esta última: la presión del número no puede revestir el significado de un cierto derecho en un sentido superior, ético o espiritual, y la famosa consigna de Mussolini en el momento de la campaña de Etiopía: «¡Italia proletaria y fascista de pie!», es por cierto una de las más deletéreas que le hayan sido jamás sugeridas por el componente «populista» de su personalidad. Cuanto más, es de una Italia de los trabajadores que se habría podido hablar, sin tomar en préstamo la jerga marxista y transponer casi sobre el plano internacional el correspondiente ruinoso mito de la «lucha de clases» (cosa que por lo demás ya Corradini[1] en su momento había comenzado a hacer en clave nacionalista).

Por otro lado no es necesario decir que en el estado en el cual se encuentran hoy reducidos los pueblos occidentales, problemas de este tipo se han convertido en carentes de sentido. Por un lado, hoy subsisten únicamente formas larvadas de colonialismo económico, es decir de condicionamientos de los pueblos de color «subdesarrollados» y convertidos finalmente en independientes, de parte del capital y de la industria extranjera (es el llamado «segundo colonialismo» en el cual Estados Unidos y Rusia son los principales rivales), por el otro, hay una siempre más precisa renuncia a cualquier verdadera independencia en las nuevas «naciones» no-europeas puesto que se asiste a esta extraña paradoja: prescindiendo de etnías primitivas y verdaderamente inferiores, un conjunto de pueblos no-europeos se han liberado del yugo «colonialista» tan sólo para padecerlo en una forma peor de la de la simple y eventual explotación económica bajo administración extranjera: renunciando siempre más a sus tradiciones, muchas veces seculares, aquellos pueblos se han occidentalizado, han adoptado la civilización, las ideologías, las formas políticas y de vida de los pueblos blancos, capitulando pues siempre en mayor medida ante la seudo-civilización de éstos, no teniendo más otra dimensión que la de «desarrollarse» y afirmarse como tantos facsímiles paródicos de los Estados de los pueblos blancos y bajo tal respecto contraponiéndose a ellos. Así pues todo converge hacia una nivelación general y únicamente los más brutales vínculos de potencia y de esferas de influencia pueden ser los determinantes; todo ello mucho más que ayer[2].

[1] Teórico italiano del nacionalismo, creador del concepto de las «naciones proletarias» (n. de la trad.).

Volviendo a nuestro argumento principal, hay que considerar el tercero y más importante factor de la orientación «racista» del fascismo. Aquí puede sin más hablarse de una continuidad y de una coherencia con respecto a ideas siempre profesadas por Mussolini. El problema que interesaba a Mussolini y al cual él creyó que el racismo en sentido propio y positivo (es decir diferente, sea del antisemitismo, sea de la defensa del prestigio del pueblo-raza —la «raza italiana»— ante los pueblos de color) habría podido dar una importante contribución, era el de la formación de un nuevo tipo de Italiano, a ser diferenciado de la sustancia bastante lábil y anárquica de nuestro pueblo (sustancia que presenta tales caracteres también y justamente por el hecho de hallarse lejos de pertenecer a alguna «raza» homogénea). Mussolini pensaba, no equivocadamente, que el futuro del fascismo y de la nación dependían, no tanto de la transformación de ideas e instituciones, cuanto de una acción formativa que hiciese surgir un «tipo» seleccionado. Crear «un nuevo modo de vida» y «un nuevo tipo de Italiano» había ello sido una exigencia sentida por Mussolini desde los mismos inicios del régimen —y nosotros hemos visto que en un período en el cual no se podía por cierto hablar de una influencia nazi, puesto que Hitler no había aun llegado al poder, en 1929, él habló —en su exposición sobre los acuerdos del Vaticano hecha en el Parlamento— de una acción del Estado que, «al transformar continuamente a la nación», puede llegar hasta «su aspecto físico»: idea ésta que por lo demás estaba en estrecha relación con la doctrina general, puesta en relieve ya por nosotros, de las relaciones entre Estado y nación, como entre «forma» y «materia».

Ahora bien, justamente éste era también el aspecto positivo y creativo de la instancia del racismo político. A nivel de los principios, no se trataba ni siquiera de alguna cosa quimérica. En materia de razas, no como grupos originarios, sino como grupos que se forman con caracteres suficientemente estables en correspondencia con otra civilización y tradición, definiéndose sobre todo por una manera de ser, por una «raza interior», la historia nos presenta no pocos ejemplos. Se puede partir justamente del pueblo de Israel, que en su origen estuvo lejos de corresponder a una única raza pura

[2] Hasta ayer una interesante excepción podía ser vista en Japón: coexistencia de una civilización tradicional y de una modernización externa. Pero después de la segunda guerra mundial este equilibrio ha sido siempre más alterado para ventaja del segundo término y los últimos baluartes están cayendo de a poco.

y homogénea, que en vez ha sido un compuesto étnico unido y formado por una tradición religiosa; hasta los Estados Unidos, en donde un tipo fácilmente reconocible ha nacido rápidamente de la mezcla étnica más inverosímil por efecto del clima de una determinada civilización, es más, de una seudo-civilización (lo cual deja entrever posibilidades mucho más vastas cuando se trate en vez de una civilización verdadera, de carácter tradicional).

Además se podía apuntar al ideal de una integridad humana. Mientras que la referencia a la raza y a la sangre podían valer como una instancia en contra de todo lo que es individualismo, intelectualismo y comportamiento puramente exterior, ya por maneras habituales de decir, tales como «ser de raza», «tener una raza», *être racé,* aplicables no sólo al ser humano, sino también a un animal, podía resultar un sentido específico para la «raza»: se trataba de una verdadera y máxima correspondencia con el «tipo» de la propia especie, lo cual no se verifica en la mayoría, sino sólo en un número restringido de casos. Todas las protestas de intelectuales o de «espiritualistas» no pueden luego nada en contra de la consideración de que, mientras valores verdaderos fuesen defendidos por hombres que aun como raza física *(soma) y* como carácter (raza del alma) reprodujesen un tipo superior, en vez de mostrar una penosa fractura entre cuerpo y espíritu, ello sólo sería un bien, algo superior. A tal respecto, se puede dejar también a un lado cualquier «racismo» moderno y referirse a un ideal clásico, si se quiere, helénico. Así habría que decir que ciertas reacciones casi histéricas a las cuales, no apenas sienten hablar de raza, se entregan algunos intelectuales u hombres de cultura, corren el peligro de ser tan sólo indicativas del hecho de que ellos con la «raza» no se encuentran suficientemente en orden.

Hemos mencionado que el *Manifiesto de la Raza,* hecho compilar en 1938 como preludio del giro racista por parte de un pequeño grupo de elementos de dirección bastante heterogénea, juntados de aquí y de allí, era una cosa confusa e inconsistente, aun por la completa inexistencia en Italia de estudios preliminares adecuados. Por lo demás en el *Manifiesto* se afirmaba que el concepto de raza «es puramente biológico» y, además del uso del absurdo término de «raza italiana», se sostenía que «la población actual de Italia es de sangre aria y su civilización es ariana», sin preocuparse por indicar qué cosa propiamente debía comprenderse por ariano o ario. De hecho, esta arianidad se reducía a alguna cosa de valor

negativo y problemático, consistía tan sólo en no ser judíos o de color sin ningún correlato positivo, sin ninguna especificación de un criterio superior para establecer el comportamiento, el estilo, la concepción de la vida, las predisposiciones caracterológicas y espirituales de quien tenía que decirse ariano verdaderamente. La influencia extranjera era luego manifiesta, cuando se especificaba que el racismo fascista tenía que ser de «orientación nórdico-ariana».

De haber habido un serio desarrollo, todo esto se tendría que haber puesto en discusión y rectificado. Ahora bien, se da el caso, que nosotros podemos atestiguar personalmente, de que Mussolini no era sin más proclive a desarrollos de tal tipo. Aun antes del giro racista del fascismo nosotros habíamos tenido ocasión de tomar postura en contra de un racismo de carácter biológico y cientificista por un lado, y colectivizante y fanático por el otro, tal como predominaba en Alemania, oponiendo al mismo un «racismo» que, aun teniendo en vista el mencionado ideal de una plenitud humana, daba relieve sobre todo a aquello que nosotros denominábamos la «raza interior», haciendo valer, a tal respecto, una concepción tradicional anti-materialista del ser humano. Por lo demás la «raza interior» habría podido ser el punto de partida y de apoyo para la acción formativa de la que se habló. Y si es que había que proponer un «tipo» como ideal y como centro de cristalización, no era el caso, para Italia, de referirse al tipo nórdico-ario siguiendo a los Alemanes. La ciencia de los orígenes había mostrado que, a partir de un tronco común originario («indoeuropeo», «ariano»), se había diferenciado, en Europa, por un lado el elemento helénico (sobre todo dórico de Esparta), por el otro el elemento romano de base, finalmente el elemento germánico, atestiguando aquel remoto origen común algunos rasgos típicos del carácter, de la ética, de las costumbres, de la concepción de la vida y de la civilización comunes a estas tres ramas. Así pues, para aquel centro de cristalización se podía elegir al tipo «ario-romano» con sus dotes características, y ello podía constituir una adecuada integración de la audaz vocación «romana» del fascismo sobre un plano concreto, manteniéndose del todo independientes del racismo alemán. Estas ideas, junto a muchas otras las expusimos en un libro titulado *Síntesis de doctrina de la raza*[3]. Y bien, Mussolini leyó el libro y, habiéndonos convocado, es sintomático que él aprobó incondicionalmente sus tesis, hasta el límite de consentir que, partiendo de las mismas, nosotros

[3] Publicado por esta editorial con el título *La raza del espíritu.*

tomásemos algunas iniciativas no carentes de importancia. Sin embargo el transcurso de los acontecimientos, junto a ciertas resistencias internas, impidieron la concreción del mismo.

En concreto, se trataba de constatar que una nación no es una «raza» y que en cada sujeto perteneciente a una nación histórica existen varios componentes o posibilidades. Un clima adecuado de alta tensión puede hacer de modo tal que de tales posibilidades algunas tomen la primacía y actúen en una diferenciación que gradualmente puede alcanzar el mismo nivel del *soma*. Como un caso particular de ello hubo quien puso de relieve cómo se puede delinear un tipo común, incluso físico, entre quienes pertenecen a cuerpos especiales a los que son confiados determinados deberes de alto compromiso (por ejemplo el caso de los paracaidistas y similares). Un tal orden de ideas no tiene evidentemente nada que ver ni con un racismo inferior, ni con un vulgar antisemitismo[4] y reputamos

[4] Hemos recordado que el antisemitismo existió en todas las épocas. El mismo tuvo un carácter religioso durante la era cristiana, pero sería difícil explicar la aversión constante del pueblo hacia el judío por el solo factor religioso sin hacer intervenir igualmente el factor del carácter. El antisemitismo moderno, por el contrario, ha tenido un fundamento social; se lo puede referir a la reacción provocada por el hecho de que los judíos, manteniéndose en estrecha solidaridad, en varios países habían llegado a tener una preeminencia con posiciones en la vida intelectual, económica y profesional según porcentajes que no estaban en ninguna relación con la proporción numérica del grupo judío con respecto a la población «aria» de conjunto de las diferentes naciones. Pero, de querer ser imparciales, no se puede hacer valer la simple instancia social con lo cual la apelación a la «raza» podría reducirse a un pretexto para obtener un «sal de allí que me ubico yo». Sería necesario en vez definir el modo de ser del judío (la judeidad, como raza interior o espiritual) y, aparte de las proporciones numéricas en puestos clave, demostrar que, en los casos particulares, este modo de ser da una singular, indeseable dirección a la actividad correspondiente, eventualmente aun sin que la persona en cuestión se dé cuenta. Naturalmente tal «raza» —la «judeidad»— no tiene nada que ver con la religión; el hecho de una conversión al cristianismo la cambia tan poco, cuanto una análoga conversión puede cambiar la constitución, herencia, disposiciones congénitas de un negro. De aquí la importancia del concepto de raza interior, para prevenir cualquier unilateralidad. Al referirnos a la misma hemos tenido ocasión de sostener que toda polémica antijudía hoy tiene poco sentido, dado que las cualidades que eventualmente se pueden rechazar en los judíos, los denominados «arios» actuales las muestran en medida no más pequeña, sin siquiera tener el atenuante de antecedentes hereditarios. Al hablar del capitalismo norteamericano con su tráfico del dinero y la usura, WERNER SOMBART ha podido decir análogamente que el judío se ha emancipado y ha ascendido en la era Moderna en la medida en que ha sabido transmitir su propia mentalidad al no judío.

que puede también éste encuadrarse en el marco de los valores no incompatibles con la acción de un Estado de carácter jerárquico y tradicional.

Una vez reconocidos los tres factores mencionados y las correspondientes instancias, recordando en particular la arbitrariedad de identificar en forma unilateral al racismo con un fanatismo antisemita, no debemos pues considerar como una pura aberración, como una vulgar copia o como un «cuerpo extraño» ni siquiera el aspecto racista (si se insiste en usar este término) del fascismo.

En este concepto se podría también hacer una consideración general retrospectiva relativa a toda la experiencia fascista. El valor intrínseco de una idea y de un sistema deben ser juzgados en sí, prescindiendo de todo aquello que tiene que ver con la esfera de la contingencia. Práctica e históricamente lo que decide es sin embargo la cualidad de los hombres que se convierten en los sostenedores o defensores de aquella idea o de aquel sistema. Si esta cualidad es inferior, de poco servirá el valor intrínseco de los principios; y viceversa: puede acontecer que un sistema defectuoso y objetable teóricamente pueda sin embargo funcionar de manera satisfactoria, por lo menos por un cierto período, cuando sea llevado adelante por un grupo y por jefes calificados. De allí la importancia que revisten aquellos valores de «raza», en el sentido generalizado, espiritual y de carácter, no puramente biológico, del que habláramos poco antes.

Y bien, admitido esto, habría que preguntarse hasta qué punto lo que presentó el fascismo de negativo, o que existió detrás de la etiqueta ideológica del fascismo revelándose luego en el momento de la prueba, deba ser referido esencialmente a este factor: al factor humano. No temeríamos dar vuelta la tesis de un cierto antifascismo para afirmar que no fue el fascismo el que actuó negativamente sobre el pueblo italiano, sobre la «raza italiana», sino a la inversa: fue este pueblo, esta «raza» la que actuó negativamente sobre el fascismo, es decir sobre el intento fascista, en cuanto demostró no saber proveer un número suficiente de hombres que estuviesen a la altura de ciertas exigencias y de ciertos símbolos, elementos sanos y capaces de promover el desarrollo de las potencialidades positivas que podían estar contenidas en el sistema. Tal carencia debe considerarse también respecto de hombres verdaderamente libres que pudiesen operar no afuera del fascismo y en contra de éste, sino en su interior: faltaban hombres que, sin miedo, fuesen capaces de decirle

claramente a Mussolini lo que tenía que ser dicho, hacerle conocer lo que estaba bien que conociese, en vez de ilusionarlo en el sentido de sus deseos (un caso particular es el de lo que se le hizo creer acerca de las efectivas posibilidades industriales y militares de Italia para entrar en guerra). Por cierto es que hubo en el *Ventenio* algunos hombres de tal estampa: pero en número insuficiente. Habría podido ser hecha valer la antigua máxima romana, que un verdadero jefe no ambiciona ser un dueño de siervos, sino tener cerca de sí a hombres libres que lo sigan: para rectificar las disposiciones de ánimo que casi fatalmente tienden a prevalecer, por humana debilidad, en quien detenta el poder y que alientan la adulonería. De manera más general, ¿qué es lo que se debe pensar acerca de las bases sobre las que se apoyaba el fascismo, del material que tenía a disposición, cuando se ha visto la facilidad con la cual las masas populares delirantes, al cambiar el viento, se disolvieron como la nieve ante el sol, y cuando se considera al grueso número de ex-fascistas los cuales, consecuentemente, hoy no hesitan en declarar que en el período anterior ellos estaban en mala fe, actuaban por mero conformismo u oportunismo o tenían la mente oscurecida? El proceso a nuestro entender debería ser hecho en gran medida a la «raza italiana» y arribar a la poco consolante conclusión de su carácter refractario respecto de todo lo que se separa de aquella tradición propia que hace aparecer al fascismo como un oscuro paréntesis y el retorno a la «democracia» con todo lo demás (debido únicamente a la victoria del enemigo) como un «segundo *Risorgimento*», con completo desapego de todo lo que puede pertenecer al ámbito de los ideales políticos y estatales de una verdadera Derecha.

Tal como se ha visto, en lo relativo a nuestra crítica discriminativa a nivel doctrinal nos hemos referido esencialmente al fascismo del *Ventenio*. Acerca del segundo fascismo, el republicano de *Saló*, creemos que en este lugar sea muy poco lo que pueda ser recogido, pues en el mismo fueron demasiados los factores contingentes que influyeron sobre aquello que se presentó como un esbozo de doctrina estatal y político-social y habiéndole, por lo demás, faltado a éste un período de calma maduración. Su valor se encuentra en vez en su aspecto combativo y legionario. Tal como alguien ha observado muy justamente, el mismo se encuentra en el hecho de que quizás por vez primera en toda la historia italiana, con el segundo fascismo una masa no indiferente de Italianos eligió conscientemente el camino de

batirse por posiciones perdidas, del sacrificio y de la impopularidad para obedecer al principio de la fidelidad a un jefe y del honor militar. En este sentido el mismo surgió de aquello que resistió a una prueba de fuego, y afuera de cualquier ideología o espíritu de parte, —esto nosotros quisiéramos subrayarlo bien— por el puro punto de vista moral y existencial, es lícito decir que es con esto que la «raza italiana» en tal coyuntura dio un testimonio positivo, a ser asociado por lo demás a todo lo que el simple soldado italiano, en los repartos regulares o en los batallones de los Camisas Negras, supo dar en los campos de batalla [5].

[5] Con fecha del 28 de septiembre de 1943 en la revista *Política Nuova* salió un escrito con el título *Consideraciones sobre los hechos de Italia,* el que luego, por disposición de MUSSOLINI, quien compartía las ideas formuladas en el mismo, fue vuelto a publicar en manera de opúsculo para su más amplia difusión. Se trata de una especie de autocrítica sobre ciertos aspectos del fascismo y sobre las claudicaciones que se habían verificado en su interior. Algunas acusaciones merecen ser reproducidas aquí. Se acusaba a la clase política del régimen «de haber formado un diafragma siempre más espeso entre Mussolini y la masa fascista a fin de que el *Duce* no pudiese discernir a otros colaboradores posibles: por lo cual cualquier fascista de valor fue considerado peligroso incluso si había mantenido contactos con el *Duce* y fue literalmente perseguido hasta convencerlo de volver a la oscuridad y, si se resistía, era políticamente pulverizado». La segunda acusación es «de haber adoptado el método de los *cambios de guardia* a rotación, en un tupido y hermético sistema de complicidades políticas y de componendas materiales entre los sectores dirigentes del régimen: de haber abusado de la confianza de MUSSOLINI hasta llegar a ocultarle o falsificarle muchas veces la situación del régimen y los humores del país aun en las horas más críticas, lanzando luego sobre las espaldas del *Duce* la responsabilidad o incluso la iniciativa de directivas que no le pertenecían». Se tendría que tener presente todo esto cuando se pretende que «la lección del fascismo italiano nos hace ver los peligros y los límites del hombre aislado por su misma potencia», la «insuficiencia y el peligro del cesarismo puro al cual el fascismo había terminado por reducirse» (M. BARDÉCHE). La parte que en buena medida tuvo aquí la sustancia humana italiana indicada por nosotros con actitudes muy diferentes de aquellas que la idea severa de una Orden —único correctivo a aquel aislamiento— habría reclamado, no debe ser dejada a un lado. Siempre en el mencionado escrito en lo relativo a la guerra se acusaba de «haber primero comprometido la conducta de la guerra, a pesar de las abundantes ejercitaciones de un decadente patriotismo retórico, y de haber determinado luego la catástrofe militar por la natural repulsión hacia cualquier prueba suprema que pudiese, no tanto comprometer la suerte de la nación, sino perturbar la propia, hasta entonces prospera y tranquila». Haber reconocido todo esto, aun si demasiado tarde, es digno de ser señalado"

XII- LA POLÍTICA EXTERIOR

Alguna consideración final debe dedicarse a la idea fascista en cuanto la misma fue determinante en las alianzas y encuadramientos de las fuerzas políticas mundiales.

En primer lugar se puede indicar el posible correlato de los desarrollos de la política exterior italiana que condujeron a un acercamiento de Italia con Alemana, al Eje Roma-Berlín y, en fin, al llamado «Pacto Tripartito» en los comienzos de la segunda guerra mundial.

También a tal respecto el juicio de varias personas que no son anti-fascistas se resiente de una especie de complejo. Pero no es ni siquiera cosa de esconder el hecho de que en Italia, más allá de las tratativas diplomáticas de alto nivel, el acercamiento con Alemania no fue muy popular. En ello un papel muy importante lo tuvo una precedente ideología que terminó compenetrando el modo de sentir de varios integrantes de la nación. El Alemán, junto con el Austriaco, habían sido pintados por una cierta «historia patria» de inspiración masónico-liberal y originada en el *Risorgimento* como una especie de enemigo secular del pueblo italiano (las mistificaciones de tal historia han llegado al límite de atribuir absurdamente un significado «nacional» a la misma rebelión de las Comunas contra el Sacro Romano Imperio y su representante, Federico I). Pero, aparte de esto, se debe considerar también todo aquello que derivaba de una intolerancia de la «materia» italiana con respecto a la "forma" que el fascismo le quería imprimir.

Hemos hecho mención a las afinidades reales que existieron, en cuanto a la orientación de la vida y a virtudes típicas, entre Esparta, Roma antigua y los pueblos germánicos. Por contraposición, es manifiesta la diferencia entre aquello que es romano y lo que es «latino» y, en parte, italiano en cuanto al temperamento, estilo y concepción de la existencia. Ahora bien, en la medida en la cual el fascismo retomó el símbolo romano buscando asegurarle una acción política y éticamente formativa, era natural que se llegara a una revisión, sea del mito «latino» como del anti-alemán. Con respecto al primero, Mussolini pudo hablar de «hermandades bastardas»; en relación al segundo, en las cualidades de disciplina, de orden, de actitud

militar, de amor por la autoridad y de seriedad presentadas por los pueblos de la Europa central, en especial con referencia al prusianismo, no pudo no ver a aquellas como más cercanas a lo que había sido propio también de la antigua romanidad en su período mejor y originario, mientras que estaban lejos de aquellas que vinieron a prevalecer en la sustancia de los pueblos latinos y por ende también del pueblo italiano en sus aspectos individualistas, indisciplinados, superficiales, pequeño-burgueses, con el trasfondo de la Italia para los turistas, con mandolinas, gondoleros, museos, ruinas, *Sole mio* y cosas semejantes, a pesar de la existencia de un clima de gente humilde, laboriosa y fiel a los antiguos usos [1].

Así pues, desde el punto de vista de los ideales se podía hablar de un fondo de intrínsecas afinidades. «Romanizar» y fascistizar la nación (por doquier a tal término se le podía dar un sentido positivo —y a tal respecto tienen que ser naturalmente tenidas presentes todas las reservas formuladas en el curso de este examen) podía equivaler en una cierta medida a darle una huella **prusiana**. En cuanto a la orientación política, la historia italiana podía ofrecer, por lo demás, un antecedente con el **gibelinismo**, que lo tuvo a Dante entre sus propulsores y como exponentes a gran parte de los nobles italianos de la época. Asombra que durante la coyuntura del Eje el fascismo no haya nunca hecho uso del mito gibelino; quizás ello se deba a la formación mental y a la extracción social de Mussolini y de todos los que lo rodearon.

De cualquier forma de estas consideraciones resulta que las vinculaciones diplomáticas con Alemania hasta el Eje Roma-Berlín podían tener un correlato de carácter menos contingente, más profundo y vocacional, sobre el plano de los ideales[2]. Pero al mismo tiempo se revela el sentido oculto que tuvo en una parte de la «raza italiana» e incluso entre varios exponentes del fascismo, (caso típico el de Galeazzo Ciano) la intolerancia, la resistencia y la poca simpatía hacia el acercamiento con Alemania. No queremos sin embargo forzar las cosas en un único sentido: así pues, al

[1] Véase sobre esto nuestra obra ya mencionada, *Los hombres y las ruinas,* cap. XIV.

[2] Por el mismo *Pacto Tripartito* se habría podido indicar una base de afinidades electivas si se hubiese considerado en el Japón de ayer a la nación regida por un Imperio de derecho divino, con los *samurai* (la nobleza guerrera) y con su ética. Pero, como es obvio, a tal respecto faltaba cualquier relación directa debido a las grandes diversidades de raza, historia y ambiente.

analizar tal acercamiento tienen que ser también considerados ciertos comunes intereses concretos, como ser la simpatía entre los dos «dictadores», y las afinidades entre los dos movimientos, el fascista y el nacionalsocialista, según sus aspectos populistas sobre los cuales nosotros hemos ya emitido nuestro juicio. Ello no quita, sin embargo, que lo que impactara en particular manera a Mussolini fue todo aquello que en la misma Alemania era una evidente continuación de la ética, de la tradición y de la concepción del Estado germánico-prusiano.

Además procedía directamente de la naturaleza de la doctrina y de la concepción de la vida afirmadas por el fascismo una natural oposición, sea al mundo de las democracias occidentales y del capitalismo (la extrema expresión de la misma está constituida por los Estados Unidos), sea al mundo del comunismo, a la Rusia soviética y, de querer usar la terminología actual, sea a «Occidente», como a «Oriente». Por lo tanto el alineamiento militar de Italia en la segunda guerra mundial procedió, en el orden de los principios, de la lógica misma de la ideología fascista y de los valores afirmados por ella. En teoría nada se puede objetar a tal respecto.

Las consideraciones de un tipo distinto que se podrían hacer sobre la guerra nos llevarían afuera de nuestro tema. Se ha ya indicado la ilegitimidad de recabar del éxito de la guerra cualquier juicio acerca del valor intrínseco de la ideología que llevó a Italia a participar del lado de Alemania en el orden de la alianza tripartita. El problema a formular, no sólo para Italia sino también y sobre todo para Alemania, sería en vez el de la medida en la cual se haya procedido con exacto conocimiento de las posibilidades y con un sentido del límite. Por cierto es fácil hablar cuando todo ha sucedido. No puede objetarse que, tras el derrumbe del frente aliado occidental y con la sola Inglaterra que resistía en una posición desesperada a la espera de una invasión, sólo una minoría podía dudar de que la partida no estuviese a punto de cerrarse a favor de Alemania y prever que Italia con la intervención habría sido conducida hacia una coyuntura que Mussolini no habría podido frenar más ni dirigir en manera alguna.

(No debe olvidarse que Mussolini se había empeñado en evitar, a último momento, el estallido de la segunda guerra mundial con una iniciativa suya que no encontró ninguna buena voluntad por parte sobre todo de Francia. Ni tampoco se debe olvidar que antes Mussolini había propuesto

la fórmula del «Pacto cuatripartito» —el entendimiento entre Alemania, Inglaterra, Italia y Francia— fórmula que habría podido tener una importancia europea fundamental, chocando sin embargo contra el egoísmo, las prevenciones ideológicas y la pequeñez de horizontes de los otros *partner).*

Por lo demás nosotros reputamos que si, como hemos dicho, en lo complejo y en lo abstracto los frentes de la segunda guerra mundial aparecían como ideológicamente lógicos, sin embargo es necesario señalar las consecuencias funestas de una falta del sentido del límite, de un fanatismo y, en fin, de una efectiva megalomanía de parte de Hitler. En realidad la causa primera que llevó a los conflictos fue el papel obsesivo que tuvo en él el mito del pueblo-raza, con la fórmula de la unidad del mismo en un solo Reich y bajo un solo *Führer («Ein Volk, ein Reich, ein Führer»).* Si Alemania se hubiese limitado a volver a levantarse del estado al que la había llevado la derrota en la primera guerra mundial, hasta llegar a volver a ser una gran potencia europea, si en su ascenso y expansión hubiese tenido un sentido del límite, si hubiese sabido detenerse, aun sin perder de vista antítesis irreductibles y aun esperando eventualmente coyunturas propicias para tomar posición aisladamente contra aquellas fuerzas que Hitler en vez atrajo a todas juntas en contra suyo, arrastrando consigo a Italia, el mapa de la Europa de hoy sería muy distinto.

Naturalmente ello habría sido lo que más habrían despreciado diversos elementos que en Alemania, pero más aun en Italia, desearon ardientemente, la derrota militar de sus propias naciones, incluso su ruina, porque así se habrían derrumbado sus correspondientes regímenes [3]. Pero

[3] Entre éstos se encontraba BENEDETTO CROCE. Ya en su momento adversario de la intervención de Italia contra Alemania en la primera guerra mundial (en contra de Alemania dijo entonces sólo se podían oponer «débiles raciocinios») y admirador de HEGEL, del filósofo del Estado autoritario prusiano, hasta 1925 defensor del mismo Estado fuerte, en el período sucesivo no hesitó en declarar públicamente tener el deseo de la victoria enemiga en la segunda guerra mundial e incluso de haberla favorecido «con el pensamiento, con el sentimiento y con la acción», habiendo reconocido que los Aliados no conducían «una simple guerra de intereses económicos, políticos, sino también una guerra de religión (*sic*)», del mismo modo como el general EISENHOWER, no tuvo escrúpulos en llamar «cruzada» a la guerra en Europa. Hay tan sólo un pequeño detalle y es que entre los Aliados figuraba y tuvo un papel decisivo en la conclusión de la guerra la Unión Soviética, atea y empeñada en combatir toda religión comprendida como «opio del pueblo" y factor

lamentablemente en las coyunturas de la guerra italiana no faltaron casos en cuales es difícil decir, todavía hoy, hasta qué punto a la imprevisión y a la incapacidad militar de ciertos altos mandos se asoció el sabotaje, e incluso la traición.

Al que no es antifascista por principio las cosas se deben presentar bajo un aspecto totalmente diferente. En primer lugar no debían ser excluidos posibles desarrollos rectificativos que, de haberse ganado la guerra, habrían podido tenerse en los dos regímenes, de modo tal de hacer prevalecer sus aspectos positivos. Habría podido ser decisivo el aporte del *combattentismo.* Así como las fuerzas combatientes tras la primera guerra mundial reaccionaron en contra del clima político y social encontrado en su patria, dando origen a un movimiento renovador, de la misma manera habría sido sumamente probable que elementos templados en la nueva guerra a su retorno habrían determinado una renovación de los cuadros del régimen, con la eliminación de varios aspectos negativos del sistema y de varias individualidades, permaneciendo firmes en cambio las ideas basilares.

Es conocida una propaganda organizada en proporciones sin precedentes para presentar, sobre todo con referencia a Alemania, únicamente como un conjunto de horrores, abyecciones y maldades a todo lo que aconteció en el anterior período, hallándose en primera línea la *Gestapo* o la *Ovra,* los campos de concentración y así sucesivamente, con todas las exageraciones, las generalizaciones abusivas y a veces hasta las puras invenciones útiles para un determinado fin. De ninguna manera pensamos que ayer todo estuvo en orden, que muchas cosas no hayan sido merecedoras de una severa condena y rechazo. Pero no existe una revolución o una guerra que no haya tenido sus lados de sombra, y no se ve por qué se deba achacar sólo al Tercer Reich lo que en cambio, de manera interesada, se calla ex profeso en lo relativo por ejemplo de las guerra de religión europeas, de la Revolución Francesa o de la bolchevique con el correspondiente régimen soviético. El método de adscribir, luego, a los adversarios todo horror o crimen escondiendo o negando los propios, es muy conocido y nunca ha sido tan sistemática y desfachatadamente aplicado

«contrarrevolucionario». Tras el derrumbe, como muchos otros antifascistas, CROCE tuvo amargos arrepentimientos, mantenidos en silencio naturalmente por parte de quienes hoy exaltan al CROCE antifascista.

como durante y después de la segunda guerra mundial. Y bien, teniendo siempre presente lo que hemos mencionado acerca de posibles rectificaciones sucesivas y normalizaciones del sistema, hay que decir en vez que ningún precio habría sido demasiado alto si, a continuación de una guerra que por algún prodigio (dada la enorme desproporción de las fuerzas materiales que finalmente se desplegó) hubiese sido victoriosa, hubiese habido estos resultados: partir la espina dorsal a la Rusia soviética provocando probablemente también la crisis del mismo comunismo (en lugar de la comunistización de todos los países europeos más allá de la «cortina de hierro», de la actual guerra fría entre «Oriente» «Occidente» que bien o mal aun existe); humillar a los Estados Unidos y excluirlos de la política europea (en lugar de una Europa occidental más o menos a la merced, para su defensa, de los Estados Unidos y de sus presidentes); disminuir la potencia británica, pero seguramente a pesar del pasaje a otras manos de algunas colonias, en medida muy inferior de lo que le ha acontecido a la Inglaterra «victoriosa» que ha visto disgregarse su Imperio (cosa que por igual le ha acontecido a la Francia «victoriosa»); prevenir, cuando todavía era posible, la comunización de China a través de la victoria de Japón, y de este modo anular el surgimiento de un nuevo y peligrosísimo foco de la subversión mundial en Asia: impedir la insurrección de los pueblos de color y el fin de la hegemonía europea, porque nunca en el «Nuevo Orden» a instaurar bajo el signo de las ideas defendidas por los pueblos del Eje, habría podido afirmarse la psicosis autolesiva del anticolonialismo, ni aquella rebelión habría podido contar con apoyos de parte soviética. Quien tenga sentimientos no necesariamente «fascistas», sino de Derecha, donde permita a su imaginación detenerse en tales perspectivas y supere los más corrientes prejuicios, no puede no hacer un balance y medir adecuadamente la distancia que lo separa de lo que en vez se presenta ante nuestra mirada como la situación actual del mundo.

XIII- EL FASCISMO EN LA ERA "DEMOCRÁTICA"

Luego de esas consideraciones marginales, podemos cerrar nuestro examen que, por más que sumario, quizás puede proveer la base para un juicio crítico sobre las estructuras y sobre el significado del fascismo desde un punto de vista diferente sea del de una confusa y unilateral exaltación, como de una apriorística denigración. Es esencial aquí hacer intervenir criterios que nos lleven más allá del estrecho horizonte propio del uno como del otro punto de vista.

En relación con esto vale la pena hacer mención a la singularidad de aquellas leyes "excepcionales" que han sido promulgadas en Italia en contra del fascismo y de la apología del mismo, las que aun hoy en día se encuentran en vigor, si bien sumamente revisadas.

Se puede admitir que una "democracia" se defienda a sí misma con medidas legislativas, si a tal respecto nos referimos a una forma política de procedimiento y no a un sistema doctrinal unívoco y dogmático, puesto que en este segundo caso las definiciones de la "democracia" son múltiples y discordantes y puesto que, sobre todo, nos hallaríamos frente a una singular contradicción. Por más paradojal que ello pueda parecernos, la democrática "libertad de opinión" debería implicar la admisión de la legitimidad misma de la profesión y de la defensa de ideas también antidemocráticas, bajo el peligro de dar lugar a un régimen de opresión y de tiranía, aun en sentido invertido (por lo demás, ya más de un escritor ha hecho notar que pocos regímenes son más intolerantes y fanáticos que aquellos que enarbolan la "libertad").

Lo que la democracia como método puede tener el derecho de combatir sería sólo una praxis dirigida hacia la conquista del poder y en función de adueñarse del Estado con medios violentos y con la acción directa; y en la medida en que la mencionada legislación con la calificación como delito remita tan sólo a esto la reconstrucción del partido fascista, no habría nada que objetar (aunque no debe olvidarse que en Italia el fascismo llegó al poder, en definitiva, por una asignación que le hiciera el soberano asignándole el gobierno a Mussolini, y que en Alemania el nazismo llegó al poder a través de una mayoría parlamentaria y plebiscitaria).

Pero cuando la legislación aludida se ha propuesto no sólo reprimir ciertas manifestaciones exteriores (saludo fascista, camisa negra, himnos fascistas, etc.), sino también castigar como un crimen la "apología del fascismo", se ha tenido el absurdo jurídico de fijar penas sin definir antes rigurosamente los términos del delito; en este caso de definir rigurosamente aquello que debe entenderse como "fascismo" y como "fascista". Pero este absurdo deriva también de una imposibilidad de hecho. En efecto a los que nos han seguido hasta aquí les resultará sumamente claro que el que pudiese condenar en bloque al fascismo se encontraría restringido también a condenar ideas y principios que no fueron propios únicamente del fascismo, sino que tuvieron un papel relevante también en otros sistemas anteriores. A tal respecto, se estaría obligado a definir en mayor o menor medida como "fascista" a la mayor parte de los Estados que la historia nos presenta desde tiempos muy lejanos, cuando los mismos se basaron sobre un principio de autoridad y de jerarquía y no admitieron nada semejante a una democracia absoluta, al liberalismo y al socialismo.

Para ser coherente, para no dar prueba de una manifiesta facciosidad, una seria legislación de autodefensa de la democracia debería proceder de otro modo: debería partir de la definición de un sistema general constitucional inaceptable del cual el "fascismo" (evidentemente el fascismo en algunos aspectos propios) es tan sólo un caso particular, sistema que, si se quiere, puede también denominarse como "totalitario" en el sentido negativo precisado por nosotros. La definición debería tener un carácter rigurosamente estructural y objetivo, sin etiquetas. ¿Pero quién no ve que una legislación seria impostada sobre tales bases abarcaría en primer término al comunismo y llevaría en lo inmediato a la prohibición y disolución del Partido Comunista en un Estado democrático? Es aquello que con mayor coherencia los Estados Unidos y en un primer momento también la Alemania federal de Bonn han hecho.

El hecho de que en Italia ha sido en vez aprobada una legislación en contra del fascismo sin darle como precisa contrapartida una aun más severa legislación en contra del comunismo y de la propaganda comunista (mientras que cualquiera sabe todo lo que, como organización activista y de adiestramiento de fuerzas de combate, depósitos de armas, redes de "células", financiamientos extranjeros, etc., en Italia puede ser adjudicado en la cuenta del Partido Comunista, en modo tal de exigir medidas

sumamente diferentes de las que se aplican en la mentada "reconstrucción del partido fascista"), este hecho muestra que nos hallamos frente a una orientación determinada no por un riguroso pensamiento jurídico sino por el espíritu de facción, y a una democracia determinada en realidad por las fuerzas de la izquierda y del comunismo, el cual, como es sabido, utiliza entre sus tácticas la de usar la democracia para enterrar más tarde a la misma democracia, aprovechando la ingenuidad, la infatuación o la vileza de sus representantes.

Allí donde este espíritu faccioso, esta ingenuidad y esta infatuación en la Italia actual no existieran hasta el límite de una verdadera irresponsabilidad, sería algo natural reconocer la importancia del surgimiento y de la organización de un movimiento nacional como antídoto respecto de un mal ya difundido y anidado en todas las estructuras del país. Dos eminentes sociólogos, Pareto y Mosca, han justamente puesto de relieve que, luego del advenimiento de una sociedad industrializada y de masa, con gran desarrollo de los servicios públicos, el Estado moderno se encuentra peligrosamente paralizado en los medios de los cuales en precedencia disponía para defender su autoridad; en caso de emergencia, dada la organización sindical y, en manera más general, la de las masas trabajadoras, en concordancia con una consigna determinada, huelgas, sabotajes pueden bloquear todo el organismo nacional, y la intervención de las fuerzas policiales y del mismo ejército podría no estar a la altura de los deberes. Dado el punto en el cual en Italia ha arribado la gangrena comunista, se aparecería como muy clara la posibilidad para que un movimiento nacional crease gradualmente una red capilar empeñada en proveer prontamente elementos de compromiso para hacer frente en cualquier parte –fábricas, servicios públicos, oficinas, etc.– aquel bloque de contención en caso de emergencia: siendo el fin en primer término la defensa en contra del asalto al Estado y a su autoridad (incluso aun cuando se trate de un "Estado vacío") frente a la negación del mismo. El alcance que a tal respecto tendría un movimiento de Derecha nos parece que puede escapársele a los actuales dirigentes de la Italia democrática –clase política que en gran medida es la más deletérea de todas las que ha habido hasta ahora– los cuales tan sólo conocen la psicosis del "fascismo" y han sabido únicamente echar mano de las "leyes extraordinarias" de las que hemos hablado respecto de su superficialidad y unilateralidad.

***

Hemos dicho al comienzo que, si no se nos podía reclamar en esta obra la exposición de una doctrina política de Derecha, sin embargo el examen crítico habría propocionado paulatinamente a tal respecto algunos puntos de referencia. Pensamos que ello ha acontecido. Sin embargo el resultado para muchos quizás sea desconcertante. En efecto se deberá medir la distancia que recorre entre una doctrina intransigente de Derecha y todo lo que hoy existe sobre el plano sea de la realidad política, sea de la ideología. Aparte del movimiento nacional por nosotros mencionado, el que tendría sobre todo el valor de fuerza de compromiso para una defensa casi física, habría que preguntarse cuáles son los hombres y los grupos que hoy en día tendrían el valor de retomar y defender sin compromisos aquellos contenidos positivos que hemos aislado en el fascismo y por lo demás en el contexto de un preciso relieve dado a la idea monárquica, aristocrática y jerárquica, que hemos elaborado a través de una separación de lo negativo y una adecuada integración, exigencia que se han asomado en el fascismo.

Tal como hoy en día se encuentran las cosas, hay que pensar que un examen crítico como el intentado en las anteriores páginas tenga un significado puramente teorético y pueda interesar por el solo hecho de que, por lo que nos consta, no sólo en Italia sino también en toda Europa una investigación de tal tipo, separada de las pasiones partidistas y de todo aquello que se resienta del mundo de la contingencia, que adhiere a ideas muchas veces olvidadas de una tradición superior, no ha sido hasta ahora emprendido. Por lo que se refiere no a un simple testimonio, sino también a una decisión práctica, quizás las cosas podrían presentarse de otra manera tan sólo en la eventualidad auspiciosa de que, en vez de un definitivo derrumbe obtenido con los medios que la legalidad democrática pone a disposición de las fuerzas de la subversión mundial, se arribe a una verdadera crisis y que ante la misma, por una reacción del organismo físico individual amenazado en sus propias fuerzas vitales, como única alternativa aparezca la ya prevista por Donoso Cortés y ya mencionada por nosotros, entre "negaciones absolutas" y "afirmaciones soberanas". Pero hoy en día nada consiente de pronunciarse sobre todo esto, mientras cualquier particular intento práctico es ajeno a la motivación de este ensayo.

Casi como una conclusión del mismo podemos indicar, resumiendo, cuáles son los rasgos más esenciales del tipo de Estado y de régimen que podría definirse partiendo de un movimiento de carácter "fascista" el cual superase en un sentido decididamente de Derecha las diferentes oscilaciones y confusiones presentes en las anteriores corrientes reconstructivas. Como punto de referencia debería por lo tanto ser considerado no aquello que el fascismo italiano y movimientos similares fueron en su realidad de hecho, en su simple "historicidad" no repetible. Aquello que sobrevive del "fascismo" y puede mantener un valor y una actualidad son sus potencialidades. Tal como alguien ha dicho con justeza, es aquello que "el mismo podía y debía ser" si ciertas condiciones se hubiesen realizado.

La precisa toma de postura en contra de toda democracia y de todo socialismo es la primera característica del Estado del cual hablamos. El mismo pondrá fin a la estúpida infatuación, a la vileza y a la hipocresía de todos aquellos que hoy se llenan la boca con la palabra "democracia", que proclaman la democracia, que exaltan la democracia. **La democracia no es sino un fenómeno regresivo y crepuscular**.

El verdadero Estado será luego orientado sea contra el capitalismo como contra el comunismo. En el centro del mismo se hallarán un principio de autoridad y un símbolo trascendente de soberanía. La encarnación más natural de tal símbolo es la monarquía. La exigencia de conferir un crisma a tal trascendencia es de un valor fundamental.

La monarquía no es incompatible con una "dictadura legal", casi como según el antiguo derecho romano. El soberano puede conferir poderes excepcionales unitarios a una persona de una particular estatura y calificación, siempre sobre la base lealista, cuando deban ser superadas situaciones especiales o emprenderse tareas excepcionales.

La fórmula del "constitucionalismo autoritario" puede ser aceptada. La misma implica la superación del fetichismo y de la mitología del denominado "Estado de derecho". El derecho no nace de la nada hecho y derecho y con caracteres de eterna e inmutable validez. En el origen de todo derecho se encuentra una relación de fuerzas. Aquel poder que está en el origen de todo derecho puede intervenir suspendiendo y modificando las estructuras vigentes allí donde la situación lo reclame, atestiguando con ello que en el organismo político existen siempre una voluntad y una soberanía que el mismo no se ha reducido a algo de abstracto, mecánico y

sin alma.

El Estado es el elemento primario ante la nación, el pueblo y la "sociedad". El mismo –y con ello todo lo que es propiamente orden político y realidad política– se define esencialmente sobre la base de una idea y no de factores naturalistas y contractualistas.

No el contractualismo, sino las relaciones de fidelidad, de obediencia, de libre subordinación y de honor son las bases del verdadero Estado. El mismo no conoce la demagogia y el populismo.

El mismo es orgánico y uno, sin ser "totalitario". Las relaciones aquí mencionadas son la premisa para la posibilidad de un vasto margen de descentralización. La libertad y las autonomías parciales se encuentran por lo tanto en relación con la fidelidad y la responsabilidad, de acuerdo a una precisa reciprocidad. Cuando aquellas relaciones son infringidas, el poder recogido en el centro, manifestando la propia naturaleza, intervendrá pues con una severidad y dureza tanto mayores cuanto más grande era la libertad concedida.

El verdadero Estado no conoce el sistema de la democracia parlamentaria y la partidocracia. El mismo puede admitir tan sólo representaciones corporativas diferenciadas y articuladas por una Cámara Baja o Cámara Corporativa. Por encima de ésta, como instancia superior que garantice la preeminencia del principio político y de fines superiores, no tan sólo materiales e inmediatos, se encontrará una Cámara Alta.

Con una resuelta reacción se deberá tomar por lo tanto posición en contra del aberrante sistema del sufragio universal indiscriminado y parificado, que ya incluye al mismo sexo femenino. La fórmula "politizar a las masas" debe ser sin más rechazada. La mayor parte de una nación sana y ordenada no se debe ocupar de política. El trinomio fascista "autoridad, orden y justicia" mantiene para el Estado verdadero una validez inmarcesible.

El partido político, órgano necesario de un movimiento en un período de transición y de lucha para la conquista del poder y para la estabilización acontecidas no debe dar lugar a un "partido único". La meta será la de constituir en vez algo similar a una Orden que participa con dignidad y autoridad y que asume ciertas funciones que en los anteriores regímenes tradicionales tuvo la nobleza cual clase política en los puestos clave del Estado: ejército, diplomacia, para lo cual actuaba de premisa una ética

más severa y un particular estilo de vida. Este núcleo actuará también como custodio y guardián de la idea del Estado y prevendrá el aislamiento "cesarista" de aquel que reviste la suprema autoridad.

La esfera política y del poder debe ser, por su misma naturaleza y función, libre de condicionamientos por parte de grupos y de intereses económicos. Podría ser recordada aquí la famosa frase de Sila, el cual dijo que no era su ambición la posesión del oro, sino tener poder sobre los que lo poseen.

La reforma corporativa debe conducirse en el seno del mundo del trabajo y de la producción, es decir en las empresas, para un nuevo dimensionamiento orgánico de las mismas y una decidida eliminación del clasismo, de la lucha de clases, así como también de la mentalidad sea "capitalista" como proletaria o marxista. El sindicalismo, el mayor instrumento de todas las subversiones de los tiempos últimos, verdadero cáncer del Estado democrático, debe ser rechazado. De acuerdo a la concepción fascista será el Estado el que actuará como árbitro, moderador y ejecutor en el caso de contrastes y disfunciones entre las partes. La objetividad y el rigor de esta superior instancia, la que debe ser concretada en adecuadas estructuras, permitirán también la abolición del instrumento de la huelga, cuyos abusos, cuyo empleo chantajista y cuyas finalidades políticas más que económicas, se hacen cada vez más evidentes e insoportables.

La defensa del principio de una verdadera justicia implicará la denuncia de lo que hoy es continuamente exaltado como "justicia social": justicia esta última que se encuentra tan sólo al servicio de los estratos más bajos de la sociedad, de las denominadas "clases trabajadoras" y en detrimento de las otras, por lo que conduce habitualmente a una verdadera injusticia. El Estado verdadero será jerárquico también y sobre todo porque sabrá reconocer y hacer respetar la jerarquía de los verdaderos valores, dando la primacía a los que son de carácter superior, no material e instrumental, y admitiendo correspondientes, legítimas desigualdades o diferencias de posiciones sociales, de posibilidades, de dignidades. El mismo rechazará como aberrante la fórmula del Estado del Trabajo, por más que éste sea presentado como "nacional" o algo semejante.

La condición vital para el Estado verdadero es un clima bien determinado: el clima de una tensión lo más alta posible, pero no de

forzada agitación. Se deseará que cada uno ocupe el lugar que le corresponde, que tenga un goce por una actividad que sea conforme a la naturaleza propia y a su vocación, por lo tanto libre y querida por sí misma antes que por fines utilitarios y por la insana voluntad de vivir por encima del propio estado. Si bien no a todos se les podrá reclamar de seguir una "concepción ascética y militar de la vida", se podrá sin embargo apuntar a un clima de recogida intensidad, de vida personal, que hará preferir un mayor margen de libertad a un bienestar y a una *prosperity* pagados con la consecuente limitación de tal libertad a través de los inevitables condicionamientos económicos y sociales.

La autarquía, en los términos subrayados por nosotros, es una fórmula fascista válida. Válida es también una línea de viril y medida austeridad. Lo es finalmente la de una disciplina interna para la cual se tenga un gusto, y para una orientación antiburguesa de la vida. Ninguna ingerencia pedagogizante e impertinente de lo que es público en el campo de la vida privada. También aquí el principio debería ser una libertad vinculada a una similar responsabilidad y, en las grandes líneas, un relieve a dar a los principios de la "gran moral" frente a los de la "pequeña moral" conformista.

En sustancia, el clima del verdadero Estado debe ser personalizador, espiritual y libre. Una fuerza interior debe producir una potencial gravitación de los sujetos, de los grupos, de las unidades parciales y de los hombres de una Orden alrededor de un centro. Es una gravitación de la cual se debería reconocer el carácter "anagógico" e integrativo, también en relación con el hecho para nada paradojal de que la verdadera personalidad se realiza sólo allí donde actúen referencias hacia algo más que personal. En definitiva, sobre este plano, para el surgimiento y la vida del Estado verdadero entran en juego ciertos "imponderables", casi como algo predestinado, puesto que ninguna iniciativa pesada y directa puede crear y mantener el clima mencionado.

En el marco de un Estado semejante y en el contexto de la correspondiente concepción de la vida, un pueblo puede desarrollarse y alcanzar una calma, una fuerza interna y una estabilidad: estabilidad que no significa estaticismo o estancamiento, sino equilibrio de un poder concentrado que, ante una apelación, puede hacer poner rápidamente de pie a todos y convertirlos en capaces de un compromiso absoluto y de una

acción irresistible.

Una doctrina del Estado puede tan sólo proporcionar valores para poner a prueba las afinidades electivas y las vocaciones predominantes o latentes de una nación. Si un pueblo no sabe o no quiere reconocer los valores que nosotros hemos llamado "tradicionales" y que definen a una verdadera Derecha, el mismo merece ser abandonado a sí mismo. Cuanto más se le pueden indicar las ilusiones y las sugestiones de las cuales ha sido o es la víctima, debidas a una acción general y muchas veces sistemáticamente organizada y a procesos regresivos. Si ni siquiera con esto arribará a resultado alguno, ese pueblo entonces padecerá el destino que, haciendo uso de su "libertad", el mismo se ha creado.

SEGUNDA PARTE:

NOTAS SOBRE EL TERCER REICH

Introducción

En estas notas el nacionalsocialismo alemán será analizado de manera sumamente sucinta. En primer lugar, en lo que se refiere a un juicio desde el punto de vista de la Derecha acerca de los diferentes aspectos de este movimiento, deberemos repetir lo que hemos dicho al considerar al fascismo en el ensayo anterior en el cual, por lo demás, hemos también tenido ocasión de hacer alguna referencia a las orientaciones del Tercer Reich y a algunas iniciativas tomadas por el mismo. Así pues, nos detendremos únicamente en algunos elementos diferenciadores.

Hay que tener luego presente que en el caso del Tercer Reich, la individualización de fuerzas concretas intrínsecamente válidas y susceptibles de ser separadas de la contingencia es más difícil que en el caso del fascismo y ello por varias razones. En primer lugar, los elementos negativos que hoy generalmente son puestos en primer plano cuando se habla de «nazismo» —campos de concentración, persecución de los Judíos, responsabilidad por la segunda guerra mundial, locuras de Hitler, etc.— tendrían que ser separados de los demás. En segundo lugar, el rol central y desbordante que en Alemania, mucho más que en Italia, tuvo una determinada personalidad, justamente la de Hitler, tanto que pudo hablarse de un *Führer Staat,* es decir de un «Estado del *Führer*», a muchos ha hecho permanecer en la sombra todo lo demás. En tercer lugar, en el caso del Tercer Reich, en el exterior, pero también en la actual Alemania, es desaprensivamente etiquetado como «nazismo» todo aquel período que va desde el final de la República de Weimar hasta la Segunda guerra mundial, como si se tratara de algo completamente unitario y homogéneo. No son así examinados los componentes singulares que tuvieron un lugar en el nacimiento y en la construcción del Tercer Reich, con tensiones y divergencias a veces notables subsistentes detrás de la estructura totalitaria.

Es a este examen que debemos proceder aquí deteniéndonos en aquellos aspectos que en Italia pocos conocen, pero que tienen una importancia particular para nuestros fines. Por lo cual, y para una orientación general, es necesario remitirse también a los antecedentes de la situación compleja de carácter ideológico y político propia de Alemania antes de que Hitler llegara al poder.

I- EL CONCEPTO DE "VOLK"

Puede prescindirse de las fuerzas políticas socialdemócratas y liberales de la república parlamentaria de Weimar, cuya inadecuación, labilidad e inconsistencia se hicieron siempre más manifiestas no menos que su incapacidad para salir a flote del marasmo social, consecuencia fatal de la derrota alemana, del derrumbe del régimen anterior, de las cláusulas deletéreas del Tratado de Versailles y de la creciente desocupación. Sólo este clima había hecho de modo que el marxismo y, en parte, también el comunismo de postguerra tomasen pie en toda la anterior historia alemana; se trataba, por lo tanto, de un «fenómeno de coyuntura» aun si el mismo habría podido llegar a tener desarrollos determinados y alarmantes, a no ser que no hubiese intervenido algo que hiciese cambiar el curso de las circunstancias en el plano de los hechos sociales.

Si el partido de Hitler eligió para sí la denominación de *National-sozialistische Deutsche Arbeitpartei* (NSDAP), es decir, literalmente, Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes, ello indica el punto en el cual la acción propagandista de Hitler hizo peso; él buscó captar a las masas obreras sustrayéndolas del marxismo internacional, proponiéndoles una solución «nacional», «alemana», de sus problemas. No han faltado autores de la opinión que la composición o síntesis (ya formulada por Sorel) entre lo «nacional» y lo «social» (o «socialista») sea, en general, la característica de los diferentes «fascismos» del período anterior. Ella puede haber sido la fórmula a la cual se debe en parte su éxito y, en particular, es aquella gracias a la cual Hitler pudo disponer de un gran partido de masas como fuerza condicionante. Pero es superfluo decir que, de reducir tanto aquellos movimientos, se dejan a un lado los elementos que desde nuestro punto de vista pueden ser los más interesantes. Y con respecto a Alemania es indispensable formular ciertas especificaciones.

En efecto es necesario comprender qué es lo que Hitler comprendía por «nacional», para lo cual hay que remitirse a algunos antecedentes Puede decirse que en Alemania el nacionalismo democrático de masas de

tipo moderno no hizo sino una fugaz aparición. Fue justamente el Napoleón «revolucionario imperialista», quien provocó aquel fenómeno casi por contagio o por contragolpe, puesto que en las guerras de liberación contra el invasor francés, entre los Alemanes, más allá de sus estructuras de lealtad dinásticas tradicionales que tenían al Estado y no al «pueblo» o a la nación» como su centro de gravedad, se despertaron sentimientos propiamente nacionalistas. Pero el «nacionalismo» en tal sentido, con un fondo democrático, no fue más allá del fugaz fenómeno del parlamento de Frankfurt de 1848 en conexión con los movimientos revolucionarios que en aquel período invadieron toda Europa (es significativo que el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, rechazó la oferta que le hiciera el parlamento de ponerse al frente de toda Alemania porque aceptándola él habría también aceptado el principio democrático —el poder conferido por una representación popular— renunciando a su derecho legitimista, aun restringido sólo a Prusia). Y Bismarck, al crear el Segundo Reich, no le dio para nada una base «nacional», pues vio en la correspondiente ideología el principio de peligrosos desórdenes aun en el orden de Europa, mientras que los conservadores de la *Kreuzzeitung* acusaron al nacionalismo de representar un fenómeno «naturalista» y regresivo, extraño a una más elevada tradición y concepción del Estado.

Es en vez una diferente corriente, por lo demás anteriormente restringida a grupos no demasiado importantes, la que hay que tomar en consideración. Se debe indicar el significado «nacional» expresado por el término *Völkisch,* tal como fue usado en tales ambientes. Aquí podría hablarse de un «nacionalismo étnico» en cuanto el *Volk* (de donde derivan *Völkisch* y *Volkstum)* fue comprendido como una especie de entidad determinada por un tronco común cuya identidad se mantendría a través de los tiempos. Nos podríamos también referir a la concepción romántica de la nación, al concepto *Volk* formulado por el mismo Fichte en sus *Discursos a la Nación Alemana* no sin relación con la lucha por la liberación. Después de Fichte, Arnt, Jahn y Lange entre otros desarrollaron el mismo tema, se crearon un *Deutschbund* (ya en 1894) y una *Völkische Bewegung,* no siendo limitada la idea de la nación-raza sólo a un «uso interno», sino adquiriendo incluso a veces también proyecciones pangermanistas. Tampoco faltaron tomas de postura antisemita, en nombre del *Volk.* En un cierta manera se tienen aquí también los orígenes del «racismo» alemán.

De cualquier modo, «nacional» en Alemania no tuvo el significado occidental; es como *Vólkisch* que debe verse en ello el antecedente que tuvo un lugar importantísimo en el hitlerismo. Hitler habla siempre de *Volk,* la *Volksgemeinschaft,* es decir, una comunidad en términos de *Volk,* de pueblo-raza, será la consigna principal de su Tercer Reich, en donde la misma, por lo demás como veremos, desarrolló un papel sumamente problemático.

Así pues la conexión, establecida por Hitler, entre «nacional» y «social» tuvo un carácter particular. Mientras que por un lado estigmatizó al marxismo como un movimiento antinacional, letal para el *Volkstum* alemán, por el otro hizo apelación a una especie de orgullo nacional-racial alemán y proclamó un «socialismo nacional» que, tal como la misma designación originaria de su partido lo indica, en su primer momento tuvo esencialmente en vista a las masas y a la clase trabajadora. Éste fue pues el primer componente del Nacionalsocialismo. En general, a la condición de «desarraigo» y de alienación del sujeto y de las masas se la circundó con una especie de halo místico.

Después de lo cual, otros elementos y antecedentes, muy diferentes en cuanto al espíritu y al origen deben ser considerados. Después de la primera guerra mundial en Alemania la situación era sensiblemente distinta de la de Italia. Tal como se ha dicho, Mussolini tuvo que crearlo todo casi desde la nada, en el sentido de que, en el momento de combatir a la subversión roja y de volver a poner de pie al Estado, no podía referirse a una tradición en el sentido más alto del término. Sumado todo ello, lo único amenazado en ese entonces era la prolongación de la Italita democrática y liberal del ochocientos, con una herencia de *Risorgimento* que se resentía de las ideologías de la Revolución Francesa, con una monarquía que reinaba pero que no gobernaba y sin consolidadas articulaciones sociales. En Alemania las cosas eran diferentes. Aun después del derrumbe militar y de la revolución de 1918 y, a pesar del marasmo social, subsistían restos que tenían raíces profundas en aquel mundo jerárquico, quizás aun feudal, concentrado en los valores del Estado y de su autoridad, que hacían parte de la tradición anterior, en particular del prusianismo: de aquella tradición, a través de la cual, a los ojos de las democracias occidentales, los Imperios Centrales habían aparecido como un «residuo oscurantista insoportable». En efecto, en Europa central las

ideas de la Revolución Francesa nunca tomaron pie como en los restantes países europeos.

Por lo demás, aun después de 1918 y antes del advenimiento de Hitler hubo sobre todo intelectuales que, partiendo de la herencia tradicional, buscaron promover un movimiento restaurador y al mismo tiempo renovador. Era considerada una revolución, pero no en el sentido progresista y subversivo, sino como remoción de lo negativo, de aquello se había esclerotizado y que en el régimen anterior había perdido en parte sus originarias posibilidades vitales, resintiéndose en vez con el advenimiento de la nueva era industrial. De aquí la fórmula, muchas veces usada, de «Revolución Conservadora». No se trataba de un simple retorno al ayer; a ser conservadas no eran ciertas fórmulas históricas, sino aquello que poseía un valor duradero. Möller van den Bruck (muerto en 1925), que fue uno de los principales exponentes de tal corriente, tuvo ocasión de escribir que «ser conservadores no significa permanecer apegados a lo que ha sido, sino vivir y actuar partiendo de lo que posee un valor perenne». La orientación espiritualista era prevaleciente en estos ambientes. El acento era puesto en una revolución sobre todo espiritual.

El término «Tercer Reich» que tenía que ser retomado por Hitler, fue creado justamente por Möller van den Bruck y es el título de un libro suyo salido en 1923 (el de otro, publicado póstumo, es *Das ewige Reich,* es decir, el Reich eterno, y es posible que ciertos esquemas «milenaristas» de Hitler no hayan estado totalmente privados de relación con el mismo). En estos grupos se hablaba también de una «Alemania secreta» *(Geheimes Deutschland)* que se mantuvo a través de las contingencias históricas, a la que se trataba de evocar. El Primer Reich había sido el Sacro Romano Imperio, el segundo el Imperio alemán fundado por Bismarck en 1871 y continuado con Guillermo II hasta la primera guerra mundial, el Tercer Reich habría tenido que surgir por la superación de todo lo que había de inauténtico en el guillermismo. Ahora bien, la República de Weimar, al haber sido considerada como un simple intervalo, era un terreno libre para una nueva creación política. Se trataba de instancias propias sobre todo de ambientes de intelectuales. Pero también éstas deben considerarse entre los antecedentes.

Otra corriente presentaba en vez aspectos prevalecientemente existenciales y su origen debe referirse a lo que fue llamado como la

«generación del frente». La Alemania de la primera postguerra conoció a E.M. Remarque, el autor del tristemente famoso libro derrotista *Sin novedad en el frente,* pero también a un anti-Remarque con referencia a la profesión de fe de los combatientes que en la guerra en tanto **experiencia** no habían vivido algo que los «había partido aun cuando las granadas los habían ahorrado» (palabras de Remarque), sino más bien una prueba, la cual en los mejores había provocado un proceso de purificación y de liberación. Ésta era la idea de Thomas Mann, de Franz Schauwecker, de H. Fischer, pero sobre todo de Ernst Jünger, combatiente voluntario, varias veces condecorado y más veces herido, antes de ser un escritor. Para Jünger la Gran Guerra había sido destructiva y nihilista, pero tan sólo en relación con todo lo que es retórica, «idealismo» de las grandes palabras hipócritas, de la concepción burguesa de la existencia. Para una cierta generación ella en vez había sido también el principio de un «realismo heroico», el crisol en el cual había tomado forma, «entre las tempestades del acero», un tipo humano nuevo que Jünger describió y para el cual creía destinado el porvenir. En efecto, el desarrollo de ideas análogas, en un marco no más limitado a la guerra, que abarca toda la existencia, fue dado por Jünger en su libro *Der Arbeiter* que en Alemania en el período anterior al advenimiento definitivo de Hitler tuvo una gran resonancia [1]. Si bien no en los términos más conservadores de las otras tendencias de las que se ha hablado más arriba, insistiendo más bien en la necesidad de alcanzar antes, con un «nihilismo positivo», el punto cero de todos los valores del mundo burgués, en el fondo la perspectiva última era por igual la de un nuevo Reich rigurosamente organizado, cuya espina dorsal y cuya fuerza formativa fuese el nuevo tipo humano.

Aparte de estas formulaciones teóricas, la «generación no quebrada del frente» había ya dado vida a los llamados *Freikorps,* cuerpos de voluntarios que inmediatamente después de 1918 se batieron contra el bolchevismo en las regiones orientales y bálticas desde fronteras difíciles (famosa fue la brigada del comandante H. Ehrhardt) y también en lo interno, contribuyendo a sofocar los intentos de revolución comunista y «espartaquista».

1 Véase Julius Evola, *L' «Operaio « nelpensiero di Ernst Jünger,* Volpe, Roma, 1974. Texto incluido en *La superación del Romanticismo* (Ed. Heracles, 2006) del mismo autor.

Una mayor importancia, ya sobre el plano político, la tuvieron las fuerzas de los ex-combatientes de la Derecha Nacional reunidos en el *Stahlhelm* (el «Casco de Acero») de Seldte y Düsterberg, y el partido Político de los «Nacional Alemanes» (DNVP) de Hugenberg. Con ellos naturalmente se solidarizaba la principal fuerza tradicional y conservadora existente, la *Reichswehr,* es decir el ejército; el mismo era más bien fiel formalmente al gobierno legal de la República de Weimar, pero internamente no aceptaba al nuevo régimen, sino que mantenía las ideas, los ideales y el *ethos* de la anterior tradición, formadora del cuerpo d los oficiales. En el espíritu del prusianismo la *Reichswehr* no se consideraba pues a sí misma como una simple fuerza militar a disposición de un régimen parlamentario burgués, sino más bien como la representante de una determinada concepción de la vida y también de una idea política. Con su actitud, marcada por un riguroso sentido del honor y de la disciplina, la *Reichswehr* tenía que mantener en gran parte tales características aun a través de las sucesivas vicisitudes del Tercer Reich. Era un exponente de la *Reichswehr* el presidente de la república mariscal de campo Paul von Hindenburg. Eran luego naturales y tradicionales las conexiones entre ésta y la nobleza (la cual tenía uno de los principales centros en la *Herrenklub* de Berlín), en particular con los *Junker,* mientras que sobre la misma línea de la Derecha se encontraba también gran parte de la diplomacia de carrera, de la alta burocracia y de la alta industria.

II- NAZISMO Y REVOLUCIÓN CONSERVADORA

Éste era el marco de conjunto que presentaba la Alemania antimarxista y no democrática antes de la afirmación del partido nacionalsocialista. Si entre estas diferentes corrientes hubiesen habido hombres con estatura de jefe y a la altura de la situación, una «revolución conservadora» hubiera sido posible tras la sepultura de la República de Weimar y la liquidación de la socialdemocracia.

Pero las cosas fueron de una manera distinta. La acción directa de Hitler sobre las masas ganó siempre más terreno y él, tras las elecciones de 1930, se encontró disponiendo de un partido y de una representación parlamentaria (107 bancas en el *Reichstag)* a la que no se podía dejar de tener en cuenta.

Fue entonces que sucedió una coyuntura que, en cierta medida, tenía que resultar fatal. La gradual conquista del poder por parte de Hitler aconteció en el marco de una perfecta legalidad, sin siquiera necesidad de algo equivalente a una Marcha sobre Roma. Las antes aludidas fuerzas de Derecha, que aun mantenían firmes posiciones, retuvieron que la mejor solución fuese la de una coalición, siendo tal intento en una cierta manera una instrumentalización del nacionalsocialismo, el cual, a su vez, en aquel período reconoció la imposibilidad de ir adelante sin un entendimiento con los Nacional-Alemanes y con el Centro. Por lo tanto, fue Hindenburg quien confirió a Hitler la cancillería, por sugerencia de von Papen —también él exponente de la Derecha—, actuando el mismo von Papen como vicecanciller. Al figurar en el primer gabinete, como ministros del Reich, Seldte, Dürsterberg, von Neurath, von Schwerin-Krosigk, von Blomberg y otros exponentes de la Derecha, se reputaba que hubiese lo suficiente con ello para mantener a Hitler en su lugar. Por otro lado, los desarrollos principales que tenían que precipitar la situación y dar lugar a un Reich Nacionalsocialista totalitario acontecieron mientras Hindenburg estaba siempre a cargo del Estado, con su adhesión y su sanción. Sucedió así que la concentración nacional de las fuerzas para la eliminación, sea de la subversión, sea del informe parlamentarismo democrático, también éstos

fueron considerados como deberes primarios para los hombres de la Derecha; por tal causa dejaron a Hitler las manos libres.

El primer paso se cumplió en febrero de 1933. En ocasión del incendio del *Reichstag* (acontecimiento sobre el cual nunca pudo tenerse un total esclarecimiento, pero que entonces fue atribuido a un comunista) se dictó un «Decreto para la protección de la nación y del Estado» dirigido esencialmente en contra de los comunistas; el mismo contemplaba también la suspensión de algunos artículos de la Constitución. El decreto, al haber sido firmado por Hindenburg, tenía un carácter legal. No lo tuvo en cambio la acción efectiva en contra de los comunistas, en cuanto la misma no fue efectuada por la sola policía, sino también por las SA y las SS hitlerianas por iniciativa propia, por lo que se verificaron excesos. Pero si ya en esto tuviésemos que formular un juicio desde el punto de vista de la Derecha, tendríamos que decir que en cada Estado digno de este nombre en tales circunstancias se imponen medidas de tal tipo. Es porque nada semejante ha sido hecho, para mayor gloria de la sagrada democracia, que en la Italia de después de la segunda guerra mundial el cáncer representado por el comunismo y por sus compañeros de ruta ha tomado una extensión alarmante y ha puesto raíces tan sólidas que sin una verdadera guerra civil su extirpación aparece como poco probable. Hay que notar que por el contrario la República Federal alemana de postguerra (la de Bonn) había demostrado predicción y fuerza de decisión: desde el punto de vista de la democracia misma, pero de una democracia mejor comprendida, ella había suprimido al partido comunista.

Disuelto el *Reichstag,* fueron establecidas nuevas elecciones, y al parlamento ya en la segunda sesión le fue solicitada la aprobación de la llamada *Ermachtigungesetz,* es decir de una ley que confería plenos poderes a Hitler y a su gobierno a expensas de la «representación popular» en sentido demoliberal. La ley fue aprobada con 441 votos favorables y 94 en contra. Hay que tener presente que en el *Reichstag,* además de los diputados nacionalsocialistas, estaban siempre los de las Derechas y del Centro; faltaron sólo los diputados comunistas, en parte también los socialistas, pero aun cuando éstos hubiesen estado presentes, lo mismo hubiera habido en contra de ellos, para aprobar esa ley, la mayoría requerida de los dos tercios.

Con esto Hitler tuvo las manos libres para iniciar la realización de sus

programas. Estando siempre Hindenburg al frente del Estado, se asistió a la disolución de los diferentes partidos bajo el signo de la llamada *Gleichshaltung,* es decir de un encuadramiento general que habría debido significar la unificación de las diferentes fuerzas políticas en un único frente nacional para la reconstrucción de Alemania. También el *Stahlhelm* y la organización de Derecha de los Nacional-Alemanes se disolvieron obedeciendo a la nueva consigna de la unificación. Finalmente el 14 de julio de 1933 un decreto puso formalmente fin al régimen de los partidos prohibiendo la pertenencia a todo partido que no fuese el Nacionalsocialista. Penetraba así el sistema del «partido único» concebido como la fuerza política portadora y organizadora del Reich.

Sobre tal sistema hemos ya expresado nuestro juicio al considerar al fascismo. En el caso de Alemania se debe indicar sin embargo que el fin del parlamento de los partidos no tuvo como correlato, del mismo modo que en Italia, la constitución de una Cámara Corporativa o de un órgano análogo. Tan sólo las personas singulares y los diferentes oficios eran eventualmente exponentes de direcciones distintas, estando siempre la última instancia constituida por Hitler, sin que institucionalmente hubiese un verdadero órgano consultivo. La idea de que en el futuro el *Reichstag* se hubiese al menos convertido en la expresión de diferentes corrientes interpartidistas quedó como una bella esperanza. Si en el Tercer Reich sucesivo hubo tensiones que a veces hicieron milagrosa su sinergia y unidad, las mismas quedaron limitadas a las altas esferas del partido. Fueron las que existieron por ejemplo entre Göring y Göbbels, entre Ribbentropp y Himmler, entre Ley y algunos exponentes de la alta industria, además de la tensión entre la *Reichswehr* y la SA, resuelta en un primer momento en la manera drástica de la que hablaremos luego.

En cuanto a la ley que confiere plenos poderes, la misma permaneció en vigencia hasta el final, hasta 1945, en vez que para los cuatro años requeridos por Hitler para la «reconstrucción nacional». Aun sin adherir al fetichismo del llamado «estado de derecho» de inspiración liberal, debe verse en ello un exceso; no se puede perpetuar y casi institucionalizar lo que pudo ser legítimo en situaciones particulares temporarias. Los vínculos éticos, necesariamente indeterminados y elásticos, de la responsabilidad directa por un lado (desde lo alto), de la confianza y de la fidelidad por el otro, no pueden suplantar aquella legislación positiva que aun en un Estado

autoritario de Derecha debe ser considerada para prevenir arbitrariedades «dictatoriales». La complementaria presencia de una autoridad superior, por lo menos como la que encarnaba Hindenburg, parece ser una condición imprescindible.

Una iniciativa tomada por Hitler, ya en el período en el cual el jefe de Estado era todavía Hindenburg y que tuvo un carácter antitradicional, fue la constitución de los *Gleichshaltung* también en los *Länder,* es decir en las unidades regionales singulares que, en su parcial autonomía y soberanía, correspondían a los varios reinos, principados y ciudades libres de la federación de la cual se componía el Segundo Reich, con Prusia que entre ellas tenía una posición preeminente. Una después de la otra estas autonomías fueron abolidas, los diferentes *Länder* fueron integrados en el gobierno central asumiendo el carácter de *Gaue,* de circunscripciones al frente de las cuales se encontraban funcionarios del gobierno central del Reich, no más representantes de las correspondientes comunidades. Prusia fue la primera en padecer esta suerte, prestándose lamentablemente a esto el mismo von Papen, exponente de la Derecha. Y también Hindenburg no tuvo nada que protestar en contra de este proceso. Se llegó así al centralismo y a la nivelación. Una vez más la excusa fue la necesidad de una organización total de todas las fuerzas a los fines de la máxima eficiencia, y se puso de relieve el hecho de que así era como había sido en su historia Alemania unificada como «nación» (en el sentido del nacionalismo moderno) la primera vez. Pero desde nuestro punto de vista aparece claro el aspecto negativo que tuvo una iniciativa semejante; justamente el anterior sistema de una autoridad central suprema asociada a una articulación de unidades políticas menores gozando de una autonomía parcial, teniendo ella un carácter orgánico y cualitativo, era el que tenía un carácter tradicional en sentido superior. Y a tal respecto justamente Alemania había presentado, entre todas las naciones europeas modernas, un ejemplo señero[1].

[1] En relación con esta unificación «nacional» alemana llevada a cabo por HITLER, se puede resaltar también la oposición entre el tipo de unificación de Italia, que tuvo un carácter análogo, y la operada por BISMARCK con la creación del Segundo Reich. En esta última la unificación había tenido un carácter orgánico y desde lo alto, había acontecido en base al entendimiento entre soberanos de los distintos países, los cuales mantenían su estructura tradicional, y no a través del «pueblo»: en vez en Italia se lo hizo dentro del denominado *Risorgimento,* bajo el signo de ideologías que se remitían a la Revolución Francesa y según el «nacionalismo» derivado de ella.

Un episodio que debe ser recordado aquí, y que indica la doble faz del hitlerismo en este primer período, está constituido por los acontecimientos del 30 de junio de 1934. En aquel día, y propiamente en la que fue llamada la «noche de los cuchillos largos», fue liquidada, por medios muy sumarios, sobre todo por obra de la SS, un cierto número de personalidades. Entre ellas figuraban personas de orientación política diferente; además del ex-canciller general von Schleichen, también hombres de Derecha, como von Bose, von den Decken, von Alvensleben, y un secretario de von Papen, Edgard Jung. Pero el sentido principal atribuido a la operación fue el siguiente. Entre la SA, los Camisas Pardas, cuyo jefe era Ernst Röhm, se había abierto paso la idea de una «segunda revolución» o de un segundo tiempo de la revolución; se denunciaba la subsistencia en el Reich de grupos «reaccionarios» que eran los de la Derecha, y un contubernio entre Hitler y los «barones del ejército y de la industria». Se tenía principalmente en la mira al *Reichswehr* en sus altas jerarquías, en sus conexiones con la aristocracia y con los *Junker;* a la *Reichswehr,* resto del antiguo régimen, se le habría querido contraponer, para suplantarla, un nuevo «ejército popular», un *Volksheer* revolucionario de puro espíritu nacionalsocialista (como idea, el mismo era cercano a lo que hoy se propugna en la China maoísta), y al tipo del antiguo oficial «reaccionario» se le contraponía el del nuevo «soldado político» nacionalsocialista. Y bien, el 30 de junio de 1934 valió esencialmente como la derrota de esta corriente radical del partido y de su supuesto complot. Dejó allí la vida el mismo Röhm, jefe de la S A y en su momento amigo íntimo de Hitler, y también Georg Strasser, organizador de los Camisas Pardas de Berlín. Es significativo que Hindenburg, teniendo evidentemente en vista sólo este aspecto de la drástica acción de Hitler, la cual iba a favor de la clase que él representaba y a la que le siguió el desarme de la SA, no hesitó en agradecer al mismo Hitler por su «valerosa intervención contra los traidores» que habían tratado de romper la unidad del Reich. También Göring recibió un mensaje de Hindenburg en términos análogos.

Fue con la muerte de Hindenburg (2 de agosto de 1934) que los acontecimientos se precipitaron y que se produjo el cambio institucional que llevó a la creación de un puro *Führer-Staat* (Estado del *Führer)* totalitario. Hitler reivindicó para sí, reunió en su persona, los cargos de presidente del Reich (el que era cubierto por Hindenburg) y el cargo de canciller,

que ya tenía, mientras que además quedaba como jefe supremo del partido nacionalsocialista. Pero también a tal respecto no faltó la sanción legal democrática, con una mayoría del 90% de los votos (que no puede sólo ser explicada por la coerción —también porque los porcentajes no fueron demasiado diferentes en regiones o ciudades aun bajo control extranjero, lo cual en todo caso se debió a una espectacular acción propagandística), un plebiscito nacional aprobó la innovación. Por lo demás, Hitler se convirtió así también en el comandante en jefe de las fuerzas armadas y a él le fue prestado el juramento de «obediencia incondicionada», juramento que, dado el peso que el mismo tenía por tradición, tenía que constituir una pesada hipoteca en los desarrollos sucesivos.

Para un juicio a tal respecto, el Tercer Reich se ha presentado en los términos de una dictadura popular, estando el poder en las manos de un único individuo privado de cualquier crisma superior, recabando únicamente del *Volk y* del consentimiento del mismo el principio de su «legitimidad». Ésta es la esencia del llamado *Führerprinzip*. Por el mismo habría que haberse remitido a una tradición del tipo de los Germanos, a la relación entre el jefe y los subordinados unidos por un vínculo de fidelidad. Se olvidaba sin embargo en primer lugar que entonces este vínculo se establecía sólo en caso de necesidad y en vista de determinados fines guerreros y que, como la dictadura en el primer período romano, la función de *Führer (dux o heretigo)* no tenía un carácter permanente; en segundo lugar los «secuaces» eran los diferentes jefes de las estirpes, no ya una masa, el *Volk;* en tercer lugar, que en la antigua constitución germánica, además del jefe excepcional que en las circunstancias indicadas podía exigir obediencia incondicionada, aparte del *dux* o *heretigo,* estaba el *rex* que tenía una dignidad superior en razón de su origen. Todo esto lo hemos recordado al hablar de la «diarquía» que se estableciera durante el fascismo por la co-presencia de la monarquía a la cual hemos atribuido un valor positivo. En cuanto a Hitler, él alimentaba una aversión fundamental por la monarquía y, tal como hemos notado, su polémica por ejemplo contra el Imperio de los Habsburgo fue muchas veces de una vulgaridad sin igual. Para él sólo el *Volk,* del cual se había constituido en representante directo y en guía, sin intermediarios, y que tenía que seguirlo incondicionalmente, era el principio de la legitimidad. Ningún principio más alto existía o era tolerado por él. Así pues se podría hablar de una

dictadura populista consolidada a través del instrumento del partido único y del mito del *Volk*. No sólo aquellas antiguas tradiciones germánicas, sino el mismo concepto de Reich y, como veremos, el de raza, fueron llevados por Hitler al plano de la masa, lo cual implicó su degradación y distorsión. Sin embargo justamente en este marco se convirtieron en instrumentos de gran poder. El éxito de Hitler derivó en gran medida de haber hecho valer para las masas, para el *Volk*, ideas y símbolos de una superior herencia alemana que por decirlo así, mantenían, a pesar de todo, una fuerza en el subconsciente colectivo, haciendo presión sobre tal fuerza.

Con respecto a tales cosas, como es obvio, muy poco puede ser recogido como válido objetivamente del Tercer Reich Nacionalsocialista, más allá de la contingencia histórica. Todo gravitaba sobre un hombre que poseía excepcionales capacidades para captar, transportar, activar y fanatizar al pueblo, presentando él mismo bajo más de un aspecto los rasgos de un obseso: como si una fuerza superior actuara sobre él aun dejándole una lucidez y una lógica férrea en la acción, pero privándolo de cualquier sentido del límite. Éstos son rasgos caracterológicos que deben permitir diferenciar netamente a Hitler de Mussolini, permaneciendo más en evidencia en Mussolini los rasgos de una persona que mantenía los controles y una cierta distancia en la instrumentalización de las circunstancias. Naturalmente, que para un sistema que gravitaba en tal medida sobre el *Führer*, como era el Tercer Reich Nacionalsocialista, no era concebible un futuro estable; constitucionalmente se habría podido tener sólo una especie de tribunato del pueblo. Pero en la realidad, si no hubiese habido el derrumbe militar, tras la muerte de Hitler habría permanecido un vacío, no pudiéndose hacer surgir hombres que reuniesen las mismas cualidades excepcionales de Hitler, las que por sí solas le aseguraban el poder y hacían de él el centro de gravedad del sistema. El *Führer-Staat* habría tenido que dar lugar necesariamente a un orden diferente. Si mientras Hitler vivió y la suerte lo acompañó su fuerza galvanizadora logró mantener unido al todo y dar lugar a entregas increíbles hasta el último momento, hasta el límite del abismo, el completo colapso ideológico de Alemania tras 1945 —no comparable al que le siguió a su derrota en la primera guerra mundial—, cuando aquella tensión vino a menos, demuestra cuan poco en profundidad hubiese ido la acción magnética de masa a pesar del correlato de los «mitos» y de la estrecha organización

totalitaria.

Fue entonces que, luego de constituirse el *Führer-Staat* tras la muerte de Hindenburg, diferentes exponentes de la «revolución conservadora» reconocieron con claridad el contraste existente entre alguno de sus ideales y el nuevo Estado, viendo en esto una negación o profanación de los primeros y señalando una ruptura con la anterior tradición. Así pues hubo algunos que dejaron Alemania (como Hermann Rausching ya presidente nacionalsocialista del senado de Danzig que en 1936 atacó violentamente al Tercer Reich en un libro publicado en el exterior titulado *La revolución del nihilismo. Fachada y realidad del Tercer Reich)*, otros permanecieron pero se retiraron en el silencio o se ocuparon sólo de literatura (como Jünger y von Salomón), otros incluso fueron objeto de persecuciones. Hubo otros —y no pocos— que permanecieron en la ciudadela, quizás porque esperaban una progresiva rectificación y la acentuación de todo aquello que, a pesar de todo, en el Tercer Reich no estaba privado de una cierta relación con sus ideas.

En efecto, había sido propio de la tradición prusiana el principio de actuar **para** el pueblo, manteniéndolo sin embargo a distancia: no **a través** del pueblo, siendo así llevados por el mismo a través de una politización y un activismo, según el modelo jacobino. Aquel principio había sido la base de lo que fue llamado el «socialismo prusiano» o también la «monarquía social» de los Hohenzollern. Con el *Führer-Staat,* con la autoridad que, por lo menos ateniéndonos a la ideología correspondiente, se recababa de la masa o de lo colectivo del *Volk,* y con el binomio inarticulado *Volk-Führer,* nos encontrábamos en la línea opuesta a la que había dado vida a la misma Prusia y que también en el Segundo Reich había sido fundamental. En efecto, Prusia había sido la creación de una dinastía que tenía por espina dorsal a la nobleza, al ejército y a la alta burocracia. No eran la «nación», ni el *Volk* el elemento primario, sino el Estado, más que la tierra o un *ethnos,* el que constituía la verdadera base y el principio unificador. Nada de todo esto —por lo menos en materia de ideología política general— existió en el hitlerismo. El Estado fue concebido como una realidad secundaria e instrumental; la fuerza formativa, motriz portadora primaria habría tenido que ser el *Volk,* con el *Führer* en tanto su representante y encarnación. Por esto ha habido quien, con razón, puso en relieve también la diferencia entre la doctrina del nacionalsocialismo y la

del fascismo, si bien el mismo como antecedente no pudo contar con una tradición comparable aun lejanamente con la prusiana. Al Estado —como hemos visto— le era reconocida la primacía respecto de la «nación» y el «pueblo». Para algunos escritores nacionalsocialistas, cuya infatuación era semejante al desconocimiento de la misma historia del propio país, éste habría sido un rasgo «romano» del fascismo, extraño a la «naturaleza alemana». De aquí también el ataque contra estructuras estatales supranacionales, cual la ya presentada por el Imperio de los Habsburgo. *Ein Reich, ein Volk, ein Führer*, es decir un único pueblo que sigue a su Führer, unificado en un solo Reich, fue la consigna fundamental de este sistema, la cual, por la obstinación ciega de retomar todos los elementos alemanes vivientes afuera de las fronteras estatales, estuvo entre las causas que, tras el breve espejismo del *Gross Deutschland,* de la Gran Alemania, tenía que conducir a una aventura que tenía a la catástrofe como conclusión; en tanto que estaba destinada a entrar en contradicción consigo misma cuando, a pesar de todo, por una reemergencia en mayor o menor medida pangermanista y hegemonizante y por la teoría expansionista del llamado «espacio vital», el Tercer Reich reafirmó su poder sobre territorios más allá de los límites de aquel *Deutschum,* de aquella «germanidad» étnica, dentro de los cuales, según tal fórmula, habría tenido que estar contenido.

Al llevar retrospectivamente la mirada sobre aquel período, un escritor que había formado parte de la brigada del comandante Erhardt y que había sido también implicado en el asesinato de W. Rathenau, Ernst von Salomón, ha dicho: «Entendimos que el primer serio y gran intento del movimiento nacional de provocar un giro en la situación alemana procediendo desde lo alto, desde el Estado, (o sea, en mayor o menor medida, en el mismo sentido expuesto por los exponentes de una «revolución conservadora»), había fracasado a causa de este hombre, Adolfo Hitler» [2]. Pero él, junto a otros (por ejemplo A. Möhler) reconoce también

[2] El mismo von Salomón, expresando el punto de vista también de otras personalidades de su mismo grupo, agregó: «Todo tentativo de desplazar el acento esencial del Estado hacia el pueblo, de la autoridad hacia lo colectivo, debía ser considerado como una traición absurda y abyecta de la verdadera finalidad del movimiento nacional... No podía existir desde el punto de vista histórico ningún puente entre la concepción estatal y la populista de la esencia de la nación: hecho éste que lamentablemente era escondido por la desorientadora circunstancia de que la fórmula populista se servía del mismo vocabulario arrogándose ser una renovada concepción del Estado».

que el fracaso se debió al hecho de que a los ambientes de la Derecha les repugnaba hacer uso de los medios empleados por Hitler para tener consigo a las masas (ni ellos tampoco estaban en posesión de las habilidades correspondientes); hacerse conducir por un movimiento de masas a politizar y fanatizar con la propaganda poniendo a un lado cualquier escrúpulo, era contrario a su mentalidad antidemagógica y les parecía una cosa «poco limpia». De aquí pues su postura de inferioridad respecto de Hitler, el cual en vez había comprendido la situación ligada a los tiempos. Tal como se ha dicho, frente al estado de hecho los elementos custodios de la tradición se ilusionaron con poder hacer de Hitler un uso instrumental (casi como el rey de Italia creyó poder hacer cumplir a Mussolini en su lugar la revolución nacional), pero, lo hemos visto, en una cierta medida aconteció lo opuesto.

III- EL POPULISMO NACIONALSOCIALISTA

Pero si bien la tradición estatal prusiana había sido abandonada, en el Tercer Reich fueron asumidos y utilizados no pocos rasgos fundamentales del carácter y del estilo prusiano de la vida: aquellos mismos que, cuando con el Segundo Reich Prusia dejó de ser un reino independiente, pasaron a dar forma también a otras partes de Alemania. Por lo tanto, si se quiere buscar la fórmula última del éxito del Tercer Reich, hay que referirse justamente a la unión de dos elementos. El primero fue la fanatización del *Volk,* de la masa, con el culto por su Führer que a veces alcanzó ápices cercanos a la histeria. ¿Quién, por ejemplo, en el Día del Partido de Nüremberg ha escuchado a Hess, el lugarteniente del *Führer,* gritar histéricamente: «¡Alemania es Hitler! ¡Hitler es Alemania!», siendo acogido por los gritos frenéticos de centenares de miles de personas, no puede no haber tenido la impresión de un cierto fenómeno de posesión? Pero el segundo elemento, asociado a todo lo que una organización de las manifestaciones de masa de una imponencia sin igual favoreció, fue justamente la herencia de algunas disposiciones «prusianas», que con una acción paralela se buscó mantener vivas en lo colectivo y en las mismas formaciones del partido, mientras continuaba a ser principalmente el custodio de las mismas la *Reichswehr*, la cual, aun integrada en el Tercer Reich, mantuvo una plena autonomía, la que se tradujo en una cierta distancia, hasta que Hitler, a decir verdad por medios no muy limpios, quitó a los generales von Blomberg y von Fritsch sus puestos de mando y se sustituyó a ellos.

Es a la acción concordante de estos dos factores que se debe lo que sostuvo unitariamente al Estado hitleriano alcanzando logros excepcionales. Es una estupidez pensar que ello haya existido sólo gracias a un régimen de terror y de opresión. No podía nacer de ello el impulso para tantas realizaciones y también por lo que ofrecieron por ejemplo Olimpíadas de 1936, ni la virtud de toda la población y de las fuerzas armadas, de tal modo que fueron necesarios seis años de guerra despiadada y la coalición de casi todo el mundo para abatir militarmente al Tercer Reich, y gracias a las cuales se mantuvo firme hasta el final sin una queja y sin una rebelión, con repuntes milagrosos tras cada destrucción y tras

los horrores: hasta ejemplos, como el de la Juventud Hitleriana movilizada la cual, no por cierto bajo la amenaza de las pistolas de la *GESTAPO*, participó de la defensa desesperada de Berlín dando caza a los gigantescos tanques soviéticos T-34 y un reparto de ésta obligó, en la selva de Teutoburgo, a una unidad acorazada norteamericana a retirarse tras haberle infligido graves pérdidas, mereciendo la Cruz de Hierro. Se podría también hablar de un fanatismo suscitado por las artes y las fórmulas de un gran brujo; sin embargo sin el correlato también de un amor por la disciplina, del espíritu de una entrega impersonal y eventualmente heroica y de una fidelidad, por ende de un factor esencialmente diferente, a ser referido al **segundo** de los componentes mencionados aquí, no puede explicarse el conjunto. Naturalmente, se encuentra también el punto de vista de quien ha acusado a Hitler de haber abusado de las dotes intrínsecas del Alemán, usándolas para lanzarlo por un camino que conducía a la ruina.

Pero estos aspectos se encuentran afuera del campo esencial en el que quisiéramos mantener nuestras consideraciones. Así pues debemos pasar a examinar brevemente y a juzgar algunos aspectos concretos del Tercer Reich y de sus instituciones.

En materia de asistencia social a beneficio de las clases inferiores, la Alemania hitleriana se puso a la vanguardia de todas las naciones, teniendo a su lado sólo a la Italia fascista. Ello se vinculaba directamente con la política de Hitler de tener consigo a la clase trabajadora, a la cual aseguró un máximo de bienestar burgués, mientras que, al levantar el insípido *slogan* de la «nobleza del trabajo», le daba a ella una particular conciencia. Pero a veces se fue más allá de la medida, en modo tal de anticipar la invasión de aquella plebe provista de medios y presumida que, como una verdadera peste de nuestros días, prolifera en la «sociedad de consumo». Quien ha visto a las masas de los *Volkesgenossen* (de los compañeros de estirpe, de *Volk)* "arianos" del KdF (una especie de superlativo *«Dopolavoro»* o *Enal* nacionalsocialista) y la presunción del trabajador berlinés «desproletarizado» y evolucionado, no podía sofocar un escozor de horror ante la perspectiva de una Alemania que se hubiese desarrollado en tal sentido [1].

Diversas iniciativas nacionalsocialistas para la solidaridad social-nacional tuvieron un carácter muchas veces coactivo, mientras que se habría querido

[1] En el período Nacionalsocialista se acuñó este chiste basado en un juego de palabras. Se preguntaba cuál era la diferencia entre Rusia y Alemania. La respuesta era: Rusia es un

hacerlas aparecer como espontáneas. Entre todas ellas sumamente lamentable fue la institución del *Arbeitsdienst,* del servicio del trabajo, que con una ley del 26 de junio de 1935 fue convertido en obligatorio para toda la juventud de ambos sexos. Con el intento de consolidar la *Volksgemeinschaft,* es decir la comunión social bajo el signo del *Volk* (aunque no sin un cierto sadismo jacobino), el servicio del trabajo, antes voluntario, se hizo una obligación general, se impuso a cualquier joven de los dos sexos el trabajar manualmente por un cierto período junto a otros de los estratos más diferentes, pudiendo así por ejemplo encontrarse en comunidad de vida una joven de la aristocracia con una campesina o una proletaria en una granja o en una fábrica. Naturalmente muchas veces el efecto de este «instrumento de educación político-nacional» fue el opuesto. Esto no es sólo el caso de aquella invasión totalitaria de lo público en lo privado por nosotros ya denunciada también en algunos aspectos del fascismo, en su concepción del «Estado ético» pedagogizante, en la campaña demográfica, en la casi imposición del «*voi*» en el hablar [2].

La presencia de un aspecto proletario en el Nacionalsocialismo es innegable, como lo es en la misma figura de Hitler, el que no tuvo ninguno de los rasgos de un «señor», de un tipo aristocrático y de «raza». Este elemento proletario y también de vulgaridad del nacionalsocialismo muchas veces fue particularmente advertido en Austria tras su anexión al Reich y tras la fase de una arrebatada infatuación «nacional» de los Austríacos por la «gran Alemania». La *Gleichshaltung,* es decir la integración niveladora a los fines de una unificación totalitaria, tuvo efectos negativos aun en algunos dominios particulares; por ejemplo, ella llevó a la disolución forzada de las corporaciones estudiantiles que, con sus costumbres, sus tradiciones de honor, con su espíritu de cuerpo (en especial entre los denominados *Korpsstudenten),* habían sido uno de los lugares de formación de carácter de un estrato superior. Toda la juventud estudiantil fue en vez encuadrada en una única organización controlada por el partido.

Proletarierstaat (un Estado proletario), Alemania en cambio un *Proletarierstaat* (es la misma palabra la cual, dividida así, quiere decir «Estado de arios Proletarios»).

[2] Se refiere a la campaña lingüística coercitiva por la cual el fascismo impidió el uso de extranjerismos y de palabras derivadas de otros idiomas en el lenguaje hablado y escrito en Italia. El caso más singular fue la prohibición del uso del «*lei*», al que se obligaba a sustituirlo por el «*voi*» (=usted) (n. de la trad.).

Por lo que respecta al domino económico, Hitler había ya afirmado la preeminencia de los problemas de la política y de una determinada comcepción de la vida por encima de los problemas económicos. Él había manifestado que «el Estado no tiene nada que ver con una determinada concepción de la economía y con un cierto desarrollo económico», que «el Estado es un organismo del *Volk* y no una organización económica». Ya desde hacía tiempo había advertido acerca del peligro de que el sindicalismo se convirtiese en una fuerza política tan condicionadora que pudiese allanar el camino para la conquista del Estado por parte del marxismo. «El sindicato nacionalsocialista —había escrito en su tiempo— no es un instrumento de la lucha de clases sino un órgano de representación profesional». Una vez que se aseguró el poder, Hitler cumplió valerosamente el paso decisivo. Después de que el 1o de mayo fue declarada solemnemente como la «fiesta nacional del trabajo» (en imitación de una análoga iniciativa del fascismo italiano) con una manifestación que suscitó un gran entusiasmo, al día siguiente, con una acción sorpresiva, fueron ocupadas todas las sedes de los sindicatos, y por precaución muchos dirigentes fueron detenidos. Se dispuso que los sindicatos «libres» quedaban disueltos y que sus bienes eran confiscados por el Estado. En base a todo lo que hemos dicho en su momento al hablar de las instituciones fascistas, un paso semejante debe considerarse, desde nuestro punto de vista, como algo sumamente positivo. Después de lo cual en Alemania se procedió a la reorganización del trabajo y de la economía a través de la reconstrucción «corporativa» de las empresas. No nos detendremos en este aspecto de la legislación del Tercer Reich porque hemos ya hablado al señalar los defectos del corporativismo fascista. Recordaremos, por ende, sólo que el espíritu de la reforma (la cual por antecedente tenía la revalorización y la asunción casi como un modelo de las estructuras orgánico-corporativas medievales de parte de los diferentes exponentes de la «revolución nacional», quienes habían también hablado de una «revolución corporativa» como fundamento de una «tercera vía», más allá del capitalismo degenerado y del marxismo) era la superación del clasismo y de lucha de clases **en lo interno** de cada empresa, en cuanto en cada una de ellas tenía que regir una solidaridad de los intereses y de las prestaciones de todos los elementos y se tenía que reafirmar el *Führerprinzip*, es decir la relación entre un jefe (*Führer*, el emprendedor) y su «séquito» (las maestrías de obreros, los empleados)

unidos por relaciones de mutua fidelidad. Para el allanamiento de eventuales disidencias y por aquello que podía afectar intereses también nacionales fueron nombrados «fiduciarios del trabajo» del partido, siendo también considerada la apelación ante un «tribunal de honor». Según los términos de la ley del 20 de enero de 1934 «en la empresa el empresario como jefe *(Führer)* de la misma, y los empleados y obreros como su séquito *(Gefolgschaft)* trabajarán en lo concreto para la consecución de los fines de la empresa y para la utilidad común de la nación y del Estado». Las disfunciones de una gran empresa no eran por lo demás consideradas como antes, en tanto una mera cuestión privada, sino que se veía en ello incluso una especie de responsabilidad política. La inclusión en el «Frente del Trabajo Alemán» de las diferentes empresas en tanto unidades autónomas no era, a nivel de principio, obligatoria; sin embargo ella no implicaba una reglamentación que se le sobreponía, como sucedía con el corporativismo fascista. Ya en el programa originario del partido había sido indicado como uno de sus objetivos la *Brechung der Zinsknechtschaft,* expresión que se podría traducir como la eliminación de la servidumbre ejercida por el puro capital con tasas de interés. En otros términos, si por un lado se respetaba al capitalista empresario, del cual se reforzaba su autoridad incluso con un crisma político-moral, se rechazaba por el otro al simple capitalista financiero «de tipo judaico», extraño al proceso productivo. También este comportamiento puede ser adscrito en lo positivo del nacionalsocialismo.

Por lo demás, en el mismo marco de las nuevas leyes en el Tercer Reich, la economía privada pudo desarrollarse con una gran libertad. Subsistieron los grandes complejos industriales, en los cuales fue reforzado y vivificado aquel sentido de solidaridad de los diferentes elementos que en gran parte ya anteriormente los había caracterizado, más allá del marxismo y del sindicalismo. No se procedió ni a estatizaciones, ni a nacionalizaciones ni a socializaciones; a tal respecto algunos artículos de carácter radical del programa del partido (arts. 13 y 14) fueron dejados a un lado. Aquí el principio de la «integración niveladora» halló límites saludables, de modo tal que hubo quien pudo hablar de coaliciones de Hitler con los «barones de la industria». En realidad, se trataba de un frente nacional en donde cada uno se encontraba en su lugar y tenía una fecunda y responsable libertad de iniciativa. En el Tercer Reich este sistema demostró su máxima eficacia, superó cualquier prueba hasta el final. En

cuanto a la desocupación, la misma no sólo desapareció rápidamente, sino que incluso se encontró en el marco de los deberes que el Estado asumía para la realización de sus planes de reconstrucción, de desarrollo y de grandeza nacional.

Por lo que respecta a la política comercial, en una cierta medida el Tercer Reich siguió también el principio de la autarquía para asegurarse el máximo grado de independencia económica. La norma de Schacht, hombre de la Derecha y prestigioso saneador de la economía alemana, fue que «no se debe adquirir de los países en donde las mercaderías son más económicas, sino de aquellos en donde las mismas puedan ser pagadas totalmente con las propias exportaciones».

Otro aspecto positivo del Tercer Reich se refiere a las medidas de defensa del campesino. A tal respecto es necesario sin embargo tener presente una cierta dignidad que el campesino centro-europeo había conservado y que lo diferenciaba de el de los países latino-meridionales, en los cuales el título de «campesino» es casi sinónimo de miserable. Se podía manifestar con orgullo: «pertenezco a una antigua familia de campesinos». Hitler siguió las ideas de R. Walter Darré, a quien convirtió en ministro de agricultura del Reich, en lo que se refería a la fórmula de «sangre y suelo». En un campesino fiel a su tierra se veía la fuente de las fuerzas más sanas de la sangre, de la raza, del *Volk;* a tal respecto Darré había escrito también un libro en donde, con referencia a las antiguas civilizaciones indoeuropeas («arias»), había buscado justificar tal idea (otro libro suyo más reciente —publicado en 1929— era titulado *Nueva nobleza basada en la sangre y en el suelo).* También sobre esto no faltaban en Alemania antecedentes. Se pueden recordar las ideas «antimodernas» de W. H. Riehl, que había visto en el campesino al único estrato social, además de la nobleza, «no desarraigado». Había sido además acuñada la consigna "libertad de la tierra respecto del dinero" que algunos grupos habían incluso tratado de traducir de manera utópica a través de la creación de «colonias» *(Siedelungen).* Por lo demás, la situación criticada había sido drásticamente esquematizada ya hacia el final del siglo pasado en la novela, sumamente leída, de W. von Polenz, titulada *Der Büttnerbauer,* en donde se describía la tragedia de un viejo campesino cuyo solar heredado, en razón de deudas que había sido obligado a contraer, había sido hipotecado y luego vendido por el prestamista (un Judío —se usaba allí una de las

tipificaciones tradicionales del mismo) a un grupo de especuladores que sobre el mismo construyen una fábrica. Ante tal espectáculo el viejo campesino se mata. Pero en el período de la república de Weimar en algunas regiones, como la de Schleswig-Holstein, había habido incluso movimientos de rebelión de campesinos en razón de los secuestros e hipotecas a los cuales estaban expuestos sus bienes como consecuencia, no sólo del endeudamiento, sino también de la presión fiscal.

Y bien, el Tercer Reich, aun siendo todo lo contrario de un adversario de la industria, se empeñó en prevenir enérgicamente «el desarraigo del campesino» (por ende, implícitamente, su éxodo urbano), en proteger la base natural de su existencia, es decir al propio fundo, no sólo contra cualquier expropiación y especulación económica, sino también contra cualquier fraccionamiento y endeudamiento. En el centro se puso el concepto del *Erbhoft,* es decir de un poder o fundo hereditario, no enajenable, a ser transmitido a un heredero, al más calificado (lo cual por otra parte ya correspondía a una costumbre secular): a ser conservado a través de las generaciones, en tanto «herencia de la estirpe en las manos de campesinos libres». El Estado estaba listo para ayudar cuando determinadas circunstancias hubiesen amenazado la existencia y la integridad de este *Erbhoft.* Expropiaciones y reparticiones de latifundios no fueron emprendidas sino en raros y manifiestos casos de incuria y de mala administración. Con muchas grandes propiedades fundiarias en vez se siguió el mismo principio conservador, ellas fueron protegidas bajo determinadas condiciones. En efecto, la base tradicional de los *Junker* era justamente la propiedad fundiaria, con un trasfondo aun casi feudal. El Tercer Reich extendía así, en una cierta manera, el principio que había introducido Federico el Grande, en 1748, de promulgar leyes que vedaban, además del crecimiento del Estado a expensas de los fundos de la nobleza, su alienación y comercialización, su pasaje a manos de cierto estrato burgués adinerado y especulativo. No es necesario decir que desde nuestro punto de vista estas iniciativas del Tercer Reich, de espíritu sanamente antimoderno y para nada «totalitario», deben ser juzgadas como entre las más positivas. El estado de cosas al cual en Italia las libertades democráticas han actualmente llevado al agricultor y a la campiña puede valer como contraprueba de ello, aun teniendo presente sin embargo aquí la inexistencia de una tradición.

IV- LA DOCTRINA RACISTA Y EL JUDAÍSMO

Después de lo dicho, pasaremos a un breve examen de aquello que en el Tercer Reich tuvo que ver con la raza, con la concepción del mundo y con el mismo problema judío.

Hemos ya hecho alusión al fondo racial presentado por el concepto de *Volk,* el que daba lugar a una especie de «nacionalismo étnico» o «de estirpe». Ya el parágrafo 4 del programa originario del partido nacionalsocialista alemán distinguía sobre una base biológico-racial al ciudadano verdadero *(Reichbürger)* del «perteneciente al Estado» *(Staaísangebóriger)* en los términos siguientes: «Debe ser considerado como ciudadano de pleno derecho sólo quien es compañero de estirpe *(Volksgenosse),* y tal es quien es de sangre alemana sin relación a confesión religiosa alguna». El concepto de «perteneciente al Estado» es en vez sólo jurídico; se refiere a todos aquellos que están ligados por una especie de pertenencia formal al Estado sólo por no ser extranjeros. Hitler había considerado como un escándalo el hecho de que por tanto tiempo no se hubiese tenido para nada en cuenta el concepto étnico-racial de la ciudadanía, que la adquisición de la ciudadanía pudiese «acontecer de una manera no distinta que la admisión en un circuito automovilístico»; que fuese suficiente «una pregunta para que, por la decisión de un funcionario, se hiciese aquello que ni siquiera en el Cielo se podría hacer: un renglón de lapicera, y un Zulú, un Mogol, se convierten en un puro Alemán». El nacimiento en territorio alemán podía definir la simple cualidad de «perteneciente al Estado»; por sí sola, no debía dar el derecho de cubrir cargos públicos o de ejercer una actividad Política. De acuerdo a las concepciones expuestas por Hitler en su *Mein Kampf,* para convertirse en «ciudadano», verdadero miembro del Reich, habría sido necesaria también una posterior convalidación, basada, además que sobre la raza, sobre la salud física y luego sobre una fidelidad solemnemente jurada y demostrada en la *Volksgemeinschaft* de la comunidad de la estirpe. Sólo entonces habría podido ser obtenido un «certificado de ciudadanía» el cual habría sido «como un lazo que une a todos los estratos y colma todos los abismos». Y

Hitler había llegado a afirmar que «el ser un barrendero en tal Reich significará un honor mayor que ser rey en un Estado extranjero». Con estas palabras y otras semejantes que señalaban un espíritu totalmente plebeyo, Hitler ofrecía todo lo que bastase para que cualquier Alemán que no hubiese nacido de una cruza con sangre «no aria» o judaica se inflamara la cabeza. Por lo demás en el punto 6 del programa originario del partido nazi se decía: «El derecho de decidir en la dirección del Estado puede ser reconocido sólo a los ciudadanos compañeros de estirpe. Por lo tanto solicitamos que cualquier oficina pública del Reich, en las provincias y en los distritos sea ocupado por un ciudadano del Reich».

Una vez conquistado el poder, se pasó a la realización de tal programa. Fueron pasados a retiro todos aquellos funcionarios a los cuales no se les podía aplicar la plena calificación de «compañero de estirpe» (siendo reclamado para ello no haber tenido entre sus ascendientes por tres generaciones sangre hebraica o de otra raza no-aria). La misma medida fue adoptada luego respecto de aquellos funcionarios que, aun siendo «arios», se hubiesen casado o se casasen con una perteneciente a raza no-aria. En el caso de un hecho cumplido, es decir de un funcionario, oficial, profesor, etc., que se hubiese casado con una mujer no-aria antes de la promulgación de tales leyes, se dejaba la alternativa de divorciarse o bien de perder el empleo. A pesar de ello se hicieron algunas excepciones respecto de combatientes o parientes de combatientes condecorados caídos en la primera guerra mundial. Otras excepciones podían ser consideradas por el ministerio del interior en acuerdo con una oficina especializada en relación con funcionarios empleados en el exterior, por lo cual se usaba un criterio esencialmente discrecional y pragmático. Otras excepciones podían ser dictadas por la razón de Estado: ellas contemplaban a quienes poseían grandes méritos ante el Reich, de allí la curiosa calificación de *Ehrenharier,* es decir «Arios honorarios», la cual sin embargo habría en rigor debido tener su contrario en la de *Ehrenjude,* es decir «Judío honorario», «Levantino honorario», etc., para aplicar a muchos que, si bien biológicamente eran «arios», demostraban serlo muy poco en el carácter, el comportamiento, el espíritu. Otras leyes extendieron análogas medidas aun más allá de la propiamente política y estatal, la cultural, profesional e incluso religiosa. A este último respecto, la «cláusula ariana» hizo nacer conflictos, sea con católicos que con protestantes, porque en

base a la misma los pastores y los otros religiosos de las dos Iglesias que hubiesen tenido entre sus ascendientes, hasta la tercera generación, sangre no-aria, no habrían podido ser autorizados en el Tercer Reich a ejercer sus funciones. Ello era naturalmente inaceptable desde el punto de vista cristiano, que es el de la esencial igualdad de todas las criaturas y del carácter supraracial del sacerdocio, establecido en el catolicismo a través de un sacramento. Quienes aceptaron la nueva disposición fueron sólo los denominados Cristiano-Alemanes en el campo protestante, los cuales votaron ciertas leyes y eligieron a ciertos obispos dependientes de un obispo central del Reich, es decir de Hitler. Dentro de la misma línea se había llegado a auspiciar la formación de una «Iglesia nacional alemana» (Rosenberg, Hauer, Bergmann, etc.).

La idea racial incidió de modo tal en la política que Hitler llegó a decir: «El Estado representa no un fin, sino un medio. El mismo es la premisa para la formación de una civilización humana superior, sin ser sin embargo el principio que crea tal civilización. Este principio o causa es únicamente la presencia de una raza apta para la civilización. Aun cuando se encontrasen sobre la tierra centenares de Estados-modelo, en el caso en que se extinguiese el hombre ario portador de civilización, no se tendría más ni siquiera una civilización a la altura espiritual de las naciones superiores de hoy... Debemos distinguir con el máximo rigor al Estado que es el recipiente, de la raza que es el «contenido». Aquel recipiente tiene un sentido sólo si es capaz de contener y proteger el contenido; de otra forma no tiene sentido». Como fin primario del Estado es pues puesta la «defensa de la raza». De aquí pues las denominadas «leyes para la defensa de la sangre y del honor alemán». Por un lado, prohibiendo matrimonios y aun concubinatos mixtos, bajo pena de padecer serias consecuencias, se quería proteger la sustancia racial del conjunto de los ciudadanos del Reich de eventuales cruzas alteradoras; luego eran consideradas medidas eugenésicas, a fin de impedir, aun entre los Alemanes «arios», una descendencia hereditaria defectuosa.

Es evidente el papel que en todo esto tenían el «mito» y la confusión del concepto de «raza» con el de nación (lo cual equivalía en el fondo a democratizar y degradar al primero): además no hubo preocupación por definir, aun en términos espirituales, el concepto de «arianidad». Implícitamente se le hacía pensar a cada Alemán que era él eminentemente

relevante y se crearon muchas ilusiones a raíz de una deformación mental "cientificista" cuando se pensó que bastase proceder a una profilaxis y erigir barreras contra cruzas e hibrideces, con además medidas eugenésicas, para que reapareciesen virtudes desaparecidas y resurgiese casi automáticamente el hombre creador de una civilización superior. Hoy existen poblaciones, como la noruega, sueca u holandesa, que presentan un alto grado de pureza racial e incluso «nórdica», pero que interiormente están en gran medida apagadas, están bastardeadas espiritualmente, privadas de las virtudes que las caracterizaron en otras épocas.

Un punto esencial que en el presente examen no puede ser dejado de un lado, pero tampoco profundizado adecuadamente, es el antijudaísmo del nacionalsocialismo y el juicio sobre el mismo. Para Hitler el Judío es el enemigo mortal de las razas arias, en particular del pueblo alemán; es el portador de una fuerza actuante en un sentido destructivo, subvertidor y contaminador en el seno de las civilizaciones y sociedades en las cuales por otro lado busca asegurarse poder e influencia. Se debe reconocer que en Hitler el antisemitismo tuvo el papel de una verdadera idea fija, de la cual, en este aspecto casi paranoico, no es posible esclarecer plenamente los orígenes y que tuvo consecuencias trágicas. En sus escritos y discursos Hitler atribuye siempre de nuevo al Judío la causa de todo mal. Seriamente él creía que el Judío fuese el único obstáculo para la realización de una sociedad nacional alemana ideal y de tal esquema él hizo un ingrediente esencial de su propaganda. Aparte del marxismo para él todo el bolchevismo habría sido una creación e instrumento de los judíos; lo mismo sucedería con la «plutocracia capitalista» occidental, igualmente con la masonería: todas tesis éstas que ya en aquel momento habría que habérseles reconocido su unilateralidad. Habría que preguntarse si en esta «fijación» Hitler no haya sido víctima de una de las tácticas de aquella que en otra parte hemos llamado la «guerra oculta»[1], táctica que consiste en hacer de modo que toda la atención se concentre sólo sobre un sector particular en donde actúan las fuerzas a combatir, distrayéndola así de las otras por lo que la acción de éstas puede continuar casi sin molestias. Con esto no queremos decir que un problema hebraico no exista; sobre ello nos detendremos un momento dentro de poco. Pero tal como Hitler lo profesó, teniendo como

[1] Véase J. Evola, *Los hombres y las ruinas*, cap. XIII, Ed. Heracles, Buenos Aires, 1994.

antecedente actitudes propias ya desde hacía tiempo del «Movimiento Alemán», el antisemitismo tuvo el carácter de un fanatismo obsesivo, fue señal de una falta de control interior y al mismo se debe a su vez a una falta de control que es difícil quitar al Tercer Reich. Que racismo y antisemitismo para muchos innumerables veces valgan hoy como sinónimos, también este error recaba su principal origen del hitlerismo.

La actitud de Hitler creó una especie de círculo vicioso diabólico. Al haber formulado en el primer programa del partido sus ideas sobre los judíos y la lucha en contra de éstos, ello no pudo no polarizar en contra de Alemania —cada vez más a medida que el nazismo iba ganando a todo el judaismo internacional, que por lo demás controlaba a gran parte de las grandes agencias de información. A su vez, esta polarización reforzó el feroz antisemitismo de Hitler proveyéndole una justificación, y así sucesivamente. En Alemania, aparte de los mencionados ambientes del «Movimiento Alemán», si bien no se tenía una simpatía por los Judíos y los mismos habían sido muchas veces excluidos de varias organizaciones, el pueblo en general no alimentaba hacia ellos una violenta aversión, como en vez fue el caso de Polonia y de la antigua Rusia (se sabe que estos países se distinguieron por persecuciones macizas y cruentas de judíos, con los *pogrom).* En el Tercer Reich nacionalsocialista en un primer momento el antisemitismo se redujo al boicot contra los Judíos, y la orientación pareció estar dirigida hacia una especie de *apartheid;* no siendo el Judío considerado como miembro de la *Volksgemeinschaft,* de la comunidad-nacional alemana, sino sólo como un ciudadano de raza no aria, casi como un extranjero huésped (para Hitler los Judíos no eran alemanes de otra confesión religiosa, sino un pueblo en sí mismo), se quería que viviese aparte, que tuviese su comercio, sus profesiones, sus escuelas, etc., separado de la sociedad aria, y que se le impidiese desarrollar una actividad reputada como parasitaria, materialista, acaparadora y oblicua. Se dejaba que aquellos Judíos a quienes no les gustase tal perspectiva abandonaran el Reich, pero sin llevarse consigo los bienes adquiridos. El hecho es sin embargo —cosa generalmente mantenida en reserva— que para la gran mayoría de las otras naciones ellos eran elementos indeseables y obtener una visa de entrada era muy difícil. Es conocida por ejemplo la tragedia de un barco repleto de Judíos alemanes exiliados que fue detenido en el límite de las aguas territoriales estadounidenses y que al final por

desesperación se terminó hundiendo, y la otra tragedia durante la guerra de una masa de Judíos húngaros o refugiados en Hungría que habrían podido huir de su trágica suerte si tras las tratativas propiciadas por los mismos mandos de la SS, el gobierno británico no se hubiese negado a acogerlos en Egipto. En general la solución general e ideal del problema de los Judíos era vista en liberarse de ellos asignándoles una tierra, por lo cual se habló de Madagascar. Se sabe por lo demás que el sucesivo Estado de Israel, al realizar el «sionismo», no ha cumplido para nada con esta función. Quien aun hoy sostiene el problema judío —a pesar de que las persecuciones padecidas por los Judíos los hayan «tabuizado»— reputa que los Judíos más peligrosos no piensan para nada en establecerse en el territorio palestino y en abandonar sus posiciónes en los países occidentales en donde han puesto sus raíces y en donde tienen muchas otras posibilidades y las manos libres.

En el Tercer Reich las verdaderas persecuciones tuvieron inicio con las represalias que fueron organizadas a consecuencia del asesinato en 1938 de un diplomático alemán de la embajada de París, von Rath, por obra de un Judío, con una finalidad propagandística. Aparte de las devastaciones y excesos, ello brindó la ocasión para la promulgación de duras leyes antihebraicas que tuvieron el efecto de contragolpe de agudizar más allá de todo límite la campaña en el exterior en contra del Tercer Reich agregando a la espiral un nuevo giro que en parte arrastró a la misma Italia fascista en tanto que amiga de Alemania porque, tal como se ha dicho, la campaña fue una de las causas que empujó a Mussolini a tomar, como reacción, medidas de un antisemitismo sumamente moderado. Pero la liquidación física de los Judíos debe ser referida esencialmente al período de la guerra y a los territorios ocupados, porque se calcula que en Alemania al inicio de las hostilidades no hubiesen permanecido más de 25.000 aproximadamente. Y para estos estragos, sólo en un segundo momento conocidos por la mayor parte del pueblo alemán, ninguna justificación o excusa puede ser aducida.

La cuestión hebraica presenta un aspecto social y un aspecto cultural. En el primer aspecto la misma no ha surgido sino en un período relativamente reciente, después de la Revolución Francesa y de la emancipación de los Judíos. Antes se podía hablar sobre todo de un antisemitismo religioso el cual no tenía nada que ver con el social y racial (para los

racistas modernos un Judío convertido al cristianismo permanece judío y debe ser tratado como tal). Así pues, para una orientación desde el punto de vista de la verdadera Derecha no nos podemos referir a la actitud de aquellos anteriores Estados en los cuales en el primer plano se hallaba la lealtad y no el origen étnico. La misma Prusia fue bastante liberal en lo relativo a los Judíos. En Inglaterra han figurado Judíos entre los conservadores y a un Judío, Disraeli, se le debe en parte la creación del Imperio británico. Aun en el Imperio de los Habsburgo el Judío, si bien no gozando de simpatías, desde el punto de vista de los hechos tuvo bastante espacio libre. La tesis del antisemitismo nacionalsocialista es que el Judío emancipado se habría aprovechado del espacio libre que se le acordara para avanzar más allá de la medida en las sociedades correspondientes. El antisemitismo se definió como una reacción provocada por el hecho de que los Judíos, en estrecha solidaridad, en varios países han logrado asegurarse una preeminencia con posiciones en la vida económica, profesional y cultural según cuotas que no estaban en ninguna relación con la proporción numérica del grupo hebraico con respecto al conjunto de la población «aria» de las diferentes naciones. En Alemania por ejemplo, en ciudades como Berlín, Frankfurt y Bratislavia, el porcentaje de abogados y médicos judíos parece que alcanzase el 50%, en la universidad de Berlín en jurisprudencia la proporción de los docentes era de 15 Judíos contra 29, en medicina de 118 contra 147. También en otra partes, por ejemplo en Viena y en Bucarest, las cosas se hallaban de manera no muy diferente. Fuertes porcentajes y gran influencia tenían además los Judíos en el campo del periodismo y de las editoriales. En fin, la presencia de muchos elementos hebraicos entre los dirigentes del marxismo y del comunismo alemán era innegable. Por lo demás, ya Metternich había notado cómo los Judíos ocupasen posiciones de relieve y fuesen «revolucionarios de primer orden» como «escritores, filósofos, poetas, oradores, publicistas y banqueros», agregando que probablemente habrían preparado un mañana nefasto para Alemania. Desde el punto de vista del liberalismo democrático, contra todo ello no había nada que objetar y cualquier límite, por ejemplo el principio de un *numerus clausus* proporcional, aparecía absurdo e injusto. El surgimiento del problema hebraico se ligaba (y se liga) al punto de vista, justamente, de un «nacionalismo étnico» y al presupuesto de que el Judío sea un elemento extraño a un determinado linaje nacional. Sin

embargo, de manera más general se pondría aquí el problema de la postura a tomar ante el llamado «integracionismo» en el caso, no tanto de los Judíos, cuanto de elementos decididamente heterogéneos, como por ejemplo el del negro. Y entonces, objetivamente hay que preguntarse si, en el presupuesto de que una población no tenga simpatía por una determinada raza a raíz de sus aspectos específicamente físicos y caracterológicos, a ella, con el «integracionismo», en homenaje a la «libertad» democrática, tenga que serle impuesta la promiscuidad. Es lo que hoy nos tendríamos que preguntar en los Estados Unidos.

Pero aparte de la simple instancia antisemita en contra de la intromisión judaica y las correspondientes reacciones, muchas veces instintivas, de la población, de querer ser imparciales, además de las proporciones numéricas, reputadas injustas y suplantadoras, en puntos clave, como hemos relevado en la primera parte de este libro, habría que demostrar que el ser judíos da una particular e indeseable marca a cada actividad. En algunos campos profesionales, como por ejemplo la medicina y las ciencias naturales, ello sería difícil de probar. En general en todos los tiempos la judeidad como modo de ser, comportamiento y particular forma caracterológica, ha sido siempre reconocida, y jamás el caracterizar a alguien como Judío ha valido como una alabanza. En un nivel más elevado, el antisemitismo tiene en vista influencias juzgadas negativas en el campo cultural, ético, y político cultural —tan sólo para dar dos nombres, pueden mencionarse a Carlos Marx y a Sigmund Freud— y es sobre este plano que la polémica es planteada. Entonces sería sobre todo necesario definir lo judaico en los términos generales y espirituales (tal como un Judío genial, Otto Weiniger, lo había muy justamente hecho), poniendo de relieve ciertos aspectos característicos que, por lo demás, ellos solos deberían entrar en primera línea para indicar aquello de lo cual nos debemos propiamente defender y de lo que hay que alejarse. Una búsqueda de tal tipo podría también ser intentada: en otra obra hemos indicado sus elementos [2]. Si un antisemita de orientación conservadora del período guillermista, como Adolfo Stocker, tuvo ocasión de afirmar en el *Reichstag* que el problema judaico era un «problema ético», él, en el fondo, indicaba un no diferente punto de referencia para formular adecuadamente el

[2] Véase J. Evola. *El mito de la sangre,* cap. IV, Milán, 1942.

problema. Por otro lado, un escritor muy cotizado en los ambientes «nacionales» alemanes, Paul de Lagarde, había distinguido al Judío fiel a su propia tradición, al cual bajo ciertos aspectos había que tributarle respeto, del Judío secularizado moderno. En realidad, cuando eran aducidos motivos éticos, es a este último a quien se tenía en vista. Se le atribuía una visión materialista de la vida y una praxis correspondiente, la avidez por el dinero, la inclinación por una especulación carente de escrúpulos (un serio, insigne sociólogo libre de ideologías, como Werner Sombart, había ya indicado las relaciones existentes entre el espíritu judaico y el desarrollo del capitalismo moderno), el racionalismo y el «modernismo» en su aspecto corrosivo antitradicional, la deshonestidad de una doble moral en relación con los no judíos, en fin todo lo que podía derivar, aun sin una intención consciente, de su condición de hombre «desarraigado» (por ende relaciones también con un cosmopolitismo y un internacionalismo reputados letales para el *Volk* y para sus valores), eventualmente la sed de poder (como"compensación" respecto del complejo de inferioridad creado en él por la condición vil impuesta a través de los siglos al «pueblo elegido»).

En modo más general, el racismo nacionalsocialista en su campaña cultural usó continuamente los términos *arteigen* (o *artgemass) y artfremd,* es decir conforme o extraño a la naturaleza propia (del *Volk).* Pero a tal respecto faltó una determinación precisa y convincente, por lo demás no fácil. De hecho, ya todo un conjunto de aspectos de la civilización y de la cultura moderna es intrínsecamente deletéreo para cualquier valor y forma diferenciada. Hay también que tener presente que, si se puede indicar la presencia de Judíos en varias corrientes intelectuales, ideológicas y artísticas modernas que implican incontestablemente una subversión y desnaturalización, esta acción nunca hubiese sido posible si el terreno no hubiese sido preparado desde hace tiempo no por Judíos, sino por «Arianos», muchas veces en términos irreversibles [3].

[3] Véase J. Evola, *Rebelión contra el mundo moderno,* Ed. Heracles, Buenos Aires,

V- "REVOLUCIÓN CULTURAL" Y RELIGIÓN

Debe sin embargo adscribirse como un mérito del nacionalsocialismo el haber sentido por lo menos la exigencia de una «lucha por la concepción del mundo». Para el mismo Hitler la concepción del mundo era un factor de primaria importancia, que se ubicaba por encima de las ideología y de las fórmulas partidistas. La revolución debía ser extendida al campo de la concepción del mundo, de la *Weltanschaung*. Aparte de ello, no se podía evitar hacer frente también a problemas más vastos. Dado el uso del término «ario» y dada la importancia atribuida al elemento nórdico, entraba en juego una consideración de aquella que se podía definir más en general y en manera seria como concepción aria o nórdico-aria de la vida, con referencia al plano ético, espiritual y religioso. En realidad sólo así se hubiera podido dar un contenido concreto y positivo a las simples consignas de la campaña racial y tener la base fundamental para aquella acción formativa en la cual, aparte de las extravagancias del racismo puramente biológico, ya al hablar del fascismo hemos reconocido el aspecto más válido de esta orientación. Aun si, tal como se ha dicho varias veces, en el Tercer Reich todo esto permaneció en gran medida en el estado de una exigencia, mientras que no faltaron confusiones y desviaciones, el nacionalsocialismo como «revolución cultural» tuvo el coraje de plantear problemas en un dominio de los cuales se estuvo lejos en la Italia fascista. Se recuerde por ejemplo lo que hemos notado en lo relativo a la falta de una clarificación y profundización del contendido de la verdadera romanidad como concepción del mundo.

Para una cierta comparación hay que resaltar sobre todo la toma de posición del nacionalsocialismo ante el problema religioso. El nacional-socialismo combatía todo ateísmo; el ateísmo y la concepción materialista de la vida eran aspectos del marxismo y del comunismo puestos bien en relieve en la lucha contra estas ideologías subvertidoras, por tal razón,desde un primer momento muchos cristianos y católicos vieron en el nacional-socialismo un aliado. En la misma fórmula del juramento de la SS se invoca a Dios y Himmler pudo decir que «quien no cree en Dios es

presumido, megalómano y estúpido; no vale para nosotros» (para laSS — *ist überheblich, grössenwahnsinnig und dumm; er ist für uns nichtgeeignet).* Pero tenía que venir el momento del cristianismo. Oficialmente había sido declarado: «El partido defiende el punto de vista de un cristianismo positivo». Sin embargo cuál fuese el cristianismo positivo y el negativo nunca fue puesto oficialmente en claro. Se formulaba además el problema de la medida en la cual el cristianismo podía decirse «ario» y podía no ser afectado por la polémica antisemita. Por parte de algunos una salida fue encontrada en la «arianización» del cristianismo excluyendo al Antiguo Testamento como una cuestión puramente hebraica con la «purificación» también del Nuevo de las «escorias semíticas» y de la teología del «judío» Pablo (mientras que muchas veces era atribuido un carácter ario y elevado al Evangelio de Juan). Naturalmente éstas eran escapatorias y sofisticaciones. Desde la parte cristiana ellas podían ser aceptadas, mientras que desde la de los ideólogos «nacionales» radicales (Rosenberg, Hauer, Reventlow, el ambiente de los Ludendorff) se veía en ello un compromiso y se afirmó sin más la incompatibilidad del cristianismo con una auténtica concepción aria, nórdica o alemana de la vida, con una «fe germánica». A tal respecto, se tuvo también el esbozo de un «Movimiento de la Fe Alemana», la *Deutsche Glaubens-bewegung.*

En cuanto al mismo Hitler, en sus escritos y en sus discursos no se encuentran contribuciones válidas para la problemática de la concepción del mundo en un sentido superior. Es ya significativa su infatuación wagneriana —para él, como para Chamberlain, Ricardo Wagner valía como el «profeta del germanismo»— y su incapacidad de reconocer la medida en la cual, aparte de la grandeza de su arte romántica, a Wagner hay que atribuirle la distorsión de no pocas tradiciones y sagas germánicas y nórdicas. Si en sus escritos y discursos Hitler muchas veces nombra a Dios y a la Providencia, de la cual él se consideraba el señalado y el ejecutor, no se entiende qué cosa podría ser esta Providencia si él por un lado, siguiéndolo a Darwin mucho más que a Nietzsche, como ley suprema de la vida reconocía el derecho del más fuerte, por el otro excluía como superstición cualquier intervención u orden sobrenatural y se daba a una exaltación de la ciencia moderna y de las "leyes eternas de la naturaleza". Tal actitud fue por igual propia del principal ideólogo del movimiento, Alfred Rosenberg, el cual había llegado a ver en la ciencia moderna «una

creación de puro espíritu ario», sin tener en cuenta que, si a ella se le deben las conquistas técnicas, también se le deben las devastaciones espirituales más deletéreas e irreversibles de la época moderna, la desacralización del universo. Y si en Hitler se insinuó una incomprensión erradamente iluminista y racionalista por aspectos esenciales de la religión, la que paradojalmente iba acompañada de la mística de la sangre, en Rosenberg en cambio ésta fue explícita; los ritos, los sacramentos eran para él supersticiones, creaciones del espíritu no-ario.

Puede entenderse en cuáles subsuelos la lucha por la concepción del mundo se empantanó al tomar direcciones de tal tipo. El límite principal a tal respecto fue el de un «naturalismo» que negaba toda verdadera trascendencia. Baste pensar que se condenó como de espíritu no ario, sino «levantino», a la distinción entre alma y cuerpo, presumiendo el racismo una inescindible y sustancial unidad de ambos. De allí se extrajo la lógica consecuencia de negar la inmortalidad verdadera y concebir sólo una «inmortalidad en la estirpe». Aquí se ve cómo las consignas de cierta propaganda racial hiciesen violencia con lo que claramente resulta de cualquier serio examen de las tradiciones de las civilizaciones «arias» (indoeuropeas), porque en éstas la trascendencia fue reconocida y muchas veces actuó como punto de referencia para virtudes éticas a las cuales tales ideólogos nacionalsocialistas dieron un valor puramente humano y en el fondo naturalista (véanse por ejemplo las perspectivas opacas del denominado «heroísmo trágico») En estas confusiones, un papel importante lo cumplieron también ideas del peor Nietzsche: así pues en lo relativo al prejuicio antiascético (allí donde no se tratase de una ascesis «inmanente», es decir de autodisciplina, se concebía que afuera de ésta no existiese sino una ascesis «masoquista» de base mortificatoria). Bastará citar la ridiculez que llegó a formular un estudioso, en otros aspectos de indiscutible calificación, H. F. K. Giinther, en lo relativo al budismo: según él, cuando los Indoeuropeos (Arios) conquistaron la India, condiciones ambientales y sobre todo climáticas hicieron que sus energías, originariamente dirigidas hacia la afirmación de la vida, invirtieran su polaridad y fueron empleadas para negar la vida, "que es dolor", a través de la ascesis.

Una exigencia positiva en algunos ambientes nacionalsocialistas o cercanos al movimiento, habría podido ser el estudio de los orígenes y el retorno a los mismos. Se trataba en el caso en cuestión de los orígenes

germánicos y nórdicos. Pero la mentalidad y los prejuicios señalados obstaculizaron nuevamente la concreción de algo positivo en tal dominio en el cual anteriormente algunos apóstoles del germanismo se habían aventurado. Mencionaremos alguna iniciativa al hablar de la SS. Pero en el marco del partido se fue muy poco más allá de la exhumación de algunas antiguas costumbres de carácter folclorista. Entre las manifestaciones de masa sin embargo presentó un cierto carácter de espectacularidad, por ejemplo, la ascensión ritual del fuego y el movimiento de una cruz gamada formada por escuadrones de hombres con antorchas en el Estadio de Berlín el día del solsticio del verano. Fueron también vueltos a exhumar antiguos símbolos germánicos, las «runas», usadas para distinguir a algunas organizaciones (la misma SS). Pero en el campo de los símbolos —campo que posee importantes relaciones con la concepción tradicional del mundo— la mencionada incomprensión de la dimensión de la trascendencia constituía un insuperable *handicap;* siendo aun ignorado el mismo aspecto «mágico» de las runas. Por otra parte, en este campo, es decir en lo que se refiere a la justa comprensión y utilización de los símbolos de los orígenes, hay que preguntarse si, a partir de Hitler, se tuviese un verdadero entendimiento del mismo símbolo central del nacionalsocialismo, es decir la cruz gamada, la *esvástica.* Según las palabras de Hitler, la misma valió como símbolo de la «misión de combatir por la victoria del hombre ario, por el triunfo de la idea del trabajo creador *(sic),* el cual ha sido y será siempre antisemita». Asunción ésta verdaderamente primitiva y «profana» pues no se ve en los orígenes arios qué es lo que la *esvástica* pudiese tener que ver con el «trabajo creador» (!) y con el judaísmo. Agregúese que este símbolo no figura sólo en las áreas de la cultura aria y, en segundo lugar, que no ha sido esclarecido el hecho de por qué la cruz gamada como insignia nacionalsocialista fuese invertida, es decir marcase un sentido de rotación opuesto al que había sido prevaleciente en su uso, con un significado solar y «polar». Se puede excluir que al elegir se supiese lo que es señalado por algunos, es decir que el movimiento invertido se refiriese a los valores del signo como símbolo de la potencia, mientras que el movimiento en el sentido normal tendría relación con la «sabiduría»: a Hitler y a los que le estuvieron cerca en el momento en el cual la cruz gamada fue asumida como emblema del partido, le faltaban totalmente nociones de este tipo[1].

Si el *Mein Kampf* de Hitler valió como la biblia político-ideológica

del nacionalsocialismo, como la obra principal en materia de concepción del mundo y de interpretación de la historia en el Tercer Reich se consideró al *Mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg. Al mismo se remitió bajo más de un aspecto para el adoctrinamiento de las nuevas generaciones. Se trata esencialmente de un libro de compilación, al cual sin embargo no se le pueden negar ciertas cualidades de síntesis y algunas interpretaciones válidas; por lo demás son utilizadas las investigaciones de H. Wirth sobre la prehistoria nórdico-atlántica y de J. J. Bachofen sobre la morfología de las civilizaciones antiguas. Pero aun prescindiendo de las incomprensiones ya mencionadas y de un anticatolicismo de base sumamente iluminista, no pocos aspectos chapuceados del libro ofrecían armas a los adversarios, empeorando la situación a medida que, más allá de los horizontes de la alta antigüedad, Rosenberg se acerca a los tiempos modernos, porque se hace siempre más precisa la instrumentalización del conjunto en un sentido unilateralmente alemán y político. De cualquier forma el *Mito del siglo XX* valió como la obra principal que, si bien no en términos abiertamente oficiales, en el Tercer Reich hitleriano fue propuesta para la lucha por la concepción del mundo [2]. Las diferentes reservas críticas que hemos tenido que hacer aquí no impiden reconocer que en este dominio en el Tercer Reich algo se movía, nuevos horizontes eran buscados valerosamente;

[1] Debe reputarse como una fantasía lo que alguien ha sostenido, dentro de ámbito de una interpretación «demoníaca» del hitlerismo, es decir, que el movimiento invertido de la cruz gamada fuese una señal involuntaria pero clara de su carácter demoníaco. De la misma manera es una pura divagación —lo podemos afirmar con conocimiento de causa— lo que tras la guerra alguien ha afirmado acerca de un subsuelo «oculto» iniciático o contra iniciático del nacionalsocialismo. Ya en 1918 había sido creada una pequeña agrupación, la *Thule Bund,* que había elegido como símbolos la cruz gamada y el disco radiante solar; pero, además de su germanismo, su nivel espiritual era similar al del teosofismo anglosajón. Hubo también otros grupos o autores, por ejemplo Guido von Liszt y Lanz von Liebenfels (éste creó también una Orden) que anticiparon las ideas de Hitler y usaron la cruz gamada; pero todo esto sin una raíz, sin conexiones con una verdadera tradición, con mezcla de divagaciones personales de todo tipo.

[2] Un libro con pretensiones menores pero con diferentes visiones válidas también en razón de una superior concepción del Estado emanada de Hegel, el «filósofo del Prusianismo», el de C. Steding, *Das Reich und die Krankheit der europäischen Kultur* (Hamburgo, 1938), no fue para nada utilizado, es más, en parte fue voluntariamente ignorado por los ambientes oficiales culturales del Nacionalsocialismo.

pero sucedía que a las varias corrientes le faltaban puntos de referencia adecuados, o bien existían prejuicios y distorsiones que bloqueaban la partida. No se puede decir si una situación diferente habría acontecido si el Tercer Reich hubiese tenido una vida más larga y tranquila, por obra de elementos en mayor medida calificados y no sometidos a las consignas de uso corriente, en especial los primitivamente germano-racistas. En cuanto a la acusación de «paganismo» dirigida hacia algunas tendencias en tal campo, desde nuestro punto de vista hay que decir que, a nivel de los principios, una cierta puesta en discusión de algunos aspectos de la concepción cristiana y católica de lo sagrado, de su concepción de la vida y de su moral, no era rechazable; bajo ciertas condiciones la misma hubiera podido ser incluso legítima y fecunda. Pero para no perder el nivel la contestación de la validez exclusiva del cristianismo habría tenido que dar cabida como correlato al reconocimiento de los contenidos de sacralidad y de trascendencia presentes en aquello que es herencia no cristiana y precristiana. De otra forma existía el peligro de que la concepción no cristiana de la vida que se quería redescubrir y retomar fuese «pagana» justamente en aquel sentido inferior que la apologética cristiana había atribuido arteramente a todo lo que no era cristiano para tener manera de exaltar a la nueva fe. Aquello que en uno u otro ambiente era dado como «religión» o «fe germánica» tenía un evidente fondo naturalista y panteísta que lo situaba en un nivel espiritual sumamente bajo.

VI- EL ESTADO Y LA ORDEN

Pasemos a considerar ahora algunas iniciativas del Tercer Reich que desde nuestro punto de vista no se encuentran privadas de interés y en las cuales han actuado influencias e instancias ligadas en parte a ideas de la misma «revolución conservadora». Se trata de todo lo que, más allá de las fórmulas colectivistas de la *Volksgemeinschaft,* de la colectividad nacional-racial, y del «Estado del *Führer*» de base totalitaria, populista y dictatorial, tenía relación con el concepto, o ideal, de un *Ordensstaat,* es decir de un Estado regido por una Orden (en tácita y parcial oposición a la fórmula del Estado-partido).

En ello era retomada en una cierta manera la tradición de los orígenes prusianos. Se sabe, en efecto que la célula primera del prusianismo fue una Orden, la Orden de los Caballeros Teutónicos, los cuales en 1226 fueron llamados por el duque polaco Conrado de Masovia para defender las fronteras del Este. Los territorios conquistados y los dados en feudo constituyeron un Estado regido por aquella Orden, protegido por la Santa Sede, de la cual el mismo disciplinadamente dependía y por el Sacro Romano Imperio, que comprendía Prusia, Brandenburgo y Pomerania, estando a partir de 1415 bajo la casa de los Hohenzollern. En 1525 con la Reforma del Estado de la Orden, ésta se «secularizó», es decir se emancipó de Roma. Si de este modo vino a menos el vínculo propiamente confesional de la Orden, la misma conservó su fondo ético-ascético guerrero, y es a tal respecto que la tradición se perpetuó dando forma al Estado prusiano en sus aspectos más característicos. Paralelamente a la constitución de Prusia como un reino en 1701 se creó la Orden del Águila Negra, vinculada con la nobleza hereditaria, la que tenía por divisa también la misma de sus orígenes y del principio clásico de la justicia: *Suum cuique.* No se encuentra privado de interés el hecho del valor particular que en la formación «prusiana» del carácter, en especial en lo que se refería al cuerpo de los oficiales, se hiciese explícita referencia a una asunción viril del mismo estoicismo para el dominio de sí, la disciplina, la firmeza de ánimo y un estilo sobrio e íntegro de la vida. Así pues, por ejemplo, en el *Corpus Iuris Militaris* introducido en las academias del siglo XVIII se recomendaba a

los oficiales el estudio de las obras de Séneca, Marco Aurelio, Cicerón y Epicteto; en especial Marco Aurelio fue una lectura preferida de Federico el Grande. Correlativamente, una cierta antipatía era alimentada hacia el intelectualismo y el mundo de las letras (a tal respecto debe recordarse la actitud sarcástica y drástica de Federico Guillermo I, el «rey de los soldados», quien quería hacer de Berlín una «Esparta nórdica»)[1]. El lealismo («libertad en la obediencia») y el principio del servicio y del honor caracterizaban a la clase superior política que regía el Estado prusiano, ya «Estado de la Orden», y le daban forma y fuerza.

Quizás es aquí la circunstancia para indicar la influencia que en un período más reciente ejerció en algunos ambientes el denominado *Bundesgedanke,* la concepción o ideal del *Bund,* conduciendo hacia esbozos de formas organizativas. *Bund* significa en general liga o asociación; pero en el caso específico la expresión tenía un contenido afín al de una Orden y no se encontraba privado de relación con aquello que en algunas búsquedas etnológicas-sociológicas había sido llamado *Mannerbund,* es decir la «sociedad de hombres». Se pensaba en una *élite* definida por una solidaridad exclusivamente viril y por una especie de crisma propio. En Alemania antes también del desarrollo del nacionalsocialismo surgieron pues diferentes *Bund* y, aun de modestas proporciones, con coloridos varios y de carácter casi siempre exclusivista; en los casos en los cuales el campo

1 Por asociación de ideas se puede mencionar una cierta aversión hacia el tipo del «intelectual» rastreable en parte también en el fascismo italiano, pero en grado aun más alto en el nacionalsocialismo; en efecto, el fascismo italiano tuvo respeto por los intelectuales y los hombres de clara fama de la cultura y ambicionó que los mismos dieran muestra de adhesión formal al régimen sin preocuparse demasiado de su mentalidad efectiva, mientras que en el nacionalsocialismo se tuvieron muy pocos reparos con ellos y se dejó que, si lo querían, se fueran al exterior, sin preocuparse por su nombre (a GÖBBELS se le atribuyen incluso estas palabras: «Cuando escucho hablar de intelectuales, tengo ganas de agarrar una pistola»). Sin embargo hay que tener presente el rol que tenía en Alemania una pesada *Kultur,* erudita y agnóstica, y también una línea de intelectuales de extracción burguesa y de formación humanista-liberal. Refractarios a cualquier mística del Estado y de la autoridad, los mismos tenían como dogma la antítesis entre cultura y espíritu por un lado, poder político y virtudes militares por el otro. Pero sin embargo desde el punto de vista de una Derecha aristocrática es legítima una cierta distancia respecto de aquellos «intelectuales» y «hombres de cultura» que, tras el advenimiento de la burguesía y la crisis de los antiguos regímenes, han presumido ser los verdaderos representantes de los valores espirituales.

de sus intereses interfería con el político, se propugnaba un régimen de *élite* opuesto a los regímenes de masa.

Recordados estos antecedentes, la idea que podía actuar como correctivo del hitlerismo era que el Estado debía ser regido, más que un por un partido único, por alguna cosa similar a una «Orden», que pues en el Tercer Reich una tarea fundamental fuese la creación de cuadros adecuados por medio de la formación sistemática de una *élite* a ser concebida como la «portadora» principal de la idea del nuevo Estado y de la correspondiente concepción del mundo. Sólo que, a diferencia en parte de la anterior antigua tradición, aquí, además de las cualidades caracterológicas, eran considerados requisitos físicos y se hizo valer el factor «raza», con una especial referencia al tipo «nórdico». Dos fueron las principales iniciativas en tal sentido tomadas en el Tercer Reich.

La primera fue la constitución por obra del partido de tres *Ordensburgen,* es decir de tres «Castillos de la Orden». Se trataba de complejos con edificios de una arquitectura que quería inspirarse en el antiguo estilo nórdico-germánico, con vastos terrenos anexos, con bosques, praderas y lagunas, en donde, en base a una precedente selección, eran acogidos jóvenes para una formación militar, física, moral e intelectual y en materia de «concepción del mundo», dándose un lugar especial a todo lo que es coraje y resolución, aun con pruebas sumamente riesgosas. Por lo demás en los Castillos a veces eran usados procedimientos judiciales con los aspirantes, o *Junker,* quienes seguían su desarrollo como público; se elegían procesos en donde el honor y otros valores éticos jugaban un rol importante, para probar en sucesivas discusiones la sensibilidad moral y las facultades naturales de juicio de los jóvenes. Las *Ordensburgen* eran supervisadas por Rosenberg; por lo tanto sus ideas servían de base principal para el adoctrinamiento, lo cual, dadas las reservas hechas por nosotros respecto de las mismas, introducía en el conjunto un factor problemático. Los jóvenes salidos de estos institutos en donde conducían una vida de «sociedad sólo de hombres», casi aislada de los demás, habrían estado en posesión de un título particular preferencial para cubrir cargos políticos y obtener puestos de responsabilidad en el Tercer Reich o, para decirlo mejor, en aquello que habría tenido que convertirse el Tercer Reich.

Una importancia en gran medida superior la tuvo, sin embargo, la SS. Como consecuencia de la propaganda de postguerra, no apenas se habla

de la SS la mayoría piensa sólo en la *Gestapo,* en los campos de concentración, en el papel que ciertas formaciones de las mismas tuvieron en represiones y represalias durante la guerra. Todo esto es una simplificación bastante grosera y tendenciosa. Al no tener que ocuparnos de las contingencias, no entraremos en tal campo. En éste, como en cualquier otro caso, nos interesan únicamente los principios, las ideas directrices a considerar independientemente de aquello a lo cual ciertas aplicaciones propias puedan haber dado lugar. Así pues es oportuno poner en claro algunos aspectos de la SS generalmente ignorados (y hechos ignorar *ex profeso).*

En su origen SS eran las iniciales de *Saal Schutz,* designación de una especie de guardia de cuerpo que Hitler en el primer período tenía a disposición para su protección y para un servicio de orden en los locales de los comicios. No era entonces sino un grupo pequeño. En forma sucesiva las dos SS fueron en vez referidas a *Schutz-Staffeln* (literalmente: pelotones de protección) y ordenadas en dos líneas zig-zag las cuales reproducían un antiguo signo nórdico-germánico, las «runas de la victoria» y también de la «fuerza-relámpago». Se llegó a la formación de un verdadero y propio cuerpo de protección, sea del Estado —el llamado «Cuerpo Negro», diferente de los Camisas-Pardas, o SA. De tal cuerpo Hitler y Göring se sirvieron en la represión del 30 de junio de 1934 que, tal como se ha dicho, tuvo sobre todo el significado del descabezamiento de las intenciones de una «segunda revolución», radical, en lo interno del partido. En razón del papel que tuvo en tal acción, le fue dado a la SS un *status* y poderes particulares; ella fue considerada como «la guardia de la revolución nacionalsocialista».

El verdadero organizador de la SS fue Heinrich Himmler quien fue nombrado *Reichsführer SS,* es decir *Führer* del Reich para la SS. Himmler era de origen bávaro y de educación católica. De estudiante de ciencias agrarias en 1919 había formado parte de los cuerpos de voluntarios que combatieron contra el comunismo. Había tenido también tendencias filomonárquicas y conservadoras de Derecha, que le vinieron del padre quien había sido el instructor del príncipe hereditario, Enrique de Baviera. Sobre él ejerció sin embargo una influencia particular el ideal de una Orden, apuntando la dirección hacia la antigua Orden de los Caballeros Teutones de la que habláramos anteriormente. Él habría querido hacer de

la SS un cuerpo que cumpliese en una forma nueva la misma función de núcleo central del Estado que, en su actitud de lealtad, había tenido la nobleza. Para la formación del hombre de la SS consideró una mezcla entre espíritu espartano y disciplina prusiana. Pero tuvo en vista también la orden de los Jesuitas (Hitler solía llamar graciosamente a Himmler su «Ignacio de Loyola») en lo que se refería a una cierta despersonalización llevada a veces casi hasta lo inhumano. Así por ejemplo, a quien quería formar parte de la SS desde el comienzo se decía que en su fidelidad y absoluta obediencia tenía que estar listo, si fuese necesario, a no ahorrar ni siquiera a sus propios hermanos, que para un SS no existen excusas, que la palabra dada es algo absoluto. Para citar un ejemplo extraído de un discurso de Himmler, a un SS se le podía pedir abstenerse de fumar y si no prometía hacerlo, era rechazado, pero si lo prometía y como SS era sorprendido fumando «no le quedaba sino la pistola», es decir el suicidio. Pruebas de intrepidez física eran consideradas en los repartos militarizados, por ejemplo el permanecer en calma durante el firme esperando el estallido de una bomba puesta sobre el mismo casco de acero.

Pero un aspecto particular era la cláusula racial. Además de la sangre «aria» (ascendientes arios probados desde 1750) y una constitución física sana, se daba gran importancia al tipo de raza nórdico de alta estatura. Además Himmler habría querido que la SS fuese un *Sippenorden,* es decir una Orden que, a diferencia de aquellos caballeros antiguos, en el futuro *habría tenido que corresponder a una estirpe, una sangre, una línea* hereditaria *(Sippe).* Por lo tanto la libertad de las elecciones conyugales del hombre de la SS estaba notablemente limitada. No podía casarse con una muchacha cualquiera (por no decir muchachas de otras razas). Era necesaria la aprobación de parte de una especial oficina racial. Si no se aceptaba su juicio, no había más remedio que salir del cuerpo; pero, ya en la admisión al mismo (tras un período de prueba), le era hecha presente tal cláusula al aspirante. Con esto se reafirmaba el biologismo racista, no desunido de una cierta banalización del ideal femenino, dándosele un particular relieve al aspecto «madre» de la mujer.

Mientras que Hitler alimentaba una aversión hacia los descendientes de las antiguas casas reinantes de Alemania, Himmler tenía en cambio una debilidad por ellos y retuvo que la SS fuese, en el Tercer Reich, aquel cuerpo cuya pertenencia conviniese con ciertos principios. En efecto varios

exponentes de la nobleza hicieron parte del mismo. El príncipe Waldeck Pyrmont se había enrolado desde 1929, entre la alta nobleza en 1933 se enrolaron entre otros los príncipes Mecklenburg, Hohenzollern Sigmaringen, Lippe-Biesterfeld, etc. El príncipe Felipe de Asia había sido amigo personal de Himmler. El acercamiento de esta importante organización del Tercer Reich con la nobleza alemana en los últimos tiempos se expresó también en las relaciones cordiales mantenidas con el *Herrenklub* de Berlín (el «Club de los Señores») y en el hecho de que Himmler sostuvo un discurso en la *Deutsche Adelsgenossenschaft* (la Corporación de la Nobleza alemana). Más reservadas fueron las relaciones con el ejército, la *Reichswehr,* no tanto por divergencias de orientación como por razones de prestigio, cuando en la SS fueron creados también repartos armados militarizados y, por último, verdaderas y propias divisiones que debían tomar el nombre de *Waffen-SS.* De cualquier modo fue Paul Hausser, quien había abandonado el ejército como teniente general por militar entre las filas de la «revolución conservadora» y del *Stahlhelm* de Seldte, quien reorganizó en 1935 la academia de la SS y luego quien ejerció la superintendencia en la escuela para cadetes de la SS en el Welfenschloss de Braunschweig.

Al desarrollarse, la SS tuvo articulaciones múltiples; en algunas de ellas, debido a su carácter específico, los aspectos de «Orden» pasaron sin más a un segundo plano. Aquí podemos prescindir de la SS de la «Calavera» que tenía funciones parecidas a las de la policía ordinaria y de la policía del Estado (por lo demás, con un decreto del 17 de junio de 1936 Himmler fue también nombrado jefe de la policía en el ministerio del interior); es tal sector el que, eventualmente, entra en cuestionamiento por ciertos aspectos negativos del cuerpo, utilizados luego para cubrir con abominaciones a toda la SS. Mencionaremos sólo la llamada *Verfügungstruppe SS,* que era una fuerza armada «a disposición» en dependencia directa del jefe del Reich, la cual luego, en julio de 1940, dio lugar a las mencionadas *Waffen-SS,* es decir a unidades militares de *élite,* las altas prestaciones de las cuales (dada la formación personal que se reclamaba al hombre de la SS) durante la segunda guerra tenían que imponer el reconocimiento y la admiración hasta del mismo enemigo. También la sección *Rusha* (iniciales de *Rasse und Siedlungshauptamt)* que se ocupaba de problemas raciales y de colonización interna, puede ser

aquí dejada a un lado. Son las iniciativas de orden cultural en el campo de la SS que pueden interesarnos aquí.

La realización del ideal de Himmler hallaba una especie de *handicap* en el hecho de que una Orden en sentido propio presupone un crisma, un fundamento también espiritual, pero que en este caso no se podía referir en manera alguna al catolicismo. En efecto, la mencionada orientación anticristiana, la idea de la inaceptabilidad del cristianismo, en razón de todo lo que se encuentra contenido en él de no ario y no «germánico», se encontraba sumamente pronunciado entre la SS, a pesar de que hubiese una cierta tensión entre Himmler y Rosenberg; sin embargo en este punto existía entre ellos una innegable convergencia de visiones. Al quedar excluidos el cristianismo y el catolicismo, se volvía a proponer pues el problema de la concepción del mundo en lo que iba más allá de la severa disciplina y de la formación de carácter, y la SS ambicionó también ser una fuerza de choque justamente en el campo de la *Weltanschaung*. Ya desde hacía tiempo en la SS se había constituido la SD, o «Servicio de Seguridad» *(Sicherheits-dienst)* que en su origen habría tenido que desarrollar también actividades culturales y de control-cultural (declaración de Himmler de 1937). Si a continuación la SD se desarrolló en diferentes direcciones, comprendido el contraespionaje, su Oficina VII en cambio mantuvo aquel carácter y formaron parte de la SD también serios estudiosos y profesores. Por lo demás acontecía que se pudiese llegar a ser un SS «de oficio» *ad honorem (Ehrendienst,* servicio honorario), en el caso de aquellas personalidades de la cultura que se juzgaba que diesen una contribución válida en la mencionada dirección; podemos citar por ejemplo al profesor Franz Altheim, de la universidad de Halle, conocido historiador de la antigüedad y también de la romanidad, y el profesor O. Menghin, de la universidad de Viena, eminente estudioso de la prehistoria. Un instituto especial de la SS era el *Abnenerbe,* que tenía el deber de desarrollar búsquedas sobre los orígenes, desde el ámbito de los símbolos y de las tradiciones hasta el de la arqueología.

En efecto, la atención se dirigía hacia aquello que se podía deducir de tal herencia, en materia de concepción del mundo, y en este campo de trabajo el exclusivismo nacionalista de ciertos ambientes fue puesto a un lado. Así, por ejemplo, Himmler hizo subvencionar al holandés Hermán Wirth, autor de *La aurora de la humanidad,* gruesa obra acerca de los

orígenes nórdico-atlánticos, e hizo invitar para conferencias a un estudioso italiano que había desarrollado investigaciones también en este campo y en general sobre el mundo tradicional, con distancia del catolicismo y del cristianismo, pero evitando las distorsiones, ya por nosotros mencionadas, en Rosenberg y en otros [2].

De todo esto resulta pues una imagen de la SS bastante diferente y compleja que la corriente. Si estas particulares iniciativas quedaron en germen, el haberlas concebido reviste sin embargo un significado. En el nivel de los principios, sobre todo el ideal de un «Estado de la Orden» « su oposición al Estado totalitario dictatorial de masa y al Estado-partido, no puede no ser evaluado positivamente, desde el punto de vista de la Derecha; tuvimos ya ocasión de expresarnos a tal respecto criticando el concepto fascista de partido único. En el caso específico de Alemania todo habría dependido de la medida en la cual se hubiese podido llegar a una integración de los subsistentes elementos de la Derecha, con una rectificación de aquellos aspectos por los cuales algunos exponentes de la «revolución conservadora» y del prusianismo en el Tercer Reich habían denunciado como una distorsión usurpadora de varias ideas propias.

La SS adquirió una siempre más grande importancia política, de modo tal que hubo quien pudo hablar de la misma como de «un Estado dentro del Estado» o incluso de un «Estado de la SS». En efecto la misma tuvo sus células en muchos lugares clave del Reich, en la administración, en la diplomacia, etc. El concepto de un Estado de la Orden implicaba en efecto que hombres de ésta fuesen designados para tales posiciones, como en lo precedente había sido el caso de la nobleza.

Finalmente debe mencionarse a la *Waffen-SS.* Tal como se dijo, tras julio de 1940 las formaciones de la SS que originariamente y en tiempo de paz habían tenido el carácter de «fuerza a disposición» dieron lugar a unidades militares y a divisiones acorazadas que, aun con una cierta autonomía, se batieron al lado de la *Wehrmacht.* De esta *Waffen-SS* hacia el final de la segunda guerra mundial tuvo origen lo que pudo ser llamado «el primer ejército europeo». Himmler aprobó la idea, formulada primero por Paul Haussery luego retomada por Gottlieb Berger, de constituir con

2 Es, sin embargo, lamentable que en el campo periodístico se haya dejado que un semanario se titulara *Das Schwarze Korps,* el que se complacía con groseros ataques al clero católico y con un antisemitismo no menos grosero y fanático.

voluntarios de todas las naciones divisiones de la *Waffen-SS* bajo el signo de la lucha en contra de Rusia comunista y de la defensa de Europa y de su civilización. Así pues fue retomada la función que había tenido en sus orígenes, la Orden de los Caballeros Teutónicos en tanto guardia del Este y, al mismo tiempo, el espíritu que había animado a los *Freikorps,* los cuerpos de voluntarios que por su iniciativa habían combatido en contra de los bolcheviques en las regiones orientales y en los países bálticos tras el final de la primera guerra mundial. Al final, más de diecisiete naciones estuvieron representadas en la *Waffen-SS,* aun con divisiones propias completas: Franceses, Belgas, Holandeses, Escandinavos, Ucranianos, Españoles, incluso Suizos, con un total de ochocientos mil hombres, de los cuales sólo una parte era alemana. Los voluntarios no se preocuparon por ser considerados por esto como traidores o «colaboracionistas», de modo de que luego los sobrevivientes fueron muchas veces perseguidos y procesados en sus respectivas naciones.

En un discurso efectuado en Poznan el 4 de octubre de 1943 Himmler habló incluso de la SS como de la Orden armada que en el futuro, tras la eliminación de la Unión Soviética, habría tenido que montar guardia en Europa contra «las hordas asiáticas» sobre los Urales. Lo importante es que en tal trance se realizó un cierto cambio de perspectivas. Se dejó de identificar a la arianidad con la germanidad. Se pretendía combatir no por un nacionalsocialismo expansionista de base unilateralmente racista y por un «pangermanismo», sino por una idea superior, por la Europa y por un «Nuevo Orden» europeo. Esta orientación ganó terreno en el ambiente de la SS y encontró expresión en la declaración de Charlottenburg publicada por la Oficina Central de la SS hacia el final de la guerra como respuesta a la declaración de San Francisco hecha por los Aliados acerca de los fines de la guerra, comprendida como una «cruzada de la democracia». En la misma se formulaba la concepción del hombre y de la vida del Tercer Reich y sobre todo el concepto del Nuevo Orden, el cual no habría tenido que tener un carácter hegemónico, sino federalista y orgánico.

Hay que recordar por otro lado que a Himmler se le debe un intento de salvataje *in extremis* (considerado por Hitler como una traición). A través del Conde Bernardotte transmitió una propuesta de paz separada a los Aliados occidentales para poder continuar la guerra sólo contra la Unión Soviética y el comunismo. Se sabe que tal propuesta, la cual de haber sido

aceptada quizás habría podido asegurar a Europa un destino diferente, evitando la sucesiva «guerra fría» y la comunistización de Europa más allá de la «cortina de hierro», fue netamente rechazada en base a un ciego radicalismo ideológico, así como también había sido rechazada en razón de un no diferente radicalismo, la oferta de paz hecha por Hitler por su iniciativa, a Inglaterra en términos razonables en un famoso discurso del verano de 1940 cuando los Alemanes eran todavía la parte vencedora.

VII- NACIONALISMO Y EUROPEÍSMO

Prescindiendo de la SS y del giro «europeísta» de última hora, en este contexto es necesario juzgar la ideología que actuó de base en la política externa del Tercer Reich y en particular de Hitler, entrando en juego aquí, sea algunas de las causas esenciales de la segunda guerra mundial, como las perspectivas trazadas en el caso de una conclusión victoriosa de la misma justamente en lo que tenía que ver con un «Nuevo Orden» europeo.

El aspecto más negativo del hitlerismo está constituido por el papel fundamental y negativa que en el mismo tuvo el radicalismo de un nacionalismo étnico irredentista. El mismo en Hitler fue una verdadera idea fija y lo condujo a aventuras que en un primer momento tuvieron suerte, pero que al final, por la falta de un sentido de los límites y de las posibilidades reales, condujo a la catástrofe. A cualquier precio para él todos los Alemanes tenían que estar reunidos en un único *Reich,* en el Tercer Reich, y bajo un único *Fiihrer;* Hitler estaba convencido de que ésta fuese una misión que le habría confiado la misma Providencia. La ideología del *Volk,* de la cual hemos hablado en su momento indicando sus antecedentes, se fundía aquí con la del nacionalsocialismo moderno antitradicional: antitradicional, respecto de la misma Alemania puesto que ni en el Primero, ni en el Segundo Reich se encuentra algo similar a una infatuación de tal tipo. No es en base a la misma que Prusia y Federico el Grande habían conducido sus guerras y nosotros hemos ya recordado que, junto al partido conservador, Bismarck estuvo muy lejos de cualquier nacionalismo étnico irredentista, él no se planteó nunca el problema de aquellas poblaciones de origen alemán que se encontraban afuera de las fronteras del Reich, no cayó presa de esquemas Pangermanistas (a su lado, sobre todo von Moltke tuvo vastas visiones acerca de una decidida orientación «europea»). En vez, Hitler con su ideología difundió y atizó sistemáticamente un fermento de agitación entre los denominados *Volksdeutsche,* entre las minorías alemanas que vivían afuera del Reich (así como en la población austriaca), haciendo al final nacer situaciones y problemas que no podían ser resueltos de no ser con acciones de fuerza.

De otra manera, por lo demás, Danzig no habría constituido el punto crucial del cual tomó inicio la avalancha de la segunda guerra mundial.

Sin embargo, tal como se mencionó en su momento, sucesivamente no se detuvo en la integración étnico-nacional sino que se procedió en un sentido no lejano del pangermanismo hegemónico, cosa ésta que perjudicaba anticipadamente la idea de un «Nuevo Orden». En efecto, cuando el *Reich* extendió su poder sobre áreas no alemanas, la idea de supremacía se hizo valer, se instituyó un sistema de protectorados y de gobernadores con discriminaciones que tenían que provocar reacciones y alimentar la Resistencia, mientras que habría que haber creado las premisas para la constitución de una unidad superior que dejase un amplio margen a la independencia de las partes.

Se sabe que se volvió a mostrar en determinados lugares la altanería del *Herren-volk,* expresión que corría el riesgo de pasar del sentido aristocrático de «pueblo de señores» al odioso de «pueblo de patrones», a beneficio de una «arianidad» convertida en monopolio del solo elemento alemán, de modo tal de no tenerla para nada en cuenta en el caso de otras estirpes que en los hechos no debían ser reputadas menos «arias», sino no pocas veces consideradas casi como una subhumanidad. Un caso de ello fue el de los Polacos, cuya nación había tenido un pasado glorioso si bien desventurado (por lo demás, se olvidó que había sido un duque polaco en llamar a la Orden de los Caballeros Teutones en aquellas tierras en donde podía tomar forma el Estado prusiano). A causa de su doble infatuación Hitler no supo reconocer una línea que fuera diferente y fecunda para Europa oriental; mucho más importante que Danzig, por ejemplo, habría sido hacer presión sobre los sentimientos atávicos antirusos de los Polacos para ganárselos como aliados en el proyectado «impulso hacia el Este», para el *Drang nach Osten.*

Además deben señalarse los errores cometidos por la Alemania nacionalsocialista en la campaña de Rusia y en los territorios soviéticos ocupados. Ellos no estuvieron privados de relación con la concepción del «espacio vital» que asegurara al pueblo alemán en la medida en que se lanzó hacia una especie de colonialismo intereuropeo. Si como consigna valía la de la guerra en contra del comunismo (y a nuestro entender el deber de una política previsora del Tercer Reich habría tenido que ser el de buscar cualquier medio para obtener por lo menos la neutralidad de las

naciones occidentales y así tener las manos libres para un ataque destructivo exclusivamente dirigido hacia la Unión Soviética, pero ello habría exigido una agudeza y una originalidad semejantes a las de Metternich) y la liberación de Rusia del comunismo, estaba también la idea de la expansión en los territorios ocupados con un régimen de simple sujeción de tales pueblos, en relación con los cuales muchas veces se reafirmaba la vanidad alemana de pueblo superior. Así pues aconteció que si en un primer momento los Alemanes vencedores en diferentes áreas rusas fueron acogidos triunfalmente como liberadores, posteriormente la actitud de las poblaciones tenía que cambiar cuando, en vez de la esperada libertad, comisarios del partido nacionalsocialista, comandos exponentes sin escrúpulos de la industria y del comercio del Reich tomaron el lugar de las autoridades soviéticas dando la impresión de que una opresión había sido sustituida por otra. Gobiernos libres constituidos en un primer momento por Rusos en territorios conquistados por la *Wehrmacht* fueron disueltos y también fueron perseguidos patriotas anticomunistas. El mismo general Andrej Vlassov, creador del *Movimiento de Rusia Libre*, fue perseguido e incluso arrestado antes de que le fuese concedido organizar una armada ucraniana antisoviética desplegada al lado de los Alemanes. Todo ello fue absolutamente contraproducente, condujo al indiferentismo y a la desconfianza de las poblaciones y alimentó a la Resistencia; ofreció una preciosa base a la política de Stalin el cual, dejando en un rincón la originaria ideología comunista, enarboló un nuevo nacionalismo ruso y acuñó la consigna del «patriotismo soviético», movilizando de esta forma fuerzas morales muy importantes, y que luego fueron decisivas en la guerra en contra de los Alemanes[1].

[1] Una infamia sin nombre fue cometida por los Norteamericanos vencedores que entregaron contingentes de voluntarios ucranianos rendidos a ellos solamente, cuando ya todo estaba perdido, a la Unión Soviética, con plena conciencia de mandarlos a una muerte segura. Se debe notar que en la formación de las nuevas unidades de la *Waffen-SS* fue dado relieve exclusivamente al aspecto militar y que lo que tenía que ver con el ideal de una Orden fue muchas veces dejado a un lado. El comandante de una división acorazada de la *Waffen-SS*, el general STEINER, tras la guerra debía sostener (en su libro *Das geaschtete Armee)* que tales formaciones se encontraban en el mismo plano de las de la *Reichswehr* y que sólo como tales debían ser tratadas, que ellas no tenían nada que ver con las «falsificaciones románticas de Himmler» (se trata justamente de su idea de las SS como una Orden), respecto del cual el general STEINER se expresa de una manera sumamente antipática y presumida.

Todo esto muestra aquel aspecto problemático que perjudicó el proyecto de un «Nuevo Orden». Si al final del anterior ensayo sobre el fascismo hemos indicado las innegables ventajas que, en un marco mundial, habría tenido la victoria de las potencias del Eje y de Japón, sin embargo hay que rechazar y condenar resueltamente un sistema en el cual las mencionadas tendencias hubiesen sido mantenidas. El ideal de un Nuevo Orden europeo habría podido referirse sólo a una coordinación orgánica, solidaria y sinérgica de Estados y comunidades de las cuales se respetase su especificidad e independencia. Es aquello que pensaban también quienes, como voluntarios de múltiples naciones, habían formado las divisiones que combatieron como un «verdadero ejército europeo», en Rusia: además que contra el comunismo, ellos se batieron por una tal Europa, no por un pangermanismo expansionista. Aquello que habría podido perjudicar cualquier desarrollo futuro positivo habría sido justamente todo lo que en el Tercer Reich correspondía al componente propiamente hitleriano, a distinguir de los otros componentes antes mencionados. A partir de los representantes de éstos, que en el Tercer Reich habían mantenido importantes posiciones, habría podido tener lugar un proceso de rectificación en el momento oportuno.

Para concluir haremos mención de aquello que en el Tercer Reich fue la oposición interna verdadera y propia, afuera de la legalidad. Como se ha ya resaltado, es frívolo pensar que sólo a un régimen de terror y opresión deba atribuirse la unidad de la cual dio prueba Alemania, el conjunto de las entregas de las cuales fue capaz y lo que llegó a hacer de ella una verdadera gran potencia mundial tras el derrumbe acontecido en la primera guerra y tras la República de Weimar. Los acontecimientos sobre el plano de la reconstrucción nacional y de la política exterior fueron la gran carta de Hitler porque el estado de hecho era tal que no se podía estar en contra del nacionalsocialismo sin ser simultáneamente antialemanes. Y para Alemania, como para Italia, sólo con falsificaciones conscientes se puede sostener que las multitudes de aquel período no hubiesen estado incondicionalmente, es más, muchas veces fanáticamente, con sus jefes, si bien nosotros hemos indicado que el recurso del populismo y de una «mitología», en vez que el prestigio de una superior tradición, hacía a aquella adhesión tal de disolverse casi sin residuo en el momento de ruptura de la tensión: como justamente tenía que acontecer en las dos naciones

tras 1945.

Pero prescindiendo de aquellos elementos de Derecha que, a partir de la *Reichswehr,* aun cooperando, mantenían una reserva y una distancia que no se identificaban con el nacionalsocialismo como ideología, prescindiendo de los intelectuales encuadrados en la «revolución conservadora» que se retiraron de escena, no se puede indicar ninguna oposición interna que, además de lo que negaba, por lo que respecta a su correlato positivo, la doctrina del Estado, desde nuestro punto de vista pueda tener un reconocimiento. A tal respecto complots como el del 20 de julio de 1944, dirigido hacia la eliminación física de Hitler, no entran en juego aquí porque el intento primario era práctico, se buscaba ahorrar a Alemania un destino peor dado que la situación militar se había ya convertido en desesperada; en la suposición de que sin Hitler, con un nuevo régimen no nacionalsocialista, se habría podido tratar con los Aliados sobre mejores bases. Con lo cual se ilusionaban en exceso (el tratamiento y las condiciones de paz impuestas a Italia luego de que, por una análoga ilusión, Mussolini y su régimen fueron eliminados, así lo demuestran). Por lo tanto debe rechazarse la tesis sostenida por algunos, por ejemplo por el historiador filoprusiano Hans-Joachim Schoeps, de que con la conjura y el atentado del 20 de julio se habría tenido un despertar del prusianismo, casi como si exponentes del mismo no se hubiesen encontrado por lo menos en igual medida en el lado opuesto.

En ambientes intelectuales de la «resistencia», como el del denominado círculo de Kreisau, figuró gente como von Moltke, nieto del mariscal de campo, embebido sin embargo de un opaco espiritualismo por el que era secuaz de la *Christian Science,* había también exponentes del marxismo y de los sindicatos obreros, y otros, de un desenfadado «socialismo cristiano». En el período del atentado, si el mismo hubiese tenido éxito, no se tenía más en vista a Carl Gödeler, hombre con tendencias de Derecha y aun filomonárquicas, sino a Julius Leber, ex diputado socialista; y éste junto con Adolf Reichwein, había sido encargado de tomar contacto incluso con un grupo comunista clandestino de Berlín, cosa que había sido bien vista por el autor del atentado, el coronel von Stauffenberg. Se trataba pues de una «resistencia» ideológicamente espuria, promiscua, inconsistente. Ella se encontraba privada de unidad y de una superior legitimación. No por cierto partiendo de la misma es como se habría podido arribar a un Tercer

Reich en el sentido más auténtico, tal como había sido pregonado antes del advenimiento del hitlerismo, por los ambientes señalados por nosotros anteriormente con la superación de los aspectos específicos negativos del sistema nacionalsocialista y de sus instrumentos.

****

Con esto podemos cerrar estas notas sumamente sumarias sobre la Alemania de ayer. Debido al carácter mismo del tema hemos debido dar una mayor extensión a la parte histórica y documental que a la parte dedicada al fascismo. Así pues, prescindiendo de los juicios pronunciados por nosotros ocasionalmente sobre aspectos particulares a lo largo de nuestra exposición, el mismo lector deberá proceder a una discriminación y nuestro intento —que quizás diferencia tal análisis, por más que sucinto, de la gran mayoría de los estudios sobre el nacionalsocialismo– ha sido el de poner en luz la multiplicidad e incluso heterogeneidad de sus componentes. Si desde un punto de vista el hitlerismo ha sido destructivo por diversos aspectos de las anteriores tradiciones alemanas, por otro lado éste, a pesar de todo, las retomó y conservó, buscando instrumentalizar y adaptar otros elementos que por el hecho de haber justamente figurado en el Tercer Reich y por haber sido muchas veces distorsionados, no deben ser desconocidos.

Esto no es lo que hizo la Alemania de postguerra, para no hablar de los ambientes antifascistas y de izquierda extranjeros. Víctima de un lavaje democrático de los cerebros, antes organizado por las potencias ocupantes, luego obtusamente continuado e incluso perfeccionado por cuenta propia, la nueva Alemania (la federal, pues de la otra, controlada por el comunismo, ni siquiera vale la pena hablar) ha dejado a un lado el principio, contenido en una locución de la lengua alemana, de «no tirar al niño junto con el agua sucia de la bañera». Ella parece haber sido incapaz de concebir una «tercera vía», de Derecha, alejada sea del totalitarismo y del *Führer-Staat* nacionalsocialista, sea de la democracia y del marxismo: tercera vía en la cual, adecuadamente rectificadas y referidas a sus orígenes, también algunas ideas que habían actuado en el precedente período habrían podido ser consideradas. Si de ello hubiese sido la circunstancia, si no se hubiese pronunciado una condena global de las experiencias anteriores, es más,

habitualmente más dura de aquella con la que en Italia ha sido objeto el fascismo, entregándose incluso a una revisión general de toda la propia historia (la fórmula es *Bewältigung der Vergangenheit)* equivalente a un verdadero y propio repudio de la misma, la Alemania actual, aparte de su milagrosa recuperación económica y su nueva prosperidad material, no presentaría, como presenta, un increíble vacío ideológico y en materia de concepción del mundo, en especial por lo que se refiere a las nuevas generaciones, ella constituiría un elemento mucho más válido para un eventual encuadramiento europeo.

TERCERA PARTE:

APÉNDICES

Apéndice I:
CRÍTICAS AL FASCISMO

La Torre
(Hoja de expresiones varias y de Tradición una)

I- CÉDULA DE IDENTIDAD *

Parece que también por las calles y plazas de la república cultural no está permitido circular sin una «cédula de identidad» en regla; que no valga más el declararse extranjeros, gente que «está afuera»: los pasaportes no parecen ser ya admitidos: hay pues que «naturalizarse», y declinar sin medios términos de las propias ideas políticas, en función de las medidas en curso. Tal, al menos, el decreto de las prefecturas de tal república, gratuitamente presidida por los jefes de gacetilla de las «terceras páginas».

Pongámonos pues en regla con tales señores y contentémoslos.

Nuestra revista no surge para hacer *elogios* al fascismo y a Mussolini a los cuales no les servirían para nada. Nuestra revista en vez ha surgido para defender *principios* que para nosotros serían absolutamente los mismos, sea que nos encontremos en un régimen fascista, sea que en cambio nos hallemos en uno comunista, anárquico o republicano.

Aquello a lo cual tales principios pueden dar lugar si son transpuestos a un plano político (con el cual en sí mismos no tienen nada que hacer) es un orden de diferenciación cualitativa, por ende de jerarquía, por ende de *imperio* en el sentido más vasto: tanto más que todo lo que es heroísmo y dignidad guerrera en nuestra concepción sólo podría ser justificado desde un punto de vista superior; del mismo modo que no sabríamos no contraponernos de la manera más precisa y en todos los planos a aquello que es fermento democrático y nivelador.

En la media en que el fascismo siga y defienda tales principios, en esa misma medida nosotros podemos considerarnos fascistas. Y esto es todo.

* N° 1 - FEBRERO 1930.

Aquel «estilo» no es sin embargo el que esté en boga en la mayoría: hoy se parte de decirse fascistas, y luego se declara a favor o en contra de ésta o de aquella idea, según si la política fascista la acepte o la niegue, como si el «fascismo» se hubiese reducido a un *tabú* y a una especie de ficha de afiliación por la que, una vez llenada, cada uno pasa a las opiniones más singulares y divergentes. Nosotros en vez partimos con decirnos imperialistas, en sentido integral y antimoderno: y estamos por un partido político por una nación y por una actitud, o en contra de las mismas, en la medida en la cual ellos obedezcan o no obedezcan al ideal imperial y aristocrático. Repitámoslo: nosotros no hacemos «política»: no la hacemos, ni queremos hacerla. Nosotros defendemos ideas y principios.

Nosotros no somos ni nacionalistas, ni internacionalistas, porque el problema del imperio es superior, sea a la una como a la otra de tales ideologías modernas. No estamos con la idea de «herencias», «legados», «misiones» o predestinaciones obligatorias al imperio para una determinada raza privilegiada. Esta antigua ideología, ya en su momento hebraica, luego pangermanista, gioberto-mazziniana, para nosotros no es sino el fruto de vanidad y de supersticiosa «filosofía de la historia». El Imperio es de aquella nación que se haga digna de él, y del cual sobre todo no habla, sino que lo *quiere*.

Además podemos decir sólo que, observando el panorama del mundo moderno, nos parece que, en relación con las otras naciones, Italia, junto quizás a Alemania, se encuentra como poseyendo en mayor medida ciertas posibilidades de comprensión de valores y de principios que podrían dar una base al imperio. No sabemos si tales posibilidades llegarán a concretarse o también tan sólo a limitar la acción destructiva que poderosamente la «civilización» moderna ejerce sobre estos países. Nosotros lo deseamos sobre todo en nombre de nuestra tradición espiritual, y luego por el bien de la tierra en la cual nos hallamos viviendo.

Con esto nos parece haber dicho bastante, por lo menos y sobre todo porque no deseamos extendernos en programas y declaraciones. Un «mito» sólo nos encuentra en abierto contraste: el de que la espiritualidad y la cultura tendrían que ser casi partes dependientes de la política. Nosotros afirmamos en vez que es la política la que debe estar condicionada por la espiritualidad y por la cultura, si es que no se quiere reducir la primera a una cosa pequeña, empírica y contingente. Por lo demás, si Mussolini ha

concedido que el *«carnet»* no confiere inteligencia a quien no la posee, puesto que aquí no se trata ni siquiera de inteligencia, sino de algo superior, creemos que también a tal respecto nuestras tesis no son tan «heterodoxas». En cuanto a lo demás hay que augurarse que el margen de «regularidad», que quien no posee un horizonte restringido que no ve más allá de sus narices puede constatar en nuestra actitud, llegue a convertirse siempre en más vasto: lo cual sin embargo, por lo que se dijo, no depende por cierto de nosotros.

II- COSAS EN SU LUGAR Y PALABRAS CLARAS*

Es edificante constatar cómo hoy impera *la forma mentís* de quien es absolutamente incapaz de concebir algo a lo cual no se le haya dado una «etiqueta» o de descubrir un segundo fin.

En la incapacidad de pensar, en la incapacidad de discriminar, en la impotencia absoluta de ser honestos y leales consigo mismos y con los otros, en la inconcebibilidad congénita —y luego fortificada por el espectáculo de gran parte de los casos— hacia una acción que pueda ejercerse por sí misma, sin miras prácticas o personales, sin estar al servicio de ningún partido o contrapartido, secta o escuela o trivio —hoy cuanto más se ha hecho endémico, contagioso, preocupante el uso imbécil de las palabras hechas, de las formulitas con las cuales se piensa liquidar de manera perentoria cada cosa nueva que aparezca, encasillándola sin más.

¿Podíamos, pues, esperar que en lo que a nosotros se refería las cosas anduviesen de manera distinta?

Lamentablemente, nosotros los de La *Torre* no somos para nada personas dispuestas a prestarnos a juegos semejantes. Desde el comienzo no hemos descuidado ninguna precaución para prevenir cualquier reducción tendenciosa y mistificadora. Y puesto que, a pesar de ello, sabemos que en ciertos ambientes, a la manera de las culebras, hay complacencia por habladurías e imaginaciones, ridículas y por demás absurdas, respecto a nuestra actividad, avanzamos aquí una desmentida decidida y formal.

Guste o no, hay que resignarse en constatar que ante nosotros no hay sino dos solas cosas para hacer: distraerse, ocuparse de otra cosa, **callar** —o bien renunciar a las medidas más o menos **tabú** en uso y auge en la polémica política y periodística.

Es inútil que se nos diga «anticatólicos»; es inútil que se nos diga «fascistas» o «antifascistas»; es inútil que se nos diga «magos», «teósofos», «protestantes», «paganos», «liberales», «místicos», etc. Quien dice todo esto no habla sino por sí mismo. Nosotros no somos nada de todo esto Estamos afuera y por encima de todo esto.

A los «católicos» de hoy nosotros podríamos enseñarles qué cosa sea

* N° 5 - ABRIL 1930

el catolicismo, es decir el contenido *universal* de lo que ellos no saben concebir sino bajo la forma de un dogma, un sentimiento, una fe devota, de limitación exclusivista, fanática y facciosa. A nivel de «voluntad de cultura» no somos «anticatólicos», sino por una adhesión al espíritu de una tradición heroica e imperial que nosotros afirmamos que es el alma verdadera de Occidente en polar oposición, sin embargo, con cualquier forma de espiritualidad de tipo «religioso». Tan sólo a la comprensión del **Águila** como símbolo tan glorioso y espiritual como la **Cruz**, se reduce nuestro «paganismo».

No somos «protestantes». Somos radicalmente e irreductiblemente antiprotestantes: mucho más de lo que podría serlo cualquier católico. En el protestantismo nosotros vemos uno de los mayores factores de aquella «laicización» de la vida, de aquel «antitradicionalismo» que para nosotros se encuentran al comienzo de todas las aberraciones de la decadencia moderna. A quien entiende qué es lo que combatimos en el cuerpo de la barbarie norteamericana, ello debería ser plenamente claro.

Nosotros no somos ni «fascistas» ni «antifascistas». El «antifascismo» no es nada. Pero para nosotros, imperialistas integrales, para nosotros aristocráticos, para nosotros enemigos irreductibles de cualquier política plebeya, de cualquier ideología «nacionalista», de cualquier intriga y espíritu de «partido», de cualquier forma en más o en menos camuflada, de socialismo y de democracia, **el fascismo es demasiado poco**. Nosotros habríamos querido un fascismo más radical, más intrépido, un fascismo verdaderamente absoluto, hecho de pura fuerza, hecho de irreductibilidad ante cualquier compromiso, ardiente en la faz de un sentido real de la potencia imperial. **Nosotros no podremos nunca ser considerados como "antifascistas ", sino en la medida en que "suprafascismo" equivalga a "antifascismo"**. Y no tenemos dificultad en declararlo, más aun, es bueno que los mismos órganos de control lo sepan: **aun** *in corpore vili*, **con el intento de** *La Torre* **nosotros queremos dar en el Extranjero la idea de hasta qué punto en la Italia fascista tenga posibilidad de vida un pensamiento rígidamente imperialista y tradicionalista, a pesar de estar libre de cualquier servidumbre política, adhiriendo sólo a la pura voluntad de defender una idea.**

(.....)

Éstas son palabras claras. Éstos son los términos de la partida y no permiten trampas en el juego. Es inútil buscar a alguien detrás de nosotros; detrás nuestro sólo se hallará una **idea**, a la cual subordínalos absolutamente nuestras personas. Por lo tanto que las ardillas y las culebras se resignen: los muros lisos de *La Torre* no ofrecen grieta alguna de donde aferrarse. *La Torre* no se escala sino pasando por la puerta principal: en la misma nosotros nos encontramos para esperar a quienquiera se nos presente de frente, corteses y caballerosamente hospitalarios con los hombres leales, aun sean éstos enemigos; inexorables en cambio con los viles y los mistificadores.

APÉNDICE II

CRÍTICAS AL NAZISMO

I- EL "MITO" DEL NUEVO NACIONALISMO GERMÁNICO*

Mientras que el movimiento nacionalista germánico, cuyo principal referente es Adolfo Hitler, especialmente luego de su reciente victoria electoral, es sumamente notorio en Italia, no puede decirse lo mismo respecto de los presupuestos de carácter ideal sobre las cuales su acción pretende desarrollarse y justificarse en el plano político. Por lo demás, tales presupuestos tan sólo recientemente han tenido una exposición sistemática. La misma se encuentra en una muy voluminosa obra publicada por Alfred Rosenberg cuyo título es *El mito del siglo XX* respecto de la cual creemos que resulta de interés hacer conocer ciertos caracteres principales.

El "mito" que Rosenberg, un poco a la manera soreliana, propone al siglo XX como principio para su regeneración, es el mito de la sangre y, en manera más particular, el mito de la **sangre nórdica**. Su exigencia es con relación a una "verdad" ya no más abstracta, impersonal, universalista, sino en cambio intensamente vivida, inseparablemente vinculada a las raíces mismas de la vida individual y colectiva. Tal verdad debería buscarse justamente en la sangre (raza) y en la sangre debería ser despertada y actuada hasta que se convierta en la forma central que determina toda idea y acción. Cada sangre o raza tiene su "mito", su alma mística, y esto, de acuerdo a Rosenberg, es el dato último, más allá del cual no puede irse. "La historia de las razas es simultáneamente una historia mística, una revelación, que atrapa el sentido de sí misma en los grandes mitos que ha producido".

Esta premisa, o exigencia, lo conduce a Rosenberg a situarse directamente en el seno del movimiento espiritual, sumamente acentuado

* En *Vita Nova*, noviembre de 1930.

en la Alemania contemporánea, que se hace denominar como de "retorno a los orígenes". Se considera que los tiempos primordiales contienen, en estado de pureza y de transparencia, concepciones y significados originarios, que luego la contingencia de los tiempos y la mezcla de las razas ha alterado y oscurecido. Así pues, a una renovada comprensión de los orígenes se remite la sensación de aquello que puede dar aun hoy una más precisa orientación en el caos del espíritu. Rosenberg se refiere sobre todo a Hermann Wirth y a J. J. Bachofen: sobre la base de las investigaciones y de las intuiciones de estos dos escritores, él formula el mito de la "sangre nórdica primordial", la que él pone luego en el centro de toda su concepción y como fundamento para el nuevo despertar de la raza germánica.

Wirth, en una fundamental obra que suscitara varios debates, y de la cual nosotros hemos dado información en Italia [1], ha sostenido que para explicar una cantidad de convergencias y de correspondencias de símbolos, datos antropológicos, filológicos, etc., es necesario admitir la existencia de una raza nórdica primordial, que durante la edad de piedra desde las regiones árticas se habría desplazado hacia el sur, dando lugar a las formas más elevadas de una civilización de tipo cósmico-solar. Rosenberg acepta esta idea y la articula en una concepción fuertemente dialéctica. Para éste nada es más absurdo que la idea de un desarrollo lineal y progresivo de la humanidad, concebida como una cosa homogénea. El secreto de la historia, nos dice, es en cambio la lucha entre verdades, cualidades y valores irreductibles por ser expresiones y "mitos" de razas diferentes, de sangres fundamentalmente irreductibles.

La raza nórdica habría sido la portadora del espíritu guerrero, de valores, de afirmación, de libertad, de honor, de aristocracia: la misma se encontró con otras razas, oscuras, meridionales, mongoloides: de aquí el origen de toda decadencia, hasta la que caracteriza a la Europa contemporánea. Ideas éstas por lo que vemos para nada nuevas (Gobineau, Chamberlain, Lagarde): pero para precisar el "misterio" de la "sangre nórdica", Rosenberg se remite también a las investigaciones de Bachofen respecto del conflicto entre los dos tipos de moral, de culto y, en general,

[1] El artículo aludido en *Corrientes espirituales de la Alemania contemporánea*, en *Nuova Antología*, n.° 1, enero de 1930. Y la obra comentada es *Der Aufgang der Menscheit*, inédita hasta ahora en su totalidad en nuestra lengua.

de espiritualidad en las antiquísimas culturas: en donde mientras que uno de ellos, de carácter nórdico-occidental, se centra en valores viriles y heroicos, el otro en vez se remite en el sentido místico de la Madre Tierra, con respecto al cual todos los seres son iguales y hermanos, por lo que se arriba a una concepción y también a una constitución social de tipo universalista y comunista. Rosenberg formula una antítesis: **Honor-Amor**. Libertad, derecho, honor, voluntad de dominio, fidelidad: en tales elementos se manifestaría la naturaleza de la sangre nórdica. Sobre un plano más elevado, la sensación nórdica de la vida encontraría su centro en la idea de la **voluntad** remitida a su "pureza antigua": comprendida como un principio libre, suprasensible, decididamente opuesto a lo que es tendencia (*Trieb*) y pasión, capaz, de acuerdo al dicho de Meister Eckhart, de actuar por amor a la acción misma.

Por más que el mismo Rosenberg a veces lo haga, es bueno subrayar que el mito "nórdico" del nuevo nacionalismo alemán no es sin más algo identificable con aquellas ideologías relativas a la preeminencia de la raza ariana, y consecuentemente del pueblo alemán, las cuales han tenido en su momento un cierto auge. Los marcos a los cuales hay que remitirse, repitámoslo, son los de la "preantigüedad", allí donde se conducen las investigaciones de Wirth respecto de las culturas nórdico-atlánticas. La sangre nórdica, históricamente se vuelve a encontrar es cierto en las más puras cepas germánicas, pero se encuentra también como fundamento de otras culturas guerreras que, en la India, penetraron en el primer período védico de carácter mágico; aparece asimismo en las concepciones sapienciales de Irán; lucha en Grecia –apareciendo en el símbolo solar del Apolo hiperbóreo en el ciclo de los mitos heroicos– en contra de las concepciones y costumbres de tipo oriental; finalmente, siempre de acuerdo a la idea de Rosenberg, que a su vez se atiene a las interpretaciones de Bachofen, sería lo que habría dado lugar al milagro de la antigua Roma. Prescindiendo del posterior período de democratización y asiatización, Roma expresaría el triunfo de la concepción y voluntad "nórdica" en el mundo antiguo. Con una similar extensión, que le permite retomar los valores más altos de la misma clasicidad, el término "nórdico" en esta historia –o si se prefiere, en esta mitología– de las razas, tiene un alcance y un grado de seriedad superior al del simple pangermanismo: se trata más de un mito universal y de una tipicidad ideal, que de una cosa

condicionada geográficamente.

Con la caída de Roma, la mezcla de las razas y de los valores –y por lo tanto la decadencia – ha ido aumentando siempre más. El cristianismo con sus valores fraternalistas, humanitaristas, de amor y de remisión, de acuerdo a Rosenberg, ha sido un golpe mortal inferido a la tradición nórdica-occidental. Peor aun con la Iglesia Católica. El "*j'accuse*" de los nacionalistas alemanes en contra del catolicismo se basa en estos puntos:

1- en el residuo semítico-siríaco que el mismo mantiene y en razón de su religión del amor y de al humildad, contrapuesta a la nórdica del honor y de la fiereza guerrera;

2- en su *rasenlos* (sin raza) universalismo, deletéreo para el sentimiento de la sangre y necesariamente desembocado en un abstractismo al que se vincula el de la filosofía puramente intelectualista de Roma;

3- en la doctrina de la gracia, en los preceptos de muerte obediencia de la moral jesuítica, en el dogmatismo y el autoritarismo sacerdotal, todas cosas éstas que repugnan al sentido nórdico de la responsabilidad, del honor y de la libertad;

4- repugna más aun el aspecto sacramental, la acción *ex opere operato* del rito y del sacramento, por la cual Rosenberg no hesita en asimilar el catolicismo con la visión demónico-mágica de la vida de un *medicine-man* primitivo.

La antítesis entre cultura "nórdica" y cultura romano-católica es pues proclamada en los términos más decididos. Una de las consignas del nuevo nacionalismo germánico es justamente: *Gegen Rom* (Contra Roma), comprendiendo aquí a Roma como catolicismo y como la Roma antigua que para el mismo representa en vez una de las más elevadas encarnaciones del espíritu nórdico, *und gegen Judentum* (y contra los judíos).

Y es bueno por lo demás resaltar aquí que una tal contraposición no va, como en cambio acontece con otros pensadores afines, para mayor gloria del protestantismo. Al protestantismo se le reprocha de haber remitido a los textos de la tradición semítica, mientras que en el catolicismo se reconoce, aunque sea, el mérito de haber conservado y adaptado algún símbolo cósmico de la tradición nórdica primordial.

Por lo tanto: en contra de Roma católica –"*compositum* intelectualista-mágico-dogmático" – y contra el Judaísmo. Rosenberg escribe: "Aun hoy tres grandes fuerzas se encuentran en lucha por la conquista del mundo.

La primera corresponde al ideal y a la sangre nórdica, con sus principios de libertad, honor y heroísmo; la segunda comprende las variedades de la religión del amor que confluyen en una pasiva obediencia a una casta sacerdotal, así como las que se manifiestan en los diferentes democratismos y humanitarismos, hasta finalizar en el "hombre dostojewskyano", en aquella profunda descomposición de raza y de valores que ha hecho posible el bolchevismo. Finalmente, la tercera fuerza es la del individualismo económico-materialista, la finanza sin rostro y sin patria que intenta adueñarse del mundo a través del oro".

Esta tercera fuerza correspondería al **semitismo**. Es notoria la violenta y cruda campaña antisemita emprendida por el nacionalismo hitleriano: pero no es de la misma manera notoria esta justificación ideal aportada, con la cual se cultiva un antiguo odio de raza: la lucha en contra del judío –*Saujude* – es la lucha en contra del oro, en contra del determinismo económico de la finanza internacional que estrangula a los antiguos valores "nórdicos" de cualidad, dignidad, raza y aristocracia en una red sumamente temible, en tanto invisible y sutil; puesto que se reputa que la finanza internacional se encuentra en las manos de los judíos y se da un valor sumamente diferente del de un mito a lo que se encuentra escrito en los famosos *Protocolos de los Sabios de Sión* respecto del plan de conquista judaica del mundo a través del oro.

Despertar como un "mito" intensamente vivido por la sangre germánica la fuerza originaria de la antigua tradición nórdica –*die Urkraft altnordischer Überlieferung*– esto es lo que desea el nuevo movimiento, del cual Hitler es su jefe público y Rosenberg el ideólogo. Su símbolo es precristiano: la cruz gamada (*Hakenkreuz*), símbolo nórdico del fuego ardiente por virtud propia y del sol que nace, y fue justamente este símbolo el que enarbolaron miles de banderas flameantes en los grandiosos comicios de las últimas elecciones alemanas. Las palabras de Rosenberg son: "En contra del viejo mundo feminizado, el pensamiento germánico hoy reclama: gloria, honor, estirpe, pueblo y Estado, así como cultura, autarquía, reconocimiento del misterio de la sangre, defensa de los tipos". Ni individualismo, ni universalismo, ambos productos de decadencia, sino retorno a un sentido de **organicidad** que resuelve la oposición entre sangre y cultura, entre individuo y Estado, que convierte libres en el momento de remitir a las raíces profundas, en donde se es uno mismo al mismo tiempo que se

realiza el tipo profundo de la estirpe. Ésta es la base para la nueva "nación" mística y, al mismo tiempo, intensamente concreta. "El mito de la sangre, el mito de la sangre nórdica, es el mito del siglo XX, es el mito del renacimiento luego de la decadencia universalista, democrática e intelectual del siglo XIX".

"La idea de honor –y del honor nacional– es para nosotros el principio de todo nuestro pensamiento y acción". "Honor y libertad para nosotros no son cualidades empíricas, sino esencialidades que se encuentran por encima del espacio y del tiempo". Se rechaza el retorno a Meister Eckhart, concebido como una de las expresiones más características del sentido nórdico-aristocrático de la espiritualidad: a Eckhart, que proclamó el derecho del "alma noble", el deber del hombre de ser uno consigo mismo, libre y señor de todas sus obras, entidad conclusa, divina, desapegada, suprasensible, unida desde toda eternidad a las causas sobrenaturales de las cosas y tal que si la misma no fuese "ni siquiera Dios sería". Y se formula la idea de una futura "Iglesia alemana", fundada sobre una espiritualidad de tal tipo, la que debe a su vez hallarse en los antiguos mitos de la paganidad nórdica, a ser asumida como símbolo que sustituye los mitos semíticos del Antiguo Testamento.

Si en el conjunto estas posturas ideales del nuevo nacionalismo germánico tienen una diferente fisonomía, no aparecen del mismo modo decididas las vías de su adaptación prácticas: más aun, a tal respecto se encuentra más de una contradicción. Debido a la extensión dada al término "nórdico", hubiera sido sobre todo deseable que Rosenberg, al remitirse a los tiempos modernos, no se hubiese limitado meramente al pueblo alemán, sino que hubiese estudiado también las posibilidades del factor "nórdico" presente en otros ámbitos: en manera tal de no hacer sospechar que se redujese todo meramente a una construcción para uso de la Alemania actual. En segundo lugar, hubiera sido deseable que formulara de manera más precisa y cautelosa la relación entre los valores "nórdicos" (siempre como "tipicidades simbólicas") y la civilización moderna. Está bien formular la antítesis en contra de la tiranía del oro: ¿pero acaso el oro no es una parte inseparable de un todo constituido por la civilización materialista-mecánica moderna? ¿Y cuál es la actitud que asume Rosenberg ante tal civilización? No es para nada clara ni decidida; más aun, él le efectúa una serie de concesiones peligrosas. Sobre la base de la voluntad

de acción y de superación activa del mundo (en lugar del evasionismo y del amor por él denunciado), él llega a justificar la locura del activismo y del maquinismo moderno, es decir aquello que representa la ilusión de una potencia totalmente exterior e inorgánica sobre las cosas y los sistemas de las cosas; expresa así la abdicación del hombre en relación a aquello que es verdadera potencia y verdadero y directo dominio. Rosenberg llega a decir que "aquel que no ha comprendido la superación del mundo encerrada en las máquinas y en la tecnología no ha entendido el aspecto esencial del espíritu nórdico, de la misma manera que tampoco podrá comprender el otro aspecto, el místico y el metafísico". Ante lo cual nosotros querríamos rebatir que en cambio es justamente aquel que se deja atrapar por una ilusión semejante quien tiene una muy escasa posibilidad de penetrar aquello que puede existir de superior en el mito "nórdico". **El dominio del mundo a través de la máquina es un factor de decadencia de la misma manera que el dominio "semítico" de los pueblos a través del oro: el uno y el otro son criaturas de una civilización cuantitativa, universalista, inorgánica, antiaristocrática, es decir, "antinórdica".**

Este paso en falso no se encuentra privado de consecuencias en el plano político. Rosenberg opone a la "Paneuropa" del conde Coudenhove-Kalergi, calificada como "criatura judaico-francesa", la idea de una coalición nórdico-germánica, basada en principios opuestos y antidemocráticos. Pero una vez que se empieza a hilar fino en tal postura se arriba a una especie de bolsa que contiene cualquier cosa. En la misma se encuentra incluida también Inglaterra, que es en cambio excluida por Kalergi, e incluso nada menos que los Estados Unidos. Ello desde nuestro punto de vista significa subordinar el punto de vista de la sangre y de la tradición espiritual a un punto de vista sumamente más empírico: significa justamente abrir las puertas a la civilización maquinista-industrial, de la cual es inseparable el factor "semítico" del oro; de la misma manera que también significa introducir, o mejor aun, mantener, el peor fermento de la descomposición en aquella sangre que en cambio se quiere regenerar a través de la mística *Urkraft altnordischer Überlieferung*. Como puede verse, esta incongruencia se vincula a lo equivocado que significa asumir como "valor nórdico" aquello que desde el punto de vista superior, en el que hubiésemos querido que se hubiese orientado firmemente Rosenberg, no puede para nada ser reconocido como tal. Aquello que puede proceder del ideal aristocrático,

cualitativo de la espiritualidad y de aquella penetración viviente de la interioridad de la naturaleza que tantas veces, con Goethe, Rosenberg vincula al espíritu nórdico, es una cosa totalmente diferente: una cosa que, *in primis et ante omnia*, implica una radical rebelión en contra del mundo moderno, sobre todo anglo-sajón, tomado en bloque, y no en esta o en aquella entre sus formas más visibles de decadencia.

II- OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL "RACISMO" NACIONAL-SOCIALISTA*

El discurso recientemente efectuado por Adolfo Hitler en ocasión de un encuentro cultural del partido nacional-socialista en Nüremberg, reproducido en la prensa con el título *Profesión de fe heroica*, merece a nuestro parecer que le prestemos atención por los elementos ofrecidos en el mismo con relación a la comprensión de aquella famosa doctrina de la raza que, tal como es sabido, juega un rol tan importante en la ideología de la revolución de la cruz gamada. Se trata en efecto de expresiones oficiales del jefe de este movimiento, por lo tanto dirigidas a expresar en la manera más oficial y unívoca lo que es asumido por el nacional socialismo respecto de tal doctrina. Nosotros reproduciremos aquí los conceptos principales precisados por el Canciller Hitler, agregando a los mismos un breve comentario.

El primer punto que, como premisa general, es puesto de relieve, es una curiosa mezcla entre **naturalismo** y **providencialismo**. Resulta curioso cómo como base de una concepción heroica se ponga un verdadero y propio fatalismo teologal, el cual se vincula directamente con la doctrina de la predestinación absoluta de carácter protestante. La "providencia" –dice textualmente Hitler– "ha querido que los hombres no fuesen iguales, ha determinado un pluralismo de razas y para cada una de ellas ha fijado una serie de dotes y características específicas, las que no pueden ser cambiadas salvo incurrir en degeneración y decadencia". Tal predestinación es de carácter doble: es **biológica** y **psíquica** al mismo tiempo. A leyes íntimas, de carácter biológico y morfológico, a las que cada raza se encuentra referida, le corresponde una concepción del mundo propia, que puede ser ahora actual, ahora latente, pero que en esencia no cambia a través de los siglos. De ello deriva también un pluralismo espiritual y cultural que en su momento entró en abierto contraste con las posturas universalistas de orientación católica sostenidas por el partido de Centro. Tantas razas existen como otras tantas verdades y concepciones del mundo.

**La vita ilatiana*, noviembre de 1933.

Hitler rechaza expresamente que se pueda hablar de manera absoluta del carácter justo o no de una determinada concepción del mundo. Se puede hablar de la misma tan sólo con relación a una determinada raza, con relación a los fines y a la voluntad de existencia y de dominio que la misma manifieste, y aquella verdad –nos dice– que "es más natural para una cierta estirpe, puesto que le resulta innata y es adecuada a la manifestación de su vida, para otro pueblo conformado de manera diferente puede en múltiples casos significar no sólo un peligro, sino incluso su fin". Universalismo, internacionalismo son sinónimos de incertidumbre, de decadencia del instinto, de pérdida de contacto con las fuerzas más profundas del propio pueblo. Si en tanto católica es lícito definir aquella concepción por la cual todo lo que es diferencia étnica se remite a un plano naturalista y temporal, más allá del cual existe una verdad única, una sociedad suprapolítica cristiana, en función de la cual no hay ni ariano ni semita, ni europeo ni asiático, y así sucesivamente, por lo tanto no puede por cierto definirse propiamente como "ortodoxa" la doctrina expuesta por Hitler, en tanto la misma sea pensada hasta sus últimas consecuencias y desarrollada sin compromisos intelectuales.

Por lo demás se imponen aquí algunas consideraciones críticas. En primer término estaremos tentados de preguntar si, al estar toda verdad vinculada a una raza y al ser verdadera tan sólo para ésta, si la misma verdad según la cual se cree en este pluralismo, deba también reconocerse verdadera tan sólo con relación a una raza, si se la considera dictada por particulares características de éstas, o bien si es verdadera en manera universal y de manera supraracial para todas las razas de la tierra. Éste es el inconveniente y la contradicción a lo que conduce todo relativismo: el cual, en el momento de proclamarse como verdadero, llega a asumir, *mutatis mutandis*, justamente los caracteres de un absolutismo o universalismo. Pero dejemos a un lado tal objeción de carácter general y especulativo. Un aspecto positivo debe sin más reconocerse en la postura de Hitler: el de una reacción en contra de los mitos racionalistas, iluministas y democráticos de la decadencia europea. La doctrina de la raza es un valor en cuanto signifique primacía de la calidad sobre la cantidad, de lo diferenciado por sobre lo uniforme, de lo orgánico en contra de lo mecánico; en cuanto, sobre todo, proponga el ideal de una unidad profunda y viviente entre espíritu y vida, entre pensamiento y raza, entre cultura e instinto.

Sin embargo un ideal semejante permanece aun como indeterminado con respecto al contenido; en segundo lugar es algo que para valer tiene necesidad de encontrarse liberado sea del trasfondo fatalista como del elemento naturalista.

Respecto del primer punto, formularse la tarea de una síntesis creativa entre la idea innata de una raza y las condiciones materiales que se le imponen a la misma, hasta una "conformidad cristalina con el fin" no equivale ya a resolver el problema fundamental que es: ¿cuál contenido en cada uno de los casos debe hacerse acto en tal síntesis? ¿Cómo reconocer aquello que es tarea de una raza, y por lo tanto "verdadero", y no de otra? Hitler parece aquí tender a una solución pragmática, es decir practicista y empirista, en tanto que dice que, respecto de lo justo de una determinada concepción, es decir, respecto del derecho a valer para una determinada raza, resulta difícil pronunciarse, sino sobre la base de las consecuencias y los efectos que proceden de éstas entre los hombres que la han asumido. Pero entonces se cae en lo problemático, digamos también "experimental"; la famosa predestinación de parte de la "providencia" se convierte en un mito que sirve a la mayoría como una "idea fuerza", esto es, para reforzar sugestivamente una determinada vocación o persuasión; no se dice nada objetivamente respecto de un criterio que pueda justificar a priori y vincular justamente a una determinada raza con una determinada concepción o verdad. Es un poco curioso que Hitler conciba el mismo heroísmo como un mero "dato"; del mismo modo que hay un nacimiento bajo la especie de los gatos o de los elefantes, especies en donde cada una tiene una característica propia, de la misma manera se nacería bajo la especie de los héroes o no héroes, y el hombre heroico piensa y actúa heroicamente por naturaleza y característica de raza, más aun por predestinación y no por una libre acción interior. Y puesto que se dice también que toda acción que no es conforme con la característica étnico-espiritual innata es solo vía de decadencia, así también sería sólo decadencia por ejemplo para toda aquella raza predestinada a no ser heroica el esforzarse por asumir una verdad heroica y elevarse heroicamente. Este ejemplo vale para poner de relieve cuáles curiosas mezclas haya a tal respecto en las posturas de Hitler.

Pero hay más. Un punto fundamental es la distinción del hombre "nórdico-ariano" respecto de las característica del hombre que pertenece a

otras razas. Un tal punto no es resuelto por Hitler –por lo menos en el contexto de la exposición sobre la cual nos basamos, en la medida que él da simplemente como característica del hombre "nórdico-ariano" la de haber siempre producido, sea en la antigüedad como en los tiempos modernos "una síntesis determinante entre las tareas propuestas, el fin y la materia dada", por medio de un libre espíritu creativo. En efecto, ésta es una distinción que se reduce a la distinción entre aquel que sabe realizar la propia naturaleza orgánicamente, en un estilo propio de vida, y el que no sabe hacerlo. ¿Pero es que no hay estilo y estilo de vida? Realizar "clásicamente" el propio modo de ser es un ideal que puede ser realizado sobre la base de características sea helénicas como hebraicas, o japonesas o germánicas. El concepto permanece pues indeterminado, los rasgos característicos del famoso elemento "nórdico-ariano" permanecen en la oscuridad. Algo más positivo se lo tiene cuando Hitler hace mención a una oposición debida a la inclinación innata en ciertas razas por querer trascender el elemento naturalista, el sustrato primitivo de la existencia, para transfigurar los aspectos generales de la propia vida. Pero ello no es otra cosa que una mención. Todo aquello que en las antiguas tradiciones se remitía al carácter "sobrenatural" y "nacido dos veces" *–dvîya-* propio del *ârya* en su oposición con el *asurya*, con el hombre "oscuro" dominado por el elemento "demónico" de la naturaleza, apenas queda insinuado.

Por lo demás, una cuestión ulterior se impone, desde el punto de vista crítico. Dado que Hitler no piensa educar a videntes capaces de informarse directamente respecto de los planos preestablecidos por la divina providencia con relación a las distintas tareas y destinos de las razas; dado que, tal como se ha visto, no se da un criterio para determinar a priori el elemento espiritual, que una determinada raza deberá demiúrgicamente realizar, subsiste el peligro de terminar en un mero naturalismo y por ende en un materialismo. Queremos decir, que se puede siempre sospechar que, en lugar de una adhesión creativa y heroica de la raza respecto de la idea, se tenga una simple subordinación de la idea a lo que es dado como mera raza. En otras palabras, la simple constitución de una determinada raza, lo que la misma se encuentra siendo desde un punto de vista naturalista o también (en sentido empírico) históricamente, y lo que ésta asume por una cruda voluntad de existencia y de dominio, podrían convertirse en los únicos criterios, en función de los cuales, en manera pragmática, se llega

a decidir respecto de la verdad, la validez y la congeniabilidad para una determinada raza, de elementos propios de un plano superior, metabiológico, espiritual o cultural.

Deseamos subrayar la importancia de esta consideración, que pone en evidencia el escollo en contra del cual el racismo puede chocar. En especial en los días de hoy, al promoverse por todas partes a fuerzas de carácter inferior y colectivo, es esencial considerar este dilema: **o es el espíritu el que da forma a una raza** (en modo singular: a la nación) **o es la raza** (nación) **la que da forma al espíritu.** O de manera más sintética: **o una determinación desde lo alto, o una determinación desde lo bajo.** Quien cree que haya algo de carácter sofista y de cavilación en una tal contraposición no tiene conciencia de uno de los principales problemas del horizonte político contemporáneo.

Tal como hemos ya señalado existen dos tipos sea de racismo como de nacionalismo: **espiritual** el uno, **material** y pervertidor el otro. El hecho de que ambos constituyan una antítesis frente a la nivelación democrática e internacionalista y a la disgregación liberal, no debe conducirnos en lo más mínimo a confundirlos. En un caso, tenemos una emergencia del substrato prepersonal, por lo tanto promiscuo, de una determinada cepa, la que como "alma de la raza" adquiere una aureola mística, se arroga un derecho soberano y no le reconoce ni al espíritu, ni a la intelectualidad ni a la cultura valor alguno, sino en cuanto los mismos se transformen en un instrumento al servicio de un ente temporal y político. En tal caso raza y nación determinan en verdad un pluralismo disgregador, se constituyen en una multiplicidad de conceptos antagónicos los cuales, por su naturaleza, no pueden admitir algún superior y unitario punto de referencia. Es cuando el racismo adquiere un tal sentido en un nivel étnico y colectivo de carácter condicionado, lo cual hemos dicho que se encuentra en un contraste inevitable con toda concepción universalista como por ejemplo la católica.

Pero la cosa es muy distinta cuando la nación y la raza se presenten en verdad, y no en manera retórica, como conceptos espirituales y trascendentes: cuando lo que se encuentra en el centro no sea más ni la sangre, ni el alma colectiva, ni una tradición en sentido vulgar y empírico, ni la cruda voluntad de existencia y de dominio de un grupo, sino justamente, una **idea** casi como una fuerza determinante desde lo alto. No es aquí el lugar, y por lo demás sobre esto hemos hablado en diferentes

obras de manera mucho más extensa, sino que se puede hacer mención a que tal carácter ha presentado siempre todo tipo superior de civilización y de Estado en la antigüedad tradicional, y **sobre todo entre los pueblos arianos**. En tal caso, lo justo del racismo se limita a esto: en reconocer que la acción formativa de fuerzas superiores a la naturaleza misma, es decir sobre el elemento naturalista y biológicamente condicionado, debe ser tan profunda, de traducirse en una determinada herencia y en una determinada "forma" o "estilo" de vida, común a un determinado grupo. Pero entonces queda por igual firme el hecho de que tal herencia, forma o estilo no se explica en sí misma, no tiene en sí el propio principio, no es un mero "dato", como pueden serlo las características de una especie animal, sino apariciones y casi signos y consagraciones de una conquista de una más elevada fuerza.

Hitler escribe: "Los Griegos y los Romanos se hallaron súbitamente tan cerca de los Germanos en tanto que en sus raíces tuvieron una única raza fundamental, por lo que también las creaciones inmortales de los pueblos antiguos ejercen una atracción sobre sus descendientes emparentados racialmente". A nosotros en cambio nos parece que justamente este ejemplo debería llevar a algo que sea más que el mero racismo. En particular los Romanos y los Germanos se entendieron –y dieron a luz el más fuerte tipo de civilización que Europa no haya conocido nunca– en una época –el Medioevo imperial– dominada no por el particularismo racista, **sino por una idea universal**. El Medioevo nos muestra justamente uno de los más claros ejemplos de una unidad suprapolítica y supranacional que actuó formativamente desde lo alto; de un único principio que, lejos de ser menoscabado por los egoísmos étnicos y por las prevaricaciones nacionalistas, se aplicaba a las diferentes razas de maneras múltiples, aunque siempre tales, por una íntima afinidad de espíritu, en modo tal de dar lugar a un *corpus*, a una grandiosa y admirable *ordinatio ad unum* en la cual lo particular en tanto tal era convertido en una cosa vana y simultáneamente integrada en forma espiritual.

Por lo que hemos visto no sólo los escritos de Hitler, sino también los de los principales ideólogos nacional socialistas sostienen cosas similares. Es cierto que el requisito debe ser el de superar el colapso internacionalista, reintegrarse en valores de cualidad, raza y diferencia, **pero ello debe ser hecho en manera tal de no terminar en un pluralismo de unidades**

cerradas y de ideas pasadas al servicio de la materia y de la política empírica, en manera en vez de hacer posible la formación de una realidad superior, ecuménica, apta para unir virilmente a las naciones en el espíritu sin confundirlas en los cuerpos: tal nos parece que es el problema fundamental del futuro europeo.

III- LA LUCHA NACIONAL-SOCIALISTA POR LA "CONCEPCIÓN DEL MUNDO"*

Por lo que parece, la última consigna del nacional socialismo es: *Weltanschauung*, es decir: "concepción del mundo". En su reciente discurso sostenido ante los representantes estudiantiles de todo el *Reich*, Hitler manifestó textualmente: "Aquel que en el nacional socialismo ha tan sólo visto a un partido político en lucha para obtener algún tipo de influencia en el Estado, éste no ha aprendido nada del pasado ni tampoco ha comprendido las tareas del futuro". Y el Canciller ha concluido diciendo que la nueva generación no tiene la mera tarea de trabajar para el mantenimiento de todo aquello que es corpóreo, sino de ir mas allá, remitirse a "obras de una cultura verdaderamente inmortal". Ahora bien, en tal ideología el concepto de "cultura" es algo que se remite al de "concepción del mundo", *Weltanschauung*. Alfred Rosenberg, quien puede considerarse como el principal teórico del movimiento nazi, en el periódico por él dirigido, "*Völkischer Beobachter*", que es el órgano oficial del partido, ha manifestado algo mucho mas significativo con relación al vínculo existente entre la idea de Estado y "concepción del mundo". Él ha dirigido una critica a fondo en contra del concepto de Estado total o totalitario, es decir, ha refutado la idea de que para el nacional socialismo el Estado sea una realidad en sí, una criatura dotada de vida propia a la cual todo lo demás debe estarle subordinado, como por ejemplo en la concepción de Treitzsche. El Estado sería en cambio un **medio**: el medio a través del cual, aun autoritariamente, la "concepción del mundo" nacional socialista debe arribar a compenetrar totalmente al pueblo alemán. Análogas afirmaciones han sido hechas por otros exponentes del movimiento, como por ejemplo el ministro Goering.

Al estar las cosas formulas así, cabe preguntarse en qué consiste propiamente y en manera oficial esta *Weltanschauung* de la cual habla el nazismo. Un tal problema no es de fácil solución. Existe sí un sistema ideológico y de filosofía de la historia de rasgos sumamente seguros cual

**Bibliografia fascista*, IX, 5, mayo de 1934.

es el que justamente Rosenberg ha expuesto en su gruesa obra *El Mito del siglo XX*. Pero tal obra, en su primera edición, trae la advertencia de que las ideas contenidas en la misma no tienen un carácter oficial de partido, sino personal. Por lo demás, luego de la revolución, esta obra ha sido reeditada en edición popular, difundida a través de miles de ejemplares y recomendada oficialmente a las escuelas, mientras que Rosenberg ha pasado a dirigir todas las organizaciones educativas y culturales de Alemania. Ha sido justamente este ultimo hecho lo que ha provocado que la obra de Rosenberg hubiese sido puesta en el Index por parte de la Iglesia Católica. Ante lo cual Rosenberg ha contestado con un discurso sostenido en *Reichstag* titulada: *La lucha por la concepción del mundo (Der Kampf um die Weltanschauung)*; discurso del cual ahora nos queremos ocupar brevemente. Digamos enseguida que los resultados de este examen no serán reputados por todos como satisfactorios. Sucede que Rosenberg en tal discurso, en razón de la misma naturaleza oficial del mismo, no ha reafirmado sino tan sólo parcialmente lo manifestado en su libro, cayendo en oscilaciones muy significativas y padeciendo la influencia del factor propiamente político (que para nosotros no es el mejor) de su actividad. Por otro lado, si nosotros buscásemos en otras partes mejores puntos de referencia respecto de esta famosa *Weltanschauung*, no los encontraríamos, siempre que se desee algo "oficial". Son oficiales las expresiones relativas a un racismo crudo y desnudo, pero éstas no pueden denominarse sino tan sólo abusivamente como "concepción del mundo". Las actitudes de los autores del "frente antisecular", como por ejemplo las que se remiten a la *Hanseatische Verlasanstalt*, se encuentran en un nivel mas alto, sin embargo no son "oficiales". En cuanto a los exponentes del conservadorismo conciliado con el nazismo, como por ejemplo Everling, nos parece que han sido marginados en la Alemania actual, por más interesantes y elevadas que sean sus posturas ideológicas. Por lo tanto el mejor partido sigue siendo el de escuchar lo que Rosenberg ha dicho en su reciente discurso, utilizando además alguna idea del mismo Hitler

El exordio de Rosenberg es la afirmación de que la guerra mundial ha operado una fisura entre dos épocas las cuales, en el fondo, no estaban más mantenidas unidas por alguna conexión profunda. Una tal afirmación, en sus desarrollos, presenta una doble faz: positiva la una, negativa la otra.

La faz positiva se la tiene allí donde como concepción del mundo de la

preguerra se acusa sobre todo a la liberal y luego a la marxista. Es justo, aunque no original, el relieve de Rosenberg de que la tesis liberal, la cual originariamente se refería al ideal de una realización de la personalidad en particular, finalmente se ha invertido destructivamente en un racionalismo cosmopolita separado de la vida, de la sangre y de toda realidad nacional, teniendo a su vez como contraparte a la omnipotencia de la industria "judaizada" y del dinero. Pero el advenimiento de un abstractismo semejante poco a poco ha despertado como un contrapunto ante sí el levantamiento de las masas proletarias internacionales, con la concepción marxista del mundo y la apelación marxista a la solidaridad de todos los proletarios para la lucha de clases. En esto Rosenberg ve justamente el absurdo de creer que un orden nuevo pueda ser alcanzado incitando a la rebelión de una parte en contra del todo. A tal respecto Hitler ha agregado que esta subversión presenta también una contraparte biológica: bajo los símbolos de la internacional socialista se ha tenido una apelación a algo **elementalmente** biológico común a todos los estratos europeos, la reivindicación de una especie de oscuro substrato sub-nacional y pre-nacional, en nombre del cual se ha proclamado un frente único en contra de otros elementos, biológicamente más diferenciados, de los cuales procedió la multiplicidad de las tradiciones europeas. Estos otros elementos estaban por ser desplazados por el hecho de haber perdido su fuerza originaria, es decir, por haberse reducido a meras ideas político-estatales, privadas del fundamento viviente que sólo pueden venirle del elemento **raza**. Hasta aquí Hitler en su discurso a los jóvenes. Sobre tal base Hitler afirma y Rosenberg repite que Alemania habría entrado en disolución **ya antes de la guerra**. Afirmación que desde nuestro punto de vista es sumamente singular. Hitler acusa al pensamiento político alemán de preguerra de haber descuidado los presupuestos racistas-nacionales reclamados para toda vida social y de haber abierto con esto virtualmente las vías de la decadencia.

Es en este punto que la parte positiva de tal ideología comienza a confundirse con la negativa. Nosotros constatamos un singular desconocimiento de la fuerza de lo que Rosenberg denomina como formas residuales del Medioevo, presentes en la Alemania de la preguerra, ante la fuerza del elemento marxista y liberal. Alemania, cuando era imperial y prusiana en el buen sentido del término, se mantuvo perfectamente unida, en una armoniosa articulación de clases y de diferente reinos, sin tener

ninguna necesidad del "racismo" y de aquella preocupación de "socialización" nacional que hoy en la mente de muchos ideólogos nazis forma casi un papel de verdadera obsesión: bastándole para ello algo sumamente mejor, como el principio del lealismo, de la fidelidad, del orgullo en el servicio, de la disciplina militar. Así pues cuando Rosenberg dice que "la revolución alemana comenzó en agosto de 1914", nosotros le podríamos mostrar la capacidad de superar, en el nombre del romano *suum unicuique tribuere*, todo espíritu de parte, y darle razón: ¿pero en qué sentido? En el sentido de reconocer que el clima general de la Europa de preguerra estaba inficionado de democracia masónica, de liberalismo, de materialismo económico, de hipócrita humanitarismo; que de un tal clima lamentablemente se resintió también una parte de la ideología asumida por lo Aliados y que encuentra su conclusión en los famosos puntos wilsonianos, mientras que los Imperios centrales descendieron al campo de batalla como naciones aristocráticas y semifeudales, herederas en el fondo de lo que podía aun conservarse de la "concepción del mundo" propia de nuestra común civilización medieval, sea también en formas inadecuadas de afirmación, que debían conducir a un derrumbe. Ahora bien no es en tal sentido que Rosenberg dice que la revolución alemana ha tenido comienzo en 1914 (del mismo modo que nosotros podríamos decir que la revolución italiana comenzó en 1915, como primera instintiva reacción ante el mundo político europeo e irrupción del espíritu heroico, que debía tomar conciencia de sí y justificarse pasando a los ideales romanos e imperiales del fascismo). El sentido de la frase de Rosenberg es en vez dudoso: hay allí antiliberalismo y antimarxismo, pero parece que hay algo que se resiente de la aversión que, ya en ocasión de 60 aniversario de la fundación del *Reich* y del ultimo genetliaco del Káiser, algunos oradores nacional socialistas han profesado en contra del antiguo régimen alemán, llegando a decir que no sólo los Hohenzollern, sino también los Habsburgo e incluso los Hohenstauffen tuvieron en el fondo una actuación negativa hacia el pueblo alemán. Que también Rosenberg se resienta en alguna manera de ideologías de tal tipo, ello parece acontecer a partir de este pasaje de su discurso: "Para nosotros el representante del ideal alemán del *Reich* no es Carlo Magno, sino su duro adversario Widukind, jefe de los sajones. El Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica no es el antecedente del Tercer Reich nacional socialista, sino como precursores

de éste nosotros consideramos a todos los grandes rebeldes en contra de aquel Imperio, sea que éstos actuasen en los marcos del ideal de una monarquía universal, como el gran Federico II Hohenstauffen, sea que éstos surgiesen en contra del césaro-papismo denominándose un Enrique el León, un Federico Guillermo de Brandenburgo, un Lutero, un Hutten, un Federico el Grande o un Bismarck. Hoy en este recodo de los milenios, podemos declarar que si en el octavo siglo el jefe sajón Widukind cayó, en el siglo veinte, en Hitler, él vuelve vencedor".

Nosotros no nos pondremos aquí a resaltar cuántos temas disparatados y contradictorios se agrupen en estos pocos renglones tan característicos. Quisiéramos tan sólo preguntar cómo es posible rechazarlo a Carlo Magno y exaltar en cambio a Federico II, habiendo sido ambos exponentes de una misma idea, con el agravante de que la corte de Sicilia y las innovaciones introducidas por este último en materia de derecho feudal preludian un "racionalismo" de aquellos que, si bien no esta aun "judaizado", sería muy poco agradable para los nazis. Por otro lado ¿qué significa decir que Hitler es una especie de reencarnación victoriosa de Widukind? ¿Cuál es el Carlo Magno contra el cual este *avatar* habría retomado su venganza? Para la libertad del pueblo está bien, ¿pero para la nación germánica? La realidad es que nosotros podemos considerar a la revolución nazi como positiva tan sólo como una contrarrevolución, como un anti-Weimar y un anti-Versailles, además que una revuelta en contra del liberalismo y el marxismo. En cuanto a los mencionados apéndices históricos, los mismos o no tienen algún sentido, o tienen sólo uno negativo. Y no existe quien no vea lo arriesgado que sea, de parte de Rosenberg, reducir la verdadera tradición germánica a otra cosa que no sea una tradición de simples "rebeldes" y contestatarios.

Rosenberg en su *Mito del siglo XX* ha sostenido ideas valerosas que nosotros apreciamos sinceramente, del mismo modo que él demostró un similar interés respecto de ideas análogas que nosotros tuvimos ocasión de defender en Italia. Por tal motivo nos desagrada sobre manera tener que verlo en tales oscilaciones doctrinarias, las que pueden ser comprendidas, pero de ninguna manera justificadas. Se puede por ejemplo comprender la razón de ser de una antitesis dialéctica o táctica del nazismo ante algunos elementos del antiguo régimen, pero para pasar de esto a un proceso en contra del **principio** de este mismo régimen hay que dar un paso más

vasto, que si bien puede efectuarse en el plano de una política empírica, no debe hacérselo en cambio en el doctrinario. La preocupación por conservar la integridad de una raza y de una estirpe es legitima, pero cuando esta preocupación se convierte en fanatismo, poniendo en un mismo plano a la **anti-raza** (el internacionalismo) con la **supra-raza** (el antiguo ideal del Imperio), entonces ello se convierte en una desviación peligrosa. En razón de todo esto, el concepto de esta famosa "concepción del mundo" nacional socialista permanece en un plano de objeción. Lo que del mismo parece pues recabarse es lo siguiente: **superación sea del liberalismo y del socialismo, así como del tradicionalismo aristocrático-imperial en el nombre de una nueva unidad entre raza y espíritu a cumplirse en la totalidad nacional socializada.**

En efecto Rosenberg invoca aquel "heroísmo interior" que consiste en resolver problemas aun cuando a ello se le oponen las más arraigadas costumbres mentales, y dice que el primer reconocimiento que debe hacerse sobre la base de tal coraje es que "sangre y carácter, raza y alma son sólo designaciones diferentes para una única esencia"; que "la revolución nacional socialista, agotada en lo que se refiere al poder político, desde el punto de vista histórico-espiritual se encuentra sólo en sus comienzos y la primera consecuencia de tal postura es que alma y raza se intercondicionan, que un alma nace con una determinada raza y decae cuando decae ésta". Tal debería ser la premisa para toda nueva interpretación de la historia, de la cual Rosenberg en su discurso nos da un breve ejemplo con referencia a Grecia, pero que él ha ampliamente expuesto en el ya citado *Mito del Siglo XX*.

Por lo cual nos reencontramos en el punto anterior, es decir, volvemos a preguntarnos si las tesis expuestas en tal libro deben o no ser consideradas ortodoxas a los efectos de una definición de la concepción nacional socialista de la vida. En efecto, aun concebida así, la idea de interdependencia entre el alma y el cuerpo de una determinada raza, permanece como formal, indiferenciada, válida tan sólo como un simple esquema. Lo esencial y decisivo es en cambio **la doctrina de la raza en función de filosofía de la historia**, puesto que sólo entonces se puede superar aquella indeterminación y arribar a un contenido positivo para la concepción del mundo propia del nazismo, válida para la raza alemana y no para las restantes. Ahora bien, el único tentativo de una determinación de tal tipo que, a diferencia de lo intentado por Günther [1], no se restrinja a la mera

antropología, sino que se desarrolle también en los marcos de una filosofía de la cultura, es justamente el de la obra de Rosenberg. También Hitler en otras ocasiones, por ejemplo en el discurso *Profesión de fe heroica*, ha intentado arribar al contenido del concepto de "hombre nórdico-ariano", pero con un resultado sumamente insatisfactorio; puesto que, hablar de "heroísmo creativo", de "síntesis determinante entre los deberes propuestos, el fin y la materia dada", de "conformidad cristalina con el fin innato" y así sucesivamente, es, nuevamente un hablar de caracteres formales y de capacidad instrumentales, no es definir en verdad un **contenido** que sea propio de una raza y no de otras. En suma, nosotros sabemos que la concepción nacional socialista es la que sostiene la ecuación espíritu-raza, pero, de parte de Hitler, nosotros no sabemos para nada cuáles sean propiamente los términos de esta ecuación con relación a la *Weltauschauung* que el Estado nazi debería infundir en el pueblo alemán.

Es en cambio Rosenberg quien nos podría decir algo más puesto que él ha trazado una filosofía de la historia de la raza nórdica primordial a partir de su prehistoria ártica hasta las diferentes derivaciones en las distintas civilizaciones indoeuropeas e indo-germánicas de los tiempos históricos adentrándose hasta el Medioevo y la Edad Moderna. Aquí no es por cierto el lugar de corroborar detenidamente la solidez de esta reconstrucción de Rosenberg. Diremos tan sólo que nosotros mismos hemos tenido ocasión de tratar este tema y, con relación al resultado de tales investigaciones, podemos decir que es tan legítimo dar, a través de un estudio comparado de las tradiciones orales y escritas, de los mitos y de los recuerdos de los pueblos antiguos más variados, un contenido suficientemente positivo a la idea de la civilización nórdica primordial (para evitar equívocos nosotros hemos preferido en cambio usar la

[1] De K. F. Gunther han sido traducidas al castellano obras tales como *Religiosidad indoeuropea* y *Platón custodio de la vida*, a partir de la versión italiana de Ediciones Ar. Respecto del mismo es interesante relevar la muy profundizada rescensión critica efectuada por Evola en *Il Conciliatore* de agosto de 1970. Allí él hacia notar como "Gunther había operado un grave menoscabo de la herencia de la espiritualidad indoeuropea al negar o desconocer aquella que podríamos denominar como la "dimensión de la trascendencia" en el orden humano no menos que en el divino". Renato Del Ponte hace notar cómo tal limitación hoy es común no sólo a tales autores germánicos, sino que es principalmente una característica principal de la "Nueva Derecha" francesa de Alain de Benoist. Para una contraposición crítica entre Evola y Günter véase nuestro texto *La superación del racismo: Evola y Günter* en www.geocities.com/Athens/Troy/1856/Pagine.htm

expresión hiperbórea o boreal) con caracteres de alta y viril espiritualidad, de la misma manera que es también problemático formular una interdependencia entre elementos culturales y elementos étnicos así como hace Rosenberg y aun más Günther y en grado menor Wirth. Ello ya a partir de los primeros tiempos propiamente históricos; mientras que es luego incluso arbitrario hacer del espíritu de aquella civilización prehistórica el monopolio de una cualquiera de las razas que entre flujos y reflujos de todo tipo han hecho aparición en el mundo moderno. En otras palabras, el mito "nórdico", en la forma en la cual puede tener objetivamente consistencia, se refiere esencialmente a un tipo general de civilización y de espiritualidad, por lo cual tan sólo abusivamente se lo puede poner al servicio de los exclusivismos de un racismo y de un nacionalismo moderno. En el sentido aquí mencionado, un elemento "nórdico" se lo encuentra no sólo entre los antiguos Escandinavos, sino también en la China arcaica, en la India, en Persia, en Egipto, en Grecia, en Roma, e incluso en el antiguo México, más aun incluso en el ámbito filisteo de las civilizaciones semíticas (el mismo antisemita Rosenberg lo admite) y así sucesivamente. De tal modo lo "nórdico" y lo "germánico" se convierten en una cosa específica, por lo que el derecho a referirse integrativamente a ello no es mayor del que poseen otras razas, empezando por la nuestra, de poder reivindicarlo para sí mismas.

En cambio aquí los ideólogos racistas hacen una especie de yo-yo dialéctico *ad usum delphini*. De lo bajo hacia lo alto: es decir, pasaje de lo germánico hasta lo nórdico puro. Luego, desde lo alto hacia lo bajo: una vez alcanzados horizontes y valores, en el fondo, super-étnicos, experiencias de enteros ciclos de pueblos, formas de cultura anteriores y superiores, por su misma naturaleza, a todo particularismo naturalista, he aquí como se pasa a hacer de todo esto la "concepción del mundo" que sería eminentemente propia de la Alemania de hoy en día. Pero la cosa se vuelve incoherente y los nazis se encuentran ante tal dilema: o ellos mantienen su exclusivismo y entonces el concepto de "concepción del mundo" queda en ellos como algo vago e indeterminado, aun rebajado a meras nociones biológicas y cuanto más ético-artísticas; o bien ellos llegan a determinar tal concepto de lo "nórdico" a través de una filosofía de la historia del tipo de la de Rosenberg o de Wirth, y entonces no tienen manera de pretender tal monopolio y de impedir que en la ecuación espíritu-raza el primer término adquiera una extensión lógica e histórica mucho más vasta del

segundo.

Algo más resulta de nuestras mismas investigaciones: si se tuviese verdaderamente comprensión de aquello que, como elemento "solar" y "regio", fue siempre propio de los tipos "nórdicos" (siempre en un sentido super-étnico) de civilización, entonces a los nazis se les impondría también un reconocimiento de varios aspectos de la antigua tradición aristocrática alemana, mayor del que ellos parecen dispuestos a hacer a través de ciertas construcciones "sociales" y "dictatoriales" que, a pesar de todo, en ellos tienen un sabor tan sólo jacobino.

Y entonces arribamos al último punto del discurso de Rosenberg, que se resiente justamente de la condena que su obra ha tenido por parte de la Iglesia. Aquí no podemos decir extensamente cómo llegar a la determinación "nórdica" de la *Weltanschauung* nazi signifique arribar a concepciones en decidido contraste con las católicas y cristianas en general. Rosenberg no ha hecho misterio alguno de tal contraste, es más, en su *Mito del siglo XX* se ha complacido con las expresiones más duras en contra de la Iglesia. A tal respecto, hay que decir sin embargo que la Iglesia podría tener razón también allí donde la misma se ha abocado a estigmatizar el aspecto de mero misticismo de la sangre que aparece en tal obra y a afirmar el derecho de una verdad más alta que la relativa a un mero particularismo étnico. El verdadero contraste surge sin embargo cuando este aspecto inferior es eliminado, cuando al "nórdico" se le confiere el mencionado significado de "categoría" espiritual, es decir de un tipo universal de actitud frente al mundo, a la vida y a lo sagrado, que, si es pensada hasta las últimas consecuencias, justamente en razón de sus premisas inmanentes, heroicas y "solares", deja ver en el espíritu cristiano algo inferior, nietzscheanamente, un *pathos* semítico-plebeyo y un servilismo ante lo divino extraño a la asunción viril aristocrática de la espiritualidad propia de las formas más elevadas de las civilizaciones indoeuropeas, presente en la misma Roma antigua y, aun bajo la forma del compromiso, en el gibelinismo medieval. Si nos ubicamos en tal plano, hay muy poco para hacer. Todas nuestras investigaciones contenidas en la obra antes aludida [2], confirman y refuerzan tal incompatibilidad. Por lo cual hallamos a Rosenberg en la perplejidad.

Pero una vez que se ha convertido en el orador oficial del *Reichstag* y en jefe de las organizaciones educativas alemanas, él busca una solución a

[2] *Rebelión contra el mundo moderno*, Ediciones Heracles, 1994.

través de falaces distinciones de competencia. Pero él se impone un dilema análogo al acusado mas arriba: si el contraste debe ser evitado, si no se debe declarar abiertamente el anticristianismo de la *Weltanschauung* nacional socialista (y atención que Rosenberg mancomuna en su negación a la Iglesia católica y a la evangélica), esta *Weltanschauung* retorna al estado indeterminado, pierde su verdadero alcance y su integral contenido, aun cuando no descienda al plano de aquel racismo vulgar en contra del cual la Iglesia tiene pleno derecho a rebatir, y la afirmación de aquel obispo alemán de que no valía la pena salvarse de la barbarie bolchevique para terminar en una barbarie germánica no deja de tener su valor. O bien si se mantiene firme en la "concepción del mundo" integralmente "nórdica", y entonces hay que tener el coraje de encuadrarse sin más en contra de las confesiones cristianas, aventura en la cual no se sabe hasta qué limite un Partido, por mas fuerte que sea, se pueda arriesgar.

De todos modos, es una falsa vía de solución aquella frase de Rosenberg: "La lucha en nombre de los dogmas ha concluido y ha tomado inicio la gran lucha por los valores". En efecto, ¿qué es lo que son los dogmas sino valores de carácter trascendente revestidos en forma de autoridad? Otra incongruencia: "El Estado nacional socialista no puede ser el instrumento de una particular confesión religiosa".

"Una cosa es el partido y otra la fe que se tenga. Cuando un nacional socialista endosa la camisa parda deja de ser protestante, católico o adherente a la Iglesia alemana, etc. es tan sólo el miembro militante de la nación germánica. Como persona individual tiene sin embargo el derecho de tomar la postura que desee ante los problemas religiosos". En efecto, ¿qué es lo que puede significar todo esto? ¿No se ha repetido en todas las maneras posibles que el Estado nazi no es una mera realidad política y agnóstica, sino un instrumento para la afirmación de un contenido espiritual, para una revolución en el sentido de una "concepción del mundo"? ¿No ha acaso dicho Rosenberg que la mística de la sangre nórdica debe asumir el mismo valor religioso de los antiguos sacramentos? ¿Cuáles límites pueden separar en verdad confesión religiosa de "concepción del mundo"? Resulta pues en una especie de nueva teoría de la "doble verdad" que Rosenberg trata de hallar una vía de salida y una conciliación entre el

hombre político y el autor del libro anticristiano. Pero el dilema ya indicado lo persigue. Una vez más: o todo vuelve a caer en el mero racismo cual zootécnica humana y en la mera disciplina político social agnóstica ante los problemas más decisivos para el espíritu y para la historia –y entonces resulta abusivo hablar de "concepción del mundo" y de "revolución". O bien se habla sensatamente de *Weltanschauung* nórdica en el ya notorio sentido de categoría espiritual referida a las tradiciones solares más elevadas del ciclo indoeuropeo, y entonces es necesario justamente remitirse a aquel "coraje interior" al cual Rosenberg había ya hecho apelación, y decidirse por antítesis muchos mas poderosas y peligrosas que las sustentadas en contra del marxismo o del judaísmo internacional.

Así pues en el conjunto de la problemática, de la cual en las siguientes notas hemos tratado de individualizar sus elementos principales, el título del discurso de Rosenberg: *Lucha por la concepción del mundo* no podría haber sido mejor encontrado. Tan sólo se trata de una lucha interior, espiritual, mucho más que una externa o nacional. Obstrucciones de un materialismo biológico que, a pesar de todo, se resienten de las banalidades darwinianas; un *pathos* nacionalista y conjuntamente a ello una nostalgia por los libres horizontes espirituales de los orígenes; reacciones instintivas en contra del régimen que ha conducido a la aventura de la guerra y dudosas actitudes de "socialización"; insufribilidad anti-internacionalista, y anti-universalista que sin embargo oscila en confusiones entre la antinación y la supra-nación (imperio); aspiraciones hacia una espiritualidad más concreta, heroica, viril y originaria que la cristiana y, conjuntamente a ello, desconocimiento del ideal ecuménico de Roma y amenaza de un nuevo galicanismo de tipo naturalista-pagano: mito y biología, tradición y revolución: todos estos elementos se agitan todavía en manera babélica en el alma alemana dentro de su lucha por la "concepción del mundo". En razón de su presencia confusa, tal lucha debe concebirse como aun ahora tan solo en sus comienzos. Serán necesarios hombres provistos de un coraje interior y de una firmeza de voluntad aun no revelada, hombres capaces de desapegarse de lo contingente y de lo pasional y de recabar de la adherencia a verdaderos principios de fuerza por una acción absoluta, espiritual y práctica, a fin de que esta lucha pueda arribar a su conclusión en un sentido saludable para los destinos de una raza que, luego de la romana, ha sido la dadora al Occidente de elementos de grandeza.

IV- PARADOJA DE LOS TIEMPOS: PAGANISMO NAZI = ILUMINISMO LIBERAL *

Alfred Rosenberg responde.

El autor del famoso *Mito del siglo XX*, que tantas repercusiones y polémicas ha suscitado en Alemania y afuera, se ha decidido a pasar al contraataque, con un pequeño libro que se titula *A los oscurantistas de nuestra época*, salido recientemente en Münich.

Rosenberg sostiene que él no pretende asumir a tal respecto la representación política del nazismo. De esta manera nos permite ocuparnos de su respuesta con plena independencia de nuestras relaciones políticas con Alemania. Pero por otra parte no deja de ser cierto que el libro fundamental de Rosenberg, esto es el *Mito*, se ha convertido en una especie de guía espiritual en muchos estratos de la nueva juventud alemana, en el contexto de una benévola tolerancia por parte de las autoridades: por lo cual no se trata de la simple profesión privada de fe de un pensador en particular, sino de algo que posee el carácter de una "corriente". Por lo tanto es interesante ver qué es lo que Rosenberg pretende decirnos en defensa de sus posturas en contra de los ataques dirigidos sobre todo por parte de sectores católicos. El nuevo libro en efecto es esencialmente una respuesta en contra de una publicación de la diócesis de Münster, efectuada por un grupo de estudiosos eclesiásticos, los cuales, sin entrar en una lucha verdadera y propia, es decir en una oposición a las concepciones centrales, querían denunciar todos los errores y las deformaciones históricas y doctrinarias contenidas en la principal obra de Rosenberg.

Nosotros habíamos esperado que el tiempo le hubiese aportado a Rosenberg madurez y que diferentes críticas y repercusiones lo hubiesen incitado a profundizar mejor sus tesis y a liberarlas de las múltiples limitaciones de muchas antipáticas posturas militantes. Nada de todo esto es lo que sucedió, sino todo lo contrario. Rosenberg se ha endurecido justamente en todo aquello que de más negativo y limitativo había en su libro. Y ha terminado por tal camino develando el peligro que el mismo

* *Lo Stato*, julio 1935.

representa en la medida en que la juventud alemana continúe haciéndose sugestionar por éste en vez de volver a hallar un camino hacia el equilibrio y a normalidad.

No entraremos aquí en los detalles, tanto más que la respuesta de Rosenberg se reduce a una guerrilla condimentada con enojos no del todo simpáticos, en tanto que muchas veces deja a un lado la compostura debida para pasar de un plano doctrinario a uno abiertamente político, tratando de descubrir en sus adversarios católicos a remanentes de los antiguos secuaces del partido de centro, enemigo del nacional socialismo, para golpear el martillo en los lugares comunes de un nacionalismo extremista y racista mal entendido.

C'est le ton qui fait la chanson. Y aquello que es interesante resaltar del enardecido librito de Rosenberg es tan sólo el nivel al cual desciende el famoso neopaganismo germánico en las manos de tal autor. Aquello con lo cual nos encontramos en efecto no es ni más ni menos que todo el arsenal anticlerical de los beatos tiempos de Voltaire y compañía, de las reivindicaciones del "libre pensamiento" y en suma del iluminismo laico y racionalista. Los mismos lugares comunes en contra de la Inquisición (¿por qué Rosenberg no nos cuenta nada respecto de los métodos de tortura que se usaban en ese mismo período en las ciudades alemanas no católicas?), la misma polémica en contra del "oscurantismo" de la doctrina católica, la misma denuncia en contra del legado constantiniano y por lo tanto del derecho de la Iglesia al poder temporal, la misma concepción de todo lo que es rito y sobrenaturalismo como invención de curas para hacerse obedecer, para dominar y controlar las conciencias, la misma repudiable exaltación de todo lo que es mera investigación naturalista y científica y moral "autónoma", basadas la una y la otra no en el espíritu, sino en las "leyes eternas de la naturaleza". No hablemos luego de la trillada identificación del romanismo con el judaísmo, respecto de aquel conjunto de "historietas para mercaderes de ganado y rufianes" que sería el Antiguo Testamento y otras bromas del mismo género.

Lo interesante es más bien el curioso desplazamiento de fuerzas desde un frente hacia el otro: toda una pseudo ideología, que ayer se encontraba en el más estrecho servicio del liberalismo, del socialismo y de la democracia racionalista hoy pasa en vez al servicio del nacionalismo racista antiliberal y antidemocrático y de la nueva religión de la estirpe germánica.

Ahora bien, en razón de un fenómeno de tal tipo no se puede no recordar su más preciso antecedente: la religión de la Revolución Francesa, en donde el feroz anticlericalismo encaminaba la demagogia colectivista hacia la comunión con el culto por la Diosa Razón.

Por cierto, Rosenberg no teme ser tomado demasiado en serio y no se debe generalizar más allá de la justa medida. Pero tampoco hay que ignorar que tendencias múltiples en Alemania actúan desde varios frentes en el sentido de producir una verdadera y propia involución, que se resume en la fórmula de un "materialismo divinificado", y como tal sumamente más peligroso que el materialismo puro y simple, chato, bidimensional. Que el objeto de tal materialismo sea la "vida", la "raza", la "nación", la concepción "trágico-heroica", etc., ello es exactamente lo mismo y en cuanto al retorno al paganismo surge aquí el más grave de los equívocos, justamente el equívoco que desean los católicos menos advertidos y más atrapados por la apologética militante, para poder tener muy fácilmente la razón respecto de adversarios incómodos y de todo tentativo de llevarlos más allá de sus mismas limitaciones. Mientras que el mundo pagano en sus formas más elevadas de Occidente y de Oriente no estuvo caracterizado por la inmanencia sino en el sentido de dar como algo "presente" un carácter sacral y un significado trascendente a cada acto, a cada institución, a cada ley de esta vida, la interpretación tendenciosa del neo-paganismo es la de un mero "naturalismo", es la vieja historieta de la "selva" contrapuesta al "templo", de una nueva divinización de las fuerzas naturales, es decir de aquella misma realidad que luego la ciencia laica llegará a conocer en sus términos verdaderos, positivos y no alegóricos.

Ahora bien, es éste exactamente el punto al cual arriba el neo-paganismo de Rosenberg y de varios de sus colegas: va a terminar –milagro de los milagros– justamente en concepciones que se recabaron ni más ni menos que del catolicismo, pero ni siquiera del alto catolicismo ascético y ritual, sino del militante y faccioso. Por lo cual esta mueva "mística" que Rosenberg querría regalar a las nuevas generaciones germánicas no sólo es reprobable en tanto desconocimiento de los valores más altos, universales, romanos, presentes en la religión católica, sino que es también reprobable como una falsificación del mismo "paganismo". Y nosotros incluso podríamos mostrar que siniestras devastaciones y nuevos fervorosos apóstoles de la raza nórdica han operado con interpretaciones deformadoras

e infectadas de los prejuicios más modernos justamente en las mismas tradiciones mitológicas y heroicas nórdicas de los *Eddas*, de las cuales ellos muestran pues ser los primeros en no entender nada.

En el estado actual de Alemania, estas excrecencias ideológicas afortunadamente no pueden considerarse sino como residuos, como residuos del elemento revolucionario de izquierda. Este sector, en el ámbito de las fuerzas políticas, ha sido defenestrado con la muerte de Röhm, con la represión de la "segunda oleada" (que tenía como meta el nacional comunismo), con el desarme de las tropas de asalto y con la preeminencia de la *Reichswehr*; en el ámbito económico, la misma superación se ha tenido con la destitución de Feder y con su sustitución por parte de sectores de un pensamiento que es nacional, pero no "social". Permanece sin embargo aun el residuo cultural, constituido por las ideologías extremistas respecto de la raza y de la autarquía de la raza ante todo superior principio de carácter espiritual y religioso, comprendido el catolicismo, con el consecuente neopaganismo iluminista, anti-eclesiástico y, en un sentido malo, revolucionario. Es de desear que también este elemento pronto sea eliminado y que también en el campo de la política cultural en Alemania penetre una condición de mayor equilibrio, base para todo intercambio espiritual y para toda colaboración europea.

V- ¿EL NAZISMO ORIENTADO HACIA MOSCÚ?*

Los hechos acontecidos el 30 de junio de 1934 en Alemania, conocidos como "*La noche de los cuchillos largos*", han tenido en su conjunto el siguiente significado: a) Eliminación de elementos "incómodos" de diferente naturaleza; b) Eliminación de una tendencia de extrema izquierda (escuadras de asalto, denominadas de la "segunda oleada", ya denunciada por von Papen, vinculada a Röhm); c) Eliminación de una extrema derecha que pretendía utilizar tácticamente a los elementos de izquierda con la finalidad de desplazar al nacional-socialismo y luego alzarse con el poder (von Scleicher).

Desde el 30 de junio hasta la fecha el nazismo se encuentra aun en una oscilación que lentamente parece ir decidiéndose hacia la derecha, aun en un sentido moderado. El centro del movimiento parece sin embargo sustraerse al influjo de las escuadras de asalto para quedar determinado por el de la *Reichswehr*. Pero es posible que un tal desarrollo no tenga un curso totalmente regular (hay quienes mencionan a Göring en lugar de von Papen) y que en un determinado momento se verifique una reacción de los elementos propiamente "revolucionarios", entre los cuales se encuentran quienes ya vienen hablando de una "traición" de Hitler. Puede al respecto resultar útil saber qué es lo que quieren estos elementos, cuál sea su ideología, a cuáles ideales ellos querrían dirigir a Alemania a través de la utilización del nacional-socialismo.

Para tal fin nos resultará útil un libro que ha salido en la vigilia de la revolución nazi y que por esto pudo gozar de una plena libertad de expresión, definiendo con claridad y con coraje conceptos que naturalmente hoy no vienen a la superficie de manera nítida, pero que no por esto cesan de ser acariciados por estratos del nazismo a los cuales hemos hecho referencia. Aludimos al libro de Karl Dryssen titulado *El Mensaje de Oriente* y subtitulado: *Fascismo, nacional-socialismo y prusianismo*, en el cual resulta sugestiva su tapa en fotomontaje en donde sobre un fondo rojo se despliegan las figuras de Mussolini, de Hitler, del Cardenal Gasparri,

* *Lo Stato*, VI, 3, marzo 1935.

además del desfile de repartos de asalto con estandartes desplegados bajo la puerta de Brandenburgo.

Las consideraciones del autor se desarrollan esencialmente sobre el plano de la mera política económica, recabando ya con esto horizontes sumamente limitados. Aquí, según él, existirían dos mundos opuestos, separados por la línea del Rin, y designados como "Oriente" y "Occidente". "Occidente" para Dryssen significa el mundo del liberalismo, de la democracia, del internacionalismo, y luego, esencialmente, del **capitalismo.** Pertenecerían al mismo Norteamérica, Francia, Inglaterra, con las máximas del libre comercio y con su imperialismo financiero. A tal sistema le sería propio en definitiva el principio del individualismo en lo interno, y en lo externo el del imperialismo. Su liberalismo sería una hipocresía al servicio de una acción hegemónica o destructiva sobre los otros pueblos.

El "Oriente" para Dryssen significaría en cambio y sobre todo Alemania: a un tipo industrial y capitalista de Estado se le opondría un Estado esencialmente agrario; al individualismo, el espíritu social; a la economía imperialista e internacionalista una economía de consumo, con directa relación con el propio suelo y con la propia sangre.

De acuerdo a nuestro autor la guerra mundial habría significado un asalto del Occidente en contra del Oriente. La misma marcaría el momento crítico en el cual la idea individualista-capitalista ha hecho saltar los límites naturales del propio mundo y se ha convertido –si se lo puede decir así– en explosiva con el intento de abatir y doblegar bajo su sistema –indiferente a la tierra y a la sangre– a aquella parte de Europa que aun se le resistía o que podía resistírsele. Cada uno ve que ya Dryssen considera las cosas en modo arbitrario o al menos unilateral. Ha sido justamente por parte de elementos alemanes y nazis que se ha achacado a la Alemania del emperador Guillermo, que padeciera el ataque por parte del "Occidente", de haber tenido siniestros entendimientos con el alto capitalismo y con la alta industria alemana; mientras que las "reivindicaciones territoriales" y el principio de las nacionalidades es algo notorio que ha sido justamente en la ideología de los aliados hasta en los mismos tratados de paz la que ha tenido un papel preponderante.

De todos modos tales confusiones no son aun nada en comparación con las que Dryssen comete cuando pasa a examinar la situación de la posguerra y sobre todo el significado del fascismo.

Entre el caos ideológico, social y político de la posguerra se habrían abierto camino dos principales corrientes antagónicas, la una **reformista-romana** y la otra **germánico-revolucionaria**, correspondientes respectivamente al **fascismo** (tal como se la imagina Dryssen) y al **nacional-socialismo** (tal como Dryssen espera que llegue a ser y como también lo esperan los elementos de izquierda antes mencionados).

Para Dryssen el fascismo no tendría un carácter verdaderamente revolucionario en tanto no habría conducido a un tipo de Estado realmente diferente del "occidental", es decir privatista-capitalista. Remitiéndose a los prejuicios de quién sabe qué oscuro y miope esquema histórico-materialista sostiene nuestro autor, por lo demás, ya la Roma antigua, luego el mismo derecho formulado por la Iglesia romana y la praxis de la misma, nunca habría conducido más allá del mundo "occidental". El ideal romano de la *pax et iustitia* habría tenido el mero significado de un sistema de equilibrio y de atenuación social ejerciéndose sobre premisas esencialmente individualistas y capitalistas, y la ideología social de la Iglesia no habría seguido sustancialmente un curso diferente. Ahora bien, para Dryssen, el fascismo no se aleja de tal tradición; "domesticado" (*bezaehmt*) su originario impulso revolucionario y "socialista", el mismo no habría significado una revuelta en contra del antiguo sistema, sino sólo una corrección del mismo. El fascismo reconoce sea la propiedad como la iniciativa privada, quita tan sólo las asperezas y los desequilibrios propios de la mera lucha de clases y del capitalismo liberal desenfrenado, conduce a un **capitalismo autoritario** sostenido por el control del Estado, mediante el cual los elementos fundamentales del antiguo sistema "occidental", una vez reconocidos, son reforzados y sustraídos a la crisis saludable que habría podido derrumbarlos. La "revolución" es evitada. Además el fascismo mantendría la tendencia imperialista, que es "vocación inseparable de la tradición romana": el mismo no se conforma con valer como ideal político nacional, sino que, directa o indirectamente, se presenta más allá de las fronteras italianas como un ejemplo. Pero en cuanto Roma vale justamente como la salvadora del capitalismo occidental agonizante, la misma se presenta como el nuevo peligro para la tradición anticapitalista y "socialista" alemana. Y el nacional-socialismo para Dryssen estaría llamado a defender revolucionariamente tal tradición, a continuar el antiguo movimiento de emancipación respecto de Roma – *Los von Rom!*– que en el ámbito

religioso se inició con Lutero.

Por lo demás para nuestro autor la revuelta luterana se encuentra por su espíritu en la más estrecha relación con la de los campesinos alemanes, considerada ya por parte de varios racistas germánicos como el último impulso de la voluntad nórdica de independencia: los campesinos que se sublevan en contra de la nobleza y del clero y solicitan que sus tierras pasen a ellos en forma comunista, se encuentran al lado de la insufribilidad luterana por el individualismo autoritario, por el imperialismo, por la urbanización y la glorificación "romana" del mundo. En el fondo se trata de dos aspectos de un impulso esencialmente "socialista" que luego –siempre para Dryssen– se encuentra en la base misma de la tradición prusiana, la cual es agraria y anticapitalista, en modo tal que la propiedad tiene una función social y los reyes figuran como los "servidores del pueblo". El nacional-socialismo debería pues decidirse en ser una revolución "social-prusiana" en contra del Occidente y de "Roma", no sólo en contra del tentativo, operado con la revolución alemana de 1918, de reducir a Alemania a una colonia al servicio de la Europa "occidental", gobernada por los mismos principios del capitalismo, de la democracia y del internacionalismo, sino también en contra de los residuos conservadores y "feudales" de la economía alemana y en contra del "capitalismo autoritario" fascista. A Hitler se le pone la alternativa: o fascismo o socialismo nacional, o "Occidente" o "Oriente", o mantenimiento del sistema capitalista, producto último de la concepción individualista de la economía y del Estado, o rechazo radical del mismo y formación de una estructura económica y política completamente nueva.

Y Dryssen continúa: o concepción heroica, o concepción económica de la vida. La vocación germánica es la que escapa de la civilización cosmopolita, que piensa en términos de colectividad en vez que individualmente, que aspira no a la riqueza, sino a la fuerza, que establece el valor en las personas y no en las cosas cultivando la combatividad no al servicio de un imperialismo, sino para la defensa de la propia tierra, despreciando la "obediencia cadavérica" de la moral católico-jesuita y siendo llevada revolucionariamente a una lucha a ultranza por los altares de la propia raza.

Con lo cual nos parece que hemos dado una muy numerosa lista de

disparates y confusiones. Junto a tantos otros escritores racistas que, no haciendo honor a la cultura del propio país, siguiendo las huellas del inglés Chamberlain y de otros diletantes hoy repiten frases de tal género, Dryssen no solamente no entiende ni el sentido de la romanidad, ni el del fascismo, sino que parece que ignora lo mejor de la tradición del mismo pueblo alemán. En primer lugar, al declarar con toda seriedad que el fin del nuevo sistema fascista es "el dominio a través de la riqueza" y que los valores de la romanidad antigua se redujeron a individualismo, capitalismo y urbanismo, mientras que la fidelidad al suelo, la ascesis de la fuerza y el heroísmo habrían sido un monopolio prusiano, no hace más que hablar como un irresponsable y un ignorante. ¿Quién no sabe que la unidad de espada y arado, el doble rostro de Marte, dios de la guerra y de la agricultura, la conexión sacral a la propia tierra en el patriciado, y así sucesivamente, fueron características justamente de aquello que puede valernos como romanidad pura y originaria, y no decadencia creada en Roma por elementos extranjeros? Si los horizontes de Dryssen no fuesen justamente propios de café y si su exclusivismo faccioso no equivaliese a una verdadera cerrazón mental, nosotros podríamos en verdad reconocer que tenemos delante nuestro un patrimonio indoeuropeo en general, por lo tanto ni del suyo ni de nuestro pueblo en particular. Pero ello no sería otra cosa que mostrar una vez más la unilateralidad de las dos oposiciones, para hacerle evidente que todo aquello que él niega se encuentra en lo que afirma y viceversa.

Y no menor ceguera Dryssen demuestra evidentemente frente al fascismo. Toda la educación guerrera que el fascismo trata de dar a las nuevas generaciones eligiendo una consigna altamente significativa: "La vida es milicia y la milicia es vida", la lucha fascista en contra del urbanismo; sus iniciativas precisas y concretas en retorno a la tierra y de agrarización; las nuevas disposiciones a nivel incluso de derecho, dirigidas a modificar –justamente como lo quiere Dryssen– la consigna: "la propiedad es un robo" por la de "la propiedad es un deber" y así sucesivamente, ¿en dónde las ubica Dryssen? ¿Se trata meramente de un sistema al servicio del capitalismo y de un mero ideal económico de la vida? Para nada es así. El sistema de autoridad del fascismo es el que invierte la dependencia materialista de la política respecto de la economía, el que reafirma pues la subordinación de la economía a la política no cayendo ni en el error socialista

ni en el liberal, sino proponiendo a una realidad económica diferenciada y disciplinadamente libre el ideal superior de la "nación" y, en el límite, del "imperio" cual punto de referencia supraeconómico, supraindividual, espiritual; es aquel que respeta la propiedad, no en homenaje a la verdad "occidental", sino porque la misma se encuentra entre las imprescindibles condiciones materiales para la dignidad y la autonomía de la persona.

Justamente es aquí en donde aparecen las graves confusiones de Dryssen. La primera es la que existe entre **personalidad** e **individualidad**. La segunda, es entre **internacionalismo** y **universalidad**. Errores éstos que persisten tenazmente en las ideologías nazis dominantes.

Respecto del primer punto, repetiremos pues que se puede combatir al liberalismo y al individualismo sin con ello decir nada en contra del superior ideal de la **personalidad**, es más, como premisa para comprender realmente este ideal. Socialismo e individualismo son en el fondo dos aspectos solidarios de una única decadencia materialista, anti-cualitativa, niveladora, verificada en los últimos tiempos. El ideal de personalidades libres, diferenciadas, viriles, como elementos para componer una realidad política orgánica y jerárquica en donde cada uno tiene la propia función y la propia dignidad, es superior sea al socialismo como al liberalismo. Pero éste se trata de un ideal sobre todo y genéricamente indoeuropeo, clásico, clásico-romano y finalmente romano-germánico (Edad Media). Por lo tanto Dryssen puede perfectamente atacar el "Occidente" liberal, democrático e individualista. Con un tal Occidente ni la romanidad ni el fascismo tienen nada que compartir, y en realidad se trata aquí de una aparición relativamente reciente, surgida del fermento de la descomposición de nuestra cultura común, tan sólo en forma abusiva denominada como "Occidente". Y si Dryssen a aquel socialismo que, como "solidaridad de la clase obrera", expresa tan sólo un sentimiento de inferioridad cimentado por la envidia hacia los que tienen, contrapone un socialismo que no es del "tener" sino del "ser", no del odio, sino de la dignidad, basada sobre una "camaradería aristocrática", en sentido superior, sobre el desdén hacia la riqueza, sobre el retorno a la tierra y sobre el sentimiento de que toda opulencia urbanista es un veneno, en esto se ilusiona si cree con ello haber delineado una tradición "prusiana", puesto que se trata en vez de valores que nuestra tradición ya tuvo como propios, que el fascismo ha retomado en una cierta medida, que, en fin, a nivel de civilización medieval, fueron

nuestro patrimonio común. **El hecho es aquí que Dryssen denomina "Occidente" lo que es tan sólo una decadencia reciente del verdadero Occidente, de carácter tradicional, y mientras que él intenta hacernos entrar en una tal decadencia, haciendo de todo una misma cosa en nombre de un sentimiento anti-romano, la verdad es que justamente sus puntos de referencia deben denominarse como "occidentales" en tal sentido de perversión y de decadencia reciente.**

En efecto el alma de la anti-romanidad "prusiana" de Dryssen –aparte de aquel "anticapitalismo" recién mentado– es **Lutero**. Es decir aquel que ha fomentado en primer término aquella rebelión individualista y antijerárquica, la cual paulatinamente iba a traducirse en el campo político y por la rebelión de los Príncipes teutónicos en contra del principio universal y "romano" del Imperio y luego por parte de las naciones democráticamente concebidas debía conducir hasta la disgregación individualista contemporánea. Y en vez de valorizar lo que en su misma más noble tradición de alemán puede remitirse al espíritu del ideal gibelino, he aquí que Dryssen ostenta hacia una tal tradición el más completo desconocimiento, y en nombre de Lutero, del "socialismo prusiano", del anticapitalismo y del "mensaje del Oriente" ¿adónde es que él termina? **Entre los brazos de Lenin.** Ni más ni menos.

Dryssen se pregunta si en última instancia exista una verdadera frontera espiritual entre el Elba y los Urales y, sin hesitar, señala en la Rusia bolchevique a la única gran potencia que se ha levantado decididamente en contra del "Occidente", en contra de Roma y del capitalismo. Él dice que para un alemán empeñado en desembarazarse de todo aquello que de extranjero y de "occidental" se encuentra para alterar su esencia, el miedo hacia una bolchevización es un miedo de niños. Asumida en su verdadero móvil, la revolución "social" del nazismo no puede sino conducir más lejos del capitalismo y del individualismo, como al mismo bolchevismo y al nazismo le quedaría como algo común el ideal de un Estado agrario socializado y armado, en donde en un colectivismo del suelo nativo el antiguo sistema del *Allmende* germánico hallaría en formas nuevas el del antiguo *mir* eslavo. No sólo ello, sino como una apoteosis final del "mensaje del Oriente", bajo los auspicios de Dryssen, Lutero y Lenin se abrazan fraternalmente. El ateísmo soviético –sostiene en efecto con total tranquilidad nuestro autor– es un vano espantapájaros, con el cual se nos

quiere tomar por las narices. El mismo en realidad refleja el mismo espíritu de la Reforma: es una rebelión en contra de una religiosidad oficial exterior, romanizada, mundanizada, autoritaria, vinculada a las riquezas terrenales. Y justamente a partir de una tal rebelión puede desarrollarse una nueva religiosidad, más verdadera, interior, libre, social, como lo fue en la misma aspiración de Lutero, el profeta del pueblo alemán liberado del yugo romano.

Con lo cual vemos que Dryssen vuelve a caer pesadamente a tierra luego de los timidísimos intentos de vuelo constituidos por su concepción de un "socialismo aristocrático" (que sin embargo ya la más antigua forma de nuestro senado romano puede reivindicar para sí) y de sus referencias a la ascesis de la fuerza y al estilo heroico prusiano. Diciendo "**no**" al ideal de una **universalidad** romana y en su miedo infantil por un presunto "imperialismo fascista" (casi como si Mussolini no hubiese hablado de aquel imperio "que para realizarse no tiene necesidad de conquistar ni siquiera un kilómetro cuadrado de territorio" y como si el *Deutschland über alles in der Welt* fuese el canto del... antiimperialismo agrario germánico), él cae en los brazos de la internacional bolchevique. Él tiene en efecto justamente el aire de ignorar que en los marcos del sovietismo los conceptos de patria y de nación no tienen lugar alguno, aun menos el concepto de una tradición para la cual la tierra pueda valer diversamente que como mera materia y terrón; que la abolición comunista de la propiedad privada no es sino el episodio de una acción sumamente más vasta que tiene por ideal la abolición del concepto mismo de personalidad, de toda facultad autónoma y de todo interés separado de el del hombre colectivo omnipotente y materializado surgido para "redimir" la humanidad en una masa proletarizada sin rostro.

Con esto creemos que hay ya suficiente. Sería demasiado fácil demoler punto por punto una ideología semejante. Pero el valor que la misma posee no es tanto el lógico sino el de un **síntoma**. La historia nos muestra que las ideas que más han actuado, no son las más fundadas, sino las que más han podido acumular en sí el poder sugestivo de una idea-fuerza, operando, por decirlo así, como centro de cristalización para las tendencias confusas de un ambiente. Al lado de Dryssen, podríamos citar a otros autores nazis, de cuyas aseveraciones se trasunta un espíritu similar. Por ejemplo Darré, que es un ministro nazi, es el autor de un libro titulado *El*

estrato agrario cual fuente de vida de la raza nórdica, libro que en Alemania ha causado furor y posee casi un carácter oficial, en el mismo hallamos esquemas similares relativos a un "socialismo agrario", la misma angustia en contra del imperialismo, el que nunca habría sido un principio nórdico, las mismas instancias en contra del concepto de propiedad privada y en contra del capitalismo; y Darré es a su vez aquel que en un discurso notorio no ha hesitado en profesar el mismo desconocimiento de las tradiciones aristocráticas germánicas, ya resaltado por Dryssen, arribando a considerar no sólo a los Hohenzollern y a los Habsburgo, sino incluso a los Hohenstauffen cual traidores de la raza germánica. Por otro lado el lector ya en estas páginas ha hallado una síntesis de las nuevas veleidades de un derecho antiromano y racista, de un "derecho social basado en la sangre". Él quizás sabe ya que en Alemania no se dice ya más Carlomagno, sino Carlos el Franco, y a éste en tanto ha asumido el principio de la universalidad romana, se hace remontar la culpa de los peores males de la Alemania. Él sabe que Rosenberg tuvo oportunidad de decir que el "tercer Reich" en el nacional-socialismo no tiene como antecedentes la tradición del antiguo *Sacrum Imperium*, sino la de todos los rebeldes respecto del principio romano e imperial, estando entre los primeros Wilkund, el jefe sajón duro enemigo de Carlomagno que, si bien fue derrotado en el siglo ocho, hoy se encuentra destinado a resurgir victorioso a través de la figura de Adolfo Hitler.

Y con citas de este tipo se podría ir muy lejos. Anti-aristocracia, socialismo, fantasiosa tradición "nórdica" como pretexto para una anti-tradición, crudo sentimiento anti-romano con un desemboque marcado hacia el bolchevismo.

Todo esto en su conjunto nos habla de la naturaleza de una de las posibilidades que el nazismo ha presentado, posibilidad negativa que hoy parece paulatinamente disminuir su influencia, pero que aun en la actualidad no puede considerarse totalmente superada y tal de no tener que reclamar en un determinado momento a sostener una decidida toma de posición aun en un plano práctico y político. Si el rostro definitivo que Alemania llegará a presentar, dado el papel importante que debe cumplir como región central europea, no puede ser algo indiferente para el desarrollo de conjunto de la civilización de nuestro continente, debe augurarse que la superación de tales tendencialidades se cumpla en la manera más decidida y rápida.

Nosotros tenemos nuestra vía precisa, que no tiene nada en común ni con el Occidente franco-masónico, democrático y liberal, ni con el "Oriente" bolchevique y socialista. Así pues no para nosotros, sino para la Alemania misma y para la función que puede aun tener en el porvenir, que debe formularse la esperanza de que sus fuerzas mejores sepan por igual llevarla más allá de tal paralizante antítesis, en una vía que sea a su vez de reconstrucción.

VI- EL EQUÍVOCO DEL "NUEVO PAGANISMO"*

Recientemente en Viena, en ocasión de una entrevista, un periodista, al cual le era conocido cómo nosotros ya hace muchos años en Italia tuvimos ocasión de defender un "Imperialismo pagano", nos dijo que ya nuestra hora, al menos en otro país, podía haber llegado. Él aludía a Alemania, a las corrientes cercanas al nazismo, que pretendían crear un nuevo espíritu religioso germánico y no-cristiano. Nosotros contestamos que el tiempo más bien nos parece arribado en el cual nos hallamos casi obligados a declararnos, si no cristianos, al menos católicos.

En realidad el "nuevo paganismo" transalpino se trata de un grueso equívoco y esclarecerlo no pude dejar de ofrecer un interés, sea por el tema en sí, sea en cierta medida, justamente por la circunstancia personal de quien esto escribe. Nosotros efectivamente tuvimos ocasión de indicar el valor que significaba retomar algunas de nuestras grandes tradiciones pre-cristianas en tanto las mismas podrían aportar para una reconstrucción en un sentido heroico, imperial e integralmente "romano" de nuestra civilización occidental: y hoy estamos muy lejos de pensar de manera distinta que en 1928, cuando, generando una cierta sensación, salió un libro nuestro que llevaba el título justamente de *Imperialismo pagano*. Pero sucede que entre las ideas por nosotros asumidas y aquello que hoy es afirmado en Alemania como "nuevo paganismo" existe no sólo una diferencia, sino incluso una antítesis fundamental. Por lo cual –notémoslo de pasada, y no sin referencia a las habladurías de algún mal intencionado– si es verdad que algunas de nuestras obras encuentran ahora una resonancia mayor que en Italia, es también verdad que una tal resonancia se refiere esencialmente a ambientes de la antigua Alemania conservadora y para nada a las nuevas corrientes "paganas", con las cuales en suma no tenemos ninguna relación ni con el mismo frente semi-oficial de Alfred Rosenberg. Este último demostraba un gran interés por nosotros cuando creía, por haberlo oído y por el equívoco que existe justamente en relación a lo "pagano", que estuviésemos en su misma línea; hoy en día en cambio

* *Bibliografia Fascista*, XI, 1936.

demuestra una similar frialdad cuando se ha dado cuenta de nuestros verdaderos puntos de vista. Los cuales, si es que pueden tener una acción en Alemania, es la de mostrar la deformación que muchas ideas susceptibles de un significado superior han padecido en una adaptación que tiene como meta fines puramente empíricos y tendenciosamente políticos.

Pero veamos ahora en qué consiste propiamente y objetivamente el equívoco del neopaganismo nórdico y propongámonos examinar el tema de la manera más impersonal. El primer punto a señalar es que la elección del término "**pagano**" para designar en general concepciones del mundo y tradiciones que son extrañas a los marcos del cristianismo es totalmente infeliz, pues nosotros mismos lamentamos haber usado en algún momento esta expresión. *Paganus* en efecto es un término esencialmente despreciativo, si no injurioso, usado con una finalidad polémica por parte de la primera apologética cristiana. Aunque es bueno señalar que como término, es decir como palabra, si bien también como contenido y como concepto existe un "paganismo", que es una asunción polémica que encuentra muy poca referencia en el mundo pre-cristiano y no-cristiano tal como fue verdaderamente, prescindiendo de los períodos de manifiesta decadencia. Para afirmar y glorificar la nueva fe, una cierta apologética cristiana procedió a una deformación y a una desvalorización muchas veces sistemática de casi todas las doctrinas y las tradiciones anteriores, a las cuales luego se hizo corresponder la designación abarcativa y despreciativa de "paganismo".

Ahora bien, nosotros nos encontramos aproximadamente frente a la siguiente paradoja: **un tal "paganismo" nunca existido, generado polémicamente por la apologética cristiana militante, amenaza justamente hoy en día de existir por vez primera, justamente por obra de los neopaganos y de los anticristianos de la nueva Alemania.**

¿Cuáles son los rasgos principales de la concepción pagana de la vida, tal como tal apologética la ha supuesto y difundido?

En primer lugar y principalmente: **naturalismo.** La concepción pagana de la vida habría ignorado cualquier trascendencia. La misma habría permanecido en una promiscuidad entre espíritu y naturaleza. Su límite habría sido una mística de las fuerzas naturales (es la vieja historia de la "Selva" opuesta al "Templo") y una divinificación supersticiosa de las energías de las razas, elevadas a otros tantos ídolos. De la cual en primer

lugar tenemos un particularismo y un politeísmo condicionado por la tierra y por la sangre.

En segundo lugar, la ausencia del concepto de personalidad y de libertad, un estado de inocencia, que es simplemente el propio de los seres de naturaleza, a aquellos que aun no se han despertado a ninguna aspiración verdaderamente sobrenatural. Frente al determinismo y al naturalismo "pagano" surge por vez primera con el cristianismo un mundo de la libertad supramundana, es decir de la gracia y de la personalidad; un ideal "católico", es decir, etimológicamente, universal; un sano dualismo que permite la subordinación de la naturaleza a un orden superior, a una ley de lo alto.

Éstos son los rasgos principales, esquemáticos, de la concepción más corriente del paganismo. Todo lo que la misma presenta de inexacto y de unilateral apenas hay necesidad de resaltarlo a quienquiera tenga, en materia de historia de las civilizaciones y de las religiones, un conocimiento directo aun tan sólo elemental: y por lo demás ya en los marcos de la primera patrística –en Orígenes, en un Clemente de Alejandría, en un Justino, etc.– muchas veces se dio prueba de una comprensión sumamente mayor de los principios y de los símbolos de la civilización anterior. Aquí no podemos poner de relieve sino tan sólo algún punto.

En primer lugar, lo que caracterizó al mundo no-cristiano en todas sus formas superiores, no fue una divinificación supersticiosa de la naturaleza, sino una comprensión **simbólica** de la misma, a través de la cual todo fenómeno y toda acción apareció como la manifestación sensible de un mundo suprasensible: la concepción "pagana" del hombre y del mundo tuvo esencialmente un carácter simbólico-sacral. En segundo lugar, el modo "pagano" de vida no fue para nada un naturalismo licencioso: en las formas originarias y de alta tensión de la antigua Roma, de la antigua Hélade, de las antiguas civilizaciones indo-germánicas de Oriente, etc., no hubo aspecto de la vida, sea individual como colectiva, que no estuviese acompañada, sostenida y animada por un rito correspondiente, es decir por una acción y por una intención espiritual concebidas como objetivamente eficaces. En tercer lugar, el mundo "pagano" conoció ya un sano dualismo: el mismo se reencuentra no sólo en grandes concepciones especulativas –limitémonos a nombrar a un Platón y a un Çankara– sino también en concepciones religiosas generales, como la antagónica propia de los Indoeuropeos y del antiguo Irán, como la oposición helénica entre

las "dos naturalezas", como la existente entre mundo de los *Asen* y mundo elemental de los antiguos nórdicos, o entre la "vía solar" y "de los Dioses" y "vía de la tierra", entre "vida" y "liberación respecto de la vida" de los antiguos Hindúes, y así sucesivamente. En conexión con ello, la aspiración a una libertad sobrenatural, es decir a una realización metafísica de la personalidad, fue común a todas las grandes civilizaciones precristianas, las cuales conocieron todas una "iniciación" y celebraron sus "misterios". La inocencia naturalista pagana es una fábula tal, que la misma no se reencuentra ni siquiera entre los salvajes: aquella forma que, para algunos, sería su límite, es decir el ideal clásico, no se encuentra más acá, sino más allá del dualismo entre espíritu y cuerpo, siendo el ideal de un espíritu que se ha convertido así en dominador, en modo tal de plasmar plenamente el cuerpo y el alma a su imagen, en perfecta correspondencia de continente con contenido. En cuarto lugar, una aspiración universalista debe constatarse por doquier en el mundo "pagano"; en el ciclo ascendente de una raza superior se manifestó una vocación hacia el imperio: y una tal vocación muchas veces fue también metafísicamente incrementada y apareció como una natural consecuencia de la extensión de la antigua concepción sacral del Estado y como la forma propia en la cual tiende a manifestarse una presencia victoriosa del supra-mundo en el mundo. A tal respecto podríamos recordar la antigua concepción iránica del Imperio cual "cuerpo" del "Dios de Luz", la tradición indo-aria del "Señor Universal" o *çakravartî* y así sucesivamente, hasta arribar a la concepción "solar" del Imperio romano tardío, el cual tuvo un contenido ritual y sacral en el culto imperial, que se formuló no como la negación, sino como la culminación jerárquica unificadora de un *panteón*, es decir de una serie de cultos condicionados por la tierra y por la sangre. Y para multiplicar las rectificaciones de tal tipo, sin una sombra de tendenciosidad, existiría tan sólo el embarazo de la elección.

Aquel que se diese cuenta de todo esto y reconociese que es una pésima táctica defender la propia tradición desacreditando la de los otros, tendría fácil manera de ver la vía para separar toda unilateralidad dictada por un espíritu de parte, para dar a cada uno lo suyo, para separar lo positivo de lo negativo y de lo contingente en las variadas formas históricas, pero sobre todo para arribar a una concepción más completa, a un punto de vista verdaderamente universal, tal que al mismo pueda en verdad aplicarse

el axioma "católico": *quod ubique, quod ab omnibus et quod semper*. Se podría por lo tanto enuclear un cuerpo de principios, a reputarse como "tradicionales" en sentido eminente, puesto que los mismos aparecerían en el fondo, anteriores y superiores –metafísicamente– a cualquier tradición particular histórica o religión positiva, aunque susceptibles de ser reivindicados comó monopolio de una de estas tradiciones o religiones en particular. Es sobre este plano, y sin la más mínima animosidad, con la firmeza, en vez, que proviene de la justa concepción, que se podría luego también proceder a una revisión de valores, sea en el sentido de limitar o jerárquicamente subordinar la validez de algunas concepciones particulares, específicamente hebraicas, del cristianismo, sea en el sentido de remitirlas a su justa luz en muchos de sus aspectos olvidados de grandes tradiciones de un pasado más remoto, anterior al cristianismo, para experimentar cuáles entre los mismos, sin anacronismos, podrían eventualmente aun hoy ser llamados a la vida y actuar en modo creativo no en contra de la Iglesia y del Cristianismo, sino en todo caso, más allá de la una y del otro, en una determinada **élite**.

Ahora bien, nada de todo esto puede hallarse en el neopaganismo germánico. Sobre todo, tal como decíamos y casi cayendo en una trampa especialmente preparada, los neopaganos terminan profesando y defendiendo doctrinas que se reducen en gran medida al paganismo ficticio, naturalista, privado de luz y trascendencia, vinculado a la sangre, imbuido de un misticismo sospechoso, creado polémicamente justamente por la dialéctica de sus adversarios. Pero, como si ello no fuese suficiente, se repite aquella obra partisana de silenciamiento de los aspectos superiores, de relieve de los aspectos contingentes y deletéreos del cristianismo y del catolicismo, que ya había sido ejercida sobre el "paganismo" verdadero, y, finalmente, se echa mano a siniestras concepciones de tipo estrictamente moderno, iluminista y racionalista, que ya habían descendido a la palestra en contra de la Iglesia y el cristianismo bajo el signo –¡milagro de los milagros!– del liberalismo, de la socialdemocracia y de la masonería.

En efecto ninguna otra cosa puede entreverse cuando el nuevo paganismo se entrega a la exaltación de la inmanencia, de la "vida" y de la "naturaleza" creando una nueva supersticiosa religión que está en el más estridente contraste con cualquier superior ideal "olímpico" de las antiguas civilizaciones de Oriente y de Occidente y acusando en cualquier dualismo

ascético un producto de degeneración anti-aria inoculado por la raza levantina; cuando niega cualquier verdad superior a la raza y a la mística de la raza y no hesita en poner a toda concepción sobrenatural del conocimiento y de la acción, así como también al "sobrenaturalismo" cristiano y a toda la doctrina católica de los sacramentos y del milagro a cuenta de las supersticiones de la "oscura Edad Media" y de la táctica de dominio de los curas, para en cambio exaltar las "conquistas" propias del denominado libre examen y de las ciencias profanas modernas; cuando vuelve a exhumar las viejas historietas anti-católicas respecto de la Inquisición y la donación constantiniana y se escandaliza ante la pretensión de infalibilidad, que, en civilizaciones normales, siempre era pacíficamente reconocida a todos aquellos que hubiesen arribado verdaderamente al conocimiento metafísico; cuando, posiblemente en razón de la angustia por horizontes más vastos, no sabe ver en el universalismo sino una criatura del despotismo judaico-romano letal para las nacionalidades o un producto del caos étnico de un clima de decadencia, en vez de una superior unidad jerárquica y una exigencia espiritual; cuando, asociando un fanatismo por la nación de sabor sumamente jacobino con el sospechoso romanticismo del "heroísmo trágico" y del "amor por el destino", el mismo por un lado vuelve a despertar a la vida la mística de la horda primordial, por el otro fomenta una rebelión del poder temporal en contra de toda autoridad espiritual, hasta arribar al intento de querer reducir a la segunda a una mera emanación del primero.

Todo esto no es otra cosa que en verdad "paganismo" en el sentido negativo, deseado por la antigua apologética militante, pero, además, es confusión, regresión, pérdida de cualquier verdadera orientación, subyacencia a sugestiones irracionales y, finalmente, diletantismo, fanatismo e incultura. Alguien en Italia ha hallado una expresión sumamente feliz al decir que, mientras el nazismo acusa al catolicismo de hacer política, la verdad es en cambio que el mismo muchas veces hace religión. Ello es en gran medida verdad. El nuevo paganismo es el producto de una transposición de la política en la religión, por lo cual incluso la religión se convierte en política, allí donde en cambio en los tiempos antiguos, en el contexto de una concepción aristocrático-sacral del Estado, incluso la política se convertía en religión. Esto, lejos de representar, como se pretendería, un retorno a los orígenes, se nos presenta esencialmente como

una deformación de los orígenes y como la resultante de elementos derivados exclusivamente de la disgregación antitradicionalista moderna y, más propiamente, de estos tres elementos: del *pathos* de la nación divinificada en gran medida jacobinamente, del inmanentismo naturista moderno y finalmente de un nuevo montaje de tipo racionalista y cientificista, el cual se vuelve a encontrar luego en el mismo paradojal connubio con el misticismo, en lo que es propiamente teoría "racista".

Por cierto nosotros no queremos negar que, junto a tales elementos, se agiten en el fermento de la última cultura alemana, también exigencias de diferente valor y por esto nos hemos abstenido de la referencia a autores particulares: pero de cualquier forma se debe constatar que el enfoque general está dado por el "paganismo" recién mencionado, y que es sobre todo en función del mismo que se están formando en Alemania nuevos mitos, y que se exasperan graves conflictos espirituales. Pero si las cosas se encuentran formuladas de esta manera, teniendo que salir de la neutralidad ante un conflicto entre el nuevo paganismo y el cristianismo, es evidente que, por más buena voluntad que uno le ponga, resultaría imposible encuadrarse con el primero en especial si en vez del cristianismo en general se trata del Catolicismo y de la Iglesia católica. El Catolicismo, aun con sus limitaciones, puede cumplir con una función de barrera: en tanto portador de una doctrina de la trascendencia, mientras que ello subsista, impedirá que la mística de la inmanencia y las invasiones prevaricadoras de lo bajo se conduzcan más allá de un cierto límite. Además se puede simpatizar lo que se quiera con la doctrina del superhombre, en los aspectos en los cuales la misma puede reflejar los valores más viriles de los períodos de alta tensión de nuestras más antiguas civilizaciones: sin embargo la misma ética cristiana de la renuncia, del sacrificio y de la humildad tiene aquí una función muy precisa: la función de un contrapeso necesario cuando cualquier doctrina del heroísmo, de la afirmación de sí, de la potencia y de la virilidad que permanezca en un plano totalmente secular, humanista y materialista, como hoy sin excepción acontece por doquier.

Esta revista no está dedicada por cierto a mentes no adultas, que no deba ser molestada con puntos de vista diferentes de los de la mentalidad más corriente y conformista. Por lo tanto puede decirse que, según nuestras perspectivas, el catolicismo no se presenta como el único de los valores

antes mencionados, y ni siquiera como la doctrina en la cual un punto de vista integralmente "tradicionalista" puede hallar una expresión completa e inatenuada de tipo estrictamente metafísico. Pero es evidente que, ante tendencias para las cuales el catolicismo representa en última instancia algo que es "demasiado" y por lo tanto tratan de superarlo para terminar, con el ritmo de avanzada del cangrejo, en confusiones, desviaciones y subyacencias a las fuerzas menos controlables del mundo actual, es evidente que, ante estas tendencias, resulta inútil referirse a tales más altos horizontes y hacer en modo tal que, en razón de una subversión destructiva, un punto de vista que podría ser de "supra-tradición" termine favoreciendo y fomentando puntos de vista que son simplemente de la anti-tradición.

VII- QUO VADIS ALEMANIA?*

Nos queremos referir aquí a lo que se conoce como República Federal Alemana. En lo que se refiere a la Alemania oriental, controlada por Rusia, el discurso sería sumamente diferente y sobre la misma no haremos sino una muy somera mención. En cuanto a la primera, el espectáculo ofrecido en la posguerra ha sido en la mayoría de la más sincera admiración.

En efecto, esta nación ha sabido levantase completamente superando sus destrucciones ilimitadas. Incluso durante el régimen de ocupación la misma ha superado a las mismas naciones vencedoras en el plano industrial y económico retomando su lugar de gran potencia productiva; la desocupación y los conflictos clasistas son en la misma prácticamente inexistentes; su economía se ha desarrollado en un ritmo firme y concordante, espontáneamente. Sin ingerencias y pesadas superestructuras estatales; el valor de su moneda, el marco, se mantiene absolutamente estable y tiene un vasto intercambio; el tenor general de vida hoy supera a aquel –ya elevado con respecto a muchísimas otras naciones– de la preguerra.

Éstos son los rasgos que más impactan a quien observa a la actual Alemania desde el punto de vista de las realizaciones económicas y sociales. Pero existe también otro rostro mucho menos conocido. Detrás de los aspectos positivos encontramos, en un plano espiritual y político, una especie de *vacuum*, de vacío. Se han producido unos desplazamientos de valores a través de los cuales, desde más de un aspecto, los Alemanes de la nueva Alemania casi no se reconocen más y presentan rasgos problemáticos: problemáticos justamente por su singular carencia de problemas. Éste es un balance, esperamos que provisorio, que quien como nosotros ha conocido sumamente de cerca a la Alemania de ayer no puede dejar de hacer.

Los Alemanes hacen siempre las cosas con coherencia. Así ello también acontece con el juego de la observancia democrática. Ellos han levantado una democracia-modelo como un sistema "neutro" –casi diríamos

* *Pagine Libere*, III, agosto-octubre de 1958.

administrativo, más que político– equilibrado y enérgico a un mismo tiempo. A diferencia de Italia, Alemania, justamente desde el punto de vista de una democracia coherente, ha proscrito al comunismo. La Corte Constitucional alemana ha establecido lo que corresponde a la evidencia misma de las cosas, en la medida que un partido, como el comunista, sigue las reglas democráticas sólo en función puramente táctica de cobertura, habiendo en cambio proclamado como meta final la supresión de cualquier corriente política contraria y la dictadura absoluta del proletariado, no puede ser tolerado por parte de un Estado democrático que no quiera cavarse la propia fosa. Y por más que el partido de Adenauer sea denominado democristiano, sin embargo del mismo no emanan los aspectos de una politiquería invadente, incompetente y caduca tal como caracteriza a nuestros democristianos locales. Adenauer ha demostrado en más de una oportunidad de saber tutelar con suficiente energía la dignidad y los intereses de su país.

Pero en contraste con todo esto, asombra en la república federal la carencia total de cualquier idea, de cualquier "mito", de cualquier superior concepción del mundo, de cualquier continuidad con la Alemania anterior. Ya hablar de *Weltanschauung*, de "concepción del mundo", para el Alemán de hoy en día es una cosa sospechosa, pues remite a la parte central que ayer tuvo tal concepto. En verdad parece ser que la gran mayoría de los Alemanes considera como algo que habría que borrar de la propia historia la experiencia nacional socialista. Pero hay algo peor: tal como lo hemos podido constatar personalmente a través de Alemanes de la nueva generación, éstos toman casi al cien por cien como verdadero todo aquello que la propaganda aliada ha interpretado acerca de los horrores y las aberraciones del nazismo. Casi por un "complejo de culpa", se piensa que la derrota alemana era la única cosa que había que esperar. Mientras que a su derrota en la primer guerra mundial los Alemanes habían tratado de darle explicaciones de todo tipo, muchas veces incluso imaginarias, rechazando firmemente presuntas responsabilidades y manteniéndose firmes en la idea de una reivindicación, nada semejante se advierte en la Alemania actual. Y si bien el Alemán suela habitualmente atarse las cosas al dedo, la ferocidad criminal y sin escrúpulos de la guerra aérea aliada por ejemplo (desde la inútil destrucción de Dresden hasta las decenas de miles de incinerados vivos por las bombas de fósforo en Hamburgo) parecen no

haber generado ningún potencial existencial de odio o de venganza.

De esta manera no puede hacerse ningún tipo de comparación entre Alemania e Italia. De una fidelidad respecto de lo de ayer y de una voluntad de no renegar del pasado, tal como, aun por efecto de la guerra civil, son atestiguadas en Italia en ambientes sumamente vastos de orientación nacional, partiendo del MSI, en Alemania no es el caso de hablar. Amigos alemanes y austriacos, a los cuales les hemos enviado revistas y diarios de nuestro encuadramiento nacional, han quedado literalmente estupefactos, manifestando que algo similar entre ellos sería prácticamente imposible. Imposible, se note, en razón de un clima general, no a causa de medidas penales, puesto que, tal como es sabido, en Alemania no existen leyes que penen la "apología" del régimen anterior [1].

En general, lo que es más preocupante en la Alemania federal es una falta de sensibilidad nacional expresada por diferentes síntomas recurrentes. Uno de los ejemplos más típicos es el éxito que en tal país ha obtenido la conocida obra de un "resistente" emigrado, Zuckmeyer, titulada *El general del diablo.* Los rasgos más odiosos atribuidos a la propaganda aliada a **toda** la clase política alemana son aquí retomados y acentuados. Se afirma sin más la tesis de que la derrota de Alemania era necesaria y había que provocarla incluso con la traición con tal de abatir al régimen. Y los saboteadores que no hesitan en asesinar a sus camaradas son presentados como héroes. Un verdadero éxito, en vez que indignación produjo tal película tan deleznable en Alemania. Y los ejemplos se podrían multiplicar.

Por lo demás el rebajamiento de nivel intelectual alemán se encuentra testimoniado por el hecho de que desde el final de la guerra no ha salido un solo libro de algún relieve en el dominio político, cultural y espiritual. Y ésta es una esencial diferencia entre el clima de la segunda posguerra y el de la primera, que se presentó tan rico en tensiones existenciales, en fermentos y movimientos culturales y artísticos. De la misma manera que en Italia, también en Alemania ha caído la ficción que suponía una genialidad y creatividad existentes, pero sofocadas por el régimen dictatorial: se ha visto que, eliminada esta opresión, nada verdaderamente digno de interés ha salido a la palestra. Los autores más renombrados se

[1] Acotemos sin embargo que en la actualidad tal actitud se ha modificado notoriamente habiéndose inaugurado una muy represiva ley penal en contra de los que reivindican el pasado o "nieguen el Holocausto".

reducen a un par de antiguos nombres, a personas que no tienen nada nuevo para decir. En algunos escritores de valor el cambio de orientación es impresionante. Un caso significativo es el de Gottfried Benn, un poeta que resaltaba la "metafísica" que se hallaba detrás de la idea tradicional del *Reich* [2]. Aun más significativo es el caso de Ernst Jünger, quien en la primera posguerra había sido el anti-Remarque, el defensor de los valores espirituales que para un tipo humano superior puede ofrecer la experiencia del combate, en los mismos marcos de la guerra total más destructiva y mecanizada. Jünger quien, habiendo sido voluntario combatiente, en su notable libro *El Obrero* había propuesto la ética del "realismo heroico" y había preconizado una era de la persona absoluta capaz de un compromiso incondicionado y supra-individual, en un nuevo maridaje de la vida con las fuerzas elementales más allá de todos los valores de la cultura burguesa, del individualismo y del liberalismo. Este mismo Jünger en sus últimas obras no es más que un literato que, casi por el *schock* producido por las últimas experiencias, concluye en un humanismo estetizante; y mientras que antes había levantado el imperativo de conducirse no en los sectores en los que uno se defiende, sino en aquellos en los cuales se ataca, y sustentando casi un "cabalgar el tigre" dominando las fuerzas emergentes más allá de las destrucciones liberadoras y purificadoras, él, luego de un contradictorio escrito sobre la paz, ha escrito obras, como *La vía del bosque* (*Der Waldweg*), a la cual la versión francesa le ha dado nada menos que el título de *El Manual del Rebelde*, y en las que trata esencialmente de los métodos que puede utilizar el individuo para ocultarse y defenderse en un régimen totalitario de la peor especie, casi como si no se pudiese hacer otra cosa que ello.

En lo que se refiere a la vida ordinaria, todos en Alemania están atrapados por la actividad práctica, todos "carecen de tiempo". Existen editores que rechazan obras tan sólo porque "son demasiado voluminosas", diciendo que nadie "encuentra el tiempo para leerlas". La americanización de hecho de la vida es lamentablemente la contraparte de la prosperidad alemana.

Volviendo ahora al orden propiamente político hay que resaltar que

[2] Tal autor había hecho una importante recensión en Alemania de 1935 de la principal obra de Evola *Rebelión contra el mundo moderno*.

existe algo fatal y pernicioso en el hecho de que en Alemania el proceso, en parte legítimo en contra de algunos aspectos del nacional socialismo ha llegado a arrastrar y a afectar a valores que en sí mismos pertenecen a la gran tradición política europea de derecha. Muchas veces nos ha tocado justamente a nosotros poner las cosas en su lugar al hablar con jóvenes Alemanes, cuando éstos indicaban en lo "corrompido" que existiera en el régimen de ayer la razón de su rechazo y repudio del pasado reciente. La observación más elemental es que esta corrupción (allí donde es lícito reconocerla) nadie habría pensado en ponerla en un primer plano si hubiese sido Alemania la que hubiese ganado la partida. Quebrar la espina dorsal a la Rusia comunista, envilecer a Norteamérica expulsándola del área de la civilización y de la gran política europea, allí donde un tal fin hubiese sido alcanzado, no hubiera habido nada más preciable que ello. Los mismos "horrores" (con la debida mengua) que en un clima de derrota dan el sentido al humanitarismo utópico, habrían pasado a segundo plano, tal como lo fueron los propios de las guerras de religión, de las Cruzadas, de la Revolución Francesa y de la Rusa ante los ojos de quien creyó en tales ideas y las puso por encima de todo. En cuanto a lo demás, la nueva generación alemana (y con ella buena parte de los extranjeros) parece ignorar la naturaleza compleja que presentó la última Alemania. Si el fascismo surgió casi de la nada, habiendo sido escasos los antecedentes que en la Italia del ochocientos y del primer novecientos podían conducir hasta el ideal mussoliniano de un nuevo Estado fuerte, jerárquico y "romano", el nazismo en Alemania recabó en vez sus principales fuerzas vitales de una preexistente y aun viva tradición, del prusianismo, de una casta aristocrática y militar, de muchos hombres e ideas de la que fue denominada como la "revolución conservadora". Es verdad que el hitlerismo en sentido propio, populista, en parte contradijo y distorsionó muchas partes de esta herencia; es verdad que algunos de sus jefes y de sus instituciones fueron incluso lo opuesto a la misma: pero el todo no se redujo para nada a esto, **adentro** del nazismo continuaron actuando (muchas veces manteniendo una precisa distancia) elementos e ideas válidos, casi inexistentes en cualquier otro país. Y bien, donde en consideración a este estado de hecho se hubiese impuesto una discriminación, la separación objetiva de lo positivo y de lo auténtico respecto de lo negativo y distorsionado, nada de todo esto parece que haya acontecido en Alemania.

Se ha hecho de todo una misma cosa, se es indiferente e insufrible frente a todo. No se quiere tener problemas.

Ahora bien, este conjunto de cosas no puede no tener repercusiones respecto de lo que puede significar Alemania en el plano de la defensa física de Europa, de su encuadramiento en la NATO y en los restantes conglomerados "atlánticos". Es posible que se tenga demasiado en cuenta el potencial que podrá representar Alemania en caso de guerra pues por un lado se recaban demasiadas relaciones ilícitas respecto del fenómeno de haberse levantado económica e industrialmente, por el otro porque se continúa teniendo ante los ojos la imagen tradicional de la Alemania militar, inconscientemente admirada incluso por parte de quienes la detestaban. Ahora bien, la espina dorsal de tal Alemania era una tradición, casi una mística de la autoridad, de la disciplina, del servicio impersonal, del combate, del honor. De acuerdo a todo lo que hemos mencionado, todo esto en Alemania occidental no tiene sino un muy escaso eco. Por lo que parece tal herencia se conserva mayormente en la Alemania oriental (en donde por lo demás se encuentra la patria originaria del prusianismo), puesto que los soviéticos no han dejado de favorecer las sobrevivientes disposiciones para ponerlas al servicio de su idea. Se puede hablar de una *helvetización* de Alemania occidental. De acuerdo a las observaciones de un observador ruso, no es inexacto decir que el clima prevaleciente en la Alemania occidental se asemeja al de Francia antes de la segunda guerra mundial, en la medida que en la misma prevalecen los valores burgueses y las atracciones por una vida cómoda y saciada. Por lo demás, es algo sin precedentes en la historia alemana la aparición de viñetas en las cuales se pone en ridículo al soldado y al oficial alemán, figuras éstas que en cambio eran intangibles y rodeadas por un absoluto respeto. Se agreguen a ello una serie de artículos periodísticos que no ahorran críticas al honor del ejército alemán en la última guerra, en una línea que incluso en los países aliados ya había sido abandonada. Hay por cierto casos en los cuales Alemania federal ha defendido, liberado y rehabilitado a personas pertenecientes al anterior ejército; pero acontece aun hoy que se celebren procesos en contra de "criminales de guerra" y en contra de los SS en los cuales se sigue la tesis subvertidora de Nüremberg, es decir de la culpabilidad de quien simplemente ejecuta la orden de un superior, y en los cuales se distingue entre quien ha servido al "régimen" y quien ha

servido a Alemania: casi como si una y otra cosa ayer no hubiesen sido iguales en una unánime exaltación para el Führer y para el Tercer Reich, que casi confinaba con lo patológico. Y en algunos casos en los cuales los tribunales no han seguido o se han atenido a tales criterios (como por ejemplo en el caso de la pensión para la viuda de Heydrich), se han manifestado las más violentas reacciones en la gran prensa.

Ahora bien, cuando detrás de la fuerza militar no se encuentran una firme tradición y una idea, la misma, por más ingente u organizada, quedará afectada en su eficiencia: en especial en un tipo humano como el alemán que tiene necesidad de una forma interna dada que, a diferencia del latino o del eslavo, es incapaz de dar lo mejor de sí sobre la base de un simple impulso emotivo o al entusiasmo individual del momento. De cualquier modo, es probable que, por un cierto tiempo todavía, la subsistencia automática de la forma impresa a lo largo de las generaciones por parte de la tradición prusiana, a pesar de la actual silenciamiento de la misma en tanto ideal ético-político concientemente reconocido, garantice una cierta potencial compactibilidad al conjunto del nuevo ejército alemán (es justamente gracias a una análoga supervivencia que, en el campo económico-social, la Alemania de 1945 no ha para nada caído en el caos). Ello no quita sin embargo que hoy no se sepa hacia dónde vaya Alemania y qué podrá darnos respecto al problema más esencial, de la cosa únicamente importante y decisiva para el futuro de nuestra civilización, ya que ésta es: el despertar de una nueva gran idea espiritual y políticamente formativa, más allá del plano neutro y contingente de las realizaciones materiales, como alma y sentido último de tales realizaciones.

APÉNDICE III:

DIARIO 1943-1944

(Desde el 25 de julio hasta la caída de Roma)

I

Skorkeny en Roma luego del 25 de julio

Al día siguiente de la crisis del fascismo, el 26 de julio, al anochecer, elementos de la embajada alemana en Italia, con los cuales desde hacía tiempo me hallaba en una relación de colaboración, me preguntaron si, por razones de prudencia, no deseaba transferirme a Alemania. Ello podría haberse efectuado a la mañana siguiente de manera secreta, por medio de un avión militar que iba a transportarlo a Farinacci. Consideré oportuno no hacer uso de esa posibilidad que se me ofrecía.

En efecto, las razones por las cuales por un lado podía ser expuesto a peligros en Italia hacían al mismo tiempo sumamente improbable que por el momento fuese molestado. Yo nunca había tenido cargos oficiales en el fascismo: sin estar ni siquiera inscripto en el partido, había desarrollado una acción sobre el plano de la doctrina para propiciar y desarrollar todo aquello que en el movimiento de reconstrucción italiana podía tomar forma en el sentido de una Derecha absoluta y tradicional de orientación "gibelina". En todo caso podía considerárseme por mi particular actividad de vinculación con elementos germánicos y de defensa del principio del Eje, en especial luego de que Mussolini había tomado la iniciativa de llamarme y de dar su aprobación a las especiales formulaciones que yo había dado a los problemas de la raza y de la concepción del mundo. Pero puesto que, por parte del Rey, se había proclamado en aquel mismo día que "la guerra continuaba", no obstante la crisis del fascismo, había que pensar que justamente mi particular vinculación con elementos alemanes, es decir, todavía aliados, me habría garantizado una cierta inmunidad.

Y en efecto ello fue así. Por otro lado yo consideraba oportuno permanecer en Italia y en Roma para ver qué cosa se podía todavía hacer.

El peligro de un desmoronamiento interno del fascismo nosotros lo habíamos en cierta medida previsto. Justamente el día antes de la fatal reunión del Gran Consejo, juntamente con el ministro de Estado Giovanni Preziosi, del cual yo era amigo e íntimo colaborador, y de un representante de las SS, se había hablado de lo que habría acontecido ante una tal eventualidad. Más tarde se supo que Carlo Scorza lo había advertido al Duce de todo lo que se estaba preparando de manera subterránea, sin que sin embargo éste hubiese tomado el asunto en serio. De cualquier manera, la falta de cualquier reacción luego de la traición, la absoluta inercia de los mayores exponentes del régimen y de la misma Milicia, nos habían golpeado con un doloroso estupor sea a mí como a otros amigos que desde hacía tiempo me permanecían cercanos: como una confirmación de aquella carencia de fuerzas verdaderamente templadas y firmes detrás de las estructuras jerarquistas y conformistas que lamentablemente en más de una ocasión se habían ya puesto en evidencia. Ahora se trataba de recabar todas las consecuencias de la dura lección: de ver qué cosa había aun resistido a la prueba, sobre cuáles elementos con anterioridad impedidos por un sistema no totalmente irreprensible, y sobre cuáles otros nuevos elementos se podía contar para mantener, en una forma adaptada a las circunstancias, las posturas en relación sea con el problema interno político de Italia, sea con la continuación de la guerra por parte del Eje.

En este sentido aclaré las razones esenciales de mi permanencia en Roma a los amigos de la Embajada alemana, tratando de subrayar la importancia decisiva de una acción de tal tipo. Sin embargo en los elementos que pertenecían propiamente a la diplomacia tuve que encontrar una confianza –si bien parcial, pero no por esto menos curiosa– en las seguridades dadas por el gobierno de Badoglio, y una desconfianza en cambio en los fascistas, ya por el hecho de haber padecido tales acontecimientos. Sin embargo ya en rigor de la misma lógica habría debido aparecer como muy clara la absurdidad de una Italia que, mientras que se había declarado a favor del antifascismo, hubiese por el otro continuado combatiendo en contra de la coalición mundial antifascista, en una guerra que ya a esa altura era abiertamente ideológica.

Transcurrieron todo el mes de julio y parte de agosto, con contactos y consultas con varios elementos, mientras nos preocupábamos por ser debidamente informados sobre los desarrollos de la situación, en especial

en relación a la actitud alemana. A tal respecto se fue delineando paulatinamente una divergencia entre las posturas de la *Auswaertige Amt*, es decir de la diplomacia dependiente de la *Wilhemstrasse*, y los ambientes de las SS. La primera pensaba que con el nuevo régimen, a pesar de todo, se habría podido continuar con la guerra (el caso-límite de tal ingenuidad se habría de verificar más tarde cuando Ribbentrop, a pesar de haber tenido la información relativa a las intenciones de tratar de manera secreta con los Aliados, se dejó convencer por la palabra de honor que le fuera dada por el embajador Guariglia de que ello no era verdad. Como se sabe, esta seguridad iba a ser repetida incluso hasta en el momento en que el armisticio estaba prácticamente concluido). Los segundos en cambio tomaban como una consecuencia natural del 25 de julio el armisticio y la defección en mayor o menor tiempo.

Esta incierta situación halló una expresión característica y dramática en un episodio muy poco conocido. En agosto de 1943 llegó a Roma aquel que luego habría de ser el liberador de Mussolini, Otto Skorzeny, junto con un grupo de oficiales de las SS. Pero desde un primer momento la identidad de éstos fue desconocida aun por parte de la misma embajada alemana. Ellos, que habían venido con la divisa de oficiales de la *Lufwaffe* y, transitando por el ambiente diplomático, fue con Kesselring que tomaron directamente contacto, poniéndolo al corriente de lo que se había proyectado en Berlín. Se trataba ni más ni menos que de dar un golpe de mano arrestando a Badoglio y a sus colaboradores y tomando respecto del mismo Rey y de algunos miembros de la familia real ciertas "medidas de seguridad" análogas a las que se habían tomado en ese momento con Mussolini. Por supuesto que se trataba también de descubrir en dónde había sido escondido Mussolini y de liberarlo antes de que fuese demasiado tarde, es decir antes de que se hubiese apurado su eliminación física.

Kesselring no se animó a aprobar personalmente semejante plan y advirtió de ello a la Embajada alemana. Aquí se encontró con una cerrada y decidida oposición. Se reputó que una tal iniciativa habría hecho precipitar la situación puesto que habría dado al pueblo italiano la sensación de una intervención absolutamente extranjera provocando peligrosas reacciones. Muy distintas se hubiesen presentado las cosas si se hubiese tratado de una iniciativa de elementos italianos, la cual habría sido apoyada en forma inmediata. Sin embargo resultaba muy difícil querer regresar a la situación

que se vivía antes del 25 de julio puesto que era demasiado tarde para obviar aquella caída de prestigio del fascismo que en vastos estratos del pueblo italiano había sido provocada sea por parte de la defección de los miembros del Gran Consejo, sea por la inexistencia de reacciones de los exponentes de la revolución fascista ante la liquidación exquisitamente "constitucional" de Mussolini convertido en un simple jefe de Gobierno que ofrece sus dimisiones, sea, en fin, por el espectáculo proporcionado por el repentino cambio de bando de muchos –es especial de "intelectuales"– que hasta hacía pocos días habían exaltado al fascismo. Una situación tan delicada no podía ser resuelta con un simple golpe de fuerza.

En tal sentido, desde la Embajada, con gran alarma se habló directamente con Hitler. Y pasaron así varios días de espera y de ansiosas expectativas.

II

El hecho de que se esperase del lado alemán un golpe de mano en contra del gobierno de Badoglio por parte de una iniciativa de Italianos, si bien apoyada en forma inmediata y eficiente, ha sido con grandísima probabilidad la causa de la muerte de Ettore Muti. Todo lo que he referido precedentemente había sido mantenido en el más riguroso secreto; tal como dijera en un primer momento, ni siquiera la Embajada alemana de Roma había conocido la misión de Skorzeny. El único que en Roma estuvo al corriente del tema fue una persona que gozaba de la fama de ser el representante de Himmler, Eugen Dolman. No está claro cómo esta persona, originariamente un simple intérprete, haya podido ganarse la confianza del jefe de las SS. Con la mentalidad "humanista" propia de ciertos caducos elementos de la cultura germánica, Dollman alimentaba en lo más profundo de su corazón un desprecio hacia el nacionalsocialismo y hacia sus hombres; en relación a lo que él creía ser, nada le parecía como suficientemente noble y aristocrático y, por lo tanto, se había preocupado por introducirse de cualquier manera en los ambientes del patriciado romano, vinculados con la misma Casa Real. Debe reputarse que en el momento en el cual él pensó que a Skorzeny y a sus hombre se le hubiese dado la vía libre para la operación en contra del nuevo gobierno, Dollman haya hecho oportunamente advertir a miembros de la Casa Real, a fin de que se

pudiesen poner a resguardo. Por supuesto que de esta manera también se enteró Badoglio.

El asesinato de Ettore Muti

La búsqueda de quien se pudiese poner al frente de una reacción fascista no era una cosa fácil, puesto que de fascistas que hubiesen permanecido fieles y expuestos públicamente una parte de ellos había sido arrestada, mientras que otros se habían enseguida exiliado en Alemania. Se pensó en Ettore Muti, también por el hecho de ser menos un hombre político que un exponente del puro espíritu de milicia, si bien había sido por un breve tiempo secretario del Partido: además por su carácter resuelto y sus dotes personales. Esto fue en el mismo momento en el cual por la vía antes mencionada el gobierno de Badoglio pudo enterarse de lo que se estaba tramando, por lo que, como medida preventiva, puso en marcha la operación Muti, si bien éste no hubiese sido hasta ese entonces molestado. Considero que Muti no estuviese él tampoco enterado todavía de lo que eventualmente se la habría propuesto. Por otro lado es difícil acertar con exactitud si se lo quería simplemente arrestar, o también matar; por cierto la fórmula "muerto mientras intentaba escapar" es tristemente célebre, recordando al respecto muchos casos empezando por el de Codreanu, el jefe de la Guardia de Hierro asesinado.

Por todos estos hechos y por la sensación de que el gobierno de Badoglio ya había sido puesto en guardia, la situación se hacía cada vez más tensa. Si había que hacer algo, ello debía ser improrrogable. Mientras tanto desde Berlín habían llegado disposiciones en el sentido de revocar todo el plan Skorzeny; a éste en cambio le fue asignada la tarea de averiguar el lugar en el cual se encontraba Mussolini y de liberarlo. Quizás la mejor solución era que el Duce mismo, si lo quería, fuese el que tomase la iniciativa de tal reacción. Tal como se vino a saber después, en esto tuvo un papel importante también la profunda amistad que Hitler alimentaba hacia Mussolini. Y por esta razón no se sirvió de Farinacci, el cual se encontraba ya en Alemania y se había propuesto para una acción en contra de los hombres del 25 de julio y del nuevo régimen. Se le dio a tal respecto demasiado importancia a las voces relativas a una rivalidad entre Mussolini

y Farinacci, rivalidad que en realidad era inexistente, puesto que si bien Farinacci –a quien tuve ocasión de conocer de cerca– no solía agachar su cabeza ante nadie, en oposición exacta del estilo de servilismo propio de no pocos fascistas que lo rodeaban a Mussolini, sin embargo era un hombre leal y devoto para con el Duce.

Un viaje movido

Fue en relación con un espeso clima de incertidumbre y con las oscilaciones que se habían verificado por parte de los alemanes que hacia fines de agosto de 1943 se me propuso de trasladarme secretamente a Berlín, para relatar sobre la situación y para contribuir a un esclarecimiento del tema. No partí solo, me hice acompañar por un miembro de las fuerzas armadas que podía referir sobre la actitud política de las mismas, por un representante de una conocida agencia periodística y por un escuadrista (que a continuación iba a ser víctima de un bombardeo aéreo), el cual representaba de alguna manera el grupo de los "puros" y de los "fieles" que no aceptaban el 25 de julio y que desde hacía tiempo habían auspiciado una "segunda oleada" renovadora y purificadora de los cuadros del fascismo.

Nuestro viaje no estuvo privado de elementos pintorescos. Nos dirigimos en forma separada a Bolzano en un determinado hotel, al conserje del mismo se le dijo una fórmula convenida. Sobre la base de ello fuimos puestos en contacto con elementos locales del SD, que esperaron el paso de un vehículo militar que se dirigía más allá de la frontera. Hacia el mismo nosotros nos dirigimos endosando vestimentas militares y birretes alemanes, pasando a toda carrera el puesto fronterizo del Breno en donde nadie se arriesgaba a detener a medios militares alemanes y menos aun de las *Waffen SS*. Alcanzamos Innsbruck y de allí en tren se siguió hasta Berlín. Por poco, en el camino no nos alcanzó un ataque aéreo. Tuvimos que detenernos largo tiempo ante la ciudad bombardeada. Una vez que entramos a la misma, hallamos un gran desorden en los ambientes que nos esperaban puesto que una bomba había impactado justamente en una parte del edificio en donde se hallaban las oficinas de la SD ocupadas del sector italiano.

Para no llamar la atención (sobre todo porque yo tenía en Berlín a

muchos conocidos) fuimos alojados en el hotel principal de Potsdam. Le siguieron días de coloquios y de contactos en los cuales se trató de examinar, desde el punto de vista del Eje, los problemas más urgentes impuestos por la situación italiana. Nuevamente se manifestaron las divergencias entre el ambiente de las SS y el de la diplomacia de carrera, inclinada hacia el optimismo o por lo menos a la expectativa estéril. Por lo demás, no quería prolongar sobre medida mi ausencia de Italia por diferentes razones, y ante todo por tener en cuenta posibles desarrollos de la situación y para saber si nuevas fuerzas se estuviesen reagrupando. Mis amigos y acompañantes habían ya regresado y yo mismo me aprestaba a partir, cuando desde el *Auswaertiges Amt*, es decir el Ministerio de Relaciones Exteriores, que finalmente había llegado a saber de nuestra misión, se me hizo saber que el ministro Giovanni Preziosi deseaba verme. Por hallarse singularmente expuesto a causa de sus diferentes campañas inspiradas en una intransigencia fascista y por una fe absoluta en el Eje, Preziosi, con la ayuda de la Embajada alemana de Roma, había dejado Italia y ahora se encontraba de incógnito, junto a la mujer y al hijo, en Bad Rechenhall, cerca de Munich. Consentí gustosamente a dirigirme hacia él antes de regresar a Italia. Y ésta fue la ocasión que habría de conducirme hacia el Cuartel General de Hitler y volver a ver a Mussolini justo después de su liberación.

III

Desde Berlín me dirigí pues a Bad Reicehnhall, cerca de Munich, para encontrarme con el ministro de Estado Giovanni Preziosi. Él se encontraba en aquel pueblo desde hacía algunas semanas. Enseguida. luego de haber dejado Italia tras el advenimiento de Badoglio, había sido recibido por Hitler y ya entonces había tratado de convencer al Führer de la inevitable traición del aliado. Él era muy conocido como aquel que, con la ayuda de un especial archivo secreto, estaba particularmente al corriente de hechos y de bastidores de todo tipo del último período de la historia italiana. Íntimo amigo de Farinacci, había estado a su lado en una áspera polémica en contra de Badoglio. Y poseía documentos –entre ellos una carta manuscrita del general Cadorna– de los cuales resultaba entre otras cosas

la responsabilidad de Badoglio por la derrota de Caporetto y cómo éste en el ejército hubiese continuado siendo el mayor exponente de la masonería. Éstos y otros hilos secretos que habían conducido hacia el 25 de julio, Preziosi los conocía todos y en relación al único lógico desarrollo de la nueva situación italiana para él no podían existir dudas. De todo esto él había informado a Hitler.

La guerra hasta el final

Hallé a Preziosi en un estado de extremado nerviosismo, sea por hallarse aislado y sin suficientes informaciones sobre todo lo que acontecía en Italia, sea porque estaba ansioso por la suerte de Mussolini, sea porque se esperaba, un día u otro, una decisiva iniciativa de parte de Alemania. Le comuniqué a Preziosi todo lo que sabía y lo que se trataba de organizar en Roma. A Preziosi Hitler le había también hablado de las famosas armas secretas. También en relación con esto mi amigo no se hacía demasiadas ilusiones respecto del resultado de la guerra. Tuvimos varias discusiones mientras paseábamos en aquella quieta y cordial estación termal de Baviera. Mi punto de vista era ya desde entonces que la guerra había que continuarla hasta el final, aun si ello significaba batirse en posiciones perdidas, no habiendo otra alternativa ante la inaudita pretensión de "rendición incondicional" ya declarada abiertamente; pero que era también importante ir pensando ya desde ahora en el "después", es decir en aquello que se podía salvar luego de la catástrofe, en aquello que en Italia habría podido ser creado en una cierta continuidad con la idea antidemocrática y anticomunista.

El pesimismo de Preziosi

Sobre este punto Preziosi era pesimista. Desde su punto de vista, aquellas que él denominaba como las "potencias ocultas" en acción por detrás del nucleamiento aliado, que le habían conferido a la guerra un carácter radical de cruzada ideológica, no habían ahorrado a ninguno de los hombres sobre

los cuales se hubiese podido contar para aquella acción. "Ten la certeza –me repetía incesantemente Preziosi– que ni tú ni yo sobreviviremos". Además del dolor por el último derrumbe y por el final horrible de Mussolini, debía ser ésta la convicción que empujara a Preziosi a suicidarse junto a la mujer en Milán, cuando los Aliados entraron, mientras que, al haber hallado asilo entre amigos de fiar, con grandísima probabilidad habría podido escapar de los estragos de la "liberación" en modo tal de que hoy podría encontrarse con nosotros como un valiosísimo elemento del nuevo frente de las fuerzas nacionales.

A radio Munich

Prolongué algunos días mi estancia en Bad Reichenhall puesto que se esperaba tener de un momento a otro alguna comunicación decisiva del lado alemán. Finalmente me decidí a partir. Pero justo en la vigilia de la partida –era el 8 de septiembre– hacia las diez de la noche llegó a nuestro hotel la noticia de la traición y la invitación de acercarnos, Preziosi y yo, a Munich. Fuimos acompañados a la radio. La primera idea había sido de hacer lanzar inmediatamente desde allí aquella noche una apelación al pueblo italiano. Funcionaron líneas telefónicas directas. Se esperó. Se discutió. Vino luego una contraorden. Se pasó en Munich el resto de la noche y a la mañana siguiente a bordo de un avión de caza se partió antes para Berlín y desde Berlín –luego de haber escapado a una interceptación por parte de los aliados– para el Cuartel General de Hitler.

Éste se hallaba entonces en Rastenburg, cerca del límite de la Prusia oriental. Se trata ésta de una escuálida región de paisaje uniforme que se compone casi exclusivamente e espesas florestas de árboles de tronco desnudo y de breves copas, de lagos de variada grandeza y de trechos arenosos. En el norte la misma da sobre el Kuerischer Haff, las extrañas playas de arena blanquísima en donde aun viven los alces hiperbóreas de grandes cuernos. Rastenburg es la estación ferroviaria de una pequeña aldea. A una cierta distancia de la misma, escondido en uno de los bosques, se hallaba el cuartel general del Führer, alojado en dos simples barracas. Un poco distante del mismo, en la espesura de otro bosquecito, se hallaba la barraca de Ribbentrop; más lejos estaba la residencia de Himmler. En la

proximidad se hallaba un pequeño aeropuerto y, camuflado, un potente cañón antiaéreo (por lo demás, también gracias a la uniformidad del paisaje, parecer ser que el Cuartel General no fue nunca individualizado ni bombardeado). A una cierta distancia de la pequeña estación ferroviaria había algunos binarios muertos. Sobre los mismos, con el aspecto de vagones abandonados y en demolición, se hallaban carrozas de trenes especiales que ante la necesidad podían ser enseguida enganchados a locomotoras para partir. Una vez descendidos en el aeropuerto, fue en uno de estos grupos de vagones que fuimos alojados. Y allí encontramos al primer núcleo de fascistas que se hallaban en Alemania: estaban Alejandro Pavolini, Victorio Mussolini, Renato Ricci. Farinacci estaba alojado aparte, cerca de la residencia de Himmler. Seguidamente habrían de agregarse César Rivelli que se ocupó de la radio y que en el primer período de la República Social Italiana dirigió la emisora fascista desde Munich; luego dos periodistas fascistas ya residentes en Alemania, Ángel Verdearme y Hugo Valla. Grupos de dos cabinas de coche cama unidas entre sí constituían el alojamiento de cada uno de nosotros. Luego había un vagón completo como comedor y de trabajo y un segundo vagón en donde se encontraba una instalación para la radio vinculada con Munich.

Recibidos por Ribbentrop

La noche misma de nuestro arribo –el 9 de septiembre– Preziosi y yo fuimos recibidos enseguida por Ribbentrop. Debido a mi conocimiento del alemán, yo hacía de intérprete. Las primeras palabra que Preziosi dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores fueron: "Sea en Alemania como en Italia mi destino parece ser el de Casandra". Pretendía decir que de nada le había valido haber previsto lo que maduraba: por un lado el 25 de julio, por el otro el 8 de septiembre. Lo que él le había dicho primero a Mussolini y luego a Hitler había quedado sin efecto y los hombres se habían dejado sorprender por los acontecimientos. Ribbentrop nos dijo que era el deseo de Hitler que los fascistas italianos que habían permanecido fieles a la idea y al Duce lanzasen inmediatamente una apelación al pueblo italiano anunciando la constitución de un contra-gobierno que confirmase su fidelidad al Eje de acuerdo a la palabra ya dada y luego no mantenida por el Rey. Los otros fascistas habían sido advertidos. No había que perder

tiempo. Y así fue por parte de nuestro grupo en aquella desolada región nórdica, desde aquellos vagones mimetizados, que al día siguiente partió sobre las ondas del éter el primer anuncio de la constitución del segundo fascismo y de lo que fue bautizado como "el frente italiano del honor".

IV

La liberación de Mussolini y la proclamación de la RSI

El nuevo gobierno fascista anunciado por nosotros era naturalmente un gobierno fantasma. Todo se reducía entonces a nuestro pequeño grupo que trabajaba a *team-work* en la radio en aquel tren inmóvil de una remota región de la Prusia oriental no teniendo ninguna exacta noción de lo que acontecía en Italia por efecto del armisticio, no sabiendo qué actitud hubiese tomado el uno o el otro de los principales exponentes del régimen anterior y estando sobre todo en la oscuridad respecto del destino de Mussolini. Luego del primer momento, pasados un par de días, apareció siempre más impostergable la necesidad de que el anunciado nuevo gobierno tomase de alguna manera el nombre de una persona que apareciese como un punto de referencia y que se retomase contacto con Italia para ver sobre quién se podía contar para iniciar una reorganización de las fuerzas que no habían sido aun quebradas.

En vez, a pesar de nuestra inquietud, fuimos dejados en Rastenburg. El tren inmóvil habitado por nosotros bajo aquel calmo y pálido cielo nórdico de verano tardío era como un símbolo: mientras que trágicos acontecimientos, luego del vergonzoso armisticio, se desarrollaban en el área mediterránea y se desplegaba la invasión aliada de la península. Acontecía que desde el lado alemán se hesitaba, no se quería comprometer sea respecto de la forma a dar al nuevo gobierno, sea respecto de aquel o quienes debían representarlo. Farinacci le había propuesto nuevamente a Hitler de tomar la iniciativa y de asumir toda la responsabilidad, siendo su proyecto el de retomar de la manera más pura los postulados del régimen fascista. Pero se hesitaba en darle vía libre sea porque se quería saber antes de Mussolini, sea porque en el ínterin se le había propuesto a Hitler un proyecto diferente, creo que por obra del General Wolf. Al Führer se le había transmitido un informe en el cual se decía que, a causa de todo lo que había acontecido, el clima general de la población italiana, cansada de

la guerra, era poco propicio para el retorno del fascismo, que a tal respecto se podía contar tan sólo con una minoría y que fuertes tensiones, e incluso una guerra civil, habrían podido ser la consecuencia de la imposición germánica de un nuevo gobierno fascista por vías expeditivas. Se proponía por el contrario la constitución de un régimen administrativo neutro, apolítico, para tutelar el orden, la seguridad y el curso normal de la vida en el territorio italiano no ocupado, en el cual sólo las tropas alemanas habrían podido continuar a combatir. Como persona en grado de organizar un tal gobierno fue propuesto el ministro Tassinari, figura de técnico y de particular honestidad. Tassinari fue pues llamado a Rastenburg para hablar con Ribbentrop y luego con Hitler. Se le solicitó compilar una lista de miembros para el proyectado nuevo gobierno neutro, lista que fue presentada pero no juzgada como satisfactoria. Era deseo del Führer que, aunque sea no en una función política, tal gobierno incluyese a algún elemento probado del anterior régimen, como un seguro anillo de conexión entre las dos instancias. Tassinari se reservó de presentar dos días más tarde una nueva lista. Fue justo en aquel momento que se conoció la liberación de Mussolini.

La noticia, si no me equivoco, nos llegó la noche del 13 de septiembre. Mussolini telefonaba desde Viena, adonde había sido transportado en avión enseguida después de la liberación por obra de Skorzeny. Dijo que estaba muy cansado y que habría pasado la noche en aquella ciudad, pero que al día siguiente habría arribado al cuartel general de Hitler. De tal manera arribó al día siguiente a las siete de la noche. Llamó enseguida consigo a su hijo Victorio. Una hora después nos convocó a todos nosotros los del grupo del "tren inmóvil", los primeros fascistas que él veía luego de la liberación. Nos recibió en la barraca destinada por Hitler a los *Hohe Gäste*, es decir a los huéspedes de rango. Todavía tenía la ropa de civil. Su rostro estaba bronceado y a primera vista reflejaba un estado de ánimo especial, como de asombro y de exaltación. Luego comenzó a contarnos las circunstancias de su prisión: Ponza, La Maddalena, Campo Imperatore. Son acontecimientos notorios. Mussolini, al contarnos diferentes episodios, subrayó cómo entre las pocas personas del pueblo con las cuales tuvo algún contacto hubiese encontrado tan sólo devoción y afecto. Su liberación parece que tuvo un final casi familiar: debe existir una foto de Mussolini con los Carabineros que lo custodiaban por un lado y las SS por el otro.

De todo lo que había acontecido en Italia en el ínterin no sabía casi nada: ni siquiera tenía una idea del alcance de la claudicación del fascismo, por lo cual entre los nombres de los hombres que él creía aun fieles y que pronunció, había unos cuantos que ya se habían apresurado a cambiar de bandera.

Hace poco un rotativo filofascista publicó unas presuntas revelaciones según las cuales el 25 de julio, si es que no fue concertado en acuerdo con Mussolini, habría sido acogido por éste como una desesperada ocasión para separarse de Alemania y para asegurar un mejor destino a Italia. Y la reacción fascista habría faltado justamente en razón de una secreta consigna transmitida por Mussolini. Ahora bien, en lo que se refiere a lo que Mussolini nos dijo a nosotros, del mismo modo que a los primeros italianos que vio apenas obtuvo su liberación, y por toda la actitud asumida en tal ocasión, no puede haber ni la más mínima duda del hecho de que aquellas revelaciones no son sino una absurda y ultrajante patraña.

Luego Mussolini formuló en síntesis su programa, en tres puntos: el primero, regular las cuentas con la Casa Saboya; segundo, reconstruir el ejército (yo no puede hacer a menos que decirle, interrumpiéndolo: "Pero la flota no volverá más", a lo cual él, con un cierto *pathos*, exclamó: "¡Ah, mi flota!"); tercero, el problema social. Agregó que Hitler le había dado poco antes buenas noticias. En efecto estábamos en el momento en el cual los Aliados, desembarcados en Salerno, casi estuvieron a punto de ser rechazados hacia el mar. Hizo mención a las armas secretas. Creía que la partida no estuviese todavía perdida. Luego de lo cual se despidió de nosotros.

Permanecimos en aquella barraca en un estado de ánimo inimaginable, brindando y festejando, antes de volver a nuestro tren inmóvil. Como recuerdo conservo la tapa de una caja de cigarros cubanos que nos fueran ofrecidos aquella noche, sobre la cual se encuentran las firmas de todos nosotros. Falta tan sólo la de Farinacci que el Duce llevó consigo a un costado. A la mañana siguiente se nos transmitió la primera orden del día de Mussolini que asumía el nuevo gobierno y que había que transmitir por radio. En primer término contenía la proclamación de la república. Para la historia interesará el testimonio de que tal grave decisión institucional fue tomada directamente por parte de Mussolini, sin consultarlo con nadie. En efecto, tal como he dicho, los únicos italianos que él vio arribando al

cuartel general de Hitler fuimos nosotros. Luego de dejarlo no vio más a nadie más. A la mañana siguiente, hacia las ocho, nos llegó aquella orden del día.

La permanencia en el tren inmóvil había por supuesto terminado. Se trataba ahora de pasar a la acción. En primer lugar, Pavolini fue enviado a Roma a organizar el partido fascista como PFR. Nosotros dejamos todos, dos días después, el cuartel general de Hitler en donde habíamos vivido horas históricas e inolvidables.

V

Misión a Roma: "El Movimiento del Renacimiento"

Proclamado en forma oficial el nuevo gobierno fascista del Norte, el pequeño grupo que lo había anunciado aun antes de que Mussolini fuese liberado dejó el cuartel general de Hitler y en avión alcanzó Munich. En el aeropuerto nos esperaban varios jerarcas fascistas –entre ellos Buffarini-Guidi– en su momento arrestados y luego liberados por los alemanes. Sobre un viejo Ju-52, con algunos de ellos partí inmediatamente para Roma, habiendo tenido la especial misión de poner al reparo en Nápoles una parte del archivo secreto de Preziosi, antes de que la ciudad fuese ocupada. El aterrizaje fue sumamente complicado. Al estar los aeropuertos de la capital inutilizados por los bombardeos tuvimos que descender en Guidonia.

El aeropuerto militar estaba desierto: sobre el campo había un par de aviones destruidos; las oficinas estaban vacías y habían sido saqueadas. Pasó un tiempo antes de encontrar a alguien. Finalmente divisé a un par de soldados con uniforme color caqui y pantalones cortos. No sabía si interpelarlos en alemán o en inglés. Por suerte eran alemanes; pocos hombres con una ametralladora pesada cuidaban todo el campo. Si los Aliados hubiesen tenido un mínimo de audacia, con unas pocas tropas aerotransportadas hubieran podido ocupar Roma casi un año antes.

Seguidamente en Roma reflexioné sobre lo que convenía hacer. Con respecto a la resolución de la guerra no existían lamentablemente dudas, eran claras las posibilidades que se les ofrecían a aquellos que pertenecían a una mejor Italia: combatir hasta el final, a pesar de todo, con la esperanza de no sobrevivir o bien de preparar algo que pudiese subsistir luego de la

guerra en una mayor o menor escondida continuidad con respecto a los principios fundamentales del Estado fascista. Al comienzo había mencionado cómo en Roma ya en el período badogliano prearmisticio se hubiese buscado actuar en el segundo sentido. Por temperamento hubiera sido mayormente llevado hacia la primera alternativa. Pero una consideración más fría me hacía preguntar si aquella fuese la línea del mejor empleo de mis posibilidades. Había luego otra circunstancia: en las largas horas pasadas en el "tren inmóvil" del cuartel general de Hitler antes de que Mussolini fuese liberado, muchas veces se había discutido con el hijo Victorio, con Pavolini y con Preziosi sobre el problema institucional. Mi punto de vista era que todo proceso en contra de la persona del representante de un principio no debe nunca ser extendido al principio mismo; en todo caso a aquel que falla se le debe sustituir otro que se encuentre a la altura del principio. Recuerdo que Victorio Mussolini me preguntó entonces, si para hacer subsistir el principio monárquico quería quizás que su padre se proclamara rey. Esto no, contesté, pero se puede declarar decaída por felonía a la rama reinante de los Saboya, proclamar la regencia, constituir mientras tanto la simple dignidad de jefe de un Estado antidemocrático y antimarxista, de una manera similar a como lo habían hecho Horthy y Franco.

Dadas estas convicciones mías, idénticas ayer como hoy, mientras que por un lado adhería absolutamente al factor militar, combativo y legionario del fascismo de Saló, no podía no alimentar reservas respecto del aspecto solamente político, "social", republicano del mismo. También por esto terminé decidiéndome por la segunda alternativa y traté de ver qué se podía hacer sobre el camino ya iniciado antes de mi viaje secreto a Alemania. Es decir que se trataba de crear el germen de un movimiento de Derecha capaz de sobrevivir a la crisis y de asumir sucesivamente la forma de un "partido". Se anticipaba así en mayor o menor medida la exigencia que a continuación habría de dar lugar al MSI.

La situación era sin embargo sumamente delicada. Por un lado el grupo, para no perjudicarse, debía en apariencia no tener nada que ver con el nuevo partido fascista y parecer incluso clandestino. Pero al mismo tiempo trabajar en concordancia con los centros alemanes. En aquel período en el Sur, más allá del frente de Casino, se alimentaban serias preocupaciones por una eventual prevalencia de elementos extremistas de izquierda una

vez que Roma hubiese caído. Así en contacto con nosotros entraron también hombres que, a través de radios clandestinas, se mantenían en contacto con el Sur y se manifestaban dispuestos a asociarse al tentativo de preorganizar un partido de pura Derecha. Por nuestro lado había elementos de Derecha del anterior régimen. Entre los mismos un papel principal lo tenía el senador Carlo Costamagna, con el cual he colaborado por bastante tiempo. Otro nombre que creo poder dar es el del ex ministro Balbino Giuliano. Se eligió la denominación "Movimiento para el Renacimiento de Italia". Se formuló un programa que fue impreso y difundido en la forma de un opúsculo.

Además por medio del SD alemán había entrado en contacto con quien entonces publicaba un semanario satírico, *Il Pasquino*, sumamente difundido. Pavolini no llegaba a entender por qué la SS protegiese a aquel diario que muchas veces tenía actitudes de fronda. El hecho es que se trataba de una simple fachada. En el momento de un cambio de situación el diario habría podido convertirse en un cotidiano político. Con la ayuda germánica se había conseguido una partida de papel. Además había adquirido un grupo electrógeno. Se preveía que, una vez ocupada Roma, habría faltado la corriente. Con respecto a los otros diarios, se habría estado en una situación de ventaja, se habría podido hacer salir inmediatamente la hoja como órgano del movimiento.

No he tenido manera de averiguar qué haya sido de los diferentes elementos con los cuales en aquel período yo estuve en contacto. Quizás no pocos hacían el doble juego. Una interesante novela o guión cinematográfico podría ser escrito con el título: "Hotel Bernini". En aquel hotel, en el período de "Roma ciudad abierta", SS, elementos del espionaje y del contraespionaje, aventureros, jóvenes fascinantes de actividades poco claras desarrollaban una vida peligrosa y compleja en el marco de situaciones fluidas. La contraparte era la barraca del coronel Kappler, en el jardín de la embajada.

Para concluir: yo tendría que haber permanecido en Roma, en relación con elementos de la denominada *Inez* que habrían mantenido el vínculo con el Norte. También por seguridades que me fueron dadas, reputaba que en un primer momento no habría sido molestado; para después tenía un refugio y papeles falsos. Sin embargo, apenas unas pocas horas después de que los Aliados entraron a Roma, hombres de su servicio secreto fueron

tan corteses de hacerme una visita. Con una extraña presencia de espíritu, mi vieja madre supo entretenerlos. Cuando los dejó entrar, por la misma puerta salí sin que se dieran cuenta. Consulté con amigos. Se sabía de análogas visitas y se sospechaba de traiciones. Lo mejor fue cuando logré atravesar el frente para alcanzar las fuerzas en retirada y comentar lo acontecido. Y ello lo hice mientras aun se combatía en los alrededores de Roma. Pasé primero entre las tropas americanas y luego entre las francesas. Luego de una marcha extenuante, divisé una patrulla alemana de retaguardia. Lo último que me pasó fue el ser sospechado como espía por un comando alemán de división al cual había solicitado un medio para alcanzar inmediatamente a los elementos de la SD. El encuentro con un mayor con el cual tenía comunes conocidos en Berlín resolvió la situación. Alcanzada Verona, tuve la suerte de hallar justamente a la persona sobre la cual más podía contar. Y ello decidió la orientación de mi sucesiva actividad.

APÉNDICE IV:

CRÍTICA A LOS "LIBERADORES"

AUTODEFENSA

Señores de la Corte:

La imputación originaria en base a la cual se ha procedido a mi arresto se remite al artículo 1° de la ley n° 1546 de 1947; según la misma yo, junto a otros, habría promovido, bajo la forma de organizaciones varias, y sobre todo de aquella integrada por un grupo de jóvenes de *Imperium,* la reconstitución del disuelto partido fascista. Sobre esto no vale la pena gastar más de dos palabras, pues una acusación de este tipo carece de cualquier fundamento.

Nada en efecto se me ha podido probar que haga pensar que mis relaciones con estos grupos se hayan desarrollado de un modo diferente que el puramente intelectual de la doctrina del Estado, de la ética y de la concepción de la vida. Y acerca de tales relaciones puestas en relieve por la Policía de manera tendenciosa y arbitraria, debo decir que ellas no han sido de un alcance mayor que las que he tenido con otros diferentes grupos, monárquicos, independientes o nacionalistas, como por ejemplo los grupos de *Il Nazionale* de E. M. Gray o del *Meridiano de Italia* (M.S.I.) (el neofascista partido *Movimento Sociale Italiano).* Por cierto, hacia los jóvenes de *Imperium* me he sentido particularmente inclinado por estas dos razones: en primer lugar porque ellos insistían en la necesidad de una revolución interna, espiritual, en el individuo y como el presupuesto de la lucha política —y el director de *Imperium,* Erra, en su interrogatorio ha indicado en modo preciso tal punto— y en segundo lugar, porque en el conjunto de las corrientes del M.S.I., la de tal grupo defendía posiciones de derecha, ligadas a valores espirituales y jerárquicos, en contra de la tendencialidad socialistoide ampliamente representada en aquel partido.

He sido totalmente ajeno a iniciativas organizativas clandestinas, ni nunca nadie me habló jamás de las mismas; en cuanto luego a cierto

activismo, he exhortado muchas veces a no proveer por tal camino armas al adversario, dado que ninguna persona seria pensará que estén presentes las premisas en Italia, dada la situación internacional, para hacer una verdadera revolución o golpe de Estado antidemocrático. Ello no sólo lo he escrito en una carta que la Policía ha secuestrado, pero que se ha cuidado de producir como prueba, sino también —por ejemplo— en un artículo aparecido en *Il Nazionale,* titulado «Sacar partido del obstáculo» en el cual yo decía que los mayores rigores previstos, en materia de represión antifascista, de parte de la nueva ley Selva, deberían propiciar la saludable renuncia a formas exteriores y en mayor o menor medida anacrónicas de expresión y de activismo, para en vez concentrarse en una seria preparación doctrinaria.

En general —puesto que se ha querido hablar de «complicidad ideológica»— ninguna incitación, aun indirecta o involuntaria, a acciones terroristas o clandestinas, se encuentra en cualquiera de mis escritos. La Policía en su informe, ha querido establecer una absurda relación entre la constitución de la *Legión Negra* y un punto de mi opúsculo *Orientaciones,* en donde se dice que el carácter trágico de nuestros tiempos reclama una especie de «Legionarismo». Pero yo especifico bien de qué se trata: del legionarismo, no como organización, sino como espíritu, como actitud interna. He aquí las palabras precisas: «Actitud de quien sabe elegir el camino más duro, de quien es capaz de combatir aun sabiendo que la batalla está materialmente perdida y se mantiene apegado al principio antiguo de que «la fidelidad es más fuerte que el fuego» *(Orientaciones,* págs. 5-6). El mismo significado es expresado más adelante (pág. 22), al hablar del «hombre de pie entre las ruinas». No se trata de otra cosa que de una actitud ética, heroica, espiritual. No son posibles equívocos y allí en donde se hayan cometido, no puedo asumir la responsabilidad. Ni tampoco he incitado jamás a la formación de partidos —yo niego el concepto mismo de partido— o de movimientos subversivos. He aquí cómo en la pág. 6, indico el deber de «Una revolución silenciosa, que procede en la profundidad, para que sean creadas en lo interno y en el sujeto las premisas de aquel orden, que en el momento justo deberá afirmarse también en lo externo, suplantando fulmíneamente las formas y las fuerzas de un mundo de decadencia y de corrupción». Me sea permitido citar otros dos pasajes. Página 5: «Volverse a levantar, resurgir

interiormente, darse a sí mismo una forma, crear en sí mismo un orden y un sentido de lo recto», en vez de «ir al encuentro de la demagogia y del materialismo de las masas», «encuadrándose» —lo digo justamente así— «en contra de quien sabe pensar sólo en los términos de programas, de problemas organizativos y partidistas», páginas 6 y 7: «Ante un mundo cenagoso, cuyos principios son: ¡Quién te lo mandó a hacer! ¡No te metas!» O bien: «Antes viene el estómago y luego la moral». O todavía: «Éstos no son tiempos en los cuales nos podamos dar el lujo de tener un carácter»; o por último: "Tengo una familia". Sepamos oponer: "Nosotros no podemos ser de otra manera: ésta es nuestra vía, éste es nuestro ser. Aquello que pueda ser alcanzado como positivo hoy o mañana no lo será a través de las habilidades de agitadores y de politiqueros, sino a través del prestigio natural y el reconocimiento de hombres que estén en tal altura y que den la garantía por su idea». ¡Yo, que incito a mantenerse, a pesar de todo este mundo de ruinas, en un nivel semejante de alta tensión ética, sería —según la expresión textual de la Policía— un «personaje maléfico y tenebroso», instigador de una juventud fanatizada!

Con respecto a la segunda imputación: de haber «exaltado ideas propias del fascismo» en «artículos publicados en varios números de las revistas *La Sfida, Imperium,* y en *Orientaciones,* como «sucesivas acciones de un mismo plan criminal».

En primer lugar debo poner de relieve un dato de hecho significativo. Esta imputación se me ha efectuado sólo en un segundo tiempo, pues en la que se me hiciera a través del Procurador de la República cuando me interrogó, la misma no figura. Es evidente que se trata de un repliegue, de una «conversión estratégica», casi para asegurar una *«fiche de consolation»* ante la previsible caída de la primera imputación. Basta ver la fecha de los escritos incriminados para darse cuenta: los mismos se remontan a varios meses y hasta a dos años (!) antes de mi arresto. *Orientaciones,* de fecha 1950, ha salido hace aproximadamente un año, no sólo, sino que es un conjunto de artículos publicados en su momento en otra parte, de manera organizada por sugerencia de un grupo que no es ni siquiera el de *Imperium* y que sólo se ha servido de la red de difusión de esta revista. ¿Cómo es que sólo después de un tiempo tan inverosímilmente largo se han dado cuenta de estos «actos consecutivos de un mismo Plan criminal»? De las dos, la una: o hay que convenir que la vigilancia Política de la prensa tiene

un ritmo y una prontitud realmente singulares; o bien hay que convenir en otra hipótesis, la única sensata y es que: estos escritos han sido elegidos entre una cantidad de otros escritos míos del mismo espíritu, si bien mucho más recientes, salidos en hojas bien vigiladas, como *Meridiano d' Italia, Rivolta ideale, Lotta política,* no por su contenido intrínseco, sino por el solo hecho de haber salido en las publicaciones del grupo *Imperium* y para establecer así una inexistente implicación en las presuntas iniciativas de organización ilegales que se imputan a ese grupo. Un artificio semejante no puede no resultar evidente a los ojos de un juez objetivo.

Pero hay más. El informe de la Policía no se preocupa para nada del presunto delito de «apología» que habría cometido con tales escritos. Arrogándose competencia, autoridad y la función de juzgar en materia de alta cultura, de filosofía, de doctrina de la raza, entrando incluso a opinar acerca de lo que yo digo respecto del darwinismo, el psicoanálisis, el existencialismo, el informe de la Oficina política de la Policía busca más bien denigrar mi figura en cuanto escritor, presentándome como un *dilettante* conocido sólo en grupúsculos de esoteristas —lo gracioso es que de dicho informe resulta que su compilador ignora lo que quiere decir «esoterismo»— que con sus teorías filosófico-mágicas morbosas —se ha llegado incluso a hablar de *«insania mentis»*— habría inflamado la cabeza a los jóvenes neofascistas y sería responsable de sus acciones irreflexivas.

Así pues, se entra en un campo totalmente ajeno a la parte positiva de la imputación de acuerdo al punto 7. Y, por cuanto sea extremadamente antipático tener que hablar de uno mismo, se me impone una breve rectificación de un tan distorsionada caricatura sobre mi persona.

¿Si yo no fuese sino un *dilettante* y un exaltado, desconocido afuera de los mencionados grupúsculos, pregunto cómo es que editores de primer rango —como Laterza, Bocca y Hoepli— han editado todas mis obras, muchas de ellas vueltas a editar en numerosas circunstancias y varias traducidas en lenguas extranjeras; se pregunta igualmente por qué he sido invitado a sostener ciclos de conferencias en Universidades italianas —Milán, Florencia— y extranjeras —Halle, Hamburgo— además de haber sido invitado a hablar en sociedades extranjeras abiertas sólo a los principales exponentes del pensamiento tradicional y aristocrático europeo, como en Berlín en el *Herrenklub,* en Budapest en la *Asociación de Cultura* de la condesa Zichy, en Viena en el *Kulturbund* del príncipe Rohan?

Aquello que se querría mostrar en los términos de teorías desequilibradas, tenebrosas, «mágicas», concierne en vez a estudios sistemáticos sobre la metafísica, sobre el orientalismo, sobre la ascesis, sobre la ciencia de los mitos y de los símbolos, estudios, nuevamente, muy apreciados también el exterior. Me limitaré a tal respecto a resaltar cómo este mismo año la casa Luzac de Londres, la más cotizada en Europa en tal campo, ha publicado una obra mía sobre el budismo, *The Doctrine of awakenning.*

El informe de la Policía impone una rectificación de otro punto que concierne al racismo. Siempre con la intención de pintarme una imagen tendenciosa me presenta como un fanático nazifascista, que en conferencias en el exterior habría atacado la latinidad y denigrado la italianidad a favor de la idea ario-germánica, cosa ésta que habría despertado preocupación incluso entre las jerarquías fascistas tras señalamientos consulares.

Todo esto es un equívoco derivado de incompetencia y de defectuosa información.

Se debe saber que en los modernos estudios raciales «ario» e incluso «nórdico» no quieren decir para nada alemán: el término es en vez sinónimo de «indoeuropeo» y designa propiamente a una raza primordial prehistórica de la cual habrían derivado los primeros creadores de las civilizaciones hindúes, persa, helénica, romana, y de la cual los alemanes serían sólo las últimas ramas que se hicieron salvajes. Todo esto es indicado en manera más clara en mis obras *Rebelión contra el mundo moderno* y *Síntesis de una doctrina de la raza.* El racismo que he defendido, lejos de ser un «extremismo», se vincula a los intentos que yo había hecho, también en otros campos, para rectificar ideas que en el fascismo y más aun en el nacionalsocialismo, se desarrollaban en una dirección desviada. Así pues, yo opuse al racismo materialista y vulgarmente antisemita, un racismo espiritual introduciendo el concepto de «raza del espíritu» y desarrollando sobre tal base una doctrina original. Además al ideal ario-germánico, defendido por el nazismo, he contrapuesto el ideal ario-romano; he atacado sí la idea confusa de la latinidad, pero no a favor de la idea germánica, sino para exaltar el principio de la pura romanidad, concebida como una fuerza mucho más augusta y originaria de todo lo que es genéricamente latino.

No basta: el relator de la Policía parece ignorar que a mis conferencias, que él menciona y cuyo título significativo era «El giro ario-romano

de la Italia fascista», le siguieron otras en diferentes ciudades alemanas, de las cuales adjunto el texto italiano como extracto de «*Rassegna italiana*», en donde pongo de relieve lo que la antigua idea clásica y romana podía dar para enderezar varias ideas en boga en Alemania y para conducirlas a un nivel superior espiritual. Es posible que algún cónsul italiano en el extranjero, en ayuno respecto de tales estudios, haya mandado informes alarmantes. Pero en cuanto a la preocupación que, incluso entre las jerarquías fascistas, mi racismo habría despertado, las cosas se encuentran en una manera muy diferente. Tras aquellas conferencias, Mussolini, por su propia iniciativa, quiso hablarme para expresarme su aprobación respecto de mis formulaciones racistas, puesto que las reputaba aptas para asegurar al pensamiento italiano una posición independiente, es más, de superioridad, con respecto a las ideologías nazis —sobre lo cual quien era jefe de la Oficina de la raza, el doctor Lucchini, podría dar un testimonio preciso. Y tengo que decir que este reconocimiento hecho espontáneamente por Mussolini a un no-fascista, es decir a un no-afiliado, es uno de los recuerdos más agradables de mi vida. Sin embargo tengo que afirmar que la teoría de la raza, dentro del conjunto de ideas defendidas por mí, no es sino un capítulo subordinado y secundario, a pesar de lo que algunos creen.

En cuanto al informe de la Policía que afirma que por un cierto período durante el fascismo habría estado «vigilado» por motivos oscuramente mencionados —personales y, se agregó, por... actividades mágicas— falta en ello por lo menos vergüenza, porque sería bueno recordar a qué personas entonces, en casos semejantes, obedecía la Policía, cuyos funcionarios estaban todos inscriptos en los fascios, mientras que yo nunca lo estuve. Afirmador de un pensamiento independiente, al cual dentro de poco me referiré, en el fascismo tuve, sea amigos devotos, como enemigos mortales que con cualquier medio trataron de derribarme, poniendo en movimiento todo tipo de habladurías y calumnias de cualquier especie. Entre tales enemigos se encontraban Starace y sus acólitos, los cuales buscaron incluso servirse de la Policía de aquella época, con resultados nulos. Y hoy parece que la Policía no hesite en volver a exhumar en contra mío aquellas viejas historias: ayer usadas para hacerme aparecer como antifascista y hoy en vez para levantar la acusación de fascista.

¿Por qué no se refiere más bien que en 1930 la Oficina política de la

Policía me intimó para conseguir la suspensión del diario dirigido por mí, *La Torre*? ¿Y por cuáles razones? Por «ataques en contra del «escuadrismo»». Naturalmente no se trataba del escuadrismo en sí, sino sólo de algunos filibusteros que, con la excusa del fascismo y del escuadrismo, se permitían cualquier cosa y que, para tener razón respecto de mí que los atacaba, protegidos por Starace, se sirvieron de la misma Policía.

Yo no pretendo presentarme mínimamente, ni como antifascista, ni como víctima del fascismo, que no hago todo esto, a fin de poner en claro los medios que se pretenden usar en contra de mí, a fin de que sean debidamente recordados.

Una vez precisado todo esto, y quitado cualquier contorno tendencioso, paso a la cuestión de hecho, en cuanto a la imputación de haber defendido «ideas propias del fascismo». Pero aquí yo me encuentro en la perplejidad, porque la Acusación ni nombra los artículos de los cuales se trata, ni —como se acostumbra— indica pasajes específicos que serían motivo del delito, ni en fin tampoco indica cuáles serían estas «ideas propias del fascismo».

(Aquí el Ministerio Público —doctor Sangiorgi— declara que no se trata de pasajes específicos de los escritos de Evola, sino del espíritu general de los mismos. En cuanto a las «ideas propias del fascismo» él agrega que, de acuerdo a su punto de vista, ellas pueden referirse a la monocracia, al jerarquismo y al concepto de aristocracia o elitismo. Después de que, bajo pedido, todo esto es anotado en el acta, Evola retoma la palabra).

Bien. En cuanto a monocracia, no es un nombre distinto para decir monarquía, en el sentido originario, no necesariamente dinástico, del término. En cuanto a jerarquismo, diré enseguida: yo defiendo la idea de jerarquía, y no el jerarquismo. Precisado esto, debo decir que, si tales son las ideas imputables como «fascistas», entonces junto a mí, en el mismo banco de los acusados, tendría el honor de ver sentadas a personas como Aristóteles, Platón, el Dante de *De Monarchia* y así sucesivamente, hasta llegar a Metternich y a Bismarck. Rechazo la acusación de defender ideas propias del fascismo, sino tan sólo ideas que únicamente en el fascismo y no en otra parte pueden ser hoy reencontradas.

Yo he defendido y defiendo «ideas fascistas» no en cuanto son «fas-

cistas», sino en la medida en que retoman una tradición superior y anterior al fascismo, en cuanto pertenecen a la herencia de la concepción jerárquica, aristocrática y tradicional del Estado, concepción universal mantenida en Europa hasta la Revolución Francesa. En realidad las posiciones que yo defiendo, en cuanto hombre independiente —porque no he estado nunca afiliado a ningún partido, ni al P.N.F. *(Partido Nacional Fascista),* ni al P.R.F. *(Partido Fascista Republicano),* ni al M.S.I. *(Movimiento Social italiano)*— no deben llamarse «fascistas», sino tradicionales y contrarrevolucionarias. En el mismo espíritu de Metternich, Bismarck, o de los grandes filósofos católicos del principio de la autoridad, De Maistre y Donoso Cortés, yo niego todo lo que directa o indirectamente deriva de la Revolución Francesa y que de acuerdo a mí tienen por extrema consecuencia el bolchevismo, contraponiendo a ello el *Mundo de la Tradición.* Todo esto resulta de la manera más clara de mi obra fundamental presentada ante la Corte, *Rebelión contra el mundo moderno,* las dos partes de la cual se titulan justamente *El mundo de la Tradición* y *Génesis y rostro del mundo moderno.* En el prefacio, yo indico justamente a este libro como la clave para comprender bien mis escritos propiamente políticos; y el crítico inglés Mc Gregor habla así de tal obra, en el juicio referido a la 2ª edición de la misma: «Más que la obra maestra del Spengler italiano, yo llamaría a este libro como el baluarte del espíritu tradicional aristocrático europeo». Esta posición mía es muy conocida y no sólo en Italia. También en un libro muy reciente del historiador suizo A. Mohler *(Die konservative Revolution,* Stuttgart, 1950, págs. 21, 241, 242) se me hace el honor de ponerme al lado de Pareto y se me considera como el principal exponente italiano de la llamada «Revolución conservadora».

Por lo tanto, en lo que a mí respecta, no es el caso de hablar para nada de «ideas propias del fascismo». Mis principios son sólo aquellos que antes toda persona bien nacida consideraba como sanos y normales. Yo dejo indeterminada hoy la cuestión dinástica e institucional; sin embargo lo que yo escribo en los mismos artículos incriminados y en *Orientaciones,* podría ser interpretado igualmente bien como defensa de la idea monárquica y jerárquica preconstitucional y tradicional, defensa que ninguna ley nuestra todavía hoy condena, puesto que si el art. 1° de la ley excepcional tiene el correlato en el artículo 2° que prohíbe la reconstrucción de

la monarquía —pero con medios violentos— el artículo 7 no tiene ninguna parte en que se prohíba la apología de una ideología «monárquica».

En cuanto al fascismo histórico, si en el mismo yo he sostenido aquellos aspectos que son susceptibles de justificarse con el mencionado orden de ideas, he combatido en cambio ideas que en mayor o menor medida se resentían del clima político materialista de los tiempos últimos, por lo cual críticas a aquello que hoy vulgarmente se considera como fascismo son frecuentes en los mismos escritos míos que se querrían incriminar. Me limitaré a algunos puntos esenciales.

1) Yo me opongo al totalitarismo, contraponiendo al mismo el ideal de un Estado orgánico bien diferenciado y considerando como una desviación el «jerarquismo» fascista. En *Orientaciones,* págs. 13-14, se lee que el totalitarismo representó una dirección equivocada y el quiebre de la existencia ordenada hacia una unidad política viril y orgánica «Jerarquía no es jerarquismo —un mal éste que lamentablemente en tono menor hoy se busca hacer reflotar— y la concepción orgánica no tiene nada que ver con la esclerosis estatolátrica y con una centralización niveladora». Aun más extensamente y con energía he tomado posición en contra del totalitarismo en un artículo que presento en la Corte, titulado «Estado orgánico y totalitarismo», salido en *Lotta política,* órgano oficial del M.S.I. La misma tesis, llevada al plano de la cultura, la he defendido en el escrito incriminado de *Imperium* (n° 2), en donde, criticando las ideas del escritor Steding, reconozco con él que el mal que sufre la cultura moderna es su particularismo, debido a la parálisis de una idea central directiva, pero me opongo a la solución totalitaria, en la cual no es un principio espiritual superior y trascendente, sino la cruda voluntad política la que pretende sujetar tiránicamente y unificar la cultura, teniéndose un caso límite en el sovietismo.

2) Una concepción específicamente fascista fue la del así llamado «Estado ético» de Gentile. Yo la rechazo con duras palabras. *(Orientaciones,* págs. 20-21).

3) Hay quien ama pintar al fascismo como una «oscura tiranía». Aunque conste que en el período de tal «tiranía» no me aconteció nunca tener que padecer una situación como la actual. De cualquier modo retomo las palabras de Tácito: «La suprema nobleza de los Jefes no es la de ser patrones de siervos, sino señores que aman la libertad aun en aquellos que

los obedecen» (pág. 14).

4) Acerca del problema de la soberanía yo rechazo cualquier solución demagógico-dictatorial. La verdadera autoridad —digo en la página 15— no puede ser la de un tribuno o jefe del pueblo, detentador de un simple poder individual informe, privado de cualquier crisma superior, que se apoya en vez sobre el prestigio precario ejercido sobre las fuerzas irracionales de las masas». En el llamado «bonapartismo» veo «una de las oscuras apariciones del spengleriano ocaso de Occidente» y recuerdo la frase de Carlyle acerca del «mundo de los domésticos que quiere ser gobernado por un seudo-héroe» (págs. 12-13).

5) Yo he atacado repetidamente la teoría de la «socialización» que, como se sabe, fue una consigna del fascismo de *Saló;* al cual no he adherido en cuanto doctrina (programa de Verona), aun aprobando la actitud de quienes en el Norte combatieron por un principio de honor y de fidelidad. En la socialización yo veo un marxismo solapado, una tendenciosidad demagógica. Sobre esto, véase «Orientaciones» págs. 11-12 y más de un tercio del artículo incriminado «Dos intransigencias» («Imperium», n. 4). En efecto, la verdadera acción que yo quería ejercer sobre los jóvenes del grupo «Imperium» y de otras corrientes juveniles era en el sentido de una contraposición a tendencias materialistas y de izquierda presentes en el M.S.I.

6) La defensa de la idea corporativa no debería constituir delito, dado que se la encuentra en partidos legales de hoy, por ejemplo el P.N.M. *(Partido Nacional Monárquico)* y el M.S.I., además incluso en algunas corrientes del catolicismo político. De cualquier forma yo hago objeto de crítica a ciertos aspectos según los cuales el corporativismo fascista fue una simple superestructura burocrática que mantenía el dualismo clasista; a ellos he opuesto una reconstrucción orgánica y anticlasista de la economía en lo interno mismo de las empresas (págs. 12-13).

En fin, una mención rapidísima acerca de las tesis contenidas en los artículos de *Imperium* n° 1 y *La sfida.*

En el primero se recuerda simplemente cuál era, en la romanidad de los orígenes, el sentido de la palabra *imperium*: como la misma fuese sinónimo de *«auctoritas»* y de poder derivado de fuerzas divinas, de lo alto. Afirmo luego que la crisis del mundo político moderno refleja la crisis de tal principio o poder, y de los valores heroicos que se le vinculaban.

El artículo de *La sfida*, firmado con el seudónimo *Arthos* reasumido en *Orientaciones,* págs. 8-9, se basa en el principio de Metternich: «Con la subversión no se pacta». Tomo como punto de partida un escrito de Engels quien dice que la revolución liberal no hace sino preparar la comunista y trabajar para ella. Afirmo por lo tanto que así como los comunistas basan sobre esta concepción su radicalismo subversivo, del mismo modo también de la misma debe partirse allí donde quiera actuarse en un sentido opuesto, es decir en el contrarrevolucionario de una verdadera reconstrucción, sin hacer concesiones a la subversión. En el uno y en el otro escrito no se encuentran referencias al fascismo ni a los hombres del mismo. Esto es todo.

Al demostrar por lo tanto que yo, en los escritos incriminados —también limitándose a los mismos y sin referirme, como hubiera sido un deuda de honestidad científica, a mis libros— estoy en contra del totalitarismo, en contra de la dictadura demagógica, en contra del «Estado ético», en contra de cualquier forma de autoridad desconsagrada, en contra de un «poder simplemente individual e informe», en contra del despotismo —palabras de Tácito— en contra de la socialización, incluso en contra de un cierto corporativismo, pregunto qué es lo que queda y en donde se visualisa el delito de «apología».

En efecto las ideas centrales defendidas por mí pueden haberse presentado en el fascismo, pero no son «propias» del fascismo, como lo quiere el aludido punto 7. Lo que queda, entra esencialmente en el dominio de la ética y de la concepción de la vida y, en cuanto a la política, se resuelve en una actitud de intransigencia tradicional y, si se quiere, «reaccionaria» en una resuelta toma de posición en contra de la subversión, del individualismo, del colectivismo, de la demagogia, en cualquier forma en que se presente, en contra del mundo de los politiqueros y de los sin carácter.

Así pues aquello que la Corte en lo que a mí se refiere es llamada para decidir es si el clima de la Italia actual es tal que quien declara querer mantenerse afuera de cualquier actividad partidista y organizativa, defiende tales posturas como escritor, sobre el plano de la doctrina, tenga que esperar ser llevado ante un tribunal como un reo de «delito ideológico».

EPÍLOGO:
EVOLA Y EL POSTFASCISMO

"*El fascismo es demasiado poco*" (J. Evola)

En concordancia con el proceso de globalización que hoy rige en el planeta, el prefijo *post* ha sido el término utilizado para referirse a las distintas corrientes de pensamiento propias de tal etapa. Así pues si postmodernidad significa vivir plenamente lo moderno en sus efectos, liberándolo de cualquier estéril idealismo que interfiera con el normal despliegue de sus posibilidades, las corrientes *post* en el plano del pensamiento político han intentado aplicar tales consecuencias en su ámbito propio. Ello ha acontecido especialmente con sus dos expresiones antitéticas sea de izquierda como de derecha. Así pues, el comunismo *post* representa aquella postura que ha renunciado para siempre a conflictivas tesis tales como la lucha de clases, la dictadura proletaria, etc., para reducirse en cambio a un fenómeno *light*, gramsciano, limitado a meras reivindicaciones sociales o culturales que no son otra cosa que una vía reformista de adaptación al "curso irreversible" del proceso histórico y moderno. Es decir, vaciar a tal ideología de todo espíritu revolucionario y antiburgués que pudiese haber tenido en algún momento. A su vez, el liberalismo *post*, o también neo-liberalismo, es aquella corriente que ha dejado a un lado lo rescatable que podía haber existido en tal doctrina cuando se exaltaba el derecho del hombre a pensar y expresar libremente las propias ideas, sin ser determinado por formas coercitivas, por la mera libertad desenfrenada del mercado y su consumismo consecuente que otorgaría la existencia de una humanidad "feliz", de panza llena, de la misma manera que lo que acontece con el comunismo *post*.

Faltaba que también el fascismo viviese su experiencia *post*, esto es, que manifestase plenamente aquellas vetas modernas también presentes en su doctrina, ya denunciadas en su tiempo por Julius Evola, en sus escritos de la revista *La Torre* en los cuales contrastaba los dos espíritus que combatían en su mismo seno, el burgués y el legionario. El primero no significaba otra cosa que una simple adaptación al sistema moderno vigente; en vez de corregirlo o rectificarlo, trataba en cambio de llegar a

formar parte del mismo resaltándolo en alguno de sus aspectos parciales. Tal espíritu burgués y conformista fue el que se viviera especialmente durante el primer fascismo, conocido como el del *Ventenio*. La guerra permitió que esta primera vertiente abandonara rápidamente el carro, pasándose abiertamente del lado del enemigo y que, por contraste, el espíritu legionario se plasmara en la *República Social Italiana* que significara el de la resistencia heroica ante el incontenible avance de las fuerzas del caos soviético-norteamericanas. Pero el fascismo *post*, surgido luego de la caída del muro y de la "muerte de las ideologías", hoy consiste en repudiar esta última etapa y retornar en cambio en forma multiplicada al espíritu burgués antes mentado. Gianfranco Fini, ex líder del fascismo italiano en el pasado siglo, hoy abierto adherente a la ideología *post*, ha mostrado hasta cuáles límites puede arribar tal labor de vaciamiento doctrinario. Luego de haber viajado a Israel, denunciado el Holocausto, repudiado a Mussolini y endosado el *kipá*, logró alcanzar el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Berlusconi, conocido como el "Menem" italiano. Uno de sus primeros actos de gobierno ha sido justamente viajar hacia el mismo país al cual le debía el reconocimiento por sus arrepentimientos y adhesión a la ideología *post*. Allí tuvo el honor de ser recibido por el ministro Sharon en persona. Grande fue su sorpresa ante las indicaciones recibidas esta vez. Muy suelto de cuerpo el primer ministro le indicó en forma perentoria que, si quiere seguir contando con su "apoyo", debe impedir la difusión de las doctrinas de Julius Evola. Es que el jefe del sionismo ha comprendido muy bien, seguramente luego de la lectura incesante de nuestros comunicados, que no existe pensamiento más contrastante con el sistema hoy vigente en el mundo que el que se formulara a la luz de tal cuerpo doctrinario. Quizás su comprensible miedo se deba a la posibilidad de que, así como lo moderno puede ser negado por lo que es más y no por lo que resulta su consecuencia más sombría, como el fenómeno *post*, en consonancia con ello se puede también negar al fascismo en sus facetas burguesas y conformistas que lo convertían en un fenómeno escaso e insuficiente. Tal como dijera Evola, somos suprafascistas y no postfascistas. Somos antimodernos y no postmodernos.

Marcos Ghio
Buenos Aires, 30/11/04
Centro de Estudios Evolianos

ÍNDICE

Prólogo a la Primera Edición 7
Prólogo a la Segunda Edición 21

Primera Parte:

El fascismo visto desde la derecha 25

I- El Fascismo y la verdadera Derecha 27
II- Fascismo, Neofascismo y Antifascismo 32
III- El Estado y la Nación según el Fascismo 37
IV- Estado Fascista y Estado Tradicional 41
V- El Fascismo y la tradición monárquica 54
VI- El Partido y la Orden 60
VII- El culto a la personalidad 64
VIII- La instituciones fascistas 72
IX- El Corporativismo 80
X- La Autarquía económica 89
XI- El Racismo 94
XII- La política exterior 106
XIII- El Fascismo en la era «democrática» 112

Segunda Parte:

Notas sobre el Tercer Reich 121

Introducción 123
I- El concepto de *Volk* 124
II- Nazismo y Revolución Conservadora 130
III- El Populismo Nacional Socialista 140
IV- La doctrina racista y el Judaísmo 147
V- «Revolución Cultural» y Religión 158
VI- El Estado y la Orden 164
VII- Nacionalismo y Europeísmo 174

Tercera Parte:

Apéndices 181

I- **Críticas al Fascismo**:
a) Cédula de Identidad 183
b) Cosas en su lugar y palabras claras 186

II- Críticas al Nazismo:
a) El mito del nuevo nacionalismo germánico 189
b) Observaciones críticas sobre el racismo nacional socialista 197
c) La lucha nacional socialista por la concepción del mundo 204
d) Paradoja de los tiempos: Paganismo nazi = iluminismo liberal 215
e) ¿El Nazismo orientado hacia Moscú? 219
f) El equívoco del «Nuevo Paganismo» 229
g) *Quo vadis* Alemania? 237

III- **Diario de 1943-1944** 244

IV- **Crítica a los «Liberadores»**: Autodefensa 261

Epílogo: **Evola y el postfascismo**, por Marcos Ghio 272

EDICIONES HERACLES

J. Evola, *Rebelión contra el mundo moderno*
J. Evola , *Los hombres y las ruinas*
J. Evola , *Más allá del fascismo.* (2ª edición ampliada)
J. Evola , *La raza del espíritu* (2ª edición ampliada)
J. Evola , *La doctrina del despertar, ensayo de ascesis budista* (agotado)
J. Evola , *El camino del cinabrio* (agotado)
J. Evola, *Cabalgar el tigre* (agotado)
J. Evola, *El arco y la clava*
J. Evola, *Imperialismo pagano*
J. Evola-René Guénon, *Jerarquía y democracia* (agotado)
Grupo de Ur y otros, *La magia como ciencia del espíritu* (t. I-VII).
Atilio Mordini, *El católico gibelino*
M. Valsan, *Juana de Arco*
Julius Evola, *Escritos sobre la Masonería*
Emanuel Malynski, *La guerra oculta*
Julius Evola, *Escritos sobre el judaísmo*
Julius Evola, *El Estado Tradicional*
Julius Evola, *Máscara y rostro del espiritualismo contemporáneo*
Julius Evola, *Ensayos sobre Idealismo Mágico*
Julius Evola, *El Tao-tê-king de Lao-tsé*
Julius Evola, *La Tradición Romana*
Julius Evola, *La superación del romanticismo*
Marcos Ghio, *El Espíritu Legionario*
Marcos Ghio, *Julius Evola en el mundo de habla hispana*
Marcos Ghio, *El rito y la guerra*
Julius Evola, *René Guénon, un maestro de los tiempos últimos*
Marcos Ghio, *La Argentina y el Grial*
Marcos Ghio, *Rebelión Fundamentalista*
Marcos Ghio – Jorge Camacho, *La superación del nacionalismo*
Francisco García Bazán – Marcos Ghio, *El héroe y la magia*

Un enfoque agudo y descarnado del fascismo italiano y del nacional socialismo alemán nos brinda aquí el gran pensador tradicionalista italiano Julius Evola. Sus análisis son totalmente originales pues representan una crítica de tales movimientos, no desde las perspectivas aliadófilas, sea liberales como marxistas, hoy imperantes, sino desde un punto de vista tradicional y de "derecha", pero comprendiendo tal término en su sentido estricto y metafísico, es decir, a partir de lo que es más y no de lo que es menos de los mismos. Según el autor tales movimientos son válidos y rescatables respecto de las actuales ideologías vigentes en la medida en que han expresado en un mundo colapsado y en ruinas ciertos principios pertenecientes a la más alta tradición europea, tales como la jerarquía, el sentido heroico de la existencia y, consecuentemente, el reconocimiento de la invalidez y absurdo del actual sistema democrático y parlamentario. Su limitación en cambio ha estribado en haber contradictoriamente asumido ciertos temas de la modernidad, los cuales fueron en última instancia el origen de su caída posterior, tales como la demagogia, el patrioterismo, el racismo materialista, etc.

La publicación de esta obra, la que ha estado precedida por la de otras dos del mismo autor, *Rebelión contra el mundo moderno* y *Los hombres y las ruinas*, obedece a un proyecto ambicioso de editar los principales textos de Julius Evola con la intención expresa de enriquecer los horizontes del pensamiento tradicional en el seno de nuestro mundo hispano hablante.

Próxima Edición:
J. Evola, "El Mito de la Sangre".